
VICTORIA
Joseph Conrad

VICTORIA

JOSEPH CONRAD

Parte I

Capítulo 1

Existe, como sabría cualquier niño escolarizado en esta edad dorada de la ciencia, una estrecha relación química entre el carbón y los diamantes. Creo que esta es la razón por la que algunos lo llaman el «diamante negro». Ambas mercancías significan riqueza, si bien el carbón constituye una clase de propiedad bastante menos portátil. Adolece, desde este punto de vista, de una lamentable falta de concentración física. Otra cosa sería si la gente pudiera meterse las minas en el bolsillo del chaleco, pero no eso es imposible. Existe, al mismo tiempo, una fascinación por el carbón, producto supremo de una época en la que nos hemos instalado como viajeros aturdidos en un deslumbrante aunque desasosegado hotel. Presumo que estas dos últimas consideraciones, la práctica y la mística, impidieron la marcha de Heyst, de Axel Heyst.

La Tropical Belt Coal Company liquidó. El mundo financiero es un mundo misterioso donde, por increíble que parezca, la evaporación precede a la liquidación. Primero, se evapora el capital. Luego, la compañía liquida. Estos acontecimientos se corresponden poco con la naturaleza, así que hay que ponerlos en la cuenta de la ininterrumpida inercia de Heyst, de la que nos reíamos a escondidas, pero sin animadversión. Los cuerpos inertes no hacen daño, ni provocan hostilidad, y reírse de ellos casi no vale la pena. Como mucho, pueden ponerse en medio algunas veces, pero tal cosa no podía achacársele a Axel Heyst. Él quedaba por encima de todos los caminos, ostentosamente, igual que si colgara de la cresta más alta del Himalaya. Todos conocían, en esta parte del globo, al morador de la pequeña isla. A fin de cuentas, una isla no es más que la punta de una montaña. Axel Heyst, pendiendo en la inmovilidad, estaba rodeado —en vez del insondable, tempestuoso y transparente océano de aire fundido en el infinito— por un tibio, apagado mar; un desapasionado vástago de las aguas que abarcan los continentes de este globo. Las sombras eran sus visitantes más asiduos, sombras de nube, que aliviaban la monotonía de la desfalleciente, inanimada luz de los trópicos. El vecino más próximo —estoy hablando de las cosas que manifestaban alguna clase de animación— era un perezoso volcán que humeaba débilmente durante el día, acostado sobre la línea del septentrión; por la noche, una mortecina y roja incandescencia se dilataba y colapsaba de forma espasmódica como el final

de un gigantesco puro aspirado intermitentemente en la oscuridad. Axel Heyst era también un fumador y, cuando se paseaba con su *cheroot* por la veranda, el rito final antes de irse a la cama, producía en la noche la misma incandescencia y del mismo tamaño que la de su distante vecino.

En cierto sentido, el volcán le acompañaba en la tiniebla de la noche —de la cual podía decirse que era tan espesa como para impedir siquiera el paso de una brizna de aire—. El viento rara vez tenía la energía suficiente para levantar una pluma. Buena parte de los atardeceres del año podrían haber sido empleados por Heyst para sentarse afuera y leer, a la luz de una simple vela, cualquiera de los libros que había heredado de su difunto padre. Nunca lo hizo. Por miedo a los mosquitos, muy probablemente. El silencio tampoco le tentó hasta el punto de hacerle entrar en conversación, por casual que fuera, con la solidaria brasa del volcán. No era un loco. Se diría que un tipo raro y, de hecho, se dijo. Pero hay una abismal diferencia entre los dos, como se admitirá fácilmente.

En las noches de luna llena, el silencio de Samburan, la «Isla Circular» de los mapas, era un silencio deslumbrante; y en el estanque de fría luz Heyst podía distinguir las cercanías con aspecto de asentamiento invadido por la jungla: inciertos tejados declinando en la espesura, sombras rotas de cercados de bambú entre el brillo de los hierbajos, algo parecido a un trozo de carretera sesgado por accidentados matorrales que miraban a la playa —a unas cuantas yardas de distancia—, un negro malecón y una especie de dique enlutado en la penumbra. Pero lo más sobresaliente era un gigantesco encerado sostenido por dos postes que ofrecían a Heyst, cuando la luna alcanzaba esa posición, las blancas iniciales de la «T. B. C. Co.», en una franja de dos pies de altura, por lo menos. La Tropical Belt Coal Company. Su empleo, o para ser más exactos, su último empleo.

De acuerdo con los artificiosos misterios del mundo de las finanzas, el capital de la compañía se había evaporado en el plazo de dos años, hecho que obligó a liquidar de una manera forzosa y creo que en absoluto voluntaria. No obstante, el proceso se consumó sin precipitación. Resultó más bien lento y, mientras la liquidación seguía su lánguido curso en Londres y en Amsterdam, Axel Heyst, citado en los prospectos como «gerente en los trópicos», permaneció en su puesto de Samburan, la primera estación carbonífera de la compañía. No se trataba de una estación cualquiera. Allí había una mina con un afloramiento en la ladera a menos de quinientas yardas del raquítico muelle y del imponente encerado. El

propósito de la compañía había sido el de apropiarse de todos los yacimientos en las islas del trópico y explotarlos con sistemas exclusivamente locales. Y sólo Dios sabe cuántos se encontraron. Heyst fue quien localizó la mayor parte durante sus vagabundeos por la región además de, inclinado como estaba al género epistolar, escribir páginas y páginas a sus amigos de Europa acerca de los descubrimientos. Por lo menos, era lo que se contaba.

Nosotros no podíamos asegurar que hubiera albergado alguna vez sueños de riqueza. Lo que más parecía importarle era, según propia expresión, el «paso adelante» y que, dicho con su peculiar énfasis, parecía aludir a la entera organización del universo. Más de cien personas podrían atestiguar aquello del «gran paso adelante de estas regiones». El convincente movimiento de la mano con que acompañaba la frase sugería que el trópico era empujado de forma decidida hacia el horizonte. En consecuencia con esta acabada cortesía de su gesto, se mostraba persuasivo, o en todo caso imponía silencio —aunque fuera por un tiempo—. A nadie le apetecía discutir con él cuando hablaba de esa manera. Su intransigencia no podía hacer daño, ni se corría el peligro de que alguien tomara seriamente aquel sueño de carbón tropical. Así pues, ¿qué sentido tenía herir sus sentimientos?

De este modo razonaban los sesudos negociantes de las reputadas oficinas donde él había hecho su entrada como una persona que llegaba del Este con cartas de presentación —y, por cierto, con modestas cartas de crédito también—, algunos años antes de que el florecimiento del carbón comenzara a estimular su despreocupada y galante charla. Desde el primer momento se supo que no faltarían dificultades para encajarle adecuadamente. No era un viajero. Un viajero llega y se va, continúa hacia algún lado. Heyst no se iba. En cierta ocasión encontré a un individuo —el director de la sucursal en Malacca de la Oriental Banking Corporation— ante quien Heyst había exclamado, en relación con nada en particular y en la sala de billar del club:

—¡Estas islas me han embrujado!

Lo soltó de repente, *á propos des bottes*, como dicen los franceses, mientras daba tiza al taco. Quizá se tratara de alguna clase de sortilegio. Y es que existen más hechizos de los que pudiera soñar un vulgar prestímano.

En resumen, un círculo con un radio de 800 millas y trazado alrededor de un punto cualquiera al norte de Borneo significaba para Heyst un círculo

mágico. La línea pasaba por Manila y él había sido visto allí. También cruzaba Saigón e igualmente se le vio en una ocasión. Acaso fueran tentativas de fugarse de él. En ese caso concluyeron en fracaso. El hechizo debía ser de una calidad incombustible. El ejecutivo que había escuchado la exclamación quedó tan impresionado por el tono, fervor, arrobo, lo que se quiera, o tal vez por la incongruencia, que no resistía la tentación de contárselo a cualquiera que estuviera dispuesto a escucharle.

«Un tipo raro, ese sueco», era su único comentario; pero de ahí surgió el apodo de «Heyst el embrujado», que le colgaron algunos.

Ciertamente, le habían colgado otros. En su juventud, mucho antes de conseguir que su coronilla se quedara tan favorablemente calva, entregó una carta de presentación a Mr. Tesman, de Tesman Brothers, una firma de Sourabaya. De las mejores, todo sea dicho. Bueno, pues Mr. Tesman era un complaciente, benévolo y ya anciano caballero. No sabía qué hacer con el visitante. Después de expresarle sus deseos de que la estancia en las islas fuera lo más placentera posible y de que contara con su ayuda para cualquier cosa que necesitara, y todo lo que se sigue habitualmente en este tipo de conversación por todos conocido, el anciano procedió a indagar con el más suave y paternal acento:

—Y está usted interesado en…

—Hechos —interrumpió Heyst con su más escogida prosodia—, ningún conocimiento merece la pena, excepto el de los hechos. ¡Hechos puros! Simplemente hechos, *mister* Tesman.

Ignoro si Mr. Tesman estaba de acuerdo con él o no, pero algo debió comentar al respecto, porque durante una época nuestro hombre se ganó el apelativo de «Hechos Puros». Tenía la rara fortuna de que sus expresiones se le quedaban adheridas hasta formar parte de su nombre. Después de aquello, él y sus ensoñaciones derivaron por el mar de Java en una de las goletas mercantes de Tesman, para desaparecer más tarde a bordo de un barco árabe que se dirigía a Nueva Guinea. Permaneció tanto tiempo en esta remota parte de su círculo encantado, que casi le habían ya olvidado cuando cruzó de nuevo ante la vista en un velero lleno de vagabundos de Goram, quemado por el sol, escuálido, la pelambrera rala y una cartera con dibujos bajo el brazo. Él los mostraba con verdadero placer, pero también como quien se reserva algo. «Una temporada de diversión», fue su único comentario. ¡Un individuo que se había marchado a Nueva Guinea por simple diversión! En fin.

Pasado el tiempo y cuando los últimos vestigios de juventud habían huido de su cara, la totalidad de su cabellera desaparecida del cráneo y sus broncíneos bigotes alcanzado hidalgas proporciones, un repulsivo elemento de raza blanca le adjudicó un epíteto.

Golpeando violentamente con el vaso todavía rebosante —y que había pagado Heyst— sentenció, con esa sagacidad impremeditada que el modesto bebedor de agua no consigue nunca:

—Heyst es un pefeto c'ballero. ¡Pefeto! Pero es un id… id… idealista.

Heyst acababa de salir del local donde la sonora declaración fue pronunciada. Así que idealista… Doy mi palabra de que lo único que le escuché y que podía haber sostenido, aunque flacamente, esta opinión, fue la invitación a ese mismo McNab. Volviéndose con esa fineza, que constituía su más rematada característica, de actitud, gesto y tono, había dicho con educada jovialidad:

—¡Venga y apague aquí su sed con nosotros, *mister* McNab!

Quizá se tratara de eso. Un hombre que podía proponerle a McNab, aunque fuera alegremente, apagar la sed, debía ser por fuerza un idealista, un cazador de quimeras, bien entendido además que Heyst no era un derrochador de ironía. Puede que esta fuera la razón por la que generalmente caía simpático. En esta época de su vida, en la plenitud de su desarrollo físico, con la amplia, marcial presencia, con la cabeza calva y largos mostachos, recordaba los retratos de Carlos XII, de combativa memoria. A pesar de ello, nunca hubo razón para sospechar que Heyst fuera precisamente un luchador.

Capítulo 2

En este tiempo, Heyst se asoció con Morrison en términos sobre los que la gente no se puso de acuerdo. Para unos era un compañero de fatigas; para otros, un simple huésped; pero el asunto estaba hecho de una materia más compleja. Un día, Heyst apareció en Timor. Por qué Timor, entre todos los lugares de este mundo, nadie llegó a averiguarlo. Bueno, pues andaba vagabundeando por Delli, ese cubil del todo pestilente, posiblemente en busca de hechos extraordinarios, cuando tropezó con Morrison, quien a su manera era también un hombre «embrujado». Cuando alguien le hablaba a Morrison de volver a casa —era de Dorsetshire— se estremecía. Decía que aquello era tenebroso y húmedo; que era como intentar vivir con la cabeza metida en una cartuchera mojada. Claro que se trataba sólo de su exagerada forma de contar las cosas. Morrison era «uno de los nuestros». Le iba bien como propietario y patrón del «Capricornio», un bergantín comercial, a pesar del lastre de su excesivo altruismo. Detentaba la afectuosa y tierna amistad de una porción de aldeas dejadas de la mano de Dios entre oscuras calas y bahías, con las que comerciaba en «manufacturas». A menudo se arriesgaba por intempestivos canales hacia alguna factoría miserable donde, en vez de un cargamento de mercancías, se encontraba con una multitud hambrienta que le pedía arroz. Para regocijo de todos, repartía arroz y explicaba a la muchedumbre que aquello era un adelanto y que ahora estaban en deuda con él. Les sermoneaba sobre el trabajo y la industria, y redactaba un minucioso informe en el diario de bolsillo que siempre le acompañaba. En este punto terminaba la transacción propiamente dicha. Ignoro si Morrison lo entendía así, pero a los aldeanos no les quedaba duda de ninguna clase. En cualquier pueblo del litoral donde el bergantín era avistado, comenzaban a repicar los tantanes y a ondear las serpentinas, las muchachas adornaban de flores su cabeza y el gentío se agolpaba en el muelle mientras Morrison resplandecía y miraba el alboroto a través de su monóculo, con un aire de satisfacción intensa. Alto, con cara de lápiz y bien afeitado, no podía parecer otra cosa que un tribuno que hubiera echado su peluca a los perros.

Solíamos expresarle nuestro desacuerdo:

—No verás ninguno de tus adelantos, si sigues por ese camino. Se le ponía cara de especialista.

—Ya les exprimiré en el momento oportuno. No temáis. Además, eso me recuerda —sacaba su inseparable diario de bolsillo— que en cierto pueblecito —apuntaba— han vuelto a salir a flote. Podría empezar por exprimirles a ellos.

Y hacía una furiosa anotación en el cuaderno, del estilo de: "exprimir a la ciudad de tal, en la primera oportunidad".

Luego, guardaba la pluma y corría la goma del cuaderno con gesto de inamovible decisión. Pero el exprimidor no acababa de arrancar. Algunos murmuraban. Estaba desperdiciando el negocio. Quizá eso fuera verdad hasta cierto punto y sin llegar más lejos. La mayor parte de los lugares con los que comerciaba no sólo eran desconocidos para la geografía, sino también para esa particular sabiduría de los comerciantes que se transmite de viva voz, sin alardes, y que sienta las bases del conocimiento de una comunidad determinada. Corría también la especie de que Morrison tenía una mujer en todas y cada una de las aldeas, pero la mayoría rechazábamos con indignación estos comadreos. Era un tipo francamente humanitario y bastante más ascético que otra cosa.

Cuando Heyst se lo encontró en Delli, Morrison caminaba por la calle, el monóculo desfallecido sobre la pechera, la cabeza gacha y el desesperado aspecto de esos vagabundos endurecidos que se ven en nuestras carreteras arrastrándose de asilo en asilo. Al ser llamado desde la otra punta de la calle, levantó la vista con alarmada preocupación. Estaba metido en problemas. Había llegado la semana anterior a Delli, y las autoridades portuguesas, bajo una supuesta irregularidad en sus papeles, le impusieron una multa y arrestaron el barco. Morrison no era precisamente un ahorrador. Dado su sistema comercial, lo raro hubiera sido que lo fuera. En cuanto a las deudas registradas en su cuadernillo, no alcanzaban para conseguir un préstamo de mil reis —lo mismo da que pongamos un solo chelín—. Los funcionarios portugueses le aconsejaron no desesperar. Le daban una semana de gracia, a partir de la cual se habían propuesto subastar el barco. Esto significaba su ruina. La semana en cuestión estaba a punto de concluir cuando Heyst, con su habitual cortesía, le llamó desde el otro extremo de la calle.

Heyst cambió de acera y se dirigió a él con una leve inclinación, a la manera de un príncipe que se entrevista con otro en un encuentro privado.

—Qué inesperado placer. ¿Pondría usted alguna objeción a tomarse un trago conmigo en esa tasca de ahí enfrente? Hace demasiado calor para

seguir en la calle.

El demacrado Morrison le siguió obedientemente al sombrío tugurio, del que hubiera pasado de largo en cualquier otra oportunidad. En su ensimismamiento, no tenía una idea muy clara de lo que hacía. No era más dificultoso abandonarle en el borde de un precipicio que inducirle a entrar en el chiringuito. Se sentó como un autómata. Aunque taciturno, distinguió un vaso de consistente vino tinto y lo vació. Heyst, expectante pero educado, ocupó el asiento opuesto.

—Temo que tenga usted algo de fiebre —dijo, solícito. Aquí se desató la lengua del pobre Morrison.

—¡Fiebre! —gritó—. Que vengan fiebres como si vienen pestes. Sólo son enfermedades y uno acaba por sobrevivir. Pero es que a mí me están matando. Esa pandilla de portugueses está acabando conmigo. Pasado mañana me habrán rebanado el cuello.

Enfrentado a este drama, Heyst expresó, con un apunte de cejas, un débil sentimiento de sorpresa que no habría desentonado en una tertulia de elegantes. La desesperada reserva de Morrison se vino abajo. Había estado deambulando con la garganta seca por esa miserable ciudad de cenagosos chamizos, sin un alma a quien volverse en la desgracia, enloqueciendo con sus propios pensamientos. Y, de repente, se encontraba con un blanco, simbólica y efectivamente un blanco (Morrison no aceptaba de ninguna manera la blancura racial de los funcionarios portugueses). Se dejaba llevar por la violencia pura del discurso, los codos clavados en la mesa, los ojos inyectados en sangre, la voz a punto de extinguirse, el ala del salacot dejando una sombra sobre el rostro cetrino y sin afeitar. La indumentaria blanca, que no se había quitado en tres días, empezaba a cambiar de color. Parecía haber atravesado ya esa frontera, antes de la cual la redención es todavía posible. La escena estaba perturbando a Heyst, pero no permitió que su comportamiento le traicionara, disimulando la impresión bajo una consumada urbanidad. Mostraba esa disciplinada atención que obliga a todo caballero cuando escucha a otro y, como es habitual, acabó contagiando. Así que Morrison se sobrepuso y terminó su historia en un tono más acorde con sus pretensiones de hombre de mundo.

—Esto es una maniobra de cuatreros. Lo malo es que siempre te cogen desesperado. El canalla de Cousinho —Andreas, ya sabe— anda detrás del bergantín desde hace años, y yo, naturalmente, no se lo vendería jamás. Y no es porque sea mi medio de vida, sino porque es mi vida. El barco es mi

vida. Por eso ha preparado esta emboscada con su compinche, el jefe de aduanas. La subasta será una farsa: aquí no hay nadie que pueda hacer una oferta. Y luego se quedará con él por lo que cuesta un silbido, si es que llega a tanto. Usted lleva varios años en las islas, Heyst, y nos conoce a todos y ha visto cómo vivimos. Bien, ahora tendrá la oportunidad de ver cómo terminamos. Esto es el fin para mí. No puedo seguir engañándome. Ya ve…

Morrison se había sobrepuesto, pero podía sentirse la tensión que le costaba mantener el control. Heyst empezaba a decir que se daba perfecta cuenta de la magnitud de la desgracia cuando Morrison le interrumpió bruscamente:

—Le doy mi palabra de que no sé por qué le he contado a usted todo esto. Supongo que encontrarme a un auténtico blanco ha hecho que no pudiera ocultarlo más tiempo.

Puede que las palabras no sirvan de mucho, pero ya que he llegado hasta aquí, voy a contarle algo más. Escuche. Esta mañana, en mi camarote me puse de rodillas y recé para que alguien viniera a salvarme. ¡Me puse de rodillas!

—¿Es usted creyente, Morrison? —preguntó Heyst en tono respetuoso.

—Desde luego no soy un infiel.

No pudo evitar el reproche de la contestación. Vino una pausa en la que Morrison hurgaba en su conciencia y Heyst mantenía su imperturbable y educado interés.

—Rezaba como un niño. Yo creo en las oraciones de los niños, y también en las de las mujeres, claro, aunque me inclino a pensar que Dios espera de los hombres que tengan más confianza en sí mismos. No congeniaría con un hombre que tuviera la costumbre de dar el latazo al Todopoderoso con los problemas más ridículos. Hay que tener una cara muy dura. De todas formas, esta mañana yo, yo que nunca hice daño consciente a ninguna de las criaturas del Señor, me puse a rezar. Un repentino impulso y me hinqué de rodillas. Juzgue usted.

Se quedaron mirándose a los ojos con cierta seriedad. El desamparado Morrison añadió, a modo de descorazonador epílogo:

—Si no fuera este un sitio tan dejado de la mano de Dios…

Heyst preguntó con delicadeza si podía conocerse la cantidad en que había sido valorado el bergantín.

A Morrison se le quedó en la boca un juramento y a continuación dijo la cifra desnuda, la cual era tan insignificante como para asombrar a

cualquiera menos a mi interlocutor. E incluso él apenas pudo controlar a duras penas la incredulidad en su diplomática entonación, cuando preguntó si era posible que el otro no tuviera esa cantidad a mano.

No la tenía. Su única propiedad consistía en un poco de oro inglés, traducido en algunos soberanos, y que se había quedado en el barco. Había confiado sus ahorros a los Tesman, en Samarang, para hacer frente a ciertos pagos que vencerían durante la travesía. En cualquier caso, ese dinero le habría proporcionado la misma ayuda que si lo hubiera guardado en las profundidades más recónditas de las fosas infernales. Dijo esto último con brusquedad y mirando con repentino desagrado aquella noble frente, aquel poblado y Marcial mostacho, aquellos ojos cansados, del hombre que estaba junto a él. ¿Quién diablos era? ¿Qué hacían allí y por qué le había hablado de aquella manera? Morrison no sabía más de Heyst que lo que pudiéramos saber el resto de comerciantes del archipiélago. Si el sueco se hubiera levantado de pronto con la intención de asestarle un golpe en la mandíbula, no le habría desconcertado más que cuando el extraño, imprevisible vagabundo, dijo inclinándose sobre la mesa:

—¡Oh! Si se trata de eso, nada me agradaría más que el que usted me permitiera serle de utilidad.

Morrison no comprendía. Era una de esas cosas que nunca ocurren, cosas inauditas. No tenía una noción precisa de lo que aquello significaba hasta que Heyst aclaró:

—Puedo prestarle a usted la suma.

—¿Tiene usted el dinero? —susurró—. Quiero decir aquí, en el bolsillo.

—Efectivamente. Y me alegro de que le sirva de ayuda.

Morrison, en peligro de quedarse con la boca abierta para siempre, tanteó en su hombro el cordón del monóculo que le colgaba a la espalda. Cuando al fin dio con él, se lo incrustó precipitadamente en el ojo. Acaso esperara que el habitual traje blanco de Heyst se transformara en una túnica reluciente que flotara hasta los pies y un par de enormes y deslumbrantes alas surgieran de los omóplatos del sueco. Y, naturalmente, no quería perderse un solo detalle de la metamorfosis. Pero si Heyst era un ángel precipitado de las alturas en respuesta a su plegaria, desde luego no traicionaba sus celestiales orígenes con signos de trivialidad. Así que, en lugar de doblar la rodilla, como realmente le apetecía, aferró su mano y Heyst le correspondió con la alegría de rigor y un murmullo deferente del

que «una nadería, encantado, para servirle» era todo lo que se sacaba en limpio.

«Todavía ocurren milagros», acertó a pensar el atontado Morrison. Para él, como para todos los que vivíamos en las islas, ese correcaminos de Heyst, sin oficio ni beneficio, era la última persona a la que pudiera asignarse el papel de enviado de la Providencia en un asunto relacionado con dinero, La excursión a Timor, o a cualquier otro lugar imaginable, no era más extraordinaria que el aterrizaje de un jilguero sobre un alféizar, en un momento dado. Pero que transportara una cantidad cualquiera de dinero en el bolsillo, parecía inconcebible desde cualquier punto de vista.

Inconcebible hasta el punto de que, mientras atravesaban el fatigoso arenal que conducía a la oficina de aduanas —un chamizo más— para pagar la multa, Morrison, atacado de un sudor frío, se paró de golpe y exclamó con acento titubeante:

—Oiga, Heyst. No estará usted de pitorreo, ¿verdad?

—¡Pitorreo! —Los ojos claros se le endurecieron al encontrar al descompuesto Morrison—. ¿En qué sentido, si me permite la pregunta?, —todavía manteniendo la implacable urbanidad.

El del monóculo estaba abrumado.

—Perdóneme, Heyst. Dios debe haberle enviado como respuesta a mi súplica. Pero he estado al borde de la chifladura durante tres días angustiosos. De repente me asaltó la duda: ¿y si es el diablo quien le envía?

—No mantengo relaciones con lo sobrenatural —ironizó Heyst echando a andar—. Nadie me ha enviado. Me he limitado a aparecer.

—Yo estoy mejor informado —le contradijo el otro—. Puede que no lo merezca, pero he sido escuchado. Lo sé. Lo siento. ¿Qué necesidad tenía usted de ayudarme?

Heyst bajó la cabeza y mostró su respeto por una creencia que no podía compartir. Y como si ello le afianzara más, se dijo entre dientes que, ante un hecho tan lamentable, aquella salida había que considerarla natural.

Horas más tarde, pagada la multa y los dos a bordo del bergantín, una vez retirada la guardia, Morrison, que además de ser un caballero era un sujeto honrado, planteó el asunto de la deuda. Conocía de antemano su incapacidad para asegurarse una suma cualquiera de dinero. En parte, era culpa de las circunstancias y en parte, lo había sido de su temperamento. Resultaba muy difícil repartir la responsabilidad entre ambos. El propio

Morrison, por mucho que lo confesara, tampoco podía hacerlo. Con aire apenado le adjudicó tanta vicisitud a la fatalidad.

—Ignoro por qué nunca he sido capaz de ahorrar un chelín. Es una especie de maldición. Siempre ha de haber una o dos cuentas asediándome.

Escurrió la mano en el bolsillo a la busca del famoso cuadernito, tan conocido en las islas, talismán de sus esperanzas, y empezó a hojearlo apasionadamente.

—Y, sin embargo, fíjese. Aquí están registrados más de cinco mil dólares que se me adeudan. No está mal.

Se calló bruscamente. Heyst, que había tratado todo el tiempo de parecer lo más indiferente posible, hizo unos cuantos ruidos amigables con la garganta. Pero Morrison no era solamente honrado. Era también honorable; y en ese día angustioso, enfrentado al deslumbrante mensajero de la Providencia y en plena convulsión sentimental, llevó a cabo la gran renuncia. Y se desligó de la que fue la insistente ilusión de su existencia.

—No. No. No son buenos. Y nunca seré capaz de exprimirlos. Nunca. Me he pasado los años diciendo que lo haría; pero renuncio. Francamente, nunca me creí capaz. No cuente con ello. Heyst. Le he robado a usted.

El pobre Morrison aplastó la cabeza contra la mesa del camarote y permaneció en esa actitud derrotada, mientras su benefactor le consolaba con primoroso tacto. El sueco estaba tan consternado como el otro y comprendía perfectamente sus sentimientos. Nunca desdeñó un sentimiento decente. Pero se sentía incapaz de abandonar la estricta cordialidad, y ello le intranquilizaba igual que un defecto. Por depurada que esté la urbanidad, no es, desde luego, el tónico correcto para luchar contra un colapso emocional. Ambos debieron pasar un mal rato en la cabina del bergantín. Al fin, Morrison, que buscaba desesperadamente una luz en la negrura de la depresión, acertó con la idea de invitar a Heyst a viajar con él y tomar parte en sus empresas hasta que el préstamo quedara satisfecho. Esa existencia a la deriva, que era la esencia del desapego de Heyst, le ponía en condiciones de aceptar la proposición. Nada hace pensar que en ese momento tuviera algún interés particular en huronear por las esquinas y recovecos del Archipiélago en el que su socio tenía asentada la mayor parte de su comercio. Nada más falso. Habría consentido cualquier arreglo que condujera a poner fin a la penosa escena de la cabina. Se impuso una solemne ceremonia de conjuración: Morrison, alzando su disminuida cabeza y aplicándose el monóculo en la órbita para mirar afectuosamente al

compañero; el descorchar de una botella, etc. Acordaron que nada se diría de la transacción. El comerciante, como se comprenderá, no estaba orgulloso del episodio y temía convertirse en el estímulo del humor ajeno.

—¡Un zorro viejo como yo! ¡Dejarse atrapar así por estos condenados rufianes portugueses! Menuda cantinela me esperaría. Tenemos que guardar el secreto.

Aparte de diferentes motivos, entre los que destacaba su natural delicadeza, Heyst estaba todavía más empeñado que Morrison en permanecer en silencio. Cualquier caballero retrocedería ante ese papel de enviado celestial que le asignaba la terquedad del iluminado. Se sentía incómodo. Y quizá no se había preocupado de que alguien dedujera de todo ello que él gozaba de recursos, cualesquiera que fuesen, pero a todas luces suficientes para emplearlos en préstamos. Allí abajo, los dos formaban un dueto como el de esos conspiradores de opereta y de ¡shss, shss!, ¡secreto, secreto! La escena debió tener su gracia, a juzgar por la seriedad con que ambos la interpretaron.

Durante un tiempo, la conspiración tuvo éxito, hasta el punto de que todos nosotros habíamos llegado a la conclusión de que Heyst se hospedaba —alguno insinuó que más bien gorroneaba— en el barco del inocente Morrison. Pero ya se sabe en qué acaban tales misterios: siempre hay un escape en alguna parte. El mismo Morrison, imperfecto recipiente, estaba hirviendo de gratitud y, bajo el aumento de presión, debió dejar salir alguna vaguedad que fue suficiente para animar la cháchara. Y es proverbial la amabilidad con que trata la gente aquello que no comprende. Se esparció el rumor de que Heyst, habiendo obtenido algún raro ascendiente sobre Morrison, se había pegado a él y le estaba dejando seco. Aquellos que siguieron las murmuraciones hasta su origen tuvieron mucho cuidado de creerlas. El propulsor, según parece, era un tal Schomberg: grande, viril y barbada criatura, a cuya teutónica persuasión acompañaba una lengua ingobernable, de esas que dan más vueltas que una noria. Si realmente era teniente en la Reserva, según declaraba, es cosa difícil de averiguar. Fuera de allí, su profesión había sido la de hotelero, primero en Bangkok, luego en algún otro lugar y finalmente en Sourabaya. A rastras de él, de un lado a otro de aquel cinturón tropical, llevaba a una silente y temerosa mujercita de largos tirabuzones que sonreía estúpidamente al tiempo que exhibía la negritud de un colmillo. Desconozco la razón por la que tantos de nosotros concurríamos a sus diversos establecimientos. Era un imbécil de la variedad

dañina, que satisfacía su lasciva necesidad de comadreo a costa de los clientes. Fue él quien, una tarde en que Heyst y Morrison pasaban por el hotel —no eran habituales—, susurró ladinamente a la variopinta concurrencia reunida en la veranda:

—La araña y la mosca acaban de pasar, caballeros. Y luego, con un tono a la vez ampuloso y confidencial, la manaza haciendo bóveda a la boca:

—Entre nosotros, caballeros. Todo lo que yo puedo decirles es que no se mezclen con ese sueco. O les atrapará en su red.

Capítulo 3

Siendo la naturaleza humana lo que es, a saber, una mezcla de necedad y rapiña, hubo no pocos que fingieron indignarse con la autoridad que les confería una propensión generalizada a creer cualquier infamia; y muchos otros que encontraron sencillamente ingenioso llamar a Heyst «araña» —a escondidas, por supuesto—. Por su parte, vivía en la más dulce inconsciencia en lo que se refiere a este y otros diversos apodos. No obstante, la gente encontró rápidamente nuevas cosas que decir de Heyst: no mucho después empezó a destacar en asuntos de mayor envergadura. Se transformó en algo definido. Todas las miradas se volvieron hacia él cuando apareció como gerente de la Tropical Belt Coal Company, con oficinas en Londres y en Amsterdam y otros aspectos derivados que sonaban y se veían grandiosos. Las oficinas de las dos capitales puede que no constaran —y era lo probable— sino de un cuarto cada una, pero a aquella distancia daba un cierto tono. Nosotros estábamos más sorprendidos que fascinados, francamente, a pesar de que hasta los más sensatos empezaron a sospechar alguna realidad en todo ello. Los Tesman figuraban como agentes y una línea de barcos-correo se había asegurado mediante contrato con el gobierno: la era del vapor se iniciaba en las islas. Un gran paso adelante. ¡El paso de Heyst!

Y los nuevos tiempos arrancaban del encuentro entre el acorralado Morrison y el vagabundo Heyst, cosa que pudo, o no, haber sido el fruto de una plegaria. El suplicante no era un imbécil, pero parecía haberse instalado en una concienzuda vaguedad en su relación con el benefactor. Si este fue enviado con dinero en el bolsillo por real decreto del Todopoderoso como respuesta a su oración, entonces no había ninguna razón especial para la gratitud, aunque la había, desde luego, para la resignación. Pero Morrison creía con la misma intensidad en la eficacia de la jaculatoria y en la bondad sin medida de aquel hombre. Agradecía a Dios con reverente sinceridad la gracia dispensada, y no podía, sin embargo, hacer lo mismo con Heyst, cuya ayuda era de hombre a hombre. En esta —sin duda loable— confusión de extremados sentimientos, la gratitud de Morrison insistió en la copaternidad de su amigo en el llamémosle gran descubrimiento. Finalmente, supimos que se había marchado a casa atravesando el Canal de Suez, con el objeto de apoyar personalmente en Londres el munificente proyecto del carbón. Se

despidió de su bergantín y desapareció del campo de observación. Más tarde supimos que había escrito más de una carta a su socio, en las que decía que Londres era frío y lóbrego; que no le gustaban ni los hombres ni las cosas; y que se sentía tan distante como una corneja cruzando por un país extraño. La verdad es que estaba muy unido al «Capricornio», —al barco, no sólo al trópico—. Por último, fue a Dorsetshire a encontrarse con los suyos, cogió un catarro y murió con extraordinaria rapidez en el seno de su atribulada familia. Si los esfuerzos de Londres habían minado sus energías, no es fácil saberlo. Pero en esa visita se dio seguramente forma al proyecto del carbón. En todo caso, la Tropical Belt Coal Company nació casi en el instante en que Morrison, víctima del agradecimiento y de la meteorología de su tierra, decidió reunirse con sus antepasados en un cementerio de Dorsetshire.

Heyst se derrumbó. Conoció la noticia en las Molucas, a través de los Tesman, y luego desapareció. Según parece, residió con un cierto doctor alemán que ocupaba un cargo en Amboyna y que, en calidad de amigo, cuidó de nuestro hombre en un bungaló de su propiedad. Volvió a dejarse ver repentinamente, los ojos socavados y un aire receloso por la posible recriminación de la muerte de Morrison.

¡Inocente Heyst! Como si alguno quisiera… Nadie tenía el más mínimo interés en los que se marchaban a casa. Estaba bien. Ya no contaban. Irse a Europa era casi tan definitivo como irse al Cielo. Era irse de aquel mundo regido por la indeterminación y por la aventura.

De hecho, muchos de nosotros no conocimos esta muerte hasta meses después, a través de Schomberg, enconado gratuitamente contra Heyst, que nos regaló con una pieza de su siniestro cotorreo:

—Este es el resultado de mantener relaciones con ese sujeto. Primero te exprime como un limón y luego te da el pasaporte para que vayas a morirte a casa. Tomen nota de Morrison.

Por supuesto, nos reímos de la arbitraria suspicacia que apuntaba a tan negros manejos. Se había corrido la noticia de que Heyst hacía los preparativos para irse a Europa y apoyar la empresa del carbón en persona. Pero nunca se fue. No era necesario. La compañía se había constituido sin él y la designación de gerente en los trópicos le llegó por correo. Desde el principio tuvo en el pensamiento a Samburan, o la Isla Circular de los mapas, para sede de la estación central.

Algunos de los prospectos editados en Europa encontraron el camino del Este y fueron pasando de mano en mano. Quedamos francamente admirados del mapa que los acompañaba y cuyo objeto no era otro que ilustrar a los accionistas. Samburan figuraba, con el nombre impreso en caracteres de buen tamaño, como el corazón del Hemisferio Este. Gruesas líneas irradiaban desde allí en todas direcciones y atravesaban los trópicos con forma de misteriosa estrella (líneas de influencia, trayectos, o algo parecido). Los promotores comerciales tienen una imaginación bastante curiosa. No existe temperamento más romántico en este mundo que el de un promotor comercial. Vinieron ingenieros, se importaron *coolies*, se levantaron bungalós, una galería horadó un costado de la montaña, y acabó apareciendo algo de carbón en Samburan.

Estos acontecimientos conmocionaron hasta las cabezas más reposadas. Hubo una época en que los isleños no hablaban de otra cosa que de la Tropical Belt Coal Company, e incluso aquellos que sonreían desdeñosamente sólo trataban de ocultar su desazón. No hay duda de que algo estaba sucediendo y cualquiera podía calibrar las consecuencias futuras: el ocaso del comerciante individual anegado en una nube de vapores. Nadie reunía las exigencias materiales para adquirir un barco de vapor. Por lo menos, ninguno de nosotros. Y Heyst era nada menos que el gerente.

—Heyst, ya sabe, Heyst el embrujado.

—Sí, sí. Dijo que buscaba hechos. Bien, pues ha encontrado uno que puede dejarnos arreglados a todos —comentó una voz amargada.

—Eso es lo que ellos llaman progreso: una nueva manera de ahorcar a la gente —farfulló otro.

Nunca se había hablado tanto sobre Heyst en los trópicos.

—¿Ese no es un barón sueco o algo parecido?

—¿Ese, un barón? ¡No digas bobadas!

Por mi parte, no tengo la más ligera duda de quién era. Él mismo me lo dijo en cierta ocasión, cuando todavía brujuleaba entre las islas, enigmático y desahuciado como un fantasma. Fue mucho antes de que se convirtiera de modo tan alarmante en el destructor de nuestra pequeña industria. Heyst o el Enemigo.

Se había puesto de moda hablar de Heyst como del Enemigo. Concreto y definido. Estaba peinando el archipiélago, saltando de un barco a otro como si fueran tranvías, aquí o allá o en cualquier otra parte, organizándolo

todo y con todas sus energías. Ya no eran bagatelas sino negocios. Y este repentino derroche de fuerza dirigida conmovió la incredulidad de los escépticos más que cualquier demostración científica que pudiera hacerse sobre la importancia de los yacimientos. Impresionante. Schomberg era el único que no se contagiaba. Grande, macho dentro de un estilo portuario, y densamente barbado, con un vaso de cerveza en la garra, se aproximaba a la mesa donde el tópico del momento se estaba dirimiendo y hacía como que escuchaba para después permitirse su inconmovible afirmación.

—Todo eso está muy bien, caballeros. Pero a mí no me ciega con el polvo de ese carbón. Ahí no hay nada. No puede haber nada. ¿Con un tipo así como gerente? ¡Fu!

¿Era esa la clase de clarividencia que ilumina el odio del imbécil, o era pura obcecación, de las que acaban por arrastrar a la gente del modo más espeluznante? La mayoría podemos recordar ejemplos de apoteósica locura. Y la apoteosis se la llevó ese borrico de Schomberg. La T. B. C. Co. liquidó, como empecé diciendo. Los Tesman se lavaron las manos, el gobierno canceló los famosos contratos, la conversación terminó por consumirse y en cierto momento se cayó en la cuenta de que Heyst se había esfumado. Tornó a su invisibilidad como en los lejanos días en que acostumbraba a despejar caminos en su tentativa de romper el hechizo y salir en dirección a Nueva Guinea o en dirección a Saigón (a los caníbales o a los cafés).

¡Heyst el embrujado! ¿Habría roto el hechizo? ¿Habría muerto? Éramos demasiado indiferentes como para estar haciéndonos preguntas durante mucho tiempo. Puede apreciarse, de todas formas, que nos caía bastante bien. Aunque ello no fuera suficiente para mantener vivo el interés que debe suscitar un ser humano. Con el aborrecimiento, en cambio, las cosas son distintas. Schomberg no podía olvidar a Heyst. La picajosa y varonil criatura teutónica vivía de su odio. Como hacen los tontos con tanta frecuencia.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Les han atendido a ustedes? ¡Estupendo! ¿Han visto? ¿Qué es lo que yo les he dicho siempre? Ahí no había nada que hacer. Yo lo sabía. Pero lo que me gustaría averiguar es qué ha sido de ese sueco.

Escupió la palabra «sueco», como si por sí sola significara «canalla». Detestaba a los escandinavos en cualquiera de sus manifestaciones. ¿Por qué? El Cielo lo sabe. Un imbécil es siempre indescifrable. Continuó:

—Hace más de cinco meses que no me encuentro a nadie que le haya visto.

Como ya he dicho, no estábamos excesivamente interesados, pero Schomberg era incapaz de comprenderlo. Un tipo extraordinariamente duro de mollera. Dondequiera que se juntaban tres personas, ya se ocupaba él de que apareciera Heyst.

—Espero que a ese sujeto no se le haya ocurrido ahogarse —añadía con seriedad un tanto cómica, pero que debería habernos estremecido si no fuera porque nuestra tertulia era más bien superficial y no estaba dispuesta a penetrar en la psicología de esta piadosa esperanza.

—¿Por qué? ¿No será que Heyst te debía algunos tragos?

—¡Tragos! ¡Nada de eso, amigo!

El hotelero no era un fenicio. El temperamento teutón rara vez lo es. Pero puso una siniestra expresión para decirnos que Heyst no había pasado, en total, de las tres visitas a su establecimiento. Este era el crimen por el cual Schomberg le deseaba nada menos que una larga y atormentada existencia. Obsérvese el teutónico sentido de la proporción y su apacible espíritu compasivo.

Finalmente, una tarde, se le vio aproximándose a un grupo de habituales, exteriorizando su alborozo. Infló el masculino pecho y se dirigió a ellos con total soberanía:

—Caballeros, tengo noticias suyas. ¿Que de quién? Pues de ese sueco, naturalmente. Está todavía en Samburan. Nunca se fue. La compañía desapareció; los ingenieros desaparecieron, lo mismo que los empleados y los *coolies*. Pero él se quedó clavado. El capitán Davidson, que venía del Oeste, le vio con sus propios ojos. Algo blanco en el muelle: derrotó y tocó tierra en uno de los botes. Heyst, como es de suponer. Se guardó un libro en el bolsillo tan consideradamente como siempre. En fin, que deambulando y leyendo por el muelle. «Todavía sigo al mando», dijo al capitán Davidson. Lo que me gustaría saber es cómo se las arregla para comer. Ahora, un trozo de pescado seco, y luego, ¿qué? A eso lo llamo yo tocar fondo. ¡Un hombre que arrugaba la nariz en mi propio comedor!

Y guiñó el ojo con toda su malevolencia. El timbre repiqueteó y poco después encabezaba la expedición hacia el comedor como el que dirige a sus feligreses hacia el templo, grave el porte y un aire soberano de benefactor de la humanidad. Su ambición no pasaba de alimentarla a un precio provechoso, y su único placer consistía en hablar de ella a

escondidas. Definía perfectamente su carácter el recrearse en la imagen de Heyst sin tener nada decente que llevarse a la boca.

Capítulo 4

Algunos entre nosotros se interesaron lo suficiente como para ir a pedirle detalles a Davidson. No es que hubiera muchos. Contó que había tocado Samburan con el único propósito de enterarse de lo que sucedía. Al principio le pareció que aquella parte de la isla había sido completamente abandonada. Era lo que sospechaba. Enseguida, y por encima de la espesa vegetación que Samburan ofrecía a la vista, divisó la punta del mástil, aunque sin bandera. Luego, mientras derivaba por el pequeño entrante que durante una época fue conocido como Bahía del Diamante Negro, distinguió con los prismáticos la clara figura del muelle. Sólo podía ser Heyst.

Convencido de que esperaba embarcarse, se dirigió hacia él:

—No hizo ninguna señal. A pesar de ello, botamos una lancha. No había huellas de vida alrededor. Es cierto, llevaba un libro en la mano. Tenía el mismo aspecto de siempre, muy aseado, calzado blanco y salacot. Me explicó que siempre había sentido un cierto gusto por la soledad. Era la primera vez que escuchaba algo así, le contesté. Se limitó a sonreír. ¿Qué podía decir yo? Es esa clase de hombres con los que cuesta entrar. Había algo en él. Uno no se da cuenta.

—Pero ¿qué pretende? ¿Mantener la propiedad de la mina? —pregunté.

—Algo así —respondió—. Seguir en mi puesto. —Pero si esto está más muerto que Julio César. De hecho, no hay nada por qué preocuparse.

—¡Oh!, hablando de hechos, yo también soy uno —respondió, cortando la conversación con uno de sus tajantes saludos.

Despachado de esta manera, Davidson volvió a bordo y mandó levar. Mientras se alejaba, observó que Heyst abandonaba el muelle. Se metió en la espesura y desapareció todo menos el salacot blanco, que iba como flotando en una marea verde. Luego, también desapareció, precipitado a las profundidades vivas de la selva (más celosa de las conquistas humanas que el propio océano) que cercaba ya los últimos vestigios de la Tropical Belt Coal Company y de A. Heyst, gerente en los trópicos.

Davidson, una persona benévola y sencilla a su manera, se sentía extrañamente conmovido. Hay que señalar que sabía muy poco de Heyst y que formaba parte de aquéllos a quienes su rebuscada cortesía desconcertaba completamente. En él mismo había cierta sensibilidad

depurada, aunque su educación no distara en absoluto de la del resto de nosotros. Éramos un grupo extravertido por naturaleza, que tenía sus propias reglas y me atrevería a decir que no eran peores que las de otra gente. Pero la delicadeza no se encontraba entre ellas. En cambio, la de Davidson era lo suficientemente cabal como para alterar el curso del vapor que capitaneaba. En lugar de pasar por el sur de Samburan, lo hacía por el pasaje de la costa norte, a una milla de distancia del muelle.

—Así puede vernos, si le apetece.

Y luego, como si le resultara objetable:

—En fin. Espero que no lo confunda con una intromisión. ¿No les parece?

Le tranquilizamos acerca de lo correcto de su comportamiento. El mar es libre.

La ligera desviación añadía unas diez millas a la ruta, pero como el viaje era de mil seiscientas, la cosa no tenía mucha importancia.

—He hablado de ello con el armador —apuntó el concienzudo capitán del «Sissie».

El tal tenía cara de limón añejo. Era pequeño y apergaminado, rara descripción de un chino que, por lo general, cuando ha prosperado suele añadir algunas pulgadas de esfericidad y estatura a su presencia. Emplearse en una firma china no es tan malo. Una vez que llegan a convencerse de tu rectitud, su confianza no tiene límite. Esa es la razón por la que el chino de Davidson graznó rápidamente:

—Vale, vale, vale. Haga lo que guste, capitán.

Y allí terminó el asunto. Aunque no del todo. De tarde en tarde el chino le preguntaba a Davidson por el hombre de blanco.

—¿Sigue allí todavía?

—Nunca le veo —se vio obligado a confesar Davidson al propietario, que le escudriñaba silenciosamente a través de los redondos anteojos con montura de cuerno y de tamaño excesivo para la reducida cara.

—Nunca le veo.

A mí me dijo en ocasiones:

—No me cabe la menor duda de que sigue allí. Pero se esconde. Desconcertante

—Davidson parecía ligeramente enfadado con Heyst—. Es curioso. De entre la gente que conozco, nadie se interesa por él, excepto ese chino.

—Y Schomberg —añadió al poco rato.

Schomberg, por supuesto. Preguntaba a todo el mundo sobre todo y arreglaba la información de la manera más infame que se le ocurría. De vez en cuando se adelantaba, los ojos brillantes y abotargados, los labios henchidos ya, la barba castañeteante, y todo encendido de malicia.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Tienen todo lo que desean? ¡Estupendo! Pues acaban de decirme que la selva ha devorado lo que quedaba de la Bahía del Diamante Negro. Es un hecho. Ahora no es más que un ermitaño en medio del desierto. Pero ¿cómo se las ingenia para comer esa especie de gerente? No lo entiendo.

Más de una vez, algún extraño preguntó, con curiosidad bastante natural:

—¿De quién habla? ¿Qué gerente?

—Oh, cierto sueco —con siniestro énfasis, como «cierto bergante»— bien conocido por aquí. La vergüenza le ha echado al monte. Como le pasa al diablo cuando le descubren.

Ermitaño. Esta era la última de las más o menos certeras etiquetas que le habían colgado a Heyst durante el peregrinaje por aquella provincia de la franja tropical donde el chasquido de la necia lengua de Schomberg se entrometía en los oídos.

En apariencia, al menos, Heyst no tenía temperamento de eremita. La presencia de los de su especie no le suscitaba ningún odio incontenible. Podemos asegurarlo desde el momento en que, por unas u otras razones, abandonó su retiro por un tiempo. Quizá sólo para ver si tenía correspondencia en casa de los Tesman. Yo no lo sé. Nadie lo sabe. Pero su reaparición demuestra que el desligamiento del mundo no era completo. Y la *incompletud* de cualquier clase orienta a la desgracia.

Axel Heyst no debiera haberse preocupado por sus cartas —o cualquiera que fuera el motivo que le sacó de Samburan al cabo de año y medio—. Pero era inútil. No tenía vocación de anacoreta. Puede que en eso consistiera la desgracia.

Sea como fuere, apareció repentinamente en la escena: el inconfundible porte, la frente despejada, amplios bigotes, el gesto mesurado y todo lo que remata la figura de Heyst, incluso la cavernosa mirada sobre la que planeaba todavía la sombra de la muerte de Morrison. Naturalmente, fue Davidson quien le rescató de la isla olvidada. No había otra forma. A no ser que una vela indígena pasara por allí, remota y muy insatisfactoria posibilidad. Sí, salió con Davidson, a quien declaró su voluntad de que

fuera por breve espacio —unos cuantos días, tampoco más—. Eso significaba volver a Samburan.

Ante la expresión de horror e incredulidad de su interlocutor, Heyst le explicó que, cuando se constituyó la compañía, había pedido que le enviaran algunas de sus pertenencias en Europa.

Tanto a Davidson como a cualquiera de nosotros, la idea de que Heyst, el vagabundo, el desnortado e ingrávido Heyst, tuviera esa clase de pertenencias que permiten amueblar una casa se convertía en algo sobrecogedoramente insólito. Grotescamente fantástico. Imaginemos que un alcatraz tomara posesión de una finca.

—¿Pertenencias? ¿Quiere usted decir sillas y mesas? —le preguntó Davidson con descarada perplejidad. Era exactamente lo que Heyst quería decir.

—Mi infortunado padre murió en Londres. Todo ha estado almacenado allí desde entonces —aclaró.

—¿Durante todos estos años? —exclamó Davidson, calculando el tiempo que Heyst llevaba dando brincos por la selva, de árbol en árbol.

—Incluso más —contestó el otro, que había comprendido muy bien.

Todo ello parecía implicar que había estado vagabundeando antes de caer bajo nuestro punto de mira. ¿En qué regiones? ¿Desde qué época? Quizá se trataba de un pájaro al que siempre le había faltado el nido.

—Dejé la escuela muy pronto —puntualizó durante el viaje—. Fue en Inglaterra. En una buena escuela. No tuve mucho éxito allí.

Las confesiones de Heyst. Ninguno de nosotros, con la probable excepción de Morrison, que estaba muerto, había llegado nunca a saber tanto de su vida. Parecía como si el ejercicio eremítico hubiera tenido la virtud de soltarle la lengua.

Durante este memorable viaje en el «Sissie», que llevó casi dos días, realizó algunas otras alusiones —no podrían llamarse informaciones— a su historia. El interés del capitán no se cifraba en lo excitante que pudieran ser tales alusiones, sino en esa ingénita curiosidad sobre la vida privada de los individuos que es un rasgo de la naturaleza humana. Añádase que la existencia de Davidson, deslizándose con el «Sissie» por el mar de Java en un trayecto de ida y vuelta, era inequívocamente monótona y, en cierto sentido, solitaria. Nunca tenía compañía a bordo. Claro que el barco iba repleto de pasajeros nativos en cubierta, pero nunca de hombres blancos, así que la presencia de Heyst durante los dos días debió ser una especie de

regalo de la Misericordia. Davidson nos lo refirió más tarde. El improvisado viajero aludió también a que su padre era autor de tina buena porción de libros. En calidad de filósofo.

—Sospecho que debió tener también algún ramalazo lunático —comentó Davidson—. Según parece, tuvo sus más y sus menos con la familia en Suecia. La clase de padre precisamente que uno imaginaría para Heyst. ¿No hay en él algo obsesivo? Apenas murió el padre, se perdió por el ancho mundo y, según cuenta, no se detuvo hasta que topó con el famoso negocio del carbón. De tal palo, tal astilla, ¿no les parece?

Por lo demás, Heyst seguía tan fino como siempre. Se ofreció a pagar el billete. Y cuando Davidson se negó a hablar de ello, él le estrechó calurosamente la mano con uno de sus tajantes saludos, declarando que estaba conmovido por tan solidario proceder.

—No me refiero a esta ridícula cantidad que usted rehúsa —continuó, con un apretón a la mano del oficial—. Lo que me conmueve es su sensibilidad —otro apretón—. Créame, le estoy profundamente reconocido por ser objeto de ella —y apretón definitivo.

Todo apunta a que Heyst comprendió debidamente las periódicas apariciones del pequeño «Sissie» en el panorama del destierro.

—Es un auténtico caballero —dijo Davidson—. Cuando desembarcó, lo lamenté sinceramente.

Preguntamos dónde había dejado a Heyst.

—En Sourabaya, naturalmente. ¿Dónde, si no?

Los Tesman tenían su oficina central en Sourabaya. La relación entre Heyst y ellos venía de antiguo. La incongruencia de un anacoreta que dispone de agentes comerciales no era lo más chocante, ni siquiera el absurdo de un acabado y delirante directivo de una empresa naufragada, hundida y desaparecida, tratando de atender a sus negocios. Dijimos Sourabaya, por supuesto, y dimos por sentado que se quedaría con uno de los Tesman. Alguien llegó incluso a preguntarse qué clase de recepción le dispensarían. Era de dominio público que a Julius Tesman, el fiasco de la Tropical Belt Coal Company le había tenido fuera de sí. Pero el capitán nos corrigió. Nada de eso. Heyst fue a hospedarse en el hotel de Schomberg y desembarcó a bordo de la lancha del establecimiento. No es que Schomberg hubiera pensado mandar su lancha al encuentro de un simple mercante como el «Sissie», sino que había ido al encuentro de un correo costero y le hicieron señales. El mismo Schomberg iba al timón.

—Debieran haber observado cómo los ojos de Schomberg se salían de la órbita cuando Heyst saltó con su viejo maletón de cuero —dijo Davidson —. Fingió no saber quién era. Al principio, por lo menos. Yo no fui a tierra con ellos. Sólo nos quedamos un par de horas en total. Descargamos dos mil cocos y nos marchamos. Estuve de acuerdo en recogerle en mi próximo viaje, dentro de veinte días.

Capítulo 5

Ocurrió que Davidson retrasó dos días el viaje de regreso. Nada decisivo, ciertamente, pero se sintió obligado a ir a tierra enseguida, durante la hora más calurosa de la tarde, para buscar a Heyst. El hotel de Schomberg estaba situado en un extenso recinto donde se veía un jardín y algunos árboles altos, bajo cuyo desplegado ramaje destacaba una especie de auditórium destinado a CONCIERTOS Y OTRAS REPRESENTACIONES, como el hotelero había hecho constar en los anuncios.

Trémulos jirones de cartel, proponiendo en gruesos caracteres rojos CONCIERTO TODAS LAS NOCHES podían leerse en las columnas de ladrillo de ambos lados de la puerta.

El paseo había sido largo y condenadamente caluroso. Davidson permaneció enjugándose el sudor en frente de lo que Schomberg llamaba *la piazza*, a la que se abrían varias puertas con los lienzos completamente bajados. Ni un alma a la vista, siquiera la de un mozo chino.

Nada, excepto una buena cantidad de sillas y mesas de metal pintado. Soledad, penumbra y un silencio envolvente, además de una débil e incierta brizna de aire que llegaba de los árboles y que inesperadamente produjo en el sofocado Davidson un ligero temblor (el temblor de los trópicos que, especialmente en Sourabaya, a menudo significa fiebre y hospital para el imprudente hombre blanco).

Precavidamente buscó refugio en la oscuridad del cuarto más cercano. En aquel crepúsculo artificial, y de entre las superficies ensabanadas de las mesas de billar, surgió una forma blanca sobre las sillas en las cuales había permanecido extendida. La mitad de la jornada, una vez concluido el trajín de los almuerzos, coincidía con la hora desganada de Schomberg. Anduvo despacio, gordo, un poco dubitativo y a la defensiva, la espesa barba como una coraza sobre la pechera. No le agradaba Davidson: nunca fue un cliente asiduo. Pulsó el timbre de una de las mesas por la que pasaba y preguntó con el aire distante de oficial reservista:

—¿Qué desea?

El capitán trataba todavía de enjugarse los goterones y se limitó a declarar que había venido a llevarse a Heyst, como acordaron.

—Aquí no está.

Apareció un chino como respuesta al timbre. Schomberg se le volvió marcialmente.

—Que el caballero te diga lo que quiere.

Davidson tenía que irse y no podía esperar. Lo único que pedía es que Heyst estuviera informado de que el «Sissie» zarpaba a medianoche.

—Le estoy diciendo a usted que no está aquí.

El marino chasqueó la lengua con preocupación.

—Vaya, por Dios. Entonces será en el hospital. Conclusión bastante normal en una localidad tan saqueada por la fiebre.

El reservista se limitó a fruncir los labios y a pajarear con las cejas sin mirarle. Cosa que podía significar lo que se quisiera, aunque Davidson confió en poder abandonar la idea del hospital. Eso no quitaba tener que encontrar a Heyst antes de medianoche.

—¿Ha estado aquí?

—Sí. Estuvo aquí.

—¿Podría decirme dónde se encuentra ahora?

Trataba de contemporizar, aunque dentro de él empezara a crecer una inquietud propia, como el afecto, de quien se adjudica un papel protector. Obtuvo esta respuesta:

—No puedo decírselo. No es de mi incumbencia —y todo ello acompañado de majestuosas oscilaciones de cabeza que insinuaban horrendos misterios.

Davidson era la paciencia personificada. Formaba parte de su naturaleza. Y no traicionó sus sentimientos, nada favorables por lo demás al teutón. «Estoy seguro de que le encontraré en las oficinas de Tesman», pesó. Pero era una hora muy calurosa y si Heyst anduviera por el puerto habría sabido ya lo del «Sissie». Era incluso posible que estuviera ya a bordo, disfrutando de la frescura de las bodegas. Davidson, hombre de volumen, se preocupaba bastante por la temperatura y solía decidirse por la inmovilidad. Titubeó un instante. Schomberg, mirando desde la puerta hacia el exterior, aparentaba una perfecta indiferencia. No le duró mucho, sin embargo. Se volvió de improviso y preguntó ásperamente:

—¿Es que quiere usted verle?

—Eso es. Quedamos en encontrarnos…

—No se moleste. Dudo que ahora esté tan preocupado como usted.

—Ah, ¿sí?

—Juzgue por sí mismo. ¿No está aquí, verdad? Tome usted mi palabra. Y no se moleste por él. Se lo aconsejo como amigo.

—Gracias —dijo Davidson íntimamente sobresaltado por aquel tono iracundo—.

Creo que me sentaré un instante y tomaré un trago, después de todo.

No era precisamente lo que Schomberg esperaba oír. Se desgañitó:

—¡Mozo!

El chino hizo acto de presencia, y después de señalar al blanco con un cabezazo, el hotelero se marchó murmurando entre dientes. El visitante llegó a escuchar cómo le rechinaba la quijada mientras se iba.

Davidson se quedó solo con las mesas de billar y con la impresión de que no había un alma en el hotel. Su apacibilidad era tan genuina como para no hacerle sufrir una inquietud profunda por la ausencia de Heyst o los extraños modales con que Schomberg le había tratado. Estaba considerando los acontecimientos con su particular método, consistente en equilibrio y prudencia. Algo había ocurrido y él se sentía poco dispuesto a salir a investigar, retenido por un presentimiento que de algún modo esclarecedor le sobrevendría allí mismo. Uno de los carteles de CONCIERTO TODAS LAS NOCHES, como los de la puerta, pero en buen estado, colgaba de la pared de enfrente. Lo observó sin interés, aunque le sorprendiera el hecho —no muy habitual— de que anunciara una orquesta de damas: LAS DIECIOCHO ESTRELLAS DE ZANGIACOMO EN GIRA POR EL ESTE.

El cartel informaba que habían tenido el honor de interpretar un selecto repertorio entre diversas autoridades coloniales, a las que se añadían pachás, *sheiks*, magistrados, S. A. R. el sultán de Mascate, etc.

Davidson compadeció a las dieciocho artistas. Conocía esa clase de vida, las sórdidas condiciones y los incidentes brutales de tales giras, siempre capitaneadas por algún Zangiacomo que a menudo era cualquier cosa, menos músico. Mientras escudriñaba en el cartel, sonó una puerta a su espalda y entró una mujer, que no era otra que la de Schomberg. Como cínicamente observó alguien en cierta ocasión, carecía hasta tal punto de atractivo que era difícil imaginarla siendo otra cosa. La opinión de que él la trataba abominablemente se sustentaba en la aterrorizada expresión de su cara. Davidson levantó el sombrero. Ella le devolvió una inclinación del rostro cetrino y acto seguido tomó asiento tras una especie de alto mostrador, frente a la puerta, con un espejo y filas de botellas contra la

pared. Llevaba un complicado peinado de dos tirabuzones caídos al lado izquierdo del magro cuello. También, un vestido de seda. Era evidente que había estado cumpliendo con sus obligaciones de hospedera. Por una u otra razón, ello formaba parte de las exigencias del marido, aunque no añadiera nada a los encantos del lugar. Se sentaba allí, entre el humo y el ruido, como un santo en su hornacina, sonreía bobamente en dirección a los billares de cuando en cuando y no hablaba con nadie y nadie le hablaba. El propio Schomberg no tenía más interés en ella que el que pudiera derivarse de una repentina y desdeñosa mirada. En todo caso, hasta los chinos ignoraban su existencia.

Había interrumpido las reflexiones de Davidson. A solas con ella, su silencio y su boquiabierta inmovilidad le hicieron sentirse incómodo. La gente le sugería fácilmente sentimientos compasivos. A pesar de la violencia del mutismo. Lo rompió refiriéndose al cartel:

—¿Ha hospedado usted a ese grupo en su casa? Hasta tal punto le faltaba la costumbre de que los clientes se dirigieran a ella, que el simple sonido de la voz hizo que saltara en el asiento.

Davidson contaría después que ella saltó exactamente como un muñeco de madera, sin perder la rigidez. No movió siquiera los ojos. Y aunque le respondió con soltura, no pudo despejar aquella sensación de madera en los labios.

—Pararon aquí poco más de un mes. Ya se han ido. Tocaban todas las noches.

—Sería un buen grupo, me imagino…

No contestó nada. Se mantuvo mirando fijamente al vacío y su silencio volvió a desconcertar a Davidson. Parecía que no le había escuchado. Lo cual era imposible. Quizá su conversación terminara allí donde comienzan a expresarse las opiniones. El hotelero podía haberla entrenado, por razones domésticas, a guardárselas para ella. Pero Davidson se creyó en la obligación de conversar; así que llevó a cabo una interpretación personal de este sorprendente silencio cuando dijo:

—Ya veo que no fue muy rentable. Esta clase de orquestas rara vez lo son. ¿Se trataba de un grupo italiano, señora Schomberg, a juzgar por el nombre del director?

Sacudió negativamente la cabeza.

—En realidad, es alemán. Sólo que se ha oscurecido el pelo por exigencias del espectáculo. Zangiacomo es su nombre artístico.

—Un hecho curioso —comentó Davidson.

Con la cabeza ocupada en Heyst, se le ocurrió que también podía conocer otros hechos. No dejaba de ser un divertido descubrimiento para cualquiera que se fijara en ella. Nadie había sospechado jamás que estuviera en posesión de un cerebro. Por pequeño, incluso por raro que fuera. Uno se inclinaba a pensar en ella como en un objeto, un autómata, un simple maniquí con un dispositivo para inclinar la cabeza con puntualidad y sonreír estúpidamente cada cierto tiempo. Davidson avistó su perfil de nariz aplastada, mejillas hundidas y un fijo, esclerótico y desorbitado ojo. No pudo menos que preguntarse a sí mismo: «¿Es esto lo que acaba de hablar? ¿Hablará otra vez?».

El mero prodigio era tan excitante como trabar conversación con una máquina. Una sonrisa se pintó en las gruesas facciones de Davidson. La sonrisa de un hombre que hace un experimento jocoso. Se dirigió a ella otra vez:

—Pero los restantes miembros de la orquesta eran verdaderos italianos, ¿no es así?

Por supuesto, le tenía sin cuidado. Sólo quería comprobar si el mecanismo funcionaba de nuevo. Funcionó. El artefacto dijo que no. Al parecer, eran de todas partes. Se interrumpió, el desorbitado ojo inmóvil mirando a lo largo de la habitación y a través de la puerta abierta a la plaza. Luego continuó en el mismo tono murmurante:

—Había también una muchacha inglesa.

—¡Pobre diablo! —dijo Davidson—. Sospecho que esas mujeres no tienen mejor vida que la de un esclavo. ¿Por lo menos, era decente el tipo de la barba teñida?

El artefacto permaneció en silencio. El empático entendimiento de Davidson sacó sus propias conclusiones.

—¡Mala vida, la de esas mujeres! —dijo—. Cuando se refiere a una chica inglesa, señora Schomberg, ¿quiere usted decir una jovencita? Algunas de esas chicas de orquesta no son lo que se dice unas pavas.

—Bastante joven —las mortecinas palabras salieron de la impasible fisonomía de la mujer en la hornacina.

El visitante, animado, comentó que lo sentía por ella. Se compadecía fácilmente de la gente.

—¿Adónde fueron, después? —preguntó.

—No se fue con ellos. Se escapó.

Esa fue la sentencia que Davidson obtuvo a continuación, y que introdujo un nuevo aliciente en la entrevista.

—¡Vaya, vaya! —exclamó plácidamente; y luego, con el conocimiento de un hombre de mundo—: ¿Y con quién? —preguntó sin dudarlo.

La impasibilidad proporcionaba a la señora Schomberg la apariencia de un interlocutor absorto. Quizá escuchara, realmente; en cuanto al marido, debería estar concluyendo la siesta en algún lejano rincón de la casa. Se hizo un silencio profundo que duró hasta hacerse inquietante. Al cabo de un tiempo, la entronizada susurró por fin:

—Con ese amigo suyo…

—Ya veo que sabe que estoy buscando a un amigo —dijo Davidson, esperanzado—. ¿Va usted a decirme…?

—Ya se lo he dicho.

—¿Cómo?

Una pantalla se desplegó ante los ojos de Davidson, proyectando algo en lo que no podía creer.

—¡Usted no quiere decir eso! No es esa clase de hombre.

Pero las últimas palabras llegaron débilmente. La mujer no hizo el más mínimo movimiento. En cuanto a Davidson, el impacto tuvo la virtud de tensarle, primero, para desmadejarle, después.

—¡Heyst! ¡El perfecto caballero! —ronroneó.

La otra no pareció escucharle. Aquel hecho abrumador no se ajustaba, por unas u otras razones, a la idea que Davidson tenía de Heyst. Nunca le oyó hablar de mujeres y nunca parecía pensar en ellas, siquiera para recordar que existían. Y ahora, de golpe, aquello. ¡Escaparse con una instrumentista!

Por entonces, trataba de situar en una perspectiva indulgente a cada una de las partes que intervinieron en el pasmoso suceso. Antes que nada —reflexionaba—, no estaba muy seguro de que ello impidiera considerar a Heyst como el perfecto caballero que había sido. Se enfrentó a nuestras protestas desenfadadas con la misma cara oronda y seria que a nuestras silenciosas sonrisas. Heyst se había llevado a la muchacha a Samburan y el asunto no era para tomárselo a broma. El aislamiento, la ruina de la región, impresionaron el espíritu sencillo de Davidson y eran incompatibles con los frívolos comentarios de quien no lo hubiera visto. El muelle negro, escapando de la jungla hacia el mar desierto; los tejados de las casas abandonadas mirando furtivamente sobre la espesura. ¡Dios! La fúnebre y

colosal pizarra, vestigio de la Tropical Belt Coal Company, presidiendo una selva de arbustos, como una inscripción pegada en un sepulcro representado por el alto túmulo de carbón abandonado en la punta del muelle, y que se añadía a la desolación general. Argumentos del sensible Davidson: la muchacha debe haber sido una desdichada para seguir a un tipo tan extraño a un lugar tan desconocido; Heyst le había contado sin duda la verdad: era un caballero; pero no había palabras que hicieran justicia a las condiciones de vida en Samburan, una isla desierta era un balneario, por comparación. Más todavía, cuando se naufraga en una isla desierta uno no tiene grandes esperanzas; pero esperar de una violinista, fugada de una orquesta femenina ambulante, que se quede tan fresca en un lugar semejante durante un día, durante un solo día, resultaba inconcebible. Se aterrorizaría apenas le pusiera la vista encima. Y luego se echaría a gritar. ¡Qué aptitud para la empatía, la de este grueso y pacífico personaje! Estaba profundamente conmovido. Se veía lo mucho que le importaba Heyst. Le preguntamos si había pasado por allí últimamente.

—Sí, claro Siempre paso… a una milla de distancia.

—¿Ha visto a alguien?

—Ni un alma, ni una sombra. Nada.

—¿Hizo usted sonar la sirena?

—¿La sirena? ¿Piensan ustedes que yo haría una cosa así?

Rechazó la mera posibilidad de intrusión tan injustificable. ¡Qué individuo maravillosamente delicado!

—Bueno, pero ¿cómo sabe usted que están allí?, —era la lógica pregunta.

Heyst había confiado a la señora Schomberg un mensaje cuyo destinatario era Davidson (unas cuantas líneas a lápiz en un jirón de papel). Se refería al imprevisto acontecimiento que le obligó a marcharse antes de la fecha concertada, al tiempo que pedía la benevolencia de Davidson por aquella aparente descortesía. La mujer de la casa —la señora Schomberg, se entiende— le daría detalles. Aunque incapaz de explicarlos, por supuesto.

—¿Qué había que explicar? —se preguntaba Davidson—. Se encaprichó de esa violinista y…

—Y ella de él, según parece —sugerí yo.

—Un asunto de lo más apresurado —reflexionó Davidson—. ¿En qué cree usted que acabará todo esto?

—En arrepentimiento, me atrevería a decir. ¿Pero a qué se debe que la señora Schomberg fuera elegida como confidente? Por supuesto, una figura de cera resultaría de más utilidad que aquella mujer a quien estábamos acostumbrados a ver sentada en su púlpito, por encima de las mesas de billar, sin expresión, sin movimiento, sin voz, sin vista.

—Ella ayudó a escapar a la muchacha —dijo Davidson, volviendo los inocentes ojos, desencajados por el estado de permanente estupefacción que le causaba el asunto, tal una crisis de terror o pesar cuando deja a sus víctimas afligidas y acalambradas por el espanto. No parecía que pudiera recuperarse.

—Me tiró la nota en la barriga, enrrollada como un canutillo, mientras estaba todavía sentado y absolutamente desprevenido —continuó Davidson —. Nada más recuperarme del imprevisto, le pregunté qué diablos hacía ella en mitad de la maraña, para que Heyst le hubiera confiado el mensaje. Entonces, comportándose como una imagen pintada más que como una mujer viva, susurró, muy bajo, para que sólo yo pudiera escucharla:

—Les ayudé. Reuní las cosas de ella, las hice un hatillo con mi propio chal y las arrojé al patio por una ventana trasera. Así fue.

—¡Una mujer de la que cualquiera diría que no tiene arrestos para empinar el dedo meñique! —Se maravilló Davidson con su apacible, aunque ligeramente sofocada voz.

—Y ahora, ¿qué me dicen ustedes?

Pensé que tendría algún interés personal en serles útil. Estaba demasiado desvitalizada como para que se la sospecharan arranques sentimentales. Y respecto a Heyst, nadie creía que la hubiera sobornado. Cualesquiera que fueran los recursos con que contaba, no habrían bastado. Puede también que ella se moviera por la desinteresada pasión de entregar una mujer a un hombre, lo que cierta gente llama casamentera. Entonces tendríamos un extraordinario e irregular ejemplo de ello.

—El fardo debió ser muy pequeño —observó el capitán más tarde.

—Supongo que la chica era especialmente atractiva —comenté.

—No puedo decirle, pero en cambio era muy pobre.

Calculo que había poco más que ropa blanca y un par de vestidos almidonados, de los que se utilizan en escenario.

Seguía su propio hilo de pensamiento. Imaginaba que nunca se había escuchado nada semejante en la historia de los trópicos. ¿Dónde podría encontrarse a alguien capaz de raptar a una violinista ambulante? Había,

desde luego, sujetos que se encaprichaban de una preciosidad…, pero no se escapaban con ella. ¡Cielos, no! Para eso se necesitaba un lunático como Heyst.

—¡Pensar siquiera lo que eso significa! —resopló Davidson, fantaseando bajo su irrestañable placidez—. ¡Sólo pensarlo! Tanta soledad meditabunda le ha trastornado. Nunca se paró a reflexionar, de lo contrario no lo habría hecho. Ningún hombre en su sano juicio… ¿Cómo puede continuar una cosa así? ¿Cómo se las va a apañar con ella? Es una locura.

—Usted dice que está loco y Schomberg que se muere de inanición en su isla.

Pues bien, tal vez acabe por comérsela —sugerí.

La mujer de Schomberg no tuvo tiempo para entrar en detalles, según Davidson. Pero seguía resultando milagroso que hubieran sobrevivido solos tanto tiempo. La tarde somnolienta se deslizaba hacia el final. Pasos y voces resonaban en la veranda, perdón, la *piazza*, junto al roce de las sillas y al sonido de un timbre vehemente. Los clientes regresaban. La señora Schomberg estaba rogándole precipitadamente, pero sin mirarle, que guardara el secreto, cuando a mitad de una palabra el medroso susurro se quebró. A través de una puerta interior apareció el marido, con el pelo recién cepillado, la barba moldeada pulcramente y los párpados todavía hinchados por la modorra. Dirigió una mirada suspicaz a Davidson y otra más oblicua a su mujer, pero le desconcertó la tranquilidad natural de uno y la inmovilidad habitual de la otra.

—¿Has mandado las bebidas? —preguntó de mal humor.

Ella no despegó los labios, porque en ese justo momento apareció el mozo principal con una bandeja repleta en dirección a la veranda. Schomberg anduvo hasta la puerta y saludó a los clientes, pero no se reunió con ellos. Se quedó obstaculizando la salida, dando la espalda a la estancia, y seguía allí cuando el visitante, después de permanecer sentado un tiempo, se levantó con la intención de marcharse. El ruido hizo que el teutón volviera la cabeza y observara el saludo que se destinaba a su mujer, que lo devolvió con su tosca inclinación acompañada de la correspondiente y meliflua sonrisa. Luego miró afuera. Como quien soporta una pesada dignidad. Davidson se detuvo en la puerta con toda naturalidad.

—Siento que no pudiera usted decirme nada sobre la ausencia de mi amigo. Mi amigo Heyst, ya sabe. Supongo que no me queda más remedio

que ir a indagar al puerto. Estoy convencido de que allí sacaré algo en limpio.

—¡Puede irse a indagar al infierno! —replicó Schomberg con un ronco murmullo. El propósito de Davidson al dirigirse al hotelero no había sido otro que el de salvar a la mujer de toda sospecha. Pero no le hubiera importado escuchar algo más sobre Heyst desde otro punto de vista. Era una posibilidad llena de astucia. Aunque alcanzaría el éxito de una forma algo chocante, toda vez que el punto de vista del hotelero era extremadamente desproporcionado. Como un rayo, y en el mismo tono bronco, se lanzó a apellidar a Heyst con un completo repertorio de insultos, de los cuales «cerdo nacido de una perra» no era el peor, y con un encono que casi le asfixia. Aprovechando una pausa, Davidson, cuyo temperamento estaba acostumbrado a las tormentas, protestó suavemente:

—No tiene sentido enfurecerse de esa manera. Aun en el caso de que se hubiera fugado con la caja registradora.

El descomunal hotelero se encorvó y plantó su furibunda cara encima de la de Davidson.

—¡Mi caja! Mi… él… ¡Escuche, capitán! Se escapó con una muchacha. ¡Y a mí qué me importa la muchacha! ¡Un comino me importa!

Soltó una nueva infamia que hizo recular a Davidson. Se trataba de lo que era la muchacha; y repitió una vez más que la muchacha le importaba un comino. Lo único que le afectaba era el buen nombre de su casa. Dondequiera que había regido un establecimiento, había alojado artistas en su casa. Las recomendaciones pasaban de boca en boca. Pero ¿qué ocurriría ahora, cuando se supiera que los directores corrían el riesgo de perder elementos de su troupe si se quedaban allí? ¡Su propia casa! Precisamente ahora, que había invertido 734 guineas en construir una sala de conciertos en su propiedad. ¿Era aquello lo que debía hacerse en un hotel respetable?

¡El descaro, la indecencia, la impudicia, la atrocidad! ¡Vagabundo, impostor, guindilla, rufián, *schweinhund*!

Tenía agarrado a Davidson por un botón de la americana, detenido en la misma puerta, y en la perspectiva exacta de la mirada abrumada de la señora Schomberg. Se tropezó con ella y pensó en dedicarle alguna seña confortadora. Pero ella observaba con tal ausencia de sentidos y hasta de vida, colocada en sus alturas, que le pareció que no merecía la pena. Y liberó su botón con decidida serenidad. Acto seguido, tras una mal reprimida maldición final, Schomberg desapareció en el interior con la

intención de restaurar su espíritu en soledad. El otro salió a la veranda. La reunión de habituales había llegado a tiempo de presenciar el sabroso interludio de la puerta. Davidson conocía a uno de ellos y le hizo un saludo al pasar. Bastó para que el conocido le reclamara.

—¿No es cierto que anda de un humor de perros? Sepa que ha estado así desde entonces.

El que había hablado se rio en voz alta, mientras que el resto se conformó con una sonrisa. Davidson se detuvo.

—Así parece.

Sus sentimientos, según confesó después, eran de una confusa resignación; pero, naturalmente, eso no resultaba más evidente para los demás que las emociones de una tortuga marina cuando se repliega en su concha.

—Resulta todo bastante insensato —murmuró pensativamente.

—¡Y además tuvieron una pelea! —dijo otro.

—¿Qué quiere decir? ¿Una pelea? ¿Una pelea con Heyst? —preguntó entre asombrado e incrédulo.

—No, hombre. Esos dos. El responsable de la banda, el tipo que se encarga de las mujeres y nuestro Schomberg. Al *signor* Zangiacomo le dio la ventolera por la mañana y se fue a por nuestro respetable amigo. Créame, se abrazaron y rodaron por el suelo a lo largo de la veranda, luego se persiguieron por toda la casa, portazos, chillidos de mujer (diecisiete de ellas en el comedor), los chinos subidos a las cepas, ¿eh, John?, tú trepaste a un árbol para ver el combate, ¿no es cierto?

El chino, de ojos almendrados e imperturbables, emitió un gruñido desdeñoso, terminó de pasar el trapo por la mesa y se esfumó.

—Aquello fue, cómo decirlo, una auténtica paliza de las de «todo vale». Y Zangiacomo la empezó. Vaya, aquí está Schomberg. Diga: ¿no se abalanzó hacia usted cuando la muchacha desapareció, porque usted había insistido en que las artistas debían mezclarse con el público en los entreactos?

El hotelero había hecho acto de presencia en la puerta. Avanzó. El porte augusto, pero las aletas de la nariz extraordinariamente expansivas, y controlando su tono con un esfuerzo evidente.

—Exactamente. Se trataba de negocios y nada más. Yo le impuse ciertas condiciones pensando en su bienestar, caballeros. No hay nada que hacer en esta ciudad por las tardes. Creí, caballeros, que a todos les gustaría tener la

oportunidad de escuchar un poco de buena música. ¿Y qué tiene de malo ofrecer una granadina o lo que se quiera a una dama del espectáculo? Pero ese individuo, ese sueco, rondaba a la muchacha. Igual que ha rondado a toda la gente de por aquí. Le he observado durante años. Recuerden cómo acorraló a Morrison.

Se dio la vuelta bruscamente, como desfilando, y se fue. Los clientes de la mesa intercambiaron silenciosas sonrisas. La actitud de Davidson se limitó a la del espectador. Podían escuchar el furioso trasiego de Schomberg entre las mesas de billar.

—Y lo más divertido —resumió el que hablaba, un empleado inglés de una firma holandesa— es que antes de las nueve de esa misma mañana los dos bajaban juntos al puerto subidos en un limón, a la caza de Heyst y de la muchacha. Yo les vi corriendo arriba y abajo y haciendo preguntas. No sé lo que hubieran hecho con la chica, pero parecían bastante dispuestos a caer sobre Heyst y liquidarlo allí mismo. Nunca había visto —comentó— nada tan raro. Aquellos dos sabuesos trabajando febrilmente con igual fin y obcecados en su mutua e inquietante agresividad. Aborreciéndose y desconfiando, se metieron en una lancha de vapor y se precipitaron de barco en barco por toda la rada, provocando más de un revuelo. Los capitanes de los navíos bajaron ese mismo día a tierra con historias de una extraña invasión y pretendiendo averiguar quiénes eran aquellos dos lunáticos provocadores de la lancha de vapor, al parecer tras un hombre y una mujer, que hablaban de cosas sin pies ni cabeza. La forma en que les recibieron no fue precisamente cariñosa. Hasta el punto de que el piloto de un barco americano les echó por la borda con indescriptible rapidez.

Entretanto, Heyst y la muchacha estaban ya a pocas pero suficientes millas de distancia, al haber tomado por la noche una de las goletas de Tesman, con rumbo Este.

Todo ello se supo más tarde, a través de los marineros javaneses que Heyst contrató con ese propósito a las tres de la mañana. La goleta partió con el alba y la virazón de tierra, y se mantuvo a la vista, con toda probabilidad, durante las horas siguientes. No obstante, los perseguidores, tras la experiencia con el piloto americano, optaron por el regreso. Ya en firme, tuvieron otra violenta escaramuza en idioma alemán. Pero no hubo segundo asalto. Finalmente, con miradas de espeluznante animadversión, subieron al carruaje —evidentemente, con el austero proyecto de repartirse

la factura— y se largaron dejando un estupefacto gentío de nativos y europeos sobre el muelle.

Después de escuchar esta maravilla de relato, Davidson abandonó la veranda, atestada de los indelebles parroquianos de Schomberg. La fuga de Heyst era el denominador común de la conversación. Nunca en el pasado aquella personalidad irresponsable había sido el alimento de tanta cháchara. Ni siquiera en los inicios de la T. B. C. Co., cuando alcanzó momentáneamente la categoría de personaje público y se convirtió en el blanco de la torpe crítica y de la envidia insensata de cada vagabundo y aventurero de las islas. Davidson concluyó que a la gente le gustaba discutir esa clase de escándalos por encima de cualquier otro.

Le pregunté si lo consideraba un escándalo de tal amplitud, después de todo.

—¡Santo cielo, no! —dijo ese hombre excelente e incapaz de una conducta impropia.

—Pero no es algo que yo hubiera hecho. En el caso, naturalmente, de no estar casado. No había reproche en la declaración. Todo lo más, pesar. Compartió, además, mi sospecha de que aquello era esencialmente la única posibilidad de supervivencia de un ser atormentado. La cuestión no radicaba en que fuéramos dos románticos pintando el mundo con los colores del sentimentalismo, pero fuimos bastante perspicaces como para descubrir quién era aquel hombre desde hacía mucho tiempo.

—Y no hubiera tenido valor —continuó—. Yo lo veo claro, pero Heyst no. En otro caso, se habría asustado. Nadie se pierde en la jungla con una mujer sin lamentarlo más tarde o más temprano, de una forma u otra. Y él, siendo un caballero, simplemente lo pone todo más difícil.

Capítulo 6

No se dijo más acerca de Heyst en esa ocasión, y yo no volví a encontrar a Davidson hasta pasados tres meses. Aseguraría que lo primero que dijo al encontrarme fue:

—Le he visto.

Y antes de que le manifestara mi asombro, dejó bien sentado que no se había tomado libertades, que no se había entrometido. Fue avisado. En otro caso ni en sueños habría irrumpido en la intimidad de Heyst.

—No me cabe la menor duda —concediéndole con esta respuesta mi más absoluto acuerdo con esa exquisita delicadeza.

Era el hombre más delicado que pudiera verse al frente de un vapor de las islas. Pero su humanidad, no menos profunda y loable, le había llevado a conducir su barco por la ruta de Samburan (a distancia de una milla del puerto) cada veintitrés días exactamente. Davidson era delicado y a la vez perseverante.

—¿Fue Heyst quien le avisó? —pregunté con enorme interés.

Efectivamente, Heyst le llamó mientras cruzaba la isla en la fecha de costumbre. Davidson estaba escudriñando la playa a través de los prismáticos, con su perseverante y puntual humanidad, al tiempo que dejaba por el través a Samburan.

—Distinguí a un hombre de blanco. Sólo podía tratarse de él. Había enarbolado una especie de bandera colosal atada a un asta de bambú, que agitaba en el puntal del muelle viejo.

Normalmente, evitaba una excesiva aproximación a la costa —supongo que por miedo a resultar indiscreto—. Pero ahora se dirigió a la ensenada, paró los motores y arrió un bote. Davidson en persona lo gobernó, acompañado de marineros malayos.

Cuando el de tierra comprobó que venían hacia él, dejó caer el pabellón. A la llegada, el capitán se lo encontró arrodillado y ocupado concienzudamente en separar la bandera del palo.

—¿Pasaba algo? —pregunté, al haberse detenido con una pausa el relato y excitado mi natural curiosidad—. Recuérdese que Heyst, como no se le escapaba a nadie en el archipiélago, no era —cómo decirlo—, no era la clase de hombre que mata el tiempo haciendo señales.

—Lo mismo dije yo —apuntó Davidson, apenas pegamos contra el murallón—.

No pude evitarlo.

Heyst enderezó las rodillas y comenzó a plegar cuidadosamente el tremolante artefacto que tanto sorprendió al recién llegado por sus proporciones circenses.

—Nada, nada en absoluto —farfulló, la blanca dentadura fulgiendo a través de la cobriza y horizontal espesura de los largos bigotes…

Ignoro si fue la delicadeza o la obesidad lo que impidió a Davidson trepar hasta el muelle. Permaneció en el bote y, por encima, pudo ver la inclinación del que le recibía con un haz de sonrisas, junto a agradecimientos y disculpas por la libertad que se había tomado, todo según la manera de costumbre. El visitante había esperado alguna transformación, pero no descubrió ninguna. Nada delataba el hecho trascendental de que hubiera una muchacha en mitad de la jungla, artista de una orquesta de féminas, a quien había arrastrado sin contemplaciones desde la plataforma de un escenario a la tenebrosidad de una selva. No parecía ni avergonzado, ni desafiante, ni perturbado por semejante cosa. Aunque tampoco mostró transparencia de ninguna clase cuando se dirigió a Davidson. Por el contrario, sus palabras resultaron enigmáticas.

—Elegí esta forma de comunicarme con usted —confesó— porque guardar las apariencias pudiera ser de fundamental importancia. No en lo que a mí se refiere, por supuesto. Se me da un pimiento de los chismes de la gente y le aseguro que no hay persona que pueda herirme. Imagino que yo he provocado dolor en alguna medida, desde el momento en que me permití pasar a la acción. Parecía bastante inocente, pero toda acción tiene un destino doloroso. Ahí está el infierno. Y ahí la razón de que la maldad sea dueña del mundo. ¡Pero para mí se ha terminado! No volveré a mover un dedo. Hubo una época en la que pensaba que un análisis inteligente de los hechos era el mejor antídoto contra la fatalidad del tiempo que se nos tiene asignado de grado o por fuerza. Pero también he acabado con eso.

Cuesta imaginarse al sencillo e ingenuo Davidson siendo el interlocutor de semejante conversación, pegado a un abandonado y ruinoso muelle que escapaba a duras penas de la voracidad tropical. Nunca había escuchado a nadie hablar de esa manera. Y, ciertamente, tampoco a Heyst, cuyas manifestaciones eran concisas, educadas, con un timbre de pulcra superficialidad en el depurado tono de la voz.

—Se está volviendo loco —pensó.

Pero, observando la fisonomía que se inclinaba hacia él desde el dique, se sentía obligado a rechazar la idea de una pura y simple enajenación. Francamente, la charla salía de lo normal. Entonces recordó —sorprendido por haberlo perdido de vista— que Heyst ocultaba allí a una muchacha. Aquella hermética disquisición era probablemente efecto de su presencia. Trató de deshacerse de tan enrevesadas sensaciones preguntando (con la intención de manifestar claramente su buena disposición y no encontrando, por otra parte, nada mejor que decir):

—Espero que no se le hayan echado a perder las existencias, ni nada parecido. Fue contestado con una sonrisa y un movimiento de cabeza.

—En absoluto. Aquí aguantamos bastante bien. Gracias, de todos modos. Si me he tomado la confianza de detener su marcha, no se ha debido a ninguna clase de dificultad que sufriéramos yo o mi… compañera. En quien estaba pensando cuando se me ocurrió llamar su atención es en la señora Schomberg.

—He hablado con ella —intervino Davidson.

—Oh. ¿Usted? Bien, confío en que ella encontrara la manera…

—Pero no dijo gran cosa —interrumpió el amable interlocutor que no rechazaba la posibilidad de escuchar algo nuevo, aunque no sabía bien qué.

—Claro… Sí. ¿Y qué hay de la nota? ¿Pudo al fin entregársela a usted? Eso está bien, muy bien. Al parecer, ha sido más expeditiva de lo que uno se atrevería a imaginar.

—Las mujeres lo son a menudo —observó Davidson.

La extrañeza que había padecido por causa del rapto y de las razones del raptor se desvanecía por momentos.

—Hay más de un imprevisto en las mujeres —reflexionó en un tono didáctico y sin apuntar a ningún objetivo, permitiendo que Heyst siguiera su propio hilo:

—Este es el chal de la señora Schomberg —y pasó la mano por la tela que colgaba del brazo.

—Afirmaría que de confección india —añadió con una mirada oblicua al paño.

—No creo que sea especialmente valioso —observó con franqueza el capitán.

—Muy probablemente. Pero de lo que se trata es de que pertenece a la mujer de Schomberg, el cual, por cierto, es lo más parecido que puede verse

a un infatigable rufián. ¿No cree usted?

Davidson insinuó una sonrisa.

—El caso es que nos hemos acostumbrado a él —dijo como si excusara la general y culpable tolerancia con que se aceptaba a aquel aberrante declarado—. No sé si me he ganado el derecho de llamarle así. Sólo le conozco en calidad de hotelero. Ni siquiera le conocía como tal hasta hace poco, cuando tuvo usted la amabilidad de llevarme a Sourabaya. Me quedé en su casa por razones económicas. La Casa Holandesa es muy cara y además esperan que lleves tu propio servicio. Es molesto.

—Desde luego, desde luego —protestó Davidson tan pronto como pudo.

Después de un corto silencio, Heyst volvió al asunto del chal. Quería devolvérselo a la dama susodicha. Podría encontrarse en muy mala situación si no se las arreglaba para justificar su pérdida en caso de inquisiciones. Esa conjetura le había dado muchos quebraderos de cabeza. La mujer vivía en un estado de terror permanente. Y había indicios de que tenía buenas razones.

Davidson también lo había observado. Lo curioso es que para ella esa situación no supuso un obstáculo a la hora de proteger a un extraño —iniciativa que en cierto modo podría ser calificada de locura—.

—¡Se ha enterado usted! Es cierto. Me ayudó. Bueno…, nos ayudó.

—Ella me lo contó. Charlamos un poco —informó Davidson—. Pero imagínese a cualquiera manteniendo una conversación con la señora Schomberg. Si fuera contándolo por ahí, nadie me creería. ¿Cómo la puso de su parte? ¿Cómo se las ingenió? Porque, en apariencia, es estúpida hasta para entender el habla humana y temerosa hasta para echar a un pavo de su dormitorio. ¡Mujeres, mujeres! Nunca se sabe las armas que guardan en lo más apacible de su espíritu.

—Estaba comprometida en el intento de defender su sitio en la vida —dijo Heyst—. Y es un intento digno.

—Así que era eso. Yo también sospechaba algo —confesó el marinero.

Más tarde, le puso al tanto de los violentos acontecimientos que siguieron al descubrimiento de la fuga. La educada atención de Heyst no mitigó su sombría expresión. Aunque no mostró ningún asombro y evitó todo comentario. Cuando el otro hubo terminado, le echó la prenda y Davidson prometió hacer todo lo posible para devolverlo a la señora Schomberg por algún secreto camino. Le dio las gracias con sencillas y

escuetas palabras, de acuerdo con la depurada cortesía de costumbre. El capitán se dispuso a partir. No se miraron. Heyst habló, de pronto:

—Comprenda usted que eso fue una persecución ignominiosa. Me enteré y… Era un punto de vista que el benevolente Davidson era capaz de apreciar.

—No me sorprende escucharlo —respondió tranquilamente—. Bastante ignominiosa, diría yo. Usted —que no es un hombre casado— estaba en su perfecto derecho. Y bien.

Se sentó en las baldas de popa, y ya tenía en las manos el timón, cuando Heyst concluyó abruptamente:

—El mundo es un perro rabioso. Dale una oportunidad y te echará el diente. Pero creo que desde aquí podemos desafiar al destino.

El único comentario de Davidson cuando me lo contó fue:

—Curiosa idea la de desafiar al destino echándose una mujer a la espalda.

Capítulo 7

Tiempo más tarde —no nos veíamos a menudo—, pregunté a Davidson cómo se las había arreglado con el chal y le escuché que había atacado el asunto por la vía directa, que resultó ser la más sencilla. La primera oportunidad en que tocaron Samarang envolvió el chal lo más apretadamente que pudo en un pedazo de papel de embalar y se lo llevó a tierra.

Una vez despachadas las obligaciones en la ciudad, se metió en un vehículo y se dirigió al hotel. Aprovechando la valiosa experiencia con que contaba, hizo coincidir su llegada con la hora de la siesta de Schomberg. Atravesada la plaza, tan vacía como en la primera ocasión, entró en la sala de billar, eligió un asiento del fondo, cerca de aquella especie de estrado que la dama ocuparía en breve, y rompió el raso silencio de la casa con un enérgico timbrazo. Ni que decir tiene que el chino se presentó rápidamente. Davidson pidió una copa y ocupó el asiento con decisión. Habría pedido veinte copas, una detrás de otra, si hubiera sido necesario —añadió aquel abstemio riguroso— antes que volver a salir de la casa con el paquete. Tampoco podía dejarlo en un rincón sin hacerle saber a ella que se quedaba allí. La cosa podría resultar peor que si sencillamente no se hubiera intentado la devolución.

Así que esperó, tocando el timbre una y otra vez y apurando, contra su voluntad, los sucesivos y helados tragos. Poco después, y tal como había previsto, entró la señora Schomberg, vestido de seda, cuello longilíneo, bucles, ojos de susto perpetuo y expresión imbécil, en fin, al completo. Probablemente era el emisario enviado por la bestia perezosa para investigar al sediento parroquiano que despertaba, a hora tan pacífica, los ecos de la casa. Genuflexión, cabezazo, y ya estaba encaramada a su hornacina tras la máquina registradora, tan desvalida, tan inane, que si no hubiera sido por la innegable materialidad del paquete, Davidson, según propia confesión, se habría inclinado a pensar que todo lo ocurrido entre ellos no tenía más entidad que la asignable a un delirio. Pidió otra copa para echar al criado de la habitación y cogió el envoltorio que reposaba en una silla próxima.

—Esto le pertenece —y lo introdujo en una entradilla del mostrador, a la altura de los pies de la dama.

Asunto terminado. El resto era de su incumbencia. Más a tiempo no pudo ser, ya que Schomberg apareció, con un bostezo cargado de intenciones, casi antes de que Davidson recuperara el asiento. Les lanzó sendas miradas llenas de indignación y suspicacia. La irrevocable placidez de su expresión ayudó maravillosamente al capitán en ese crítico momento, de manera que el otro se quedó sin base para la más leve sospecha de entendimiento de cualquier clase entre su mujer y el cliente.

Por lo que a la mujer se refiere, siguió impávida como una reliquia. Davidson rezumaba admiración: ella llevaba años interpretando un papel. Sin un pestañeo. Qué entereza. La clarividencia le estremecía. Le costaba sobreponerse al portentoso descubrimiento de que sabía más de la auténtica señora Schomberg que cualquiera en aquellas islas, incluido el marido. La mujer era un prodigio de impostura. Ya no le extrañaba que Heyst se hubiera llevado a la muchacha en las narices de aquellos tipos, si había contado con semejante apoyo.

La maravilla consistía, después de todo, en que Heyst estuviera metido en un lío de faldas. Una vida lisa y transparente a la que no se ajustaba ninguna clase de asociación con el sexo opuesto. Excepto que invitaba a beber en ocasiones señaladas, como cualquier otro, este observador de hechos no pertenecía en apariencia al mundo de la iniciativas y pasiones terrenales. Lo elaborado de su gesto, el eco despegado de su voz, hacían de él un caso aparte. Era como una pluma flotando débilmente en la atmósfera de pragmatismo que respirábamos los demás. Por esta razón, cuando quiera que este contemplativo temperamento entraba en contacto con las cosas, llamaba siempre la atención. Primero fue la misteriosa unión con Morrison. Más tarde vino el acontecimiento de la Tropical Belt Coal, donde por añadidura se hallaban implicados una notable variedad de intereses: un asunto realmente práctico. Y para terminar, una fuga, un incongruente fenómeno de autoafirmación, el mayor prodigio de todos, abrumador y divertido.

Davidson admitió finalmente que la tempestad iba amainando y que todo estaría ya olvidado, quizá, si ese borrico de Schomberg no continuara haciendo rechinar su dentadura a la menor oportunidad. Era realmente incitante el que además no pudiera dar una idea del aspecto de la muchacha. ¿Resultaba bonita? No lo sabía. Se quedó la tarde entera en el hotel de Schomberg con el decidido propósito de descubrir algún indicio sobre ella. Pero la historia se había vuelto rancia. Las tertulias de la veranda tenían

acontecimientos más frescos que desollar y no se atrevió a preguntar directamente. Desparramó su placidez en una silla, satisfecho por no haber llamado la atención, y esperó una alusión que le permitiera intervenir. No sería extraño que hubiera echado también una cabezadita. Hay que tener talento para hacerse una idea de la serenidad de este hombre.

Schomberg, que deambulaba como perdido, se unió de inmediato al grupo que tenía sus reales en la mesa contigua a la de Davidson.

—Un tipo como el sueco, caballeros, es un peligro público —empezó —. Le tengo en la cabeza desde hace años. No diré nada del espionaje. Aunque él mismo decía que andaba a la busca de hechos anormales. ¿Y eso qué es, sino espionaje? Tenía el hocico metido en los negocios de todo el mundo. Atrapó al capitán Morrison y le exprimió hasta dejarle más paso que un higo, y luego se encargó de que fuera a morir a Europa. Todos sabemos que Morrison estaba mal del pecho. Primero le roba y después le asesina. No me gustan los remilgos. No son para mí. Lo siguiente fue ese fraude de la Belt Coal. Qué les voy a contar a ustedes. Y ahora, además de estirarse los bolsillos con el dinero ajeno, secuestra a una muchacha de una orquesta que actúa en mi auditorio para provecho de mis clientes, y se la lleva en plan príncipe a vivir en una isla donde no hay forma de echarle el guante. ¡Condenada y estúpida chiquilla! Qué repugnancia…

Y escupió. Y se atragantó de rabia. Debió ver visiones. Saltó de la silla y se marchó, pensando que así, quizá, escaparía de ellas. Entró en el cuarto donde su mujer seguía sentada. La imagen que ofrecía no sirvió precisamente para mitigar sus tormentos. Davidson no se sintió obligado a salir en defensa de Heyst. Su plan consistía en meterse en conversación, un poco por casualidad, y no demostrar especiales conocimientos en el tema, con el objeto de recoger detalles sobre la chica.

¿Tenía algo de particular? ¿Era bonita? No parecía haberse distinguido de las demás. Tampoco había sugerido ningún comentario destacable. Era joven: en eso todo el mundo estaba de acuerdo. El cajero de los Tesman se refirió a su cutis cetrino. Se trataba de un hombre de principios. No era la clase de persona que se confundía en aquel gallinero. La mayor parte de aquellas mujeres estaban seriamente baqueteadas. Schomberg las había alojado en el Pabellón (según lo denominaba), en pleno campo, donde se extenuaban lavando y remendando los blancos vestidos y tendiéndolos entre los árboles, lo mismo que un escuadrón de lavanderas. Y es que también se parecían mucho a lavanderas maduritas cuando subían al escenario. Pero la

chica en cuestión vivía en el edificio principal, con el jefe, el tipo de la barba negra, y una amargada y reseca mujer a la que se conocía como su esposa.

Las conclusiones no fueron muy reveladoras. No obstante, el visitante se quedó y se sumó a la cena, sin añadir nada a la información de que ya disponía. Resignación.

—Supongo —suspiró apaciblemente— que estoy destinado a conocerla un día u otro.

Eso significaba que, tal como venía haciendo, sus viajes no abandonarían la ruta de Samburan.

—No lo dude —dije—. En cualquier momento Heyst le dará un nuevo aviso y a saber con qué objeto.

No respondió. Tenía sus propias ideas al respecto y su silencio las encubría. No hablamos más de la compañera de Heyst. Antes de separarnos me ofreció una muestra de su capacidad de observación.

—Es raro, pero sospecho que ahí dentro se juega de tapadillo. He visto a algunos que iban paseando, de dos en dos y de tres en tres, hacia el auditorio. Las ventanas deben estar cerradas a conciencia, porque no he conseguido ver un rayo de luz. Y no creo yo que esos sujetos entren ahí para sentarse y hacer un acto de contrición.

—La verdad es que es un poco extraño. Lo increíble es que Schomberg se arriesgue con cosas así —le contesté.

Parte II

Capítulo 1

Como sabemos, Heyst se quedó en el hotel de Schomberg ignorando por completo hasta qué extremos era odiado. A su llegada, la orquesta femenina de Zangiacomo acababa de establecerse allí por una temporada.

El asunto que le había sacado de la reclusión en aquella esquina recóndita de los mares del Este tenía que ver con los Tesman y con dinero. Lo arregló de manera suficientemente rápida como para encontrarse sin nada que hacer mientras esperaba a Davidson, encargado de devolverle a su aislamiento. Y eso significaba irse. El hombre al que llamábamos «Heyst el embrujado» estaba atacado de un desencanto profundo. No en lo que se refiere a las islas. El archipiélago ejercía una fascinación perdurable y no era fácil sacudirse los hábitos de aquella vida. El desencanto de Heyst contenía a la vida en su totalidad. Su carácter despegado, seducido por la acción, sentía los fracasos de forma sutil y desconocida para los hombres acostumbrados a aferrarse a las habituales iniciativas humanas. Era como la dolorosa carcoma de una renuncia inútil, una especie de vergüenza ante su propia naturaleza traicionada. Padecía además un completo y manifiesto remordimiento. Se sentía culpable de la muerte de Morrison. Una reacción bastante absurda desde el momento en que nadie podía prever los horrores que aquel frío y húmedo invierno tenía dispuestos para el amigo.

Por temperamento, no era propenso a la misantropía, pero su estado mental era incompatible con una actitud sociable. Pasaba las noches solo y sentado en un rincón de la veranda. Las quejas de los instrumentos que sonaban en el distante edificio, cuyos alrededores estaban decorados con farolillos japoneses, se elevaban sobre las copas de la arboleda. Retazos de melodías, más o menos lastimeras, llegaban a sus oídos. Le perseguían incluso en el dormitorio, comunicado con otra veranda más alta. El fragmentario y desapacible tono de los sonidos hizo que, a la larga, la intrusión le resultara intolerablemente tediosa. Como la mayor parte de los soñadores, a quienes es dado de vez en cuando escuchar la música del universo, Heyst, el vagabundo del archipiélago, sentía predilección por el silencio que le había confortado durante años. Eran islas muy tranquilas.

Acostadas plácidamente —vestidas con su oscuro atavío vegetal— en una calma de plata y azul y un mar silente que se encontraba con el cielo en un espacio de hipnótica inmovilidad. Algo así como una risueña somnolencia se cernía sobre ellas. Y la voz de sus habitantes era suave y susurrante como si temiera despertar algún embrujo protector.

Quizá fuera este el auténtico hechizo que conquistó al Heyst de los primeros tiempos. Aunque ya no existía para él. Ya no estaba «embrujado», pero era un prisionero de las islas y no tenía intención de abandonarlas. ¿Dónde Iría al cabo de tantos años? No le quedaba nadie en ningún lugar del mundo. De este hecho —no muy intrincado, después de todo— se había enterado muy recientemente; porque sólo el fracaso hace que un hombre entre en sí mismo y considere los recursos de que dispone. Y aun teniendo resuelta la retirada del mundo, a la manera eremítica, se sentía irracionalmente conmovido por el vértigo de la soledad que le sobrevino en el momento de la renuncia. Le hacía daño. No hay nada más temible que el encontronazo de esas agudas contradicciones que laceran la sensibilidad y la inteligencia.

Mientras tanto, Schomberg le espiaba por el rabillo del ojo. Hacia el insensato objeto de su animadversión, conservaba siempre la imponente distancia de teniente de la reserva. Le daba a uno con el codo y le invitaba a observar los aires que se daba «ese sueco».

—La verdad es que no sé por qué ha venido a mi casa. Este sitio no es bastante bueno para él. ¡Así la Providencia se lo hubiera llevado a exhibir su superioridad a otra parte! Yo les he conseguido a ustedes, caballeros, una serie de conciertos para darle un poco de chispa a la vida. ¿Y creen ustedes que se ha tomado la molestia de pasar y escuchar una o dos piezas? No. Él no. Somos viejos conocidos. Busca la oscuridad de la *piazza* y se sienta allí toda la tarde, cavilando nuevos crímenes, no hay duda. A mí me costaría un chavo ir y decirle que se busque otro hospedaje. Lo que pasa es que a uno no le gusta tratar así a un blanco, y más en el trópico. No sé cuánto piensa quedarse, pero apuesto lo que quieran a que nunca llegará a sentir la curiosidad suficiente como para gastarse los cincuenta peniques de la entrada en un poco de buena música.

No apostó nadie o el hotelero habría perdido la apuesta. Una noche, Heyst fue empujado al borde de la desesperación por los desapacibles, chirriantes y lastimeros arrebatos de las melodías que le perseguían hasta el camastro, dotado de un colchón tan fino como un emparedado, y un

mosquitero inverosímil. Bajó a la arboleda, donde el suave resplandor de los farolillos japoneses iluminaba pedazos de troncos grandes y rugosos aquí y allá, en la densa oscuridad bajo las copas. Más farolillos, imitando concertinas, colgaban en hilera de un cordel a la entrada de lo que Schomberg llamaba con grandilocuencia «mi sala de conciertos». En este estado de desesperación, Heyst subió tres peldaños, apartó una cortina de calicó y se introdujo en el local.

El alboroto de la pequeña construcción —lo más parecida a un establo — de planchas de pino importadas y levantada sobre el suelo era sencillamente anonadador.

Una orquesta estridente chillaba, gruñía, gemía, lloraba, roncaba, escupía algo así como un aire festivo, mientras un piano machacado por una descarnada y rojiza mujer de runflantes y enfadadas narices expulsaba notas más duras que el granito en medio de una tempestad de violines. El exiguo escenario estaba repleto de blancos vestidos de muselina con bandas carmesíes y brazos desnudos que, con gran denuedo, serraban algún invisible madero. Zangiacomo dirigía. Vestía una chaqueta que debió ser blanca, un chaleco negro y calzones claros, adornado con un pelo greñoso y una barba con matices purpúreos. Horripilante. Y el calor, infernal. Había unas treinta personas con sus bebidas en varias mesas pequeñas. Heyst, aturdido por el follón, se dejó caer en una silla. En la aceleración de aquella música, en el diverso y agudo clamor de las cuerdas de los instrumentos, en el movimiento de los brazos desnudos, en los vestidos semicaídos, las caras vulgares y los ojos desorbitados de las ejecutantes, él descubrió la huella de la bestialidad, algo cruel, sensual y repulsivo.

—Esto es un horror —murmuró para sí.

Pero hay una mórbida fascinación en el ruido sistemático. No puso tierra de por medio, como podía esperarse que hiciera. Permaneció, sorprendido de esa misma permanencia que repudiaba su exquisitez, hería sus sentidos y, por así decir, contrariaba su naturaleza tanto o más que aquel burdo despliegue de energía. La banda de Zangiacomo no hacía música; asesinaba simplemente el silencio con una recia y feroz determinación. Uno se sentía como el espectador de un programa pugilístico; y esa impresión era tan aguda que parecía imposible que el público permaneciera sentado tan pacíficamente en sus asientos, bebiendo calmosamente de sus vasos y sin mostrar ningún signo de angustia, ira o miedo. Heyst apartó la vista de aquel antinatural espectáculo de desidia. Cuando el soniquete llegó a su fin,

el alivio fue tan grande que se sintió algo mareado, como si una falla de silencio se estuviera abriendo a sus pies. Cuando levantó los ojos, la audiencia, menos inocente, mostraba signos de interés y de animación en la cara y las mujeres de los vestidos de muselina bajaban en parejas de la tarima y se dispersaban por el lugar. La masculina criatura de corva nariz y barba purpúrea desapareció por algún lado. Se había hecho un intermedio durante el cual, como el astuto Schomberg tenía estipulado, las componentes de la orquesta estimulaban la generosidad del público con su compañía —esto es, la del personal que se inclinaba a confraternizar con las artes de un modo espléndido y personal—; y esta confraternización y desprendimiento quedaban simbolizados en una invitación a beber.

Para Heyst, el procedimiento resultaba bastante lamentable. No obstante, la indecencia del ingenioso arreglo de Schomberg era atenuada por el hecho de que la mayor parte de las mujeres mantenían una relación con la juventud estrictamente nostálgica, aunque tampoco entonces fueron hermosas. El colorete iluminaba la mayor o menor ajadura de los rostros. Pero, dejando aparte esta realidad, que cabe entenderse como simple rutina, no parecían tomarse el éxito del chanchullo con excesiva pasión. El deseo de confraternizar con el arte, siendo de una evidente fragilidad en la concurrencia, hizo que algunas de las intérpretes se sentaran lánguidamente en mesas vacías, mientras otras deambulaban por el pasillo central mano sobre mano, contentas, sin duda, de poder estirar las piernas y dar un relajo a los brazos. Las bandas carmesíes ponían un artificioso toque festivo en la humeante atmósfera de la sala de conciertos. Y Heyst sintió una repentina conmiseración por aquellos seres explotados, sin esperanza, desnudos de gracia y encanto, cuyo destino de sombría dependencia trazaba en sus toscas y entristecidas facciones un gesto patético.

Heyst era básicamente empático. Que se pasearan alrededor de su mesa le resultaba penoso. Se disponía a marcharse cuando observó que dos muselinas con sus correspondientes bandas no habían bajado todavía de la tarima. Uno de los vestidos caía en el sobresaltado esqueleto de la mujer de narices enfadadas. Aquel personaje era nada menos que la señora Zangiacomo. Había dejado el piano y, dando la espalda a la sala, preparaba las partituras de la segunda mitad del concierto con bruscos e impacientes movimientos de los afilados codos. Terminada la tarea, descubrió a su espalda la muselina restante, inmóvil en un asiento de la segunda fila. Se fue de pronto para ella a grandes trancos, pasando entre los atriles con el

talante feroz de un capataz. En el regazo del vestido descansaban, desmayadas como las de una estatua, dos manos pequeñas, no demasiado blancas, unidas a unos brazos bonitos y torneados. Heyst se detuvo después en el peinado: dos espesas trenzas acastañadas rodeando una atractiva y bien proporcionada cabeza.

—¡Si es una muchacha!

Era evidente que se trataba de una muchacha. Evidente en el recorte de los hombros, en el reciente apuntamiento del busto. La banda carmesí que lo sujetaba llegaba hasta la falda y su campana desbordaba la silla, un poco esquinada con relación a la sala. Los pies, con un calzado blanco y bajo, se cruzaban con distinción.

La joven se había apoderado de la recién estimulada capacidad de observación de Heyst, quien tenía la sensación de estar viviendo una nueva experiencia. La causa era que aquella capacidad nunca fue sometida en el pasado, de modo tan señalado y exclusivo, por una mujer. La miraba con ansiedad, como ningún hombre mira a otro hombre, y así olvidó definitivamente dónde se encontraba. Perdía el contacto con la realidad. La otra mujer, al adelantarse, ocultó a la muchacha durante un momento. Se inclinó sobre la joven figura sedente, casi rozándola, como si fuera a hablarle al oído. Sus labios, ciertamente, se movieron. ¿Pero qué pudo decirle para que la muchacha se levantara de un salto? Heyst mismo, desde su sitio, se sobresaltó en un arranque de solidaridad. Echó una rápida mirada alrededor. Nadie prestaba atención al escenario. Cuando volvió los ojos, la joven empezaba a bajar los tres peldaños de la tarima en dirección a la sala con la quebrantahuesos pisándole los talones. Allí se detuvo, insinuó un paso y se paró otra vez mientras la otra la dejaba a un lado marchando con aire truculento entre sillas y mesas, en busca de la ganchuda nariz de Zangiacomo. Durante aquel extraordinario trayecto, en el que parecía abrirse paso por un basurero, sus desdeñosos ojos se encontraron con los de Heyst, quien los desvió inmediatamente hacia la muchacha. No se había movido. Los brazos le colgaban y tenía la mirada en el suelo. Heyst se deshizo de su medio cigarro y apretó los labios. Se levantó. Fue la misma clase de impulso que años atrás le había hecho atravesar la calle arenosa de la abominable ciudad de Delli (en la isla de Timor) y acercarse a Morrison, prácticamente un extraño y en desgracia, derrotado, desvalido y solo.

Fue el mismo impulso, pero no lo reconoció. No pensaba en Morrison. Podía decirse que por primera vez, desde el definitivo abandono de la mina

de Samburan, se había olvidado completamente del difunto Morrison. También es verdad que hasta cierto punto también se había olvidado de dónde estaba. De este modo, sin posibilidad de ser retenido por ninguna clase de autoevidencia, enfiló por el pasillo central.

Para entonces, un grupo de mujeres habían recalado aquí y allá, entre las mesas ocupadas. Charlaban con un codo apoyado en el interlocutor y sugerían con sus vestidos blancos —si no fuera por las bandas carmesíes— una reunión de novias maduritas, un poco libertinas y chillonas. El fragor de las conversaciones llenaba la sala de conciertos de Schomberg. Nadie se percató de los movimientos de Heyst. Además, no era el único que estaba de pie. Hizo acto de presencia ante la muchacha tiempo antes de que ella se diera cuenta. Seguía mirando el suelo sin un pestañeo, pálida, muda e inmóvil. Sólo cuando Heyst se dirigió a ella con su delicado tono alzó los ojos.

—Perdóneme —dijo en inglés—. Pero esa horrible mujer le ha hecho algo. ¿Le ha dado un pellizco, verdad? Estoy seguro de que le pellizcó mientras estaba a su lado.

La muchacha recibió la sugerencia con una amplia y petrificada mirada de desconcierto profundo. Heyst, enfadado consigo mismo, sospechó que no le había comprendido. No podía asegurarse la nacionalidad de aquellas mujeres: eran de todas partes. Pero ella estaba casi más desconcertada por la proximidad del hombre, por su prominente calva, su frente despejada, las curtidas mejillas, los horizontales mostachos de color cobrizo y pelo rizado, por la cálida expresión de los ojos azules, que penetraban hasta el fondo. Él vio en los otros el asombro helado de quien momentáneamente siente el peligro. Todo concluyó en un gesto de resignación.

—Estoy seguro de que le pellizcó en el brazo de mala manera —murmuró, repentinamente desconcertado por su iniciativa.

Fue un alivio escuchar que le respondía:

—No habría sido la primera vez. Supongo que sí. ¿Adónde quiere ir a parar con todo ello?

—No lo sé —dijo con una débil y remota calidez en la voz, poco habitual en los últimos tiempos, que pareció conmoverla.

—Lamento decirle que no lo sé. Pero ¿podría hacer algo? Le ruego que me lo diga.

La estupefacción más aguda volvió a apoderarse de ella. Ahora se dio cuenta de la enorme diferencia que había entre él y el resto de los hombres

de la sala. Era tan distinto de ellos como ella lo era del resto de las componentes de la orquesta.

—¿Ordenarle? —exclamó al cabo del tiempo, con perplejidad.

—¿Quién es usted? —continuó un poco más bajo.

—Me alojaré aquí durante unos días. He caído por casualidad. Este escándalo…

—No se entrometa —cortó ella con tanta severidad que Heyst preguntó con su cálido y acogedor tono:

—¿Su deseo es que me vaya?

—No he dicho eso. Pero si me pellizcó fue porque no bajé bastante deprisa.

—No encuentro palabras para expresarle mi indignación. Pero puesto que ya ha bajado usted —continuó con la soltura de hombre de mundo que aborda a una jovencita—, ¿no estaríamos mejor sentados?

Ella obedeció el gesto de invitación y se sentaron en dos sillas cercanas. Se miraron por encima de una mesa pequeña y redonda con una sorprendida y directa mirada. La conciencia de la situación se demoraba tanto que hubo de pasar tiempo antes de que desviaran los ojos; aunque muy pronto volverían a encontrarse de forma accidental, en una especie de rebote. Por último, lo aceptaron y ya para entonces, digamos unos quince minutos desde que tomaron asiento, el «intermedio» había terminado.

Se sostenían con los ojos, dado que la conversación era perfectamente inocua y no tenían nada que decirse. A Heyst le había interesado la fisonomía de la muchacha. Su expresión no era simple, ni muy definitiva todavía. No era distinguida —cosa que no podía esperarse—, pero las facciones eran más finas que las de cualquier mujer a la que hubiera observado tan de cerca. Había en su rostro algo indefiniblemente audaz e infinitamente derrotado que reflejaba el carácter y la vida de la muchacha.

¡Pero su voz! La voz sedujo a Heyst por su asombrosa tonalidad. Estaba hecha a la medida de las cosas más exquisitas, una voz que hacía soportable la cháchara más tonta y fascinante el más tosco discurso. Se embriagaba de su encanto como cuando se aprecia la claridad de un instrumento por debajo del vaivén de la melodía.

—¿Canta usted, además de interpretar? —preguntó abruptamente.

—No he cantado una nota en mi vida —respondió evidentemente sorprendida por esta pregunta irrelevante, ya que no habían estado hablando de armonías. Era obvio que no tenía conciencia de su voz.

—No recuerdo haber tenido motivos para cantar desde que era muy pequeña.

Esta frase tan trillada, por su mera vibración y la cálida pureza del sonido, abrió un camino hacia el corazón de Heyst. Su cabeza fría y alerta observó con cierta indiferencia —a causa de lo absurdo de la contemplación — cómo el sonido buscaba su refugio hasta llegar al fondo, allí donde se esconden los deseos impronunciables.

—Usted es inglesa, naturalmente.

—¿Qué le hace pensarlo? —respondió ella con el más encantador de los acentos.

E intuyendo que, de alguna manera, tocaba su turno de preguntas, dijo:

—¿Por qué sonríe usted siempre que habla? —Semejante cuestión habría bastado para preocupar a cualquiera; pero era tan evidente su falta de malicia que Heyst se recuperó en el acto.

—Una desafortunada costumbre —dijo con su delicada y cortés alacridad—. ¿Le parece censurable? Ella estaba muy seria.

—No. Era sólo una observación. No me he tropezado con tanta gente agradable en mi vida, como para eso.

—Desde luego, la mujer que toca el piano es infinitamente más repugnante que cualquier caníbal con el que me haya encontrado nunca.

—¡Le creo! —Se estremeció—. ¿Y qué ha tenido usted que ver con los caníbales?

—Es una historia muy larga —respondió con una leve sonrisa.

La sonrisa de Heyst era bastante melancólica y se adaptaba mal a los largos bigotes bajo los cuales la simple cordialidad anidaba tan a gusto como un pájaro asustado en la espesura.

—Demasiado larga. ¿Cómo se juntó usted con esta chusma?

—Mala suerte —respondió secamente.

—Sin duda, sin duda —asintió Heyst con breves cabezadas.

Y todavía indignado por el pellizco, más adivinado que visto, realmente:

—¿No podría protegerse de alguna manera?

Ya se había levantado. Las mujeres de la orquesta recuperaban lentamente sus posiciones. Algunas estaban ya sentadas, con la mirada perdida e indescifrable, ante los atriles. Heyst se levantó también.

—Son demasiados.

Tan escasas palabras salían de la experiencia más común de la humanidad. Pero en virtud de la voz que las pronunciaba, sacudieron a

Heyst como una revelación. Sus sentimientos se debatían en la confusión, pero su mente estaba clara.

—Mal asunto. Pero no es una vejación concreta de lo que se queja esa muchacha— pensó lúcidamente cuando se hubo quedado solo.

Capítulo 2

Así fue como empezó. Cómo terminó, pues ya sabemos que terminó, no puede precisarse con la misma sencillez. Está claro que el episodio no había dejado indiferente a Heyst. No diré que por la muchacha, pero sí por la suerte que pudiera correr. Era el mismo que se había echado al agua para salvar a Morrison —a quien sólo conocía de vista y por la referencia habitual del cotorreo de las islas— del hundimiento. Pero ahora se trataba de una clase muy diferente de naufragio, que habría de conducir probablemente a otra clase también diferente de asociación.

¿Reflexionó en todo ello? Puede que sí. Capacidad no le faltaba. Pero si lo hizo fue con un arsenal de datos bastante pobre. No hay evidencia de que llegara a pararse un momento en el espacio comprendido entre esa tarde y la madrugada de la fuga. A decir verdad, no era de esos tipos que se lo piensan mucho. Estos soñadores que se limitan a presenciar la agitación del mundo son drásticos una vez atrapados por la necesidad de actuar. Bajan la cabeza y cargan contra un muro sin perder su sorprendente serenidad, la cual sólo puede haberles sido proporcionada por una imaginación desbordante.

No estaba chiflado. Supongo que sabía —o al menos sentía— adónde le conducía la situación. La absoluta falta de experiencia le suministró la audacia necesaria. La voz de la muchacha le desarmó al hablarle de su miserable pasado en términos de lo más simple, con una especie de inconsciente cinismo inherente a las auténticas y amenazadoras condiciones de la pobreza. Ya fuera por su profunda solidaridad o por las vibraciones que transmitía su voz, patéticas, alegres, encendidas, no fue desazón lo que el relato despertó en él, sino el sentido de una inmensa tristeza.

En una de las noches siguientes, durante el intermedio entre las dos partes del concierto, la chica se confió a Heyst. Era casi una hija de la calle. Su padre trabajaba como músico en la orquesta de algunos pequeños teatros. La madre le abandonó cuando ella era pequeña y las patronas de las diversas pensiones de mala muerte por las que pasaron atendieron esporádicamente su desvalida infancia. No pasó hambre ni anduvo andrajosa, pero sintió el acoso sin escapatoria de la pobreza. Fue su padre quien le enseñó a tocar el violín. Parece que se emborrachaba de vez en cuando, pero sin gusto, sólo porque era incapaz de olvidar a la mujer fugada. Después de que le diera un ataque de parálisis, que le hizo caer

estruendosamente por el hueco de la escalera de un salón de baile durante la actuación de la orquesta, ella se unió a la compañía de Zangiacomo. Su padre estaba ahora en una casa de desahucio.

—Y yo estoy aquí —concluyó—, sin nadie que se preocupe de si me quedo o no en el fondo la próxima vez que me tire de cabeza al agua.

Heyst le contestó que podía hacer algo mejor, si de lo que se trataba era de dejar el mundo. Le miró con una atención muy especial y también con una perplejidad que dio a su cara un aire de inocencia.

Esto sucedía durante el intermedio. La muchacha había bajado sin la estimulación previa del pellizco de la desagradable mujer de Zangiacomo. No resulta fácil creer que fuera seducida por la despejada frente de intelectual y los largos y cobrizos mostachos de su nuevo amigo. Nuevo no es la palabra adecuada, ya que nunca había tenido uno. Así que la emoción de esta amistad que le salía al encuentro le excitaba por su sola novedad. Además, cualquier hombre que no tuviera nada que ver con Schomberg le parecería, por esa misma razón, atractivo. Temía al hotelero, quien, por el día, se aprovechaba de que la chica viviera en su hotel —y no en el «Pabellón» con las restantes artistas— para acecharla sordamente, hambriento como una bestia tras la espesura de la barba, o para asediarla en oscuros rincones o pasillos vacíos con broncos y misteriosos murmullos traicioneros que, a pesar de su evidente significación, sonaban como los de un enfermo peligroso.

El contraste con las tranquilas y educadas maneras de Heyst producía en ella una particular y satisfecha admiración. Nunca se había encontrado con nada parecido. Y si conoció alguna vez la amabilidad, no fue bajo la forma de simple educación. Le interesaba como una experiencia de lo más novedoso, no muy comprensible, pero inconfundiblemente placentera.

—Ya le digo que son demasiados para mí —repetía, a veces imprudentemente, y más a menudo con un desánimo descorazonador.

Ni que decir tiene que no disponía de un céntimo. La masa de negros con que se tropezaba por todas partes le atemorizaba. En realidad, no tenía una idea muy concreta de la parte del globo en la que se encontraba. A la orquesta se la llevaba del barco al hotel, donde permanecía encerrada hasta el momento de coger otro barco. No era capaz de acordarse de un solo nombre.

—¿Cómo se llama este sitio? —preguntaba otra vez a Heyst.

—Sourabaya —decía él con toda claridad, observando el desconcierto que el extraño sonido provocaba en sus ojos, clavados en los propios.

No podía evitar la compasión. Sugirió la posibilidad de acudir al cónsul, pero fue el sentido común, no el convencimiento, lo que dictó el consejo. Nunca había oído hablar de ese bípedo ni de sus costumbres. ¡Un cónsul! ¿Qué era eso? ¿Quién? ¿Qué podía hacer? Cuando escuchó que acaso le convencerían de que la mandara a casa, ella bajó la cabeza.

—¿Y qué voy a hacer cuando esté allí? —murmuró con un tono tan conciso, con un acento tan penetrante (el encanto de la voz no fallaba ni en los murmullos), que Heyst sintió que la ilusión de la dignidad humana se desvanecía ante la cruda realidad de la existencia y les dejaba a ambos cara a cara, en un desierto moral más árido que las arenas del Sáhara, sin una sombra reparadora ni una gota con que apagar la sed.

Ella se apoyó ligeramente sobre la mesa, la misma esa pequeña en la que se sentaron la primera vez. Y sin más recuerdos de la infancia que las piedras de las rúas, con la angustia de las incongruentes, confusas y elementales impresiones de sus viajes, que le inspiraban un vago terror al mundo, dijo atropelladamente, con palabras que escaparon de la desesperación:

—¡Haga algo! Usted es un caballero. No fui yo quien le habló primero, ¿verdad? Yo no empecé, ¿no es cierto? Usted fue el que vino y me habló. ¿Para qué quería hablarme? Me da igual lo que fuera, pero ahora tiene que hacer algo.

La actitud era retadora y suplicante a la vez, vociferante, aunque su tono no pasaba del sofoco de la respiración; suficiente, no obstante, para ser advertido. Heyst, apercibido, rio en voz alta. Ella casi se ahoga de indignación ante la brutalidad de la agresión.

—¿Qué quiso decir entonces con lo de «le ruego que me lo diga»? —silbó casi.

Una cierta dureza en la mirada amarga de Heyst y la serena conclusión «está bien» la calmaron un poco.

—No soy bastante rico como para comprarla —continuó hablando con una sonrisa excesiva—, en el caso de que eso fuera posible; lo que siempre puedo hacer es raptarla.

Le miró profundamente, como si las palabras tuvieran un oculto y complicado significado.

—Váyase —dijo secamente— y trate de sonreír mientras se marcha.

La chica sonrió con inesperada ligereza y, ya que estaba provista de una excelente dentadura, el efecto de la mecánica y poco voluntaria sonrisa fue chispeante, deslumbrador. Heyst quedó asombrado. Como un rayo atravesó su cabeza la idea de que era todo menos extraña la facilidad con que las mujeres engañan tan rematadamente a los hombres. Era una cualidad intrínseca de su naturaleza. Parecían haber sido concebidas con esa especial aptitud. Y aun conociendo perfectamente su origen, aquella sonrisa le proporcionó una sensación de calidez, una energía vital desconocida hasta entonces.

La muchacha se reunió con las restantes «damas de la orquesta». Marcharon en pelotón hacia el escenario y allí la altiva cónyuge de Zangiacomo las instaló sin contemplaciones, conteniéndose para no acabar la faena a patadas. Zangiacomo fue detrás, con la ostentosa, ondulante, iridiscente barba, y la chaquetilla y el aire de malévola circunspección que le proporcionaba la testuz inclinada, de mirada inquieta y ojos juntos. Subió el último, giró en derredor desplegando ante la sala la barba tornasolada y dio unos golpecitos con el arco del violín. Heyst retrocedió anticipándose al estrépito que estallaría inmediatamente en toda su fealdad y descaro. En el otro extremo de la tarima, la mujer del piano, que ofrecía a la concurrencia el inicuo perfil con la cabeza echada hacia atrás, aporreaba el teclado sin mirar a la partitura.

Heyst no pudo aguantar la zapatiesta ni un minuto más y salió con el cerebro aturdido por los compases de una marcha húngara, poco más o menos. La jungla habitada por los caníbales de Nueva Guinea, donde había encontrado las más excitantes de sus fútiles y tempranas aventuras, eran silenciosas. Pero por su naturaleza —menos que por su ejecución— esta aventura exigía nervios más templados que los de cualquiera a la que se hubiera enfrentado. Paseando entre los farolillos que colgaban de los árboles, sintió nostalgia de la penumbra y la quietud de las selvas de los confines de Geelvink Bay, la más agreste quizá, la más peligrosa y asesina de las regiones desde las que puede verse el mar en este mundo. Abrumado por los pensamientos, buscó la oscuridad y el reposo del dormitorio. Los ecos del concierto llegaban todavía a sus oídos, débiles y aun así molestos. Ni siquiera allí se sintió a salvo, entre otras cosas porque ese sentimiento no depende tanto de las circunstancias externas como de una convicción muy íntima. No intentó dormir. No llegó a desabrocharse el primer botón de la camisa. Se sentó y meditó. En el pasado, la soledad y el silencio le habían

ayudado a pe asar con claridad y a veces, incluso, profundamente, viendo la vida como algo diferente de la fantasía superficial de una interminable esperanza, de las convencionales autodecepciones y de la siempre anhelada felicidad. Pero ahora estaba preocupado. Una secreta luz se extendía por los canales de la percepción: el despertar de la ternura, borrosa e incierta todavía, por una mujer desconocida.

Un silencio gradual, un verdadero silencio, fue instalándose a su alrededor. El concierto había concluido; la concurrencia, dispersado, y la sala estaba a oscuras. Hasta el «Pabellón», donde las *orquestistas* dormían tras su ruidoso trabajo, se quedó sin luz. El desasosiego se adueñó de su cuerpo de una forma repentina. Como no pudo deshacerse de este probable efecto de la inmovilidad, trató de apaciguarlo pasando silenciosamente de la veranda a los jardines y a las espesas sombras de los árboles, donde los extintos farolillos se balanceaban suavemente como los frutos maduros.

Se paseó de aquí para allá durante un buen rato —calmoso y reflexivo fantasma envuelto en su traje blanco— revolviendo en la cabeza pensamientos inéditos, inquietantes y seductores; acostumbrando la mente a la contemplación del propósito con el fin de que, mirándolo fijamente, se le apareciera más digno y elogiable. Y es que el hábito de la razón es justificar los deseos recónditos que impulsan nuestros actos, arrebatos, pasiones, prejuicios, locuras y también temores.

Sentía que estaba comprometido por una temeraria promesa a realizar algo poco común y de imprevisibles consecuencias. Entonces se preguntó si la muchacha habría comprendido lo que quiso decir. ¿Cómo saberlo? Le asaltaban toda clase de dudas. Al levantar la cabeza, presintió algo blanco que se movía entre los árboles. Lo que fuera, se desvaneció casi en el acto. Pero no se trataba de una alucinación. Le ofendía que alguien pudiera espiar sus movimientos en medio de la noche. ¿Quién sería? No se le ocurrió que acaso la muchacha tampoco pudiera conciliar el sueño. Avanzó con precaución. Volvió a ver la estela blanca. Y al momento siguiente ya había echado a un lado todas las dudas acerca del estado emocional de la muchacha, pues se la encontró materialmente pegada a sí, como cualquiera de las plañideras de este mundo. Sus murmullos eran tan inconexos que no entendía gran cosa; pero eso no le impidió sentirse profundamente conmovido. No se hacía ilusiones sobre ella, pero su mente escéptica había sido dominada por la plenitud del corazón.

—Cálmese, cálmese —le dijo al oído y devolviendo el abrazo de una forma mecánica, primero, y luego con una entrega creciente hacia aquella persona destrozada. El peso de su respiración y el temblor de los miembros en la estrechez del abrazo parecieron penetrarle en el cuerpo y contagiar el corazón. Mientras ella comenzaba a relajar los músculos, él se desazonaba más, como si la suma de las emociones violentas de la especie humana nunca se alterara ni destruyera, sólo se comunicara. Hasta la noche parecía más queda, más inmóvil, y la pasividad de las difusas y negras formas que le rodeaban, más perfecta.

—Todo irá bien —quiso tranquilizarla en tono convincente, hablándole muy bajo y abrazándola más estrechamente que antes.

O las palabras o los hechos produjeron sus efectos. Escuchó un frágil suspiro. Ella habló con un ardor más mitigado.

—Supe que todo iría bien desde la primera vez que hablé con usted. Lo supe enseguida, la noche en que se me acercó. Supe que todo se arreglaría y que bastaba con que usted se hiciera cargo; aunque no sé si usted quería eso. «Le ruego que me lo diga»: es curioso que lo dijera un hombre de su estilo. ¿Quería usted decirlo realmente? ¿No se reía de mí?

Él protestó diciendo que había sido un hombre de palabra toda su vida.

—Le creo —contestó enfebrecida, y él volvió a conmoverse, ahora por la declaración.

—Es su forma de hablar lo que parece que se ríe de la gente —continuó —. Aunque no me engañó. Yo veía que usted estaba rabioso con esa bestia de mujer. Y usted es inteligente. La cogió al vuelo. También lo leyó en mi cara, que no es una cara fea, ¿verdad? No se arrepentirá. Escuche…, no tengo los veinte todavía, es la verdad, y no puedo tener mal aspecto o lo que sea; le digo sin rodeos que hombres como ese me han perseguido desde siempre. No sé lo que les pasa…

Hablaba apresuradamente. Se interrumpió de pronto y exclamó angustiada:

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema?

Heyst desciñó el abrazo bruscamente y retrocedió un poco.

—¿Es culpa mía? Le juro que ni siquiera les miraba. ¡Jamás! ¿Le miraba a usted?

Diga. Fue usted el que empezó.

La realidad era que a Heyst le acobardaba la idea de competir con desconocidos, con Schomberg, el hotelero. La vaporosa y blanca figura que

tenía delante temblaba en la oscuridad. Heyst se avergonzó de sus propias exigencias.

—Temo que nos hayan descubierto —murmuró—. Creo que he visto a alguien en el camino entre la casa y los matorrales de ahí detrás.

No había visto a nadie. Era una mentira piadosa donde las haya. Su compasión era tan sincera como su cobardía y, a su juicio, más honrada.

Ella no volvió la cabeza. Se estaba tranquilizando.

—¿Sería ese bruto? —exclamó, refiriéndose a Schomberg, naturalmente —. La tiene tomada conmigo. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Por ejemplo, esta noche, después de la cena…, pero me escapé. Usted no le tiene miedo, ¿verdad? Le haría frente yo sola, ahora que sé que usted me protege. Una mujer siempre puede presentar batalla, ¿no cree? Sólo que no es fácil aguantar el tipo cuando sabes que nada ni nadie te cubre las espaldas. No hay cosa más desvalida en el mundo que una mujer que tiene que cuidar de sí misma. Cuando dejé a mi pobre padre en aquella casa, en el campo, al lado de un pueblo, me encontré en la calle con siete chelines y tres peniques en el monedero y un billete de ferrocarril. Anduve una milla y luego me metí en un tren.

Se detuvo y guardó silencio durante unos instantes.

—No me abandone ahora —continuó—. Si lo hace, ¿qué sería de mí? Tendría que vivir, aferrarme, por miedo de matarme yo misma. Pero usted haría cosas peores antes que dejar morir a un ser vivo. Usted me contó que siempre había estado solo, que no tuvo ni siquiera un perro. Yo no le estorbaré a nadie si me lleva a vivir con usted, ni al perro. ¿No era eso lo que quería decir cuando vino y me miró tan de cerca?

—¿Tan de cerca? ¿Hice yo eso? —murmuró, imperturbable en la oscuridad—.

¿Tan de cerca fue?

La joven tuvo un estallido, aunque controlado, de rabia y despecho:

—¿Es que ya se le ha olvidado? ¿Qué esperaba conseguir? Conozco la clase de chica que soy, y de todas formas no soy de esa clase a la que los hombres vuelven la espalda, y usted debería saberlo, a menos que no esté hecho de lo mismo que los otros. ¡Perdóneme! Usted no es como los demás. No hay nadie en el mundo como usted. Ya se lo dije. ¿No cuidará de mí? ¿No se da cuenta…?

De lo que se daba cuenta era de que sus brazos blancos y espectrales empezaban a extenderse desde las sombras como en el requerimiento de un

fantasma. Cogió las manos, y le enterneció, casi le sorprendió, encontrarlas tan calientes, tan reales, tan enteras, tan vivas en el encuentro. La atrajo hacia sí y ella apoyó la cabeza en su hombro con un profundo suspiro.

—Estoy muerta de cansancio.

Heyst la rodeó con los brazos y sólo por las convulsiones de su cuerpo supo que sollozaba en silencio. Mientras la sostenía, se absorbió en el otro silencio de la noche. Más tarde, ella se quedó inmóvil y dio un grito muy débil. Entonces, como despertando de repente, preguntó:

—¿No ha vuelto a ver a ese que según usted nos espiaba?

Le sobresaltó el rápido y brusco susurro, y contestó que era muy probable que se hubiera equivocado.

—De haberse tratado de alguien —comentó ella muy bajo—, habría sido la mujer del hotel, la esposa del dueño.

—La señora Schomberg —dijo Heyst, sorprendido.

—Sí. Otra que tampoco puede dormir por las noches. ¿Que por qué? ¿Es que no lo nota? Pues porque está viendo lo que pasa. Ese animal ni siquiera disimula delante de ella. ¡Si tuviera por lo menos una chispa de energía! También ella sabe lo que siento, pero tiene miedo hasta de mirarle a la cara, no digamos de abrir la boca. El bestia le diría que se pusiera una soga al cuello.

Heyst estuvo un tiempo sin decir nada. Un enfrentamiento público y decidido con el hotelero no podía tomarse ni en consideración. Era una idea nefasta. Murmurándole dulcemente, trató de explicarle que, tal y como estaban las cosas, abandonar sin más la compañía lo complicaría todo.

Ella escuchó la explicación con ansiedad, apretando de vez en cuando la mano a la que se había aferrado en la oscuridad.

—Como ya le dije, no soy tan rico como para quedarme con usted; así que tendré que raptarla tan pronto como arregle la manera de escapar de aquí. Entretanto, sería desastroso que alguien nos viera juntos por la noche. No debemos delatarnos. Lo mejor es que se vaya ahora mismo. Posiblemente me haya equivocado, pero si, como dice, esa pobre señora Schomberg no duerme por las noches, hay que tener cuidado. Acabaría contándoselo a ese tipo.

La chica se fue desprendiendo del flojeante abrazo mientras Heyst hablaba. Ahora permanecía frente a él, sin más lazo que el firme anudamiento de las dos manos.

—Le digo que no —afirmó ella con absoluto convencimiento—. Le repito que no se atrevería a abrir la boca delante de él. No es tan tonta como parece. Y no nos delataría. Puede hacer algo mucho mejor, y es ayudarnos. Eso es lo que hará, si es que hace algo.

—Parece que tiene usted una visión muy clara de lo que sucede —observó Heyst al tiempo que recibía un cálido y prolongado beso en pago por el elogio.

Descubrió que separarse de ella no iba a ser tan fácil como pudiera haberse figurado.

—Le doy mi palabra —dijo antes de que se despidieran— de que ni siquiera conozco su nombre.

—¿De verdad? Me llaman Alma, no sé por qué; un nombre estúpido. También Magdalena. Llámeme como le apetezca. Podría darme un nombre. Piense en uno con un sonido que le guste, algo totalmente nuevo. Cómo me gustaría olvidar todo lo que me ha pasado hasta ahora, igual que se olvidan los sueños cuando se acaban, con miedo y todo. Al menos, lo intentaría.

—¿Lo haría de verdad? Eso no está prohibido. Me doy cuenta de que las mujeres olvidan con facilidad la parte de su pasado que menos las favorece, a sus ojos.

—En sus ojos estaba yo pensando, porque estoy segura de que nunca quise olvidar nada hasta que se me acercó usted aquella noche y me atravesó con la mirada. Ya sé que no valgo mucho, pero sé cómo estar al lado de un hombre. Estuve al lado de mi padre desde que tuve conocimiento. No era mal tipo. Y ahora que ya no puedo ayudarle, quisiera olvidar todo eso y empezar de nuevo. No debería contarle estas cosas. ¿Qué más quiere que le cuente?

—No se preocupe —dijo Heyst—. Con su voz basta. Estoy enamorado de ella, no importa lo que diga.

La mujer se quedó en silencio por un tiempo, como si hubiera perdido el aliento con aquella serena declaración.

—Me gustaría preguntarle…

Recordó que probablemente no conocía su nombre y esperaba que la pregunta se refiriera a ello; pero la chica, después de un instante de duda, continuó:

—¿Por qué me dijo que sonriera esta noche en la sala del concierto? ¿Se acuerda?

—Supuse que nos observaban. Una sonrisa es la mejor de las máscaras. Schomberg estaba en una mesa pegada a la nuestra, bebiendo con empleados holandeses. Estoy seguro de que nos miraba, o la miraba a usted, por lo menos. Por eso le pedí que sonriera.

—Así que era por eso. No se me pasó por la cabeza. —Usted lo hizo muy bien, además. Y deprisa, como si hubiera comprendido la intención.

—¡Deprisa! La verdad es que estaba bastante predispuesta. La primera vez en muchos años que estaba tan predispuesta. Le diría que no he tenido muchas oportunidades para sonreír en mi vida; sobre todo, en los últimos tiempos.

—Pero lo hace usted de una manera encantadora y absolutamente fascinante.

Se interrumpió. Ella siguió allí, esperando más, en la quietud del deleite total, prolongando la sensación.

—Me sorprendió. El corazón me dio un vuelco, como si el único propósito de la sonrisa fuera deslumbrarme a mí. Tuve la impresión de que era la primera sonrisa que veía en mi vida. Lo pensé después de dejarla a usted. Y me inquietó.

—¿Fue para tanto? —preguntó con voz insegura, dulce e incrédula.

—Si no hubiera sonreído de esa manera, quizá yo no habría venido aquí esta noche —dijo con su particular mezcla de seriedad y ufanía—. Usted había ganado.

Sintió que los labios de la jovencita rozaban los suyos levemente. Un momento después ella se había ido. El vestido blanco chispeó en la distancia y luego pareció tragárselo la densa oscuridad de la casa. Heyst esperó un poco antes de seguir el mismo camino, dar vuelta a la esquina, subir los escalones de la veranda y entrar en el cuarto donde al fin se acostaría, no con el propósito de dormir, sino con el de dar forma en su mente a todo lo que se había hablado en el encuentro.

—Lo de su sonrisa es absolutamente cierto —se dijo. Le había dicho la verdad.

También, sobre su voz. En cuanto a lo demás, lo que fuera, sonaría.

Una ola de calor pasó por encima. Se volvió de espaldas, extendió los brazos sobre el exiguo y duro petate y permaneció así, desvelado bajo el mosquitero, hasta que el día entró en la habitación con un brillo tenue y luego con una luz irrestañable. Entonces se levantó, fue hacia un pequeño espejo que colgaba de la pared y se miró en él fijamente. No era una recién

nacida vanidad lo que le inducía a esta inspección prolongada. Se sentía tan extraño que no podía evitar la sospecha de que su aspecto físico habría variado durante la noche. A quien vio en el espejo, no obstante, fue al hombre que ya conocía. En cierto modo, le decepcionó, como si aquello restara algún valor a la reciente experiencia. La ingenuidad le hizo gracia. A los cincuenta y tres años ya debería saber que en la mayor parte de los casos el cuerpo es la máscara inalterable del espíritu a la que incluso la muerte apenas toca; hasta que quita el cuerpo de la vista: y lo que pasa después, a nadie importa, ya se trate de amigos o de enemigos.

Heyst no entendía de amigos o enemigos. La verdadera esencia de su vida consistía en una solitaria conquista, obtenida no a través de un retiro eremítico de pasividad y silencio, sino mediante un sistema de infatigable errabundeo, de independencia de huésped de paso por escenarios cambiantes. En este proyecto había intuido el camino para pasar por esta vida sin sufrimientos y hasta sin preocupaciones, invulnerable al cabo, por lo fugitivo.

Capítulo 3

Quince años duró el vagabundeo de Heyst, invariablemente amable e inaccesible, ganándose a cambio la consideración general de «tipo raro». Los viajes se iniciaron tras la muerte del padre, un sueco repatriado que murió en Londres, descontento con su país e irritado con el resto del mundo, que instintivamente había rechazado su sabiduría.

Pensador, elegante y hombre de mundo de la época, el viejo Heyst comenzó codiciando todos los placeres, los de los notables y los de los humildes, los de los locos y los de los sabios.

Durante más de sesenta años arrastró por este valle de lágrimas el más abatido y enrevesado espíritu que una cultura pueda producir para dirigirlo a un final de desilusión y amargura. No podía negársele una cierta grandeza, dado que se había hecho desgraciado por un camino inconcebible para un temperamento mediocre. Heyst no conoció a su madre, pero conservó afectuosamente el recuerdo de la palidez y el rostro distinguido del padre. Le recordaba, sobre todo, con un ancho traje azul y en la casona silenciosa de un suburbio londinense. Después de dejar la escuela a los dieciocho años, vivió tres con el viejo Heyst, que se dedicaba por entonces a escribir su último libro. En esta obra del ocaso de la vida, exigía para la Humanidad, aunque no la creyera digna de ello, el derecho a la moral absoluta y a la libertad intelectual.

Los tres años de convivencia, a edad tan dúctil e impresionable, indujeron al muchacho a desconfiar profundamente de la vida. El adolescente aprendió a reflexionar, lo que supone un proceso de destrucción, un sentimiento de balance. No es la clarividencia la que guía el mundo. Los grandes éxitos se obtienen en un ardiente estado de gracia intelectual que la implacable frialdad analítica del padre había matado en el hijo.

—Flotaré —se propuso Heyst, en consecuencia.

No quería decir intelectual, sentimental o moralmente. Sino flotar entera y literalmente, cuerpo y alma, como una hoja en la ventolera bajo los árboles inflexibles; flotar sin aferrarse nunca.

—Así me defenderé de la vida —se dijo, con la convicción íntima del hijo para el que no había más alternativa digna.

Y se convirtió al desamparo, austeramente, por convicción, como otros lo hacen por medio de la bebida, del vicio o de alguna debilidad de carácter; con método, como otros lo hacen con desesperación. Estas fueron las grandes líneas de la vida de Heyst hasta esa noche inquietante. Al día siguiente, cuando se encontró con la así llamada Alma, ella se las compuso para entregarle una mirada llena de ternura, rápida como un relámpago, que le dejó una impresión profunda, un impacto secreto en el corazón. Sucedió en los jardines del hotel, a la hora local del almuerzo, mientras las mujeres de la orquesta volvían al Pabellón después del ensayo o las prácticas o como quiera que titularan aquellos ejercicios matinales en el *hall*. Heyst, que regresaba de la ciudad, donde había descubierto que tendría dificultades para encontrar un camino rápido de salida, estaba entonces cruzando el recinto con disgusto y preocupación. Se metió, casi sin darse cuenta, entre el disperso grupo de las artistas de Zangiacomo. Fue toda una sacudida salir de las negras conjeturas y encontrarse tan cerca de la muchacha, como si tras un brusco despertar hubiera visto la imagen del sueño encarnada en aquella figura. Ella no levantó el rostro encantador, pero su mirada no fue una ensoñación. Fue real, la impresión más real de su despegada existencia.

Heyst no se dio por aludido, aunque le pareció imposible que su reacción pudiera pasar inadvertida para cualquier observador ocasional. Había un grupo en la veranda, asiduos de la *table d'hóte* de Schomberg, que miraban en esa dirección —en realidad, a las mujeres de la orquesta—.

El temor de Heyst provenía, no de la vergüenza o la timidez, sino de la discreción. Al pasar entre ellos, sin embargo, no descubrió signos de interés o de sorpresa en las caras, lo mismo hubiera dado que se tratara de ciegos. El propio Schomberg, que tuvo que dejarle paso en lo alto de la escalera, siguió impertérrito y retomó la conversación que mantenía con un cliente.

Además, Schomberg ya había descubierto que «ese sueco» hablaba con la muchacha en los descansos. Un secuaz le avisó con el codo. Y pensó que eso era lo mejor que podía pasar: aquel imbécil mantendría alejado al resto. Aquello le puso más contento que otra cosa, y no paró de mirarles por el rabillo del ojo, disfrutando perversamente de la situación con una especie de regocijo satánico. No le cabían dudas sobre su encanto personal y todavía menos sobre su poder para conseguir a la muchacha, demasiado ignorante para valerse por sí misma y, lo que era peor, sin amigos de los que cabalmente necesitaría para enfrentarse a la animosidad, cualesquiera que fueran las razones, de la señora Zangiacomo, una mujer sin conciencia. La

aversión que ella le demostraba, hasta donde se atrevía, Schomberg se la perdonaba en el marco de la femenina y convencional tontería. Le había dicho a Alma, como argumento, que era lo bastante lista como para saber que no podía hacer nada mejor que depositar su confianza en un hombre hecho y derecho, en la flor de la vida y curtido en los caminos. Si no hubiera sido por la temblorosa excitación de la voz y la forma extraordinaria en que se le salían los ojos de la cara crispada y enfebrecida, semejante discurso habría tenido todo el carácter de los pacíficos y desinteresados consejos que, según la costumbre de los amantes, se convierten fácilmente en ilusionados planes de futuro.

—Pronto nos desharemos de la vieja —le susurró con una ferocidad contenida—.

¡Que la ahorquen! Nunca me ha importado. Este clima no le va. Le diré que se largue a Europa con los suyos y no tendrá más remedio que irse. Ya me encargaré de ello.

¡Eins, Zwei, marchen! Luego venderemos este hotel y empezaremos con otro en cualquier parte.

Le aseguró que lo que hacía por ella no le preocupaba. Y era verdad. Los cuarenta y cinco es la edad de la imprudencia para muchos hombres, como si con ella desafiaran la decrepitud y la muerte que esperan con los brazos abiertos en el valle siniestro, en el fondo de la inevitable colina. Los decaídos ojos y la empequeñecida figura que acababa de escucharle, arrinconada al final de un corredor vacío, fueron considerados como símbolo de sumisión a la omnipotencia de su deseo, de reconocimiento de su deslumbrante personalidad. Todas las edades se alimentan de ilusiones; en otro caso, pronto se renunciaría a la vida y la raza humana tocaría a su fin.

No cuesta imaginar la humillación de Schomberg, su furia desatada, cuando descubrió que la jovencita que había resistido sus ataques semana tras semana, sus súplicas y salvajes protestas, le había sido birlada en las narices por «ese sueco» sin mayores problemas. Se negaba a creerlo. Al principio, tuvo para sí que los Zangiacomo le habían gastado una mala pasada, pero cuando los acontecimientos no dejaron lugar a dudas, lo que hizo fue cambiar de idea acerca de Heyst. El sueco despreciable se convirtió en el más profundo, odioso y dañino de los canallas. No podía creer que la criatura a la que había acosado con tanta furia y tan pobres resultados fuera en realidad tierna, de dóciles impulsos y que prácticamente se entregara a

Heyst sin culpabilidad, en un intento de salvarse y desde la profunda necesidad de depositar su confianza allí donde el instinto femenino sustituye a la ignorancia. Nada era tan esclarecedor para Schomberg como el que ella debió ser reducida por la fuerza o la astucia o por el nudo de algún subrepticio lazo. Su vulnerada vanidad se preguntaba incesantemente por los subterfugios que habría empleado «ese sueco» para seducir y apartarla de un hombre como él, como si los subterfugios no pudieran ser sino extraordinarios, inauditos, inconcebibles. Se golpeaba la frente delante de los parroquianos; se sentaba a meditar en un triste silencio o explotaba en intempestivas quejas contra Heyst, sin medida, discreción o prudencia, hinchadas las facciones y alardeando de virtud ultrajada, cosa que no habría engañado al más ingenuo de los moralistas ni por un momento, y para qué hablar del regocijo de la audiencia.

Se convirtió en una contrastada diversión el ir a escuchar sus excesos sobre Heyst mientras se bebía algo helado en la veranda del hotel. Fue, en cierto modo, una atracción más taquillera que los conciertos de Zangiacomo, intermedio incluido. No había dificultad en calentar al artista. Cualquiera podía hacerlo y con cualquier estrambótica alusión. Y lo mismo le daba empezar las interminables acusaciones en la sala de billar donde se sentaba su mujer, entronizada como siempre, bebiéndose las lágrimas y disimulando el sufrimiento, la humillación y el terror bajo la estúpida e indeclinable mueca que, habiendo sido proporcionada por la Naturaleza, resultaba la más excelente de las máscaras, ya que nada, ni la muerte quizá, podía arrancársela.

Pero nada dura en este mundo, al menos sin transformar su apariencia. Así que, a las pocas semanas, Schomberg recuperó la calma externa, como si la ira se hubiera quedado seca en sus adentros. Ya era hora. Su incapacidad para tratar otro tema que no fuera el de Heyst, el cual se convertiría, a la larga, en el de su iniquidad, sus ardides, astucia y criminalidad, empezaba a ser cargante. Schomberg ya no fingía despreciarle. No podía hacerlo. Después de lo ocurrido, no podía fingir ni para sí mismo. Pero la indignación mal contenida fermentaba odio. En este período de locuacidad sin tasa, uno de sus clientes, hombre de edad, llegó a comentar una noche:

—Si ese asno continúa así, acabará por volverse loco.

Y estaba lejos de equivocarse. Schomberg tenía a Heyst incrustado en el cerebro. Incluso el insatisfactorio estado de los negocios, que nunca fue tan

descorazonador desde que llegó del Este, inmediatamente después de la guerra franco-prusiana, se lo imputaba a alguna subrepticia y nociva influencia de Heyst. No volvería a ser el mismo hasta no haber acabado con aquel fullero. Estaba dispuesto a jurar que había arruinado su vida. Aquella muchacha tan sucia, astuta y vilmente arrebatada le habría inspirado la fuerza para emprender un camino nuevo y dichoso. La señora Schomberg, evidentemente aterrorizada por los mal reprimidos estallidos de furia combinados con miradas turbias y envenenadas, no podía inspirarle. Se estaba volviendo negligente, proclive a la temeridad, como si no le importara ni el modo ni el momento en que terminara su carrera de hotelero. Este estado de desmoralización justifica lo que observó Davidson en la última visita al establecimiento, unos meses después de la secreta partida de Heyst y de la muchacha hacia las soledades de Samburan.

El Schomberg de pocos años antes —el de los días de Bangkok, por ejemplo, cuando realizó la primera de sus afamadas *table d'hóte*— nunca hubiera arriesgado nada de esa clase. Su talento se desvivía por el abastecimiento de la clientela («un blanco al servicio de los blancos») y por la invención, elaboración y detallamiento de cháchara escandalosa, con estúpida unción e impúdico deleite. Pero, ahora, el dolor del orgullo herido y de la pasión frustrada habían trastornado su cabeza. Por este camino de debilidad moral, Schomberg se dejó llevar sin remedio.

Capítulo 4

El negocio fue obra de un huésped que llegó en vapor directamente de las Célebes —haciendo escala en Macassary de los caminos del Mar de China, como Schomberg averiguaría más tarde—. Era, desde luego, un trotamundos, incluso en el sentido de Heyst, pero no tan solitario y de otra clase muy distinta.

Schomberg miró desde la cabina de popa de la lancha con la que transbordaba a los recién llegados, y descubrió una oscura, cavernosa mirada que se precipitaba sobre él desde la barandilla de la cubierta de primera clase. No era muy avisado en cuestiones fisonómicas. Los seres humanos, en su particular taxonomía, se dividían en carnaza del chismorreo y en recipientes de estrechas tiras de papel con entintadas cabeceras en las que se leía el nombre de su hotel y también «W. Schomberg, propietario. Se paga por semanas».

De modo que en el barbilampiño y escuálido rostro que se inclinaba desde la barandilla del barco-correo, Schomberg sólo veía la cara de su minuta. Junto con la suya, abordaron las embarcaciones de otros hoteles, pero él consiguió la preferencia.

—Usted es *mister* Schomberg, ¿no es así? —preguntó inesperadamente la calavera.

—El mismo, para servirle —respondió desde abajo.

Los negocios son los negocios, y sus reglas y formulismos deben ser observados, aun cuando a uno se le revuelvan las tripas con esa rabia contenida que sigue a la furia de una pasión incomprensible, como la incandescencia del rescoldo sigue a la llamarada.

Casi de inmediato, el poseedor del distinguido pero demacrado rostro estaba sentado junto a Schomberg en las baldas de popa. Era un hombre alto y desgarbado; los dedos finos y entrelazados caían sobre la pierna que descansaba en la rodilla alterna, en una actitud indolente y todavía tensa. Al otro lado del teutón se sentó otro pasajero, que el barbilampiño presentó de la siguiente forma:

—Mí secretario. Quiero que tenga la habitación contigua a la mía.

—Eso se arregla con facilidad.

Schomberg conducía dignamente, mirando un lejano y fijo horizonte, aunque muy interesado por aquellas dos prometedoras minutas. Sus

pertenencias, un par de baúles de cuero oscurecidos por el uso y unos cuantos bultos más pequeños, se apilaban en la proa. Un tercer individuo —indescriptible y peluda criatura— se hizo sitio humildemente en la cima del equipaje. La parte inferior de su fisonomía era desproporcionada: la frente de patán, exigua, vencida y atravesada de arrugas, remontaba las mejillas ahuecadas y la aplastada nariz con aletas de babuino. Había algo equívoco en el aspecto de esta humanidad anegada en pelo. También él parecía seguir al pulimentado varón, y todo indicaba que había viajado en cubierta con los nativos, durmiendo bajo las toldillas. La corpulenta y achaparrada figura sugería una fuerza descomunal. Al agarrarse a la borda, desplegó un par de brazos de extraordinaria longitud, rematados por dos gruesas y velludas garras de apariencia simiesca.

—¿Qué podríamos hacer con ese? —preguntó el principal a Schomberg —. Tiene que haber una pensión cerca del muelle o alguna taberna donde le dejen echar una manta.

Schomberg conocía un sitio y al portugués mestizo que lo llevaba.

—¿Es un criado suyo? —preguntó.

—Bueno, se ha pegado a mí. Es un cazador de caimanes. Me lo encontré en Colombia. ¿Ha estado en Colombia?

—No —dijo Schomberg, bastante sorprendido—. ¿Cazador de caimanes?

¡Entretenido oficio! ¿Viene usted de Colombia?

—Eso es. Pero llevo viniendo una buena temporada. Vengo de muchos sitios. Voy viajando hacia el Oeste.

—¿Por deporte, quizá? —insinuó Schomberg.

—Cierta especie de deporte. ¿Cómo le llama usted a seguir al sol?

—Ya veo. Un caballero auténtico —replicó, mientras observaba a una canoa aborigen que se cruzaba por popa y preparaba el viraje.

El otro pasajero se hizo escuchar rápidamente:

—¡Al infierno con todas estas barquichuelas! Siempre están en medio.

Se trataba de un chaparro musculoso, de ojos centelleantes y nerviosos, voz aguardentosa y cara redonda, sosa, picada por la viruela y adornada con un bigotito desflecado y pintorescamente enhiesto hacia la punta de la tersa nariz. Schomberg pensó que aquel sujeto no tenía nada de secretario. Tanto él como su sarmentoso jefe de filas vestían el acostumbrado terno de los trópicos, salacot y zapatos blancos —todo en su sitio—. La indescriptible criatura encaramada al equipaje llevaba una camisa de cuadros y pantalones

azules, con la misma hechura que los de un mono de circo. Escudriñaba en la dirección del hotelero y de sus clientes con el gesto expectante de un animal domesticado.

—Usted me habló primero —dijo Schomberg, con su viril acento—. Sabía mi nombre. ¿Dónde lo escuchó, si no es mucho preguntar?

—En Manila —respondió inmediatamente aquel auténtico caballero—. A un hombre con quien una tarde eché una partida de cartas en el Hotel Castille.

—¿Qué hombre? No tengo amigos en Manila, que yo sepa —se extrañó el hotelero, mostrando su ceño severo.

—No puedo decirle su nombre. Lo he olvidado por completo, pero no se preocupe. Sea quien fuere, desde luego no era amigo suyo. Le llamó de todo. Dijo que usted le había echado encima un montón de infamias en alguna parte, no sé, en Bangkok, quizá. Sí, eso es. Usted llevaba una *table d'hóte* en Bangkok, ¿no es cierto? A Schomberg, aturdido por el sesgo que tomaba la información, no le quedó más remedio que inflar el pecho y sacar a relucir su más exagerado estilo de teniente de la Reserva. ¿Una *table d'hóte*? Sí, ciertamente. Él siempre…, siempre al servicio de los blancos. ¿Y en este lugar también? También aquí, efectivamente.

—De acuerdo, pues —y el extraño apartó la oscura, cavernosa, hipnótica mirada del barbudo Schomberg, que se aferraba a la caña del timón con sudor en las manos.

—¿Mucha concurrencia por la noche en su establecimiento? El hotelero se recuperaba.

—Veinte cubiertos, unos días con otros —contestó con emoción, como convenía a un asunto al que era muy sensible—. Y tendría que ser más, si la gente acabara de ver que es por su propio bien. Menudo negocio el que hago yo de esta manera. ¿Son ustedes partidarios de las *table d'hóte*, caballeros?

El futuro huésped respondió que le gustaría más un hotel donde pudiera encontrarse a la gente por la noche. En otro caso, tendría que considerarlo mortalmente aburrido. El secretario, en señal de aprobación, emitió un gruñido de ferocidad sorprendente, como si el propósito fuera comerse a la gente. Todo aquello sonaba a hospedaje prolongado, pensó Schomberg, secretamente satisfecho bajo la grave apariencia. Hasta que, recordando a la muchacha que le fue arrebatada por el último huésped prolongado, hizo rechinar los dientes de forma tan sonora que los otros dos le observaron con

admiración. La momentánea convulsión de la rojiza encarnadura pareció dejarles sin habla. Se intercambiaron una rápida mirada. Inmediatamente, el barbilampiño disparó otra pregunta, en el seco y directo estilo que le caracterizaba:

—No tiene mujeres en el hotel, ¿verdad?

—¡Mujeres! —exclamó, indignado, el teutón, aunque con un leve temor, acaso—.

¿Qué diablos quiere decir con mujeres? ¿Qué clase de mujeres? Está mi esposa, por supuesto —añadió, repentinamente apaciguado y con sublime indiferencia.

—Si sabe estar en su sitio, todo irá bien. No aguanto mujeres a mi alrededor. Me dan pánico —declaró el otro—, son un castigo bíblico.

Durante el estallido, al secretario se le puso cara de fiera. El invitado principal cerró los ojos hundidos, como extenuado, y apoyó la nuca contra el montante de la toldilla. En esa posición pudieron apreciarse mejor las largas y femeninas pestañas; y las facciones regulares, la acusada línea de la mandíbula y el perfecto diseño de la barbilla adquirieron un relieve que le proporcionaba un aire de fatigada, decadente, malsina distinción. No abrió los ojos hasta que la lancha tocó el embarcadero. Entonces, él y su secretario saltaron a tierra enseguida, se metieron en un carruaje y se dirigieron al hotel, dejando a Schomberg al cuidado del equipaje y de la extraña criatura. El tal, mirando más como un oso amaestrado al que abandona su domador que como un ser humano, siguió los movimientos de su vigilante paso a paso, pegado a su espalda, murmurando para sí en una lengua que sonaba a español, pero en recio. El hotelero se sintió incómodo hasta que, al fin, pudo librarse de él en un tenebroso tugurio, donde un aseado y orondo portugués de medio pelaje, que permanecía serenamente en el quicio de la puerta, comprendió a la perfección la forma de tratar a cierto tipo de clientes. Le quitó de encima el hatillo al que había ido abrazado en su peregrinación por la ciudad desconocida y cortó en seco los intentos de explicación de Schomberg con un confidencial:

—Está entendido, señor.

«Pues ya es más de lo que puedo decir yo», pensaba Schomberg mientras se iba, agradecido por haber sido relevado de la compañía del cazacocodrilos. Se preguntó a qué se dedicarían aquellos individuos, pero no llegó a ninguna conclusión probable. Conoció los nombres ese mismo

día, directamente de sus propietarios, «para el registro», explicó con su formalidad militar, estirando el pecho, la barba por delante.

El barbilampiño, extendido en una mecedora, con aspecto de juventud marchita, levantó lánguidamente los ojos:

—¿Mi nombre? Bueno, *mister* Jones a secas, póngalo así, un caballero auténtico.

Y este es Ricardo.

El de las viruelas, postrado en otra mecedora, hizo una mueca como si algo le picara en la nariz, pero no abandonó la mencionada postración.

—Martin Ricardo, secretario. ¿Algo más sobre nuestra vida? ¿El qué? ¿Oficio? Ponga «turistas». Nos han llamado cosas peores. No lastimará nuestros sentimientos. Y a nuestro sujeto, ¿dónde lo ha colocado? Ah, estará perfectamente. Cuando quiera algo, ya se encargará él de conseguirlo. Ciudadano de Colombia. Peter, Pedro, no le conozco otro nombre. Pedro, cazador de cocodrilos. Oh, sí, yo mismo le pagaré el alojamiento al mestizo. No me lo puedo sacudir de encima. Es tan obcecadamente devoto de mi persona, que si le diera el pasaporte es capaz de lanzarse a mi cuello.

¿Tengo que contarle cómo maté a su hermano en las selvas de Colombia? Bueno, quizá en otra ocasión; la historia es un poco larga. Lo que jamás podré perdonarme es no haberle matado también a él. Pude haberlo hecho en su momento sin demasiadas complicaciones. Ahora ya es tarde. Un fastidio de envergadura. Pero a veces es útil. Espero que no ponga todo esto en su cuaderno.

La forma dura y como descuidada, y el tono desdeñoso de «Mr. Jones a secas» desconcertaron por completo a Schomberg. Nadie le había hablado así en la vida. Sacudió la cabeza en silencio, y se alejó, no exactamente atemorizado —aunque, en realidad, bajo su apariencia de rudo varón se ocultaba un alma tímida—, pero sí perturbado e impresionado.

Capítulo 5

Tres semanas más tarde, después de poner la caja de caudales en lugar seguro, pasando a llenar con su armazón de hierro una esquina del dormitorio, Schomberg se volvió hacia su mujer, aunque sin mirarla expresamente, y dijo:

—Tengo que deshacerme de esos dos. Esto no marcha.

La esposa había sostenido esa misma opinión desde el principio; pero durante años había sido forzada a guardarse las opiniones. Sentada con su atavío nocturno a la luz de una candela, trataba con todo cuidado de no hacer ruido, sabiendo por experiencia que hasta el asentimiento sería tomado a mal. Siguió con los ojos la figura del marido, metido en el pijama y midiendo la habitación de arriba abajo con sus pasos.

No le dedicó una sola mirada, por la sencilla razón de que la señora Schomberg, en camisón, era la cosa menos atractiva del universo: triste, insignificante, marchita, consumida, vieja. El contraste con la forma femenina que tenía incrustada en la imaginación hacía de la apariencia de su mujer algo doloroso para su sentido estético.

Schomberg seguía midiendo la habitación al tiempo que juraba y echaba pestes con el propósito de elevar su valor al límite:

—Que me cuelguen si no tendría que ir ahora mismo a su dormitorio y decirle a él y a su secretario que se largaran en el acto. Las partidas de cartas me dan igual, ¡pero convertir mi *table d'hóte* en un reclamo es que me envenena la sangre! Resulta que vinieron porque algún arrastrado les contó en Manila que yo tenía una *table d'hóte*.

Decía esas cosas no para información de su mujer, sino como si pensara en voz alta, alimentando la rabia hasta que llegara al punto de darle coraje suficiente para enfrentarse a «Mr. Jones a secas».

—¡Impúdico, tirano, estafador! —continuó—. Estoy por ir y…

Lo que estaba es fuera de sí, pero a la manera contenida, dura, de los teutones, tan distinta de la florida y vital iracundia de las razas latinas. Y aunque sus ojos se extraviaban de irresolución, las facciones hinchadas y coléricas desvelaban a aquella mujer entristecida, sobre la cual había caído el peso de una tiranía sustentada en el temor por aquel cuerpo querido, toda vez que la pobre no tenía otra cosa a la que agarrarse en el mundo. Le conocía bien. Pero no del todo. La última cosa que una mujer querría

descubrir en el hombre que ama, o de quien simplemente depende, es la falta de valor. Y, acurrucada en el rincón, se aventuró a decir en un tono angustiado:

—¡Ten cuidado, Wilhelm! Acuérdate de las pistolas y los cuchillos de los baúles.

En agradecimiento por esta angustiada advertencia, lanzó un terrible juramento en dirección de la encogida mujer. Descalza y con el escaso camisón, recordaba un penitente medieval en el momento de la violenta recriminación de sus pecados. Aquellas armas mortales también estaban presentes en la cabeza de Schomberg. Personalmente, nunca las había visto. Diez días después de la llegada de los huéspedes, se había paseado por la veranda con sus aires de varonil seguridad —sin perderles de vista—, mientras la señora Schomberg, provista de un heterogéneo manojo de llaves, el castañeteo de la insana dentadura y los globos de los ojos absolutamente idiotizados por el miedo, indagaba en el equipaje de la extraña clientela. Su tremendo Wilhelm había insistido en ello.

—Yo estaré vigilando, te lo aseguro —dijo—. Si vuelven, te avisaré con un silbido. Tú no sabes silbar. Y si te pescan y te echan una mano al pescuezo, tampoco es para tanto. Además, él no tocaría a una mujer. Él, no. Me lo ha dicho. Es una bestia, pero una bestia interesada. Tengo que descubrir algo sobre su jueguecito y acabar con él. ¡Vamos! ¡Marchando! ¡Paso ligero!

Era un encargo penoso, pero lo hizo por la sencilla razón de que tenía más miedo a su marido que a cualquiera de las posibles consecuencias. La mayor preocupación provenía de que ninguna de las llaves que él le había proporcionado encajara en la cerradura. Wilhelm se llevaría un disgusto. Por suerte, los baúles habían quedado abiertos y la investigación no duró mucho. Le aterrorizaban las armas de fuego y las armas en general, no por cobardía personal, sino por una superstición propia de algunas mujeres, que tiene que ver con un horror abstracto por la violencia y el asesinato. Estaba otra vez en la veranda mucho antes de que su Wilhelm hubiera tenido ocasión de emplear el silbido de alerta. Siendo el miedo instintivo y sin fundamento el más difícil de superar, nada podría empujarla a reanudar sus inquisiciones: ni los gruñidos amenazantes, ni los siseos feroces, ni siquiera dos o tres codazos en las costillas.

—¡Estúpida mujer! —masculló el hotelero, ofuscado por la idea de un arsenal en uno de sus dormitorios.

No era un sentimiento abstracto. Tratándose de él, se convertía en una cuestión personal.

—¡Fuera de mi vista! —bramó—. Anda, y vístete para la *table d'hóte*.

A solas, Schomberg se quedó pensando. ¿Qué diablos significaba todo aquello? La mecánica de sus pensamientos era perezosa y espasmódica. Pero le sobrevino la claridad repentina.

—¡Por todos los cielos! ¡Se trata de criminales!

En ese justo momento distinguió a «Mr. Jones a secas» y a su secretario, el del ambiguo «Ricardo», entrando en los jardines del hotel. Habían ido al puerto con algún objeto y ahora volvían. Mr. Jones, flaco, despreocupado, abriendo las piernas con la regularidad angulosa de un compás, y el otro, caminando enérgicamente a su lado. La convicción penetró en el corazón de Schomberg. Eran dos criminales, no cabía duda. Pero como la jindama que padecía no pasaba de ser una sensación bastante vaga, trató de revestirse de su más severa expresión de oficial de la reserva, mucho antes incluso de que se le acercaran.

—Buenos días, caballeros.

Como la civilidad de la respuesta llevó alguna socarronería, el hotelero vio confirmada su convicción en el carácter criminal de los encartados. La forma en que Mr. Jones volvía los ojos hacia uno, como una lamia desganada, y el otro, que en cuanto se le aludía contraía bruscamente los labios y enseñaba los dientes sin pensarlo dos veces, eran evidencias definitivas para justificar el dictamen.

¡Criminales! Atravesaron la sala de billar, inescrutables y misteriosos, y se fueron hacia el fondo, a encontrarse con los baúles recién inspeccionados.

—El timbre del almuerzo sonará dentro de cinco minutos, caballeros —les avisó Schomberg, exagerando la gravedad de la voz.

Se había esforzado lo inimaginable en alterarse. Esperaba que se volvieran enfurecidos y empezaran a maltratarle con su repugnante falta de comedimiento.

¡Criminales! A pesar de todo, no lo hicieron. No advirtieron nada inusual en los baúles, y el reservista recobró el aliento y se dijo que tenía que deshacerse de aquellos dos íncubos infernales sin la menor tardanza. Posiblemente no querrían quedarse mucho tiempo. Aquélla no era ciudad para espíritus asesinos. Le acobardaba la posibilidad de actuar. Temía toda clase de perturbación —él lo llamaba «gresca»— en el hotel. Esas cosas no

beneficiaban al negocio. Por supuesto, de vez en cuando una gresca era inevitable. Pero, comparativamente, echarle mano al endeble Zangiacomo —cuyos huesos no eran más consistentes que los de un pollo—, apretarle las costillas, levantarlo al peso, dar con él en el suelo y arrojarse encima, resultaba tarea del todo insignificante. Nada más fácil. La despreciable, córvida criatura, aplastada, inmóvil, anegada en su barba iridiscente.

De pronto, y acordándose de la gresca, Schomberg lanzó un quejido, como si le hubieran puesto una brasa en el esternón, y se dejó llevar por la angustia. ¡Ah!, si por lo menos tuviera consigo a la muchacha: sería poderoso, resolutivo, audaz —se las vería con veinte como ellos—, no temería a nadie bajo el sol. Y era que la posesión de la señora Schomberg no invitaba al despliegue de las virtudes masculinas. En lugar de no temer a nadie, sentía que temía por cualquier cosa. La vida era una mascarada. No iba a arriesgarse a un tiro en el hígado o entre las cejas sólo para preservar su integridad moral. Aquello no tenía color. ¡Al diablo!

En dicho estado de descomposición espiritual, maestro como era en el arte de la hotelería, y muy puntilloso a la hora de dar oportunidades críticas a la autoridad que regulaba esta rama de la actividad humana, dejó que las cosas siguieran su curso. Aunque veía de sobra la dirección de ese curso. Primero fue una partida o dos después de la cena —jugarse las bebidas— con algún moroso, en cualquiera de las mesas puestas contra la pared de la sala de billar. Detectó la trama en el acto. ¡Así que era eso! ¡Ese era su oficio! Y, yendo de acá para allá, sin sosiego (por entonces debió entrar en uno de sus silenciosos períodos de ofuscación) miraba de reojo a los jugadores, pero sin abrir la boca. No merecía la pena tener una bronca con elementos tan peligrosos. Incluso cuando el dinero apareció relacionado con estos juegos de sobremesa, hacia los cuales la gente se sintió crecientemente atraída, él se abstuvo de poner la cuestión sobre el tapete; se mostraba remiso a llamar en exceso la atención de «Mr. Jones a secas» y del ambiguo Ricardo hacia su persona. No obstante, una noche en que las salas abiertas al público ya habían quedado vacías, Schomberg hizo un intento por enfocar el problema de una forma indirecta.

En un rincón lejano, el exhausto sirviente chino echaba un sueñecito en la posición del Buda, la espalda contra la pared. La señora Schomberg había desaparecido, como era habitual, entre las diez y las once. El hotelero deambulaba por el salón y la veranda, meditabundo, a la espera de que sus

dos huéspedes se fueran a la cama. Un repentino impulso hizo que se acercara a ellos, militarmente, el pecho fuera, la voz seca y tajante:

—Noche calurosa, caballeros.

Mr. Jones, extendido indolentemente sobre una silla, miró hacia arriba. Ricardo, con la misma pereza, aunque más enderezado, no dio señales de vida.

—¿Tomarán algo conmigo antes de retirarse? —continuó Schomberg, sentándose en la mesa.

—Eso está hecho —contestó Mr. Jones distraídamente.

Ricardo enseñó la dentadura con una mueca rápida y extraña. El recién llegado sintió, para su desgracia, cuán difícil era comunicarse con estos seres tan silenciosos, tan cautos, tan despreocupadamente amenazadores. Mandó al chino a por las bebidas. El objetivo era averiguar el tiempo que pretendían quedarse. Ricardo no estaba en vena, pero Mr. Jones parecía bastante comunicativo. De algún modo la voz armonizó con la mirada hundida en un oculto sentido. Profunda sin ser lúgubre, sonaba distante, despegada, como si saliera del fondo de un pozo. Schomberg averiguó que tendría el privilegio de seguir nutriendo y alojando a los citados caballeros durante un mes, por lo menos. No pudo disimular el desconcierto al escuchar la noticia.

—¿Qué ocurre? ¿No le agrada que haya gente en su casa? —preguntó con languidez «Mr. Jones a secas»—. Hubiera pensado que nada satisfaría más al propietario de un hotel.

Aquí alzó las delicadas y maravillosamente delineadas pestañas. Schomberg murmuró algo sobre la monotonía y el tedio que imperaban en el lugar, la falta de acontecimientos, la tranquilidad excesiva. Pero únicamente consiguió escuchar que, algunas veces, el sosiego no carece de encanto y que la monotonía no está mal como contraste.

—Por lo que a nosotros se refiere, no hemos tenido tiempo de aburrirnos en los tres últimos años —añadió «Mr. Jones a secas», los ojos sombríos y fijos en el interlocutor, a quien invitó además a otro trago con la insinuación de que no se preocupara por cosas que no entendía, no fuera a infringir las leyes de la hospitalidad, cosa impropia de un hotelero.

—No comprendo —murmuró Schomberg—. Bueno, sí, comprendo perfectamente. Yo…

—Usted tiene miedo —interrumpió el barbilampiño—. ¿Cuál es la cosa?

—No quiero líos en mi establecimiento. Esa es la cosa.

Schomberg trató de enfrentarse a la situación con pundonor, pero la negra y fija mirada llegaba a intranquilizarle. Cuando apartó la vista, forzado por la incomodidad, se encontró con la mueca de Ricardo dejando al descubierto una buena porción de dientes, aunque parecía absorto en sus pensamientos todo el tiempo.

—Además —continuó Mr. Jones con su timbre lejano—, usted no puede hacer nada. Aquí estamos y aquí nos quedaremos. ¿Pretende echarnos? Me atrevo a decir que sería usted capaz. Ahora, no lo haría sin lamentarlo, sin lamentarlo muy seriamente. Eso se lo garantizamos. ¿No es cierto, Martin?

El secretario crispó los labios y miró bruscamente a Schomberg, como con ansia de abalanzarse con uñas y dientes.

El hotelero trató de reírse a pleno pulmón.

—¡Ja, ja!

Jones cerró los ojos fatigosamente, como si la luz le hiciera daño, y se quedó como cadáver por un instante. Ya esto no era muy alentador. Pero el abrir de ojos resultó ser una prueba más dura todavía para los nervios. La intensidad espectral de la inexpresiva mirada que se clavaba en Schomberg (de lo más aterrador) pareció disolver el último gránulo de resolución en su carácter.

—No se creerá, por casualidad, que anda tratando con gente vulgar. ¿O sí? —inquirió el espectro con la habitual frialdad que parecía implicar una amenaza proveniente de ultratumba.

—Es un caballero —atestiguó Martin Ricardo escupiendo las palabras, después de lo cual se le quedaron alborotados los bigotes y con una rara disposición felina.

—Oh, no pensaba en eso —dijo el «caballero», mientras Schomberg, mudo y aplastado en el asiento, miraba a uno y a otro con ligero vencimiento—. Por supuesto que lo soy. Pero Ricardo concede demasiada importancia a las diferencias sociales. Lo que quiero decir, por ejemplo, es que a él, pacífico e inofensivo sentado en la silla, le importaría un pimiento pegarle fuego a esta especie de cuchitril festivo. Ardería como una caja de cerillas. ¡Piénselo! Seguro que el negocio no saldría beneficiado, pasase lo que nos pasase a nosotros.

—Vamos, señores, vamos —protestó Schomberg en un susurro—. Así hablan los salvajes.

—Está acostumbrado a tratar con gente dócil, ¿verdad? Pero nosotros no lo somos. En cierta ocasión tuvimos a una ciudad a raya durante dos días y luego nos largamos con el botín. Eso pasó en Venezuela. Pregúntele a Martin, puede que se lo cuente.

Schomberg miró instintivamente a Ricardo, que se limitó a acariciar los labios con la punta de la lengua en un exceso de deleite.

—Bueno, quizá fuera una historia un poco larga —concedió Mr. Jones después de un breve silencio.

—Estoy seguro de que no me apetece escucharla —replicó el teutón—. Esto no es Venezuela. No se irían por las buenas. Pero esta conversación es una estupidez donde las haya. ¿Me va usted a decir que cometerían un desaguisado por el provecho que usted y ese otro caballero —al tiempo que le echaba un vistazo receloso, tal una fiera desconocida— puedan sacar en una noche? Ni que sus clientes fueran potentados, con los bolsillos rebosantes. Me extraña que se tome tanto trabajo por unas cuantas perras.

El argumento de Schomberg se encontró con la constatación de Mr. Jones de que hay que hacer algo para matar el tiempo. Matar el tiempo no estaba prohibido. Por lo demás, y continuando en aquella comunicativa disposición, el «caballero» afirmó lánguidamente —con voz átona de tumba destapada— que él se valía por sí mismo, ni más ni menos que si el mundo fuera todavía una espesa e ilimitada jungla ajena a todo derecho. Para Martin las cosas también eran un poco así —por razones de su incumbencia.

Cada una de estas aseveraciones fueron respaldadas por Ricardo con breves y furibundas muecas. Schomberg bajó los ojos: la presencia de los dos hombres le intimidaba, pero estaba perdiendo la paciencia.

—Ni que decir tiene que enseguida descubrí que eran ustedes dos desesperados, algo parecido a lo que usted dice. ¿Y qué pensarían si yo les dijera que estoy casi tan desesperado como ustedes, caballeros? «Ahí tienen a Schomberg, la vida sobre ruedas gracias a su hotel», piensa la gente. Pero tanto me daría que me rajaran por el buche y pegaran fuego a todo lo que vemos. Palabra.

Se escuchó un silbido suave. Salió de Ricardo y llevaba zumba. Schomberg, respirando con dificultad, miró al suelo. Estaba desesperado de verdad. Mr. Jones permaneció distendidamente escéptico.

—Vamos, vamos. Es usted el dueño de un aceptable negocio. Y es absolutamente dócil. Además —se detuvo para añadir con desagrado—:

además tiene mujer.

Schomberg dio una patada furiosa en el suelo y lanzó una indescriptible y cómica maldición.

—¿Qué pretende echándome en cara esa desgracia? —gritó—. ¡Ojalá se la llevara con usted al infierno! Le juro que no le seguiría.

El inesperado estallido conmovió de un modo extraño a Mr. Jones. Reculó estrepitosamente con silla y todo, como si Schomberg le hubiera puesto delante una serpiente histérica.

—¿Qué significa esta tontería? —murmuró roncamente—. ¿Qué quiere decir?

¿Cómo se atreve?

Ricardo soltó una risita.

—Le repito que estoy desesperado. Tan desesperado como el que más. Me importa un rábano lo que me pase.

—Bien, entonces —comenzó Mr. Jones en un tono tranquilo y amenazante, como si las palabras corrientes tuvieran algún otro significado fatal en su cabeza—, ¿por qué se empeña en mostrarse tan ridículo y desagradable con nosotros? Si le importa tan poco como dice, podría dejarnos la llave del cobertizo ese de los músicos, para una partida tranquila. Y una banca modesta: doce candelas o por ahí. Sus clientes se lo agradecerían enormemente, si juzgamos por la forma de apostar en una mano de ecarté que tuve con ese rubito cara de niño, ¿cómo se llama? Sus clientes suspiran por una banca sencillita. Y temo que si se opone, Martin se lo tome muy a mal. Aunque, desde luego, usted no hará eso. Piense en la cuenta de bebidas.

Schomberg levantó los ojos hasta encontrar los dos rayos de caverna bajo las cejas satánicas de Mr. Jones, impenetrablemente dirigidos hacia él. Se estremeció como si un horror peor que la muerte acechara allí y dijo, señalando a Ricardo con la cabeza:

—Me atrevo a decir que no se lo pensaría dos veces antes de atizarme, si le tiene a usted detrás. Por qué no se desfondaría la lancha y me iría a pique con ella antes que abordar ese vapor. En fin. He vivido en el infierno durante semanas, así que no puede haber tanta diferencia. Les dejaré la sala de conciertos… y al cuerno con las consecuencias. Pero ¿qué hay del chico que estará al servicio? Si ve las cartas y dinero constante en circulación irá a dar el soplo y se extenderá por la ciudad en un santiamén.

Una malévola sonrisa se dibujó en los labios del otro.

—Ya veo que está interesado en que todo vaya bien. Estupendo. Esa es forma de conseguirlo. No se apure. Usted mande a los chinos a la cama lo más pronto que pueda y nosotros haremos que Pedro venga aquí todas las noches. No es el tipo convencional de camarero, pero servirá para ir y venir con la bandeja, mientras usted se sienta aquí de nueve a once, sirviendo bebidas y amontonando dinero.

—Ahora serán tres —pensó el desdichado Schomberg.

Pedro, en cualquier caso, era una bestia pura y simple, no obstante sanguinaria. Con él no había misterio ni secreto, ni sospecha de felino astuto y sigiloso transformado en hombre, o de lamia insolente que ha dejado el Hades y ahora, en carne y hueso, dispone de un subterráneo y terrorífico poder. Pedro, con los colmillos, la greñosa barba y la extraña mirada de los ojitos de oso, era, en comparación, deliciosamente natural. Por si fuera poco, Schomberg ya no soportaba más aquello.

—Servirá perfectamente —aceptó con tristeza—. Pero les aseguro, caballeros, que si me cogen hace tres meses, qué digo, menos de tres meses, se habrían encontrado con alguien muy diferente del que les está hablando. Es la pura verdad.

¿Qué me dicen?

—No se me ocurre qué tengo que decir. Pensaría que es una burda mentira. Usted era tan dócil hace tres meses como ahora. Ha nacido pusilánime, como la mayoría de la gente.

Mr. Jones se incorporó con su ingravidez fantasmal y Ricardo le siguió gruñendo y desperezándose. Schomberg, meditabundo, continuaba solo:

—Aquí había una orquesta, dieciocho mujeres.

El fantasma dejó escapar un lamento y miró alrededor como si las paredes que le rodeaban y la casa entera hubiera sido infestada por una plaga. Se indignó y le maldijo por atreverse a sacar semejante conversación. El hotelero estaba demasiado sorprendido para levantarse. Contemplaba desde su silla la furia de Mr. Jones que no tenía nada de espectral y que tampoco era más comprensible por eso.

—¿Qué ocurre? —tartamudeó—. ¿Qué conversación? ¿No ha escuchado que se trataba de una orquesta? No tiene nada de particular. Bueno, había una muchacha…

Los ojos de Schomberg se salían de la órbita. Enlazó las manos sobre el pecho con tal fuerza que los nudillos se pusieron blancos.

—¡Y qué muchacha! ¿Que soy un pusilánime? Por ella lo habría echado todo por la borda. Y ella, por supuesto…, yo estoy en la flor de la vida… Y luego un tipo la hipnotizó. Un siniestro, vagabundo, hipócrita, mentiroso, estafador, un pinchapeces.

¡Ah!

Los dedos crujieron como si se arrancaran de las manos y luego dejó caer en ellas su cabeza en un arrebato de desesperación. Los otros dos miraban la espalda de aquel cuerpo convulso: el encogido Jones con una mezcla de desprecio y temor; Ricardo con la expresión del gato que ha descubierto un pedazo de pescado en la despensa y fuera de su alcance. Schomberg se dejó caer de espaldas. Tenía los ojos secos, pero tragaba como si se estuviera bebiendo las lágrimas.

—No me extraña que hagan conmigo lo que les place. No tienen idea, sólo dejen que les hable de mi desgracia…

—No quiero saber nada de sus detestables problemas —dijo el espectro con el tono más frío y tajante.

Extendió un brazo en ademán de detenerle y, como Schomberg seguía con la boca abierta, salió de la sala de billar con la inverosimilitud de que le dotaban las escurridas zancas. Ricardo le siguió pisándole los talones, no sin antes enseñarle los dientes al importuno.

Capítulo 6

De esa noche databan los misteriosos pero significativos acontecimientos que atrajeron casualmente la mirada del capitán Davidson cuando se dejó caer por el establecimiento, tranquilo y expectante, con el objeto de devolver el chal indio a la señora Schomberg. Acontecimientos que, por extraño que parezca, continuaron durante una considerable porción de tiempo. Cosa que pudo deberse a la honestidad y a la mala suerte, tanto como a la notable precaución de Mr. Jones y compañía en el manejo de las cartas.

El interior de la sala de conciertos constituía un espectáculo de lo más raro e impresionante, con un extremo abarrotado de sillas apiladas en la tarima de los músicos y con el otro iluminado por dos docenas de velas distribuidas sobre una mesa alargada, cubierta con un fieltro verde y sostenida por caballetes. En el centro, Mr. Jones, un consumido espectro convertido en banquero; enfrente, Ricardo, un peligroso felino de amortiguados movimientos convertido en *croupier*. Por contraste, el resto de semblantes —unos veinte o treinta— que rodeaban la mesa tenían el mismo aspecto que una muestra colectiva de humanidad incapaz y desvalida, patética en su ingenua manera de afrontar los reveses de la fortuna, que podrían resultar trágicos para la mayoría. No les sobraba curiosidad para el greñoso de Pedro, transportando su bandeja con la torpeza de una criatura atrapada en la selva y amaestrada para caminar sobre las dos patas traseras.

Por lo que se refiere a Schomberg, quedaba al margen. Permanecía en la sala de billar, sirviendo las bebidas al indescriptible Pedro con aire de no enterarse de la presencia de aquel monstruo carrañón, de no conocer el destino de las consumiciones e ignorando la inmediata existencia de aquel público secreto, bajo la arboleda y a cincuenta yardas del hotel. Se adaptó a la situación con un estoicismo desvitalizado compuesto de resignación y temor. Apenas concluía la partida (lo averiguaba por las oscuras siluetas de los hombres, saliendo por separado o en pequeños grupos por el portalón del parque), se ocultaba tras una puerta medio cerrada con el propósito de evitar el encuentro con los extraordinarios huéspedes. Pero observaba por la abertura su paso por los billares, lo encontrado de aquellos dos perfiles que desaparecían en dirección a los aposentos. Poco después escuchaba los

portazos en lo alto de la escalera y un silencio profundo caía sobre la casa y el hotel expoliado y guarida de dos deslenguados e insolentes, pertrechados con un auténtico arsenal. Un silencio abismal. A veces no resistía la impresión de que estaba viviendo un sueño. Entre temblores, acababa por sobreponerse y hacer mutis con movimientos extrañamente adecuados al empaque de teniente de la reserva, mediante el que pretendía mantener su dignidad ante el mundo.

Le ahogaba el sentimiento de una soledad sin límite. Una tras otra, iba apagando las lámparas y deslizándose silenciosamente hacia el dormitorio donde le esperaba su mujer —de ningún modo la compañera adecuada para un hombre de su capacidad y en «la flor de la vida»—. Pero esa vida, ay de ella, estaba arruinada. Así lo padecía. Pero nunca con la intensidad que le provocaba abrir la puerta y encontrarse a aquella mujer sentada en una silla, con la punta de los pies asomando por el borde del camisón, unas ridículas hilachas de pelo cayendo de la cabeza por la caña escuálida del pescuezo y la imperturbable y amedrentada sonrisa mostrando el colmillo careado, sin expresar nada, ni siquiera pavor. La verdad es que se había acostumbrado al hotelero.

De vez en cuando estaba tentado de sacarle la cabeza de la rosca del cuello. Se imaginaba en plena operación: una brusca vuelta de tuerca. No seriamente, por supuesto. Una simple licencia para la sensibilidad exasperada.

No era capaz de matar. Estaba seguro. Y acordándose de pronto del sencillo discurso de Mr. Jones, pensó: «Supongo que soy demasiado dócil». Y demasiado inconsciente para darse cuenta de que el espíritu de la desgraciada mujer lo había asesinado él hacía años. Era demasiado torpe para tener noción de un crimen de esas características. La presencia física de la mujer le resultaba hiriente y ofensiva, a la vista del contraste con una imagen femenina muy diferente. Deshacerse de ella no ayudaría en nada. Era una costumbre, ya vieja, y no había encontrado nada con que sustituirla. En cualquier caso, a esa idiota podía hablarle la mitad de la noche si le daba la gana.

Esa noche en cuestión se la pasó fanfarroneando ante ella de la intención de carearse con los dos huéspedes; y, en lugar del confortamiento que necesitaba, recibió simplemente el aviso de costumbre:

—Ten cuidado, Wilhelm.

Ese tipo de advertencias no le gustaban cuando provenían de una hembra imbécil. Lo que necesitaba era un par de brazos de mujer que, enroscados en el cuello, le dispusieran para la batalla. Inspiración, lo llamaba él.

Permaneció acostado y despierto durante mucho tiempo. Y cuando le sobrevino el sueño, este fue insatisfactorio y breve. El esplendor de la mañana no le alegró los ojos. Escuchó con apatía los primeros ruidos de la casa. Los chinos abrieron de par en par las puertas que daban a la veranda. Horror. ¡Otro día infecto que había que aguantar como fuera! El recuerdo de sus decisiones le dio náuseas. Antes que nada, le desconcertaban las altivas y desenvueltas maneras de Mr. Jones. Luego estaba su silencio desdeñoso. Nunca le dirigía el más mínimo comentario, nunca abría la boca excepto para darle los buenos días, dos simples palabras que, pronunciadas por aquel hombre, sonaban como un sarcasmo peligroso. No era miedo físico y declarado lo que le inspiraba —ya que, de ser eso, hasta una rata acorralada presentaría batalla—, sino un pavor supersticioso e intimidatorio, parecido a la invencible repugnancia que suscita la conversación con el fantasma de un endemoniado. Eso de que fuera un fantasma diurno, esquinado e impredecible, y desparramado habitualmente en tres sillas, no facilitaba las cosas. La luz del día se limitaba a acentuar la rareza de la conturbadora y delictiva aparición. Por extraño que resulte, era por la noche, al desperezarse de su callada inmovilidad, cuando la descarnada parte de su naturaleza llegaba a ser menos molesta. En la mesa de juego, al tomar contacto con los naipes, probablemente se desvanecía del todo; pero Schomberg, habiendo conformado su mente a la fantasía del avestruz que hurta los ojos a los acontecimientos, nunca llegó a entrar en la sala de música profanada. Nunca había visto a Mr. Jones en el ejercicio de su vocación, aunque quizá sólo se tratara de un negocio como cualquier otro.

—Hablaré con él esta noche —se dijo mientras bebía la primera infusión en pijama y en la veranda, antes de que el sol alcanzara la cresta de los árboles del parque, con la humedad del rocío haciendo charcos de plata sobre el césped, despertando reflejos en el macizo de flores y apagando el amarillo de la grava del sendero.

—Eso es lo que haré. Esta noche no me perderé por ahí. Apareceré cuando se vaya a la cama con el dinero.

Después de todo, ¿qué era ese individuo sino un delincuente común? ¿Un homicida? Sí; un homicida, quizá —y los músculos del estómago

sufrieron un espasmo bajo el pijama—. Pero incluso un delincuente común se lo pensaría dos veces, o más, cien veces, antes de asesinar abiertamente a un ciudadano inofensivo en una ciudad civilizada y sujeta a la legalidad europea. Se encogió de hombros. ¡Sin duda! Tuvo otro estremecimiento y se encaminó al dormitorio para vestirse. Estaba resuelto y no había vuelta de hoja. Aunque todavía tenía sus dudas. Dudas que crecieron y se difundieron al avanzar el día, como las plantas. En algún momento le hicieron transpirar más de lo acostumbrado y acabaron por anular la posibilidad de la siesta vespertina. Después de dar más de una docena de vueltas en el catre, renunció a aquel simulacro de reposo, se levantó y bajó las escaleras.

Serían entre las tres y las cuatro, la hora de la quietud absoluta. Hasta las flores, con soñolientas hojas, parecían dormitar sobre los tallos. El aire, quedo: la brisa del mar no llegaba hasta más tarde. Los criados habían desaparecido, vencidos por la modorra y la sombra de algún lugar de la trasera de la casa. La señora Schomberg, en un cuarto umbrío y las celosías echadas, confeccionaba los largos y colgantes bucles de que constaba el complicado peinado que luciría durante las obligaciones de la tarde. A esa hora ningún cliente turbaba jamás la paz del establecimiento. Deambulando por sus dominios en absorta soledad, Schomberg retrocedió hasta la puerta de la sala de billar, como si una serpiente le hubiera salido al paso. A solas con los billares, las mesas limpias y un montón de sillas desocupadas, y sentado junto a la pared, el señor Ricardo, secretario, realizaba con rapidez centelleante ciertos manejos truculentos con la baraja particular que siempre llevaba consigo. Schomberg habría reculado silenciosamente si Ricardo no hubiera vuelto la cabeza. Una vez descubierto, el hotelero prefirió el, supuestamente, menor de los riesgos. La conciencia de la íntima y malévola disposición que abrigaba contra aquellos hombres era la causa de que hinchara sistemáticamente el pecho y adoptara expresión tan severa. Ricardo observó la maniobra de aproximación, mientras reunía el bloque de cartas con las dos manos.

—¿Por casualidad se le ofrece algo? —sugirió Schomberg con su timbre de teniente de la reserva.

Ricardo negó con la cabeza y se mantuvo a la expectativa. Martin venía a cambiar con él unas veinte palabras al día. Era infinitamente más comunicativo que su patrón y podía llegar a parecerse extraordinariamente a un ser humano corriente y de su clase. Por lo demás, se le apreciaba una

amigable disposición en esos momentos. De pronto, extendió diez cartas boca abajo, en forma de abanico, y las puso delante de Schomberg.

—Vamos, hombre, coja una enseguida.

Estaba tan sorprendido que cogió la primera que le vino a mano, y tras un sobresalto evidente. Los ojos de Martin Ricardo lanzaron una fosforescencia en la penumbra de la habitación, protegida por los lienzos del calor y de la luz intensa de los trópicos.

—La carta es el rey de corazones —y echó una risita con la que enseñó brevemente la dentadura.

Schomberg, después de examinar la carta, admitió el acierto y la dejó caer sobre la mesa.

—Puedo hacer que elija la carta que yo quiero nueve veces de diez —se regocijó el secretario con un extraño fruncimiento de los labios y una evanescencia verde en los ojos.

Schomberg le miró con cierto aire estúpido. No se movieron durante algunos segundos. Luego, Ricardo bajó la vista y, abriendo los dedos, dejó la baraja sobre la mesa. El hotelero se sentó. La causa de esta iniciativa fue una flojera en las piernas, y ninguna otra. Tenía la boca seca. Una vez hubo tomado asiento, se sintió en la obligación de decir algo. Cuadró los hombros con marcialidad.

—Tiene usted talento para esta clase de cosas —dijo.

—A la perfección se llega con práctica —replicó el secretario.

Aquella precaria afabilidad impedía que Schomberg se fuera. De este modo y por pura timidez, el hotelero se enredó en una conversación que con sólo imaginarla le llenaba de aprensión. Debe decirse, para hacer justicia a Schomberg, que disimuló el canguelo con bastante verosimilitud. La costumbre inveterada de hinchar el pecho y de hablar con aquel timbre severo le hicieron quedar en buen lugar. También él se volvía perfecto con la práctica. Y así habría continuado hasta el último momento, lo que se dice hasta el final, hasta el instante definitivo de terminar con un esfuerzo que iba a dejarle por los suelos. Para colmo, se estaba quedando en blanco. No encontró nada mejor que el comentario siguiente:

—Supongo que le tiene afición a las cartas.

—¿Qué esperaba usted? —preguntó Ricardo en tono sencillo y filosófico—.

¿Podía ser de otra forma? Y luego, con un ardor repentino:

—¿Aficionado a las cartas? ¡Apasionado, mejor!

El efecto de esta descarga fue multiplicado por el silencioso cierre de los párpados y por una pausa contenida, como si hubiera confesado otra clase de amor. Schomberg se devanaba los sesos en busca de una nueva trivialidad, sin llegar a encontrar ninguna. La habitual y difamatoria cháchara no le servía en este caso. Aquel criminal no conocía a nadie en menos de mil millas a la redonda. Se vio casi obligado a continuar con el mismo tema:

—Supongo que siempre ha sido usted así, desde la más temprana juventud.

Ricardo siguió con los ojos bajos. Los dedos jugaron indolentemente con el paquete de cartas.

—No sé si fue tan pronto. Empecé por jugarme el tabaco en la bodega de los barcos, ya sabe, lo corriente entre marineros, guardias enteras allí abajo alrededor de un cajón con una lámpara de mala muerte. Casi no nos quedaba tiempo ni para ir a por un poco de caballo salado, ni comida, ni sueño. Nos manteníamos de pie en la cubierta, con lo del cambio de guardia. ¡Aquello era jugar!

Dejó el tono nostálgico para añadir en plan informativo:

—Me crio la mar desde niño.

Schomberg había caído en una especie de ensimismamiento sólo perturbado por el sentido de una calamidad cercana.

—Hice carrera en la mar. Llegué a ser primer oficial. Primer oficial de una goleta, un yate, si quiere, un puesto bueno de verdad, un trabajo suave de los que se encuentran una vez en la vida. Sí, yo era primer oficial cuando dejé la mar para seguirle.

Ricardo indicó con la barbilla la habitación de encima. En vista de ello, Schomberg, con el juicio lastimosamente estimulado por el recuerdo de la existencia de Mr. Jones, concluyó que este se encontraba en su dormitorio. Ricardo, observándole con los párpados semicerrados, continuó:

—Se daba la casualidad de que los dos éramos compañeros de barco.

—¿Se refiere a Mr. Jones? ¿También es marino? Ricardo levantó la cabeza.

—Es tan «Mr. Jones» como usted —dijo con evidente orgullo—. ¡Menudo marino! Eso demuestra su ignorancia. Pero, en fin. Qué otra cosa puede esperarse de un extranjero. Como inglés reconozco a un caballero al primer golpe de vista. Le reconocería borracho, tirado en una cuneta, en la cárcel o colgado de una soga. Tiene un algo, no es sólo la apariencia, es

un…, no serviría de nada intentar explicárselo. Usted no es inglés, porque si lo fuera no necesitaría que se lo explicaran.

Una locuacidad torrencial había roto el dique en alguna parte profunda de aquel hombre, apaciguado el ardor de su sangre y dulcificado su carácter despiadado. Schomberg experimentó una mezcla de alivio y aprensión, como si de repente un gigantesco tigre se hubiera enroscado en sus piernas con inexplicable modosidad. Ninguna persona prudente y bajo tales circunstancias se atrevería a hacer el más ligero movimiento. Schomberg no lo hizo. Ricardo apoyó un codo en la mesa y adoptó un aire de sencillez. El hotelero volvió a cuadrarse de hombros.

—Fui contratado, en el yate de que le hablaba, o goleta, como quiera llamarlo, por diez caballeros a la vez. Le sorprende, ¿eh? Sí, sí, diez. Nueve de ellos lo eran a las claras y uno a las clarísimas. Y ese era…

Ricardo dio otro golpe de barbilla como diciendo: ¡Él! ¡El auténtico!

—No cabe error —continuó. Lo tenía fichado desde el primer día. ¿Cómo? ¿Por qué? Pregúntelo si quiere. No había visto tantos caballeros juntos en mi vida. Bueno, de un modo u otro, le fiché. Si usted fuera inglés…

—¿A qué se dedicaba su yate? —interrumpió el hotelero con la impaciencia que le permitía su valor y cuya causa era la traída y llevada cuestión de la nacionalidad, que le ponía de punta los ya castigados nervios —. ¿Cuál era el juego?

—¡Eso es tener cabeza! ¡Juego! ¡Exacto! De eso se trataba. La clase de tontería que ingenian los caballeros para jugar a las aventuras, una expedición a la caza del tesoro. Cada uno había invertido una buena cantidad de dinero para comprar la goleta. El agente de la ciudad nos contrató al patrón y a mí. Todo de lo más secreto, ya sabe. Me pareció que nos estaba guiñando el ojo todo el rato. Y no me equivocaba. Pero eso no era asunto nuestro. Había que dejarles tirar su dinero como les apeteciera. La pena era lo poco que, en comparación, iba a llegar a nuestros bolsillos. Una paga justa y se acabó. ¡Lo que yo digo es que malditos sean los sueldos, grandes o pequeños o de cualquier clase!

Los ojos brillaron con una luz verde en la penumbra. El bochorno parecía haber detenido todas las cosas, menos su voz. Se puso a jurar fuera de medida, en una voz baja y bronca, sin motivo aparente. Luego se calmó con la misma arbitrariedad y continuó, en su estilo de viejo narrador de historias marineras:

—Al principio sólo hubo nueve, me refiero a estos tipos aventureros. Entonces, apenas un día o dos antes de que nos hiciéramos a la mar, apareció «él». Lo había oído, no sé cómo, en alguna parte, y sospecharía que de una mujer si no le conociera tan bien. El no amarra a menos de diez millas de una mujer. No las aguanta. Puede que en un bar. O en uno de esos grandes clubs de Pall Mall. De todas formas, el agente le pescó con todas las de la ley, dinero a tocateja y veinticinco horas escasas para prepararse; pero no perdió el barco. ¡Él no! Lo más parecido a un salto desde el puntal del muelle, para tratarse de un caballero. Le vi llegar. ¿A que no conoce usted los Muelles Indios del Oeste?

Respondió que no los conocía. Ricardo le miró pensativamente durante un rato y luego continuó, como si hiciera un esfuerzo para pasar por alto tamaña ignorancia.

—Ya teníamos el remolcador a nuestra altura. Dos azotacalles le seguían con los bultos. Le dije al del muelle que soltara amarras en un minuto. También se había retirado la escalerilla; pero no la necesitaba Pegó un salto, se columpió sobre la barandilla y apareció a bordo como el que no quiere la cosa. Le tiraron los elegantes paquetes, metió la mano en el bolsillo del pantalón y lanzó toda su chatarra al empedrado del muelle para que la recogieran los azotacalles. Todavía la seguían reuniendo a cuatro patas cuando zarpamos. Sólo entonces se dignó mirarme, silenciosamente, ya le conoce, con parsimonia. En aquel tiempo no estaba tan delgado como ahora; pero observé que no era tan joven como parecía, ni mucho menos. Algo, en mis adentros, se me removió. Me quité de delante lo más deprisa que pude. De todas formas, tenía que hacer. No es que estuviera medroso. ¿Qué había de temer? Pero sentí que me tocaban en el talón de Aquiles, como si dijéramos. Por todos los demonios, si alguien me hubiera dicho que seríamos socios antes de terminar el año, bueno, me habría…

Disparó una andanada de juramentos, algunos corrientes y otros especialmente tremendos para el oído de Schomberg, y todos ellos simples e inocentes exclamaciones de perplejidad ante los cambios y reveses de la fortuna humana. El reservista se movió ligeramente en la silla. Pero el socio y admirador de «Mr. Jones a secas» parecía haberse olvidado por el momento de su existencia. El chorro de ingenuas maldiciones, algunas en español bastante malo, se había quedado seco y Martin Ricardo, *connoisseur* de caballeros, enmudeció con una mirada glacial, como

aturdido en su interior por la arbitraria selección, confluencia y asociación de acontecimientos que rigen el peregrinar del hombre por este mundo.

Por último, Schomberg hizo un tanteo:

—Así que el… el caballero, el de ahí arriba, ¿le habló de dejar ese buen puesto? Ricardo explotó.

—¡Hablarme! ¡No necesitaba hablarme! Me hizo una seña y basta. Por entonces andábamos en el Golfo de Méjico. Estábamos echando el ancla, una noche, junto a un banco de arena —en esa fecha no estoy seguro del lugar—, frente a la costa de Colombia o muy cerca. Las excavaciones comenzaban a la mañana siguiente y el personal se había retirado temprano, a la espera de una dura jornada con la pala. Se acercó por las buenas y con su manera silenciosa y cansina de hablar —a un caballero se le puede conocer por eso, entre otras cosas— me dijo por detrás, como al oído: «Y bien, ¿qué piensa usted ahora de esta caza del tesoro?». Ni siquiera volví la cabeza, me quedé como estaba y no hablé más alto que él: «Si quiere saberlo, señor, esto no es más que una maldita payasada». Claro que habíamos charlado de tanto en tanto durante la travesía. Diría que leyó en mí como en un libro. No es que hubiera mucho que leer, sólo que nunca he sido dócil, ni cuando pateaba las calles, largaba chistes o me iba a tomar unas copas con la compañía. Miraba yo cómo empinaban el codo a mi costa o se partían de risa. Cuando me da, yo puedo estar alegre, apueste si quiere.

Una pausa dedicada a la observación autocomplaciente de su benevolencia e ingenio interrumpió el flujo verbal de Ricardo. Schomberg estaba muy ocupado con mantener los ojos dentro de las órbitas, cosa que, cuando la conseguía, parecía redundar en beneficio de su particular autoestima.

—Sí, sí —murmuró atropelladamente.

—Les miraba y pensaba: «Amigos, no tenéis ni idea de con quién os jugáis los cuartos. ¡Si lo supierais…!». Y con las mujeres igual. De vez en cuando salía con una, me gustaba besuquearle la oreja y pensar para mí: «Si te hicieras una idea de quién te está besando, correrías hasta perder el culo». ¡Ja, ja! No es que yo quisiera hacerles daño, sólo que sentía ese poder dentro de mí. Ahora estamos aquí sentados, tan amigos, y la cosa marcha. Usted no se me ha entrometido. Pero yo no soy amigo suyo. Sencillamente, me trae sin cuidado. Puede que otros le dijeran que son sus amigos. Pero yo, francamente, no. Usted me importa un bledo, se ponga como se ponga, lo mismo que esa mosca. Le aplasto o le dejo en paz y tanto me da.

Si la verdadera fuerza de carácter consiste en sobreponerse a la debilidad repentina, entonces Schomberg demostró estar como pocos en posesión de la citada virtud. Ante la mención de la mosca, reforzó la severa dignidad del gesto con la misma técnica con que uno inflaría, hasta quedar exhausto, un globo de verbena. La actitud resuelta y relajada de Ricardo apabullaba realmente.

—Así es —continuó—. Esa clase de tipo soy yo. ¿No se lo había imaginado? No. Pues tiene que enterarse, así que se lo digo yo. Aunque mucho me sospecho que sólo me cree a medias. Fíjese bien, no puede decir que estoy borracho. Lo más fuerte que he tomado hoy es un vaso de agua fría. El auténtico caballero es el que puede ver a través de las personas. Oh, sí, él sí que me caló. Le dije que tuvimos alguna que otra charla en el mar, sobre esto o aquello. Le veía por la claraboya, en la partida de cartas. En esas me pescó una vez y fue entonces cuando le dije que me gustaban los naipes y que solía tener suerte. Sí, ya se había hecho una idea. ¿Por, qué no? Un caballero es como cualquier hombre… y algo más.

Que aquellos dos hicieran tan buena pareja en su radical desemejanza, idéntica alma en tan diferente envoltura, fue como un relámpago para la cabeza de Schomberg.

—Así que me dice: «He hecho las maletas. Es hora de irse, Martin». Era la primera vez que me llamaba Martin. «¿Cómo es eso, señor?». «No pensarías que yo iba detrás de esa clase de tesoro… Lo que buscaba era salir de casa sin hacer ruido. Es una manera bastante cara de conseguir un pasaje, pero ha merecido la pena». Le di a entender enseguida que para lo que fuera yo tenía arrestos, desde jugármela a cara o cruz hasta asesinar con premeditación, con tal de estar a su lado. «¿Asesinar con premeditación?», preguntó con la pachorra de siempre. «¿Qué demonios es eso? ¿De qué habla? A veces hay que matar a la gente porque se pone en medio, pero eso es defensa propia, ¿estamos?». Le dije que estábamos y que iría abajo en un silbido, juntaría unas cuantas cosas y las metería en el morral. No me gusta cargar con mucho equipaje. Cuando andaba en la mar, pensaba que lo mejor era volar ligero. Volví y le encontré midiendo la cubierta arriba y abajo, como si estuviera tomando un poco de aire fresco antes de bajar otra vez, lo de todas las noches. «¿Listo?». «Listo, señor». Ni me miró. Llevábamos arriado un bote a popa desde que anclamos por la tarde. Lanzó la colilla del cigarro por la borda. «¿Puede hacer que el capitán venga a cubierta?», preguntó. La última cosa del mundo que se me habría ocurrido. Como si me

tragara la lengua. «Puedo intentarlo», digo. «Bien, entonces voy abajo. Hágale subir y téngalo con usted hasta que yo vuelva. ¡Atienda esto! No permita que baje hasta que yo vuelva». No podía dejar de preguntarle por qué había que despabilar a un hombre dormido cuando lo que queríamos era que todo el mundo durmiera como un bendito hasta poner millas de por medio. Se ríe un poco y dice que no acabo de ver el engranaje del asunto. «Atienda», dice, «no permita que se vaya hasta que me vea subir otra vez». Me puso los ojos casi encima. «Manténgalo con usted a toda costa». «¿Qué significa eso?», pregunto yo. «A toda su costa, por todos los medios posibles e imposibles. No quiero que se me interrumpa en el negocio de abajo. Me traería muchas complicaciones. Le llevo conmigo para librarme de problemas en las circunstancias más diversas y su trabajo empieza ahora mismo». «Como mande, señor», digo yo. Y él coge y se escurre. Con un caballero uno sabe enseguida cuál es su sitio. Pero el trabajo era peliagudo. Para bien o para mal, el patrón me importaba un pimiento, lo mismo que usted. Eche un cigarro o sáltese la tapa de los sesos, que me va a importar lo que le he dicho, haga las dos cosas o ninguna.

Traer al patrón a cubierta estaba tirado. Sólo tenía que patear un poco encima de su cabecera. Pateé a conciencia. ¿Pero cómo mantenerle arriba cuando hubiera subido? «¿Pasa algo, Ricardo?». Escuché la voz a mi espalda. Allí estaba él y yo sin inventar nada. Así que no me di la vuelta. La luna tenía más brillo que cualquier día del que pudiera acordarme en el mar del Norte. «¿Por qué me ha llamado? ¿Qué está mirando ahí afuera, Ricardo?». Estaba confundido con que yo siguiera dándole la espalda. Yo no miraba nada, pero su error me dio una idea. «Me estoy fijando en algo que se parece a una canoa, allí enfrente», dije muy despacio. El patrón se puso sobre aviso. Eso que no había nada que temer de los indígenas, dondequiera que anduvieran. «¡Maldita sea!», va y suelta. «Ya es mala suerte». Confiaba en que la goleta costeara sin ser reconocida demasiado pronto. «Menuda papeleta, tener una pila de negros con el ojo puesto en el asunto que llevamos entre manos. ¿Está seguro de que es una canoa?». «Podría ser un tronco a la deriva», dije. «Pero sería mejor que echara un vistazo con sus propios ojos. Puede que lo distinga mejor que yo». Ni por asomo tenía su vista la calidad de la mía. Pero va y dice: «Por supuesto, faltaba más, tiene usted razón». Cierto que yo había visto troncos a la deriva por poniente. Los vi y me despreocupé, olvidados del todo hasta ese crítico momento. Es una cosa normal en una costa como aquélla. Que me ahorquen

si el patrón no vio uno a la estela de la luna. Curioso que algo tan pequeño ponga en un brete la vida de un hombre algunas veces, ¡una simple palabra! Aquí está usted, por ejemplo, sentado ante mí como el que no quiere la cosa, a riesgo de soltar alguna inconveniencia que acabaría por meterle en un lío. No es que yo tenga malos sentimientos. No tengo sentimientos. Si el patrón hubiera dicho: «¡Vaya bobada!», y se diera media vuelta, no habría llegado a dar tres pasos, pero se quedó allí y miró. Y luego la cosa estuvo en sacarlo de cubierta cuando ya no se le necesitaba. «Intentamos averiguar si aquello de enfrente es una canoa o un tronco», le dice a Mr. Jones. Mr. Jones había subido tan despacio como había bajado. Mientras el patrón hablaba por los codos de embarcaciones y troncos, le pregunté por señas si no hubiera sido mejor pegarle en la cabeza y tirarlo tranquilamente por la borda. La noche se esfumaba y nosotros teníamos que irnos. La cosa no podía demorarse hasta la noche siguiente. No. De ninguna manera. ¿Y sabe usted por qué?

Schomberg hizo una floja negación con la cabeza. Tan directa requisitoria le aturdió, sin contar con que la persuasiva quietud de aquel gran hablador convertido momentáneamente en oyente, sumergido en su papel como en lo más profundo de un sueño, le ponía los nervios de punta. Mr. Ricardo hizo una mueca de desprecio.

—¿No sabe por qué? ¿No se lo imagina? Pues porque el jefe ya le había echado mano a la caja de caudales del patrón.

Capítulo 7

—Un vulgar ratero.

Schomberg se mordió la lengua demasiado tarde, y volvió definitivamente a la realidad cuando vio que los labios de Ricardo se contraían en una mueca felina. Pero el compinche de «Mr. Jones a secas» no modificó su confortable y conversadora actitud.

—¡Venga, ya! ¿Y qué, si resulta que decidió recuperar su dinero como cualquier dócil tendero, chamarilero, bodeguero o chupatintas? Qué curioso: una tortuga atascada como usted intentando dar su opinión sobre un caballero. A un caballero no se le coge la medida con tanta facilidad. Ni yo lo consigo muchas veces. Esa noche, por ejemplo, todo lo que hizo fue apuntarme con el dedo. El patrón deja de chascar como un tonto y se queda a verlas venir. «¡Eh! ¿Qué pasa aquí?», pregunta. Que qué pasaba. Ni más ni menos que su indulto, eso era lo que pasaba. «Oh, nada en absoluto», dice mi buen caballero. «Que tiene usted toda la razón. Un tronco, y nada más que un tronco». ¡Ja, ja! Indulto lo llamo yo, porque si el patrón llega a seguir más tiempo con su tonta discusión hubiéramos tenido que quitarlo de en medio. Los minutos corrían y yo cada vez me controlaba peor. Pero el ángel de la guarda encendió una vela en su mollera y se volvió a la cama. Yo me estaba disparando con el tiempo que se perdía. «¿Por qué no me deja que le pegue un viaje a la calabaza, *sir*?», le pregunto. «Sin violencias, sin violencias», dice levantando el dedo hacia mí con toda la pachorra del mundo. No puede imaginarse cómo se toman los caballeros esas cosas. Nunca se desmandan. Es de mal estilo. Nunca le verá soliviantado o, por lo menos, no le verá cualquiera. La violencia no es de buen gusto: eso es lo que yo he aprendido en este tiempo, y no es lo único. Por mi cara usted no podría adivinar si yo voy a rajarle dentro de un minuto, y quede claro que lo puedo hacer en menos de lo que suspiro. Llevo un cuchillo en la pernera de los pantalones.

—¿Lo lleva, de veras? —exclamó Schomberg, con incredulidad.

Ricardo fue tan rápido como sutil en transformar los tranquilos y perezosos movimientos en un gesto único y enseñar el arma subiendo de un manotazo la pernera izquierda del pantalón. Schomberg tuvo una visión instantánea de ella sujeta a la peluda pantorrilla, antes de que Ricardo se

recompusiera, con una patada que hizo caer de nuevo la pernera, adoptando su actitud indiferente con el codo apoyado en la mesa.

—Es una forma de tenerla más a mano de lo que se cree —continuó, mirando distraídamente los ojos deslumbrados de Schomberg—. Supongamos que surge alguna pequeña diferencia durante la partida. Bueno, te agachas para coger una carta que se ha caído y cuando te levantas ya estás listo para el tajo o lo tienes en la manga y a punto para lanzarlo. O te quedas bajo la mesa si empiezan a zumbar los tiros. No tiene idea del desastre que puede armar un tipo con un cuchillo debajo de una mesa a esos malasangres que sólo buscan problemas; antes incluso de que lleguen a saber por qué chillan, o de que se den el bote —los que puedan, claro—, ya está el desastre.

Los rosetones de la mejilla de Schomberg, que llegaban hasta la raíz castaña de la barba, palidecieron perceptiblemente. Ricardo se reía entre dientes.

—Pero de violencia nada de nada. Como bien sabe un caballero. ¿Qué saca uno de ponerse nervioso? Aunque tampoco es cosa de escurrir el bulto. Un caballero no escurre el bulto. Yo lo que aprendo no lo olvido nunca. ¡Que por qué! Hemos jugado en los llanos, con una condenada chusma de ganaderos metidos en su rancho. Juego limpio, fíjese, y a pesar, hemos tenido que defender las ganancias por las malas no pocas veces. Hemos jugado en la montaña y en el valle y también a mil leguas de tierra, limpiamente la mayor parte de las veces. Con eso basta, por regla general. Empezamos en Nicaragua, luego de dejar la goleta y aquella expedición de locos. Ciento veinte soberanos y algunos dólares mexicanos había en la caja del patrón. Muy justo para pegarle a un hombre en la cabeza y por la espalda, tengo que confesarlo. Pero que se escapó por los pelos, eso no puede negarlo ni el mismo jefe.

«¿Quiere darme a entender, señor, que le importa que haya una vida de más o menos en este mundo?», le pregunté, unas cuantas horas después de lo de la goleta. «No, ciertamente», dice. «Bueno, entonces ¿por qué me paró?». «Hay una forma adecuada de hacer las cosas. Y tienes que aprenderla. Hay esfuerzos que son inútiles. Y que deben evitarse, aunque sólo sea por la apariencia del asunto». Esa es la forma en que un caballero expone las cosas…, y punto. De amanecida, nos escondimos en una cala, para echar una cabezada y quedar ocultos caso de que a los cazatesoros les pasara por las mientes gastar un rato en cazarnos a nosotros. ¡Y que el

diablo me lleve si no lo hicieron! Vimos levar a la goleta y navegar a sotavento, con diez pares de prismáticos barriendo la mar y escudriñando cada rincón. Aconsejé al jefe esperar a que se diera media vuelta, antes de salir. Así que estuvimos unos diez días en la cala, todo lo confortable que allí podía estarse. En el día séptimo tuvimos que matar a un hombre: el hermano del tal Pedro. Eran dos cazadores de caimanes auténticos. Nos quedamos en su cabaña. Ni el jefe ni yo podíamos hablar español en aquel tiempo. Una ribera seca, sombra agradable, buenas hamacas, pescado fresco, caza, todo de lo mejor. El jefe les adelantó unos cuantos dólares. Pero de todas formas era como vivir con un par de monos salvajes. Al poco tiempo empezamos a notar que hablaban entre ellos. Ya se habían fijado en la caja del dinero, en el portafolios de cuero y en mi morral —un buen botín si se piensa un poco—. Debían haberse dicho entre sí: «Lo más seguro es que nadie venga a buscar a estos pájaros que parecen haber caído del cielo. Vamos a rebanarles el cuello». ¡A ver! Claro como la luz del día. No había necesidad de que yo me tropezara con uno que afilaba el endiablado machete, echando el ojo a derecha e izquierda, para saber lo que se olía en el aire. Y Pedro, lo mismo, aplicado a la herramienta. Creían que habíamos marchado a vigilar a la boca del río, como teníamos por costumbre. No es que esperáramos encontrar a la goleta, pero tampoco estaba de más; de todas formas, hacía más fresco fuera de la espesura, poniendo cara a la brisa. La verdad es que el jefe se había quedado allí, tranquilamente acostado en una manta y en un sitio con buena perspectiva; pero yo volví a la cabaña a por un poco de tabaco de mascar. No me había quitado del vicio por entonces y no estaba a gusto a menos que tuviera metido en los carrillos un pedazo tan grande como el puño de un niño.

Ante aquella metáfora caníbal, Schomberg murmuró un débil y repugnado «pero hombre…». Ricardo se removió en el asiento y observó complacido las piernas extendidas.

—Por regla general, soy bastante listo de pies —continuó—. Que el diablo me condene si no tengo el convencimiento de que soy capaz de ponerle un pizco de sal a la cola de un gorrión, si me lo propusiera. De todas formas, no me iban a escuchar. Me quedé observando a las dos bestias negras y peludas, a menos de diez yardas. Todo lo que llevaban encima era un taparrabos enrollado en las ingles. No se dijeron ni media palabra. Antonio estaba en cuclillas con sus nalgas flacas, muy ocupado en frotar el cuchillo contra una piedra plana. Pedro se había apoyado en un árbol y

pasaba el pulgar por el filo. Yo me largué, más silencioso que un ratón. Al jefe no le dije nada. Estaba con un codo apoyado en la manta, como si no quisiera que le molestaran. Él es así, a veces tan confiado que uno piensa que comería de su mano y otras más cortante que un latigazo; pero siempre calmo. Un perfecto caballero, se lo digo en serio. No le molesté, pero eso no quiere decir que me olvidara de los dos sujetos, tan concienzudos con los cuchillos. Entre los dos, nosotros veníamos a contar con un revólver —un seis-tiros— del jefe, pero con sólo cinco balas en la recámara, y sin otra munición. Se la había dejado en un cajón del camarote. ¡Maldita sea! Yo guardaba una navaja vieja, con la que era difícil pensar en algo serio. Por la noche nos sentamos los cuatro alrededor de una fogata y comimos pescado asado con hojas de llantén y patatas en vez de pan, o sea, lo de siempre. El jefe y yo estábamos a un lado y las dos bellezas, con las piernas cruzadas, en el otro, gruñéndose una o dos palabras cada tanto, que a duras penas parecían humanas, y los ojos bajos, clavados en el suelo. No habíamos conseguido que nos miraran a la cara en los últimos tres días. Entonces empecé a hablar con el jefe en voz baja, como le estoy hablando a usted ahora, como al descuido, y le conté lo que había visto. Él va y coge un par de trozos de pescado y se los mete en la boca como si tal cosa. Es un placer tener negocios con un caballero. No llegó a mirarles ni una vez «Y ahora», le digo yo, bostezando a propósito, «tendremos que andar ojo avizor por la noche, estar al tanto, y por el día lo mismo, y más vale que no se nos vengan en cima de buenas a primeras». «Es absolutamente intolerable», dice el jefe. «Y tú sin armas de ninguna especie». «Pienso quedarme pegado a usted desde este momento, señor, si no tiene inconveniente», le digo yo. Apenas si le veo la señal de la cabeza, cuando limpia los dedos en las hojas de llantén, echa una mano hacia atrás, como buscando el apoyo para levantarse, saca el revólver de debajo de la chaqueta y le descerraja a Antonio una bala en mitad del pecho. Fíjese lo que es tratar con un caballero. Nada de barullo, nada de andarse por las ramas. Pero me podía haber guiñado un ojo o algo por el estilo. Casi se me pela el pellejo. ¡Menudo trago! Por no saber, no sabía ni de dónde salió el disparo. Todo estaba tan quieto que cuando llegó el fogonazo me pareció la traca más grande que había escuchado en mi vida. El respetable Antonio cayó de cabeza —siempre les pasa eso, se caen a la contraria, usted se habrá dado cuenta—, se cayó de cabeza encima de las ascuas y la pelambrera se le vino

a la cara, y le llameó la cabeza como si la tuviera de pólvora; la grasa, debió ser. La grasa que le sacaban a las pieles de cocodrilo.

—¡Oiga usted! —exclamó violentamente Schomberg, como si tratara de romper cadenas invisibles—. ¿Quiere darme a entender que todo eso llegó a ocurrir?

—No —dijo Ricardo con aplomo—, lo invento mientras se lo voy contando, para entretenerle la siesta. Así que ahí está el tipo de cabeza, la nariz contra los rescoldos, y el salto que dimos el bello Pedro y yo, a la vez, como los monigotes de una caja de muelles. El tío sale de estampida y mirando de reojo, y yo, que no sabía lo que hacía, me voy a por él. Tuve la buena idea de echarle las manos al cuello enseguida y apretarle la nuez con todas mis ganas. ¿Ha visto el pescuezo que se gasta esa beldad? Y duro, además, como el hierro. Acabamos revolcados. En vista de ello, el jefe guarda el revólver en el bolsillo. «Átele las piernas, señor», le digo a gritos, «a ver si puedo estrangularlo». Había un montón de lianas en el suelo. Le di el último viaje al cuello y me levanté. «Podía haberle disparado», dice el jefe bastante circunspecto.

«Alégrese de haber ahorrado un cartucho», le digo yo. Mi salto se lo ahorró. No podía dejar que se escurriera en la oscuridad y luego tener a la hermosura acechando en los matorrales con su viejo trabuco. Se convenció el jefe de que el salto había sido lo mejor. «Pero no está muerto», dice inclinándose sobre él. ¡A quién se le pasa por la cabeza estrangular a un buey! A toda prisa le atamos los brazos a la espalda, y luego, antes de que se recuperara, lo arrastramos hasta un árbol, lo sentamos y lo amarramos al tronco, por la cintura no, por el gañote. Lo menos veinte vueltas de cuerda alrededor, rematadas con un nudo marinero detrás de la oreja Lo siguiente fue encargarse de Antonio, que empezaba a apestar con la cara metida en los carbones. Lo llevamos rodando hasta la ensenada y dejamos que los cocodrilos hicieran el resto. Aquel combate, a pesar de breve, me había desencajado. El jefe, ni inmutarse. Ahí es donde un caballero te saca ventaja. No se descompone. Ningún caballero lo hace o, por lo menos, rara vez. Me vino una modorra repentina y le dejé fumando al lado del fuego que yo había preparado, con la manta de campaña encima de las piernas, tan tranquilo como si estuviera sentado en un vagón de primera clase. Apenas nos dijimos diez palabras desde que la cosa terminó, y desde ese día hasta hoy no hemos vuelto a hablar del asunto. Ni siquiera sabía si lo recordaba, hasta lo del otro día con usted, lo que hablamos de Pedro. ¿Le sorprendió,

no es cierto? Por eso le estoy contando la historia de que viniera con nosotros, como una especie de perro, sólo que con más ojo. ¿Ve cómo trota con las bandejas? Bien, pues es capaz de derribar a un buey de un puñetazo, a una palabra del jefe y sin pararse a pensarlo. ¡Y la querencia que le tiene al amo! ¡Rediez! Más que la de cualquier perro al suyo.

Schomberg cuadró el pecho.

—Oh, esa es una de las cosas que quería mencionar a Mr. Jones —dijo —. No es muy agradable tener a ese individuo merodeando por la casa tan temprano. Se sienta en la escalinata de detrás durante horas, mucho antes de que se le necesite aquí, y asusta a la gente, de modo que el servicio se resiente. Los chinos…

Ricardo asintió con la cabeza y levantó una mano.

—La primera vez que le vi era lo más indicado para que un oso se echara a temblar, no digamos un chino. En comparación con lo que era, ahora está civilizado. Bien, pues por la mañana él fue la primera cosa que vieron mis ojos, sentado en el mismo sitio, atado al árbol hasta el pescuezo. Los párpados se le caían. Pasamos el día mirando el mar y vimos enseguida que la goleta viraba a barlovento, lo que quería decir que renunciaba. ¡Dios! A la amanecida siguiente eché un vistazo a nuestro Pedro. Ya no se le cerraban los ojos. Ahora se le extraviaban, los ponía en blanco y al momento otra vez negros; y la lengua le colgaba por lo menos un palmo. Atado de aquella manera, habríamos ablandado al peor de los demonios, aunque sólo fuera por el tiempo que llevaba. Imagínese. No sé, pero hasta un caballero lo tendría difícil para mantener el tipo hasta el final. Nos pusimos a trabajar enseguida y dejamos lista la embarcación. Andaba ocupado en enderezar el mástil cuando el jefe me comenta:

«Creo que quiere decir algo». Yo había escuchado una especie de gruñido que duró un rato, pero no le hice caso. Salí del bote y me fui para allá con un poco de agua. Tenía los ojos rojos, rojos y negros y medio salidos de la cuenca. Bebió todo el agua, pero no tenía gran cosa que decir. Volví adonde estaba el jefe. «Pide que le metamos una bala en el cráneo antes de irnos», dije. No me sentía muy a gusto. «Eso está fuera de discusión», responde. No le faltaba razón, quedaban cuatro tiros escasos y noventa millas de costa cerrada que dejar atrás antes de llegar al primer sitio donde cabía la posibilidad de comprar munición. «En cualquier caso, quiere que se le mate de la forma que sea, como favor». Entonces voy y sigo con lo del mástil. No me hacía mucha gracia la idea de hacer una carnicería con

un hombre atado de pies y manos; y amarrado por el cuello, por si fuera poco. Tenía un machete: el machete del respetable Antonio. Y este no es ni más ni menos que aquél.

Ricardo se proporcionó un resonante palmetazo en la pierna.

—Era el primer botín de mi nueva vida —continuó con aquella esquinada jovialidad suya—. El truco de llevarlo ahí debajo lo aprendí más tarde. Ese día lo llevaba atravesado en la correa. No, la verdad es que no tenía estómago para el empleo. Pero cuando se trabaja con un caballero de auténtica clase hay que contar con que a los sentimientos los transparenta la piel. Dice el jefe de repente: «Para ser justos, habría que considerarlo como su última voluntad» —¿no escucha cómo habla el caballero?—, «pero ¿qué opinas de llevarlo con nosotros en el bote?». El jefe se pone a explicar que el pobre diablo sería muy útil a la hora de seguir nuestro camino por la costa. Podíamos librarnos de él antes de llegar al primer sitio un poco civilizado. No me apetecía discutir. Salté del bote. «¿Y si no podemos manejarlo, señor?». «Desde luego que podemos. Está ablandado. Venga, desátelo. Yo asumo la responsabilidad». «Como quiera». Me vio venir armado con el cuchillo del hermano —y no estaba yo para ponerme a pensar cómo se veían las cosas desde el otro lado de la barrera— y, ¡cielo santo!, casi lo mato del susto. Me miró como un cabestro enloquecido y se puso a sudar y a sacudirse, una cosa increíble. Me paré a mirarle, de lo sorprendido que estaba. Sudaba a chorros por los párpados, por la barba, por la punta de la nariz, el tipo hasta gorgoteaba. Caí en la cuenta de que no podía saber lo que pasaba por mi cabeza. Fuera por gusto o por derecho, no le hacía gracia morir ahora que llegaba el momento. No de esa forma, por lo menos. Cuando me puse a darle vueltas para encontrar el nudo se le escapó una especie de bramido. Debió pensar que lo acuchillaría por la espalda. Corté las ligaduras de un tajo y se cayó de lado con todo su peso, y ahí empezó a cocear con las piernas atadas. ¡Para partirse de risa! No me pregunte qué tenía la cosa de gracioso, pero yo me tronchaba. Así que, entre lo que me reía yo y lo que chillaba él, soltarle me costó un imperio. Tan pronto como pudo mover las piernas, se va para el ribazo en el que estaba el jefe, se echa a sus pies y se le queda abrazado a los tobillos. Eso es gratitud, ¿eh, amigo? Está claro que aquello de que le dejaran seguir vivo lo había hincado de hinojos. El jefe libera las piernas con suavidad y sólo murmura: «Nos vamos. Mételo en el bote».

—No fue difícil —continuó Ricardo, después de escrutar a Schomberg un momento—. Estaba bastante dispuesto a meterse en él y, bueno, aquí lo tiene. Se dejaría cortar en cachitos y con una sonrisa, fíjese lo que digo, con una sonrisa, por su amo. No creo que hiciera tanto por mí, pero muy cerca le andaría, muy cerca. Yo le hice el amarre y yo le desamarré, pero sabía quién era el jefe. Y, además, conoce a un caballero. Hasta los perros distinguen a un caballero, no importa el perro que sea. Los únicos que no lo distinguen son algunos extranjeros, y tampoco hay forma de que lo aprendan.

—¿Quiere usted decir —preguntó Schomberg haciendo caso omiso de lo que pudiera tener de molesto aquel énfasis del comentario final—, quiere usted decir que dejó un empleo fijo y buenos emolumentos por una vida como la que lleva?

—¡Exacto! —cortó tranquilamente Ricardo—. Eso es lo que diría un hombre como usted, un pusilánime. Yo sirvo a un caballero. Que no es lo mismo que servir a un capataz. Te dan el salario como le echan un hueso al perro, y además esperan que se lo agradezcas. Es peor que una esclavitud. No espere que un esclavo que se compra con dinero sea también agradecido. ¿Y si uno vende su trabajo, no es como venderse uno mismo? No se tienen tantos días para vivir y venderlos uno detrás de otro. ¿O no? ¿Me puede usted pagar lo que vale mi vida? Pero ellos te tiran el jornal a la cara y esperan que digas «gracias» antes de agacharte a recogerlo.

Juró unas cuantas veces contra los patrones en general, según se colegía, y luego bramó:

—¡Maldito sea el trabajo! No soy un perro que se pone de patas para coger el hueso. Yo estoy con un caballero. Hay una diferencia que usted nunca llegará a entender, señor Timorato Schomberg.

Bostezó lánguidamente. Schomberg, manteniendo su rigidez militar, reforzada con un ligero ceño, había dejado volar el pensamiento. Y ahora se ocupaba de perfilar la imagen de la jovencita: ausente, fugada, robada de su lado. Y allí andaba ese fullero mirándole con insolencia. Si la chica no le hubiera sido tan vergonzosamente sustraída no estaría ahora permitiendo que le miraran de esa forma. Le habría importado un pimiento meter a aquel canalla una tarascada entre las cejas. Después de lo cual, y sin vacilar, lo echaría a puntapiés. Se vio a sí mismo haciéndolo y, por simpatía con esta gloriosa visión, su pie y su brazo derecho tuvieron un espasmo.

En ese preciso instante despertó del ensueño para observar alarmado la profunda curiosidad de la mirada de Ricardo.

—Así que esa es su forma de ir por el mundo, jugando —dijo estúpidamente para ocultar la confusión.

Pero la mirada de Ricardo no se alteró. Continuó divagando:

—Aquí, allí y en cualquier parte.

Se recompuso y cuadró los hombros.

—¿No es demasiada precariedad? —dijo con firmeza.

La palabra «precariedad» pareció ser efectiva, porque los ojos de Ricardo perdieron su expresión peligrosamente interesada.

—No es tan malo —dijo con indiferencia—. En mi opinión, los hombres seguirán jugando mientras no les falte algo que apostar a una carta. ¿Juego? La cosa más natural. ¿Qué es la vida misma? Nunca se sabe qué va a pasar. Lo peor es que nunca puede decirse con exactitud la clase de cartas que a uno le han servido. ¿Qué palo pinta? Esa es la cuestión. ¿Se va dando cuenta? Cualquiera se pone a jugar por esto o por aquello en cuanto le dan la oportunidad. Usted también.

—No he tocado una carta en veinte años —dijo Schomberg en un tono monacal.

—Bueno, si hubiera usted escogido esa forma de vida no sería peor de lo que es ahora vendiendo bebida a la gente: cerveza mala, alcohol, sustancias putrefactas capaces de hacerte bramar como un toro cuando te las echas al coleto. ¡Puaf! No aguanto el maldito alcohol. Nunca pude. El tufo del coñac en un vaso me pone enfermo. Siempre me ha pasado. Si todos fueran como yo, el alcohol no se vendería ni regalado. Le hace gracia que haya hombres así, ¿no es eso?

Schomberg hizo un ambiguo gesto de tolerancia. El otro se removió en la silla y volvió a apoyar el codo en la mesa.

—En cambio, tengo que confesar que los *sirops* franceses me vuelven loco. Saigón es la capital del *sirop*. He visto que tiene *sirops* en el bar. Que me cuelguen si no me he quedado seco hablando con usted. Venga, Schomberg, sea hospitalario, como dice el jefe.

Schomberg se levantó y se dirigió muy digno hacia el mostrador. Sus pasos resonaron ampliamente sobre las planchas barnizadas del suelo. Cogió del fondo una botella con la etiqueta *Sirop de Groseille*. Los pequeños ruidos que hizo, el tintineo del vaso, el gorgoteo del líquido, el taponazo del agua de soda, tuvieron una profundidad sobrenatural. Volvió

con un vaso rosa y reluciente. Ricardo había seguido sus movimientos con los perversos, prevenidos y biliosos ojos de siempre, los ojos del gato que contempla la preparación de su plato de leche; y el murmullo satisfecho después de que lo hubo bebido podría tomarse por una forma ligeramente modificada de ronroneo, brotando suave y hondo de la garganta. El hecho afectó desagradablemente a Schomberg, lo mismo que cualquiera de las otras manifestaciones de inhumanidad en aquellos hombres, aspecto en el que radicaba la dificultad de tratarse con ellos. Un espectro, un gato, un orangután: menuda combinación para enfrentarse con un hombre corriente, reflexionó estremecido. Schomberg había sido desbordado por la imaginación y la razón no podía reaccionar contra aquella forma fantasiosa de ver a sus huéspedes. Y no se trataba exclusivamente de las apariencias. La moral de Ricardo le parecía idéntica a la de un felino. Mucho. ¡Qué clase de argumentos podía utilizar un hombre corriente contra un…, o contra un espectro! Schomberg no tenía ni idea de en qué pudiera consistir la moral de un fantasma. En algo temible, sin duda. La compasión, ciertamente, no ocuparía lugar alguno. En cuanto al orangután, bueno, todo el mundo sabe qué es un orangután. No tiene nada que se parezca a un concepto moral. La cosa no podía ser más desesperante.

Guardó, sin embargo, las apariencias y, habiendo recuperado el cigarro con los gruesos dedos, uno de ellos adornado con una sortija de oro, cigarro que había dejado a un lado para ir a por la bebida, se dedicó a fumar airadamente. Enfrente, Ricardo pestañeó un tiempo, para terminar cerrando los ojos con la placidez de un gato casero que se duerme en la alfombrilla de la chimenea. Más adelante volvió a abrirlos y pareció sorprenderse de que Schomberg siguiera allí.

—Ha ganduleado usted un buen rato, ¿verdad? La ciudad entera es condenadamente perezosa; nunca me había encontrado partidas tan flojas como las de aquí. En cuanto dan las once de lo único que se habla es de plegar el tapete. ¿Qué les pasa? ¿Quieren meterse en la cama temprano o qué?

—Supongo que no pierde usted una fortuna porque ellos se marchen a la cama —dijo Schomberg con siniestro sarcasmo.

—No —admitió Ricardo con una mueca que le estiró los labios de oreja a oreja y dejó entrever por un momento la blanca dentadura—. Sólo que, ya ve, una vez que arranco sería capaz de jugar hasta por unas cuantas nueces,

por guisantes secos o por cualquier otra porquería. Yo les jugaría el alma. ¡Así los cuelguen por indigentes!

¡Pedazo de pepinos con patas, sin sangre en las venas!

—Pero si pasara algo fuera de lo habitual, con la misma frialdad echarían la llave al cerrojo de su celda —gruñó Schomberg.

—¡Por supuesto! —dijo Ricardo midiendo las sílabas y a Schomberg con la mirada—. ¿Y usted qué?

—Se da usted muchos aires —se encendió el hotelero—. Habla de tener el mundo en un puño, de hacer grandes cosas y de agarrar a la suerte por el cuello, pero está usted aquí, atado a este miserable negocio.

—Eso no es decir gran cosa; es un hecho —admitió Ricardo inesperadamente. La audacia inflamó la cara del hotelero.

—Yo lo llamo miseria —farfulló.

—Eso es lo que parece y no puede llamarse de otra manera —el huésped parecía estar en una disposición complaciente—. A mí me daría vergüenza, pero ya ve que el jefe tiene ataques…

—¡Ataques! —gritó Schomberg, aunque controlando el tono—. ¡No diga eso! —se alegró en sus adentros, como si la revelación hubiera, de algún modo, rebajado la dificultad de la situación—. ¡Ataques! Eso es bastante grave, ¿verdad? Tendría que llevarle al hospital civil. Un lugar agradable.

Ricardo asintió levemente, con una débil mueca.

—Bastante grave. Ataques regulares de indolencia, los llamo yo. Cada tanto viene, se apoya en mí y ya no se mueve. Si piensa que me gusta anda usted bastante despistado. En general, puedo hablar con él. Yo sé cómo tratar con un caballero. No soy un siervo de los de a chusco diario. Pero cuando ha dicho ya: «Martin, estoy aburrido», entonces apaga y vámonos. No hay nada que hacer, como no sea* cerrar el pico, maldita sea.

El teutón, que estaba bastante deprimido, le había escuchado con la boca abierta.

—¿Y cuál es la causa? ¿Por qué es él así? No comprendo.

—Creo que yo sí —dijo Ricardo—. Un caballero no es una persona como usted o como yo, y no es fácil manejarlo. ¡Si tuviera por lo menos algo con que despabilarle!

—¿Qué quiere decir con «despabilarle»? —susurró con pesimismo. Ricardo se impacientaba con los espesos de mollera.

—¿No entiende usted el inglés? ¡Fíjese! Yo no puedo hacer que esa mesa de billar se mueva ni una pulgada, aunque le esté hablando de aquí hasta el fin de mis días. ¿De acuerdo? Bien, pues el jefe es como la mesa de billar cuando le viene el achuchón. Nada merece la pena, nada es bastante bueno. Pero si me encontrara una barra de cabrestante ahí tirada trataría enseguida de mover la mesa de billar, tantas pulgadas como pudiera. Eso es todo lo que hay que decir.

Se levantó sin ruido. Se estiró, flexible, sigilosamente y al cabo de una curiosa torsión de la cabeza y un inexplicable alargamiento de su cuerpo chaparro, miró por el rabillo del ojo en dirección a la puerta, para terminar apoyándose en la mesa y cruzando relajadamente los brazos sobre el pecho en una actitud del todo humana.

—Esa es otra de las cosas que puede decirse de un caballero: el encaprichamiento. Un caballero no es responsable ante nadie, ni más ni menos que un trotamundos que sigue su camino. No tiene sentido del tiempo. Una vez, el jefe se quedó así en un pueblo serrano de poca monta, en México, en el ojete del mundo. Estuvo todo el día acostado en un cuarto oscuro…

—¿Borracho? —La palabra se le escapó inadvertidamente a Schomberg, cosa que le dejó temblando. Pero el devoto secretario pareció encontrarlo natural.

—Eso no tiene nada que ver con esta clase de ataques. Simplemente se echó en la piltra, todo lo largo que es, mientras un chaval, harapiento y con las piernas al aire, que recogió en la calle, rascaba una guitarra en el patio y le cantaba cosas tristes de la mañana a la noche, allí sentado entre dos adelfas, junto a la puerta abierta del cuarto.

¿Sabe lo que son tristes? ¡Tuang, tuang, ay, ay, aúuuuh!

Schomberg alzó las manos con disgusto. Este homenaje pareció halagar a Ricardo. Y no pudo evitar que se le contrajera la boca.

—Algo así, lo suficiente para darle un cólico a un avestruz. Penoso. Bien, había allí una cocinera que me amaba, una vieja, gorda y negro mujer con anteojos. Solía esconderme en la cocina y de paso la encargaba que me hiciera dulces —pasteles, ya sabe, casi todo huevos y azúcar— para matar el rato. Yo, para los pasteles, soy igual que un crío. Y, a propósito, ¿por qué nunca tiene pudín en su *tablidot*, Mr. Schomberg? ¡Venga fruta, por la mañana, al mediodía y por la noche! ¡Me da náuseas! ¿Qué cree usted que es un hombre? ¿Una avispa?

Schomberg pasó por alto el tono ofensivo.

—¿Y cuánto duró ese último ataque, como usted lo llama? —preguntó con ansiedad.

—Semanas, meses, años, siglos, por lo que a mí hace —contestó Mr. Ricardo con energía—. Una tarde fue a darse una vuelta por la sala y a malgastar el tiempo jugando a las cartas con el juez del pueblo, un *dago* en bajito con un par de bigotes negros. Al ecarté, ya sabe, un endiablado juego francés, para variar un poco. Y el comandante, un jayán tuerto, medio indio y con la napia desternillada, y un servidor tuvimos que quedarnos de pie y apostarles a la mano. ¡Cosa más desgraciada!

—¡Desgraciada! —repicó Schomberg con la gutural desesperación teutónica—.

Escuche: necesito sus habitaciones.

—No lo dudo. He pensado en ello últimamente —dijo Ricardo con indiferencia.

—Estaba loco al seguirles el juego. ¡Esto tiene que acabar!

—Creo que está usted loco todavía —contestó el otro sin llegar a mover los brazos o modificar en lo más mínimo su postura. Bajó la voz para añadir:

—Y si me entero por casualidad de que ha ido a la policía tendré que decirle a Pedro que le agarre por la entrepierna y le retuerza ese pescuezo rollizo hasta que se le tronche la calabaza. ¡Crac! He visto cómo se lo hacía a un mula de negro que se puso a jugar con una navaja en las narices del jefe. Es sencillo. Se escucha un crac apagado, eso es todo, y el tipo se derrumba con la flojera de un trapo.

No había movido siquiera la cabeza, ligeramente inclinada sobre el hombro izquierdo; pero cuando terminó la verdosidad punzante de los ojos, que divagaba en la lejanía, se deslizó hacia los ángulos buscando la proximidad de Schomberg y se quedó allí, con burlona voluptuosidad.

Capítulo 8

Schomberg sintió que la desesperación, ese lamentable sustituto del valor, le agotaba. No fue tanto la amenaza de muerte como la fantástica y detallada manera en que se le expuso lo que realmente le afectó. A un sencillo «le mataré», aunque hubiera sido dicho en un tono truculento y con la más grave de las determinaciones, habría podido enfrentarse; pero ante lo novedoso del discurso y del procedimiento, y teniendo en cuenta lo sensible que era su imaginación para lo inusual, el hotelero se desplomó como si le hubieran rebanado el pescuezo moral, ¡zas!

—¿Ir a la policía? De ninguna manera. Ni soñarlo. Demasiado tarde. Yo me dejé mezclar en todo esto. Se lo consentí cuando no estaba en mis cabales. Ya se lo expliqué a ustedes en su momento.

Los ojos de Ricardo resbalaron despacio por la figura de Schomberg y se quedaron en un horizonte fijo.

—Ya sé, aquel problema de la muchacha. Pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

—Por supuesto. Lo que yo me pregunto es qué interés tiene usted en hablarme de esa forma salvaje —se le ocurrió un brillante argumento—. Es desproporcionado. Incluso si estuviera tan loco como para ir a la policía, no tendría nada serio de qué quejarme. Como mucho, les deportarían. Les pondrían a bordo del primer vapor con destino a Singapur.

Se había animado.

—Y de allí al infierno —añadió entre dientes para su particular satisfacción.

Ricardo no hizo comentarios y nada delató que hubiera escuchado ni una sola palabra. Esto mató las ilusiones de Schomberg, quien había levantado esperanzadamente los ojos.

—¿Para qué quieren quedarse aquí? —gritó—. No sacarán nada gastando el tiempo con gente como esta. ¿No le preocupa que su jefe se mueva? Bueno, pues la policía podría ayudarle y de Singapur podrían seguir hasta la costa Este de África.

—Que me ahorquen si el tipo no le anda dando vueltas a esa trampa estúpida —fue el comentario de Ricardo, dicho en un tono amenazante que devolvió al otro a su verdadero sitio.

—¡No! ¡No! —protestó—. Es una forma de hablar. Nunca haría una cosa así.

—Me da la impresión de que el problema con esa chica le ha trastornado el cerebro. Créame, lo mejor que puede hacer es separarse amistosamente de nosotros. Con deportación o sin ella, ya vería qué pronto regresaba uno de nosotros a devolverle cualquier sucio manejo que pueda maquinar con esa atocinada cabeza.

—¡*Gott im Himmel*! —gimió Schomberg—. ¿No habrá quien le mueva? ¿Se quedará aquí *immer*, quiero decir, siempre? Suponga que yo hago que merezca la pena. ¿No podría usted…?

—No —interrumpió Ricardo—. A menos que tuviera algo con que empujarle. Ya se lo dije antes.

—¿Un aliciente? —murmuró Schomberg.

—Eso mismo. La costa africana no es muy estimulante. El otro día me dijo que ese continente tendría que esperar hasta que él estuviera listo; y que no iba a estarlo en mucho tiempo; de todas formas, la costa Este no iba a escaparse y lo más probable es que nadie la robara.

Estas observaciones, tanto si se consideraban como simples tópicos o como descripciones del estado mental de Mr. Jones, eran inconfundiblemente descorazonadoras para Schomberg, el eterno amargado. Pero algo hay de verdad en el conocido dicho de que la hora más oscura es la que precede al alba. El sonido de las palabras, fuera de contexto, tiene poder propio; y aquellas dos palabras, «robar», «escapar», guardaban una especial afinidad con la obsesión del hotelero. Estaba siempre presente y de pronto había sido evocada por una expresión enteramente fortuita. No, nadie podía fugarse con un continente. ¡Pero Heyst se había fugado con la muchacha!

Ricardo no podía sospechar siquiera la causa del cambio de expresión. Pero fue tan acusado que acabó por interesarle hasta el punto de detener el descuidado balanceo de la pierna y decir, mirando fijamente al hotelero:

—No hay mucho que discutir en esta conversación. ¿O lo hay? Schomberg no estaba escuchando.

—Podría ponerle sobre otra pista —dijo despacio y se detuvo, repentinamente consternado por una atroz, intensa impaciencia mezclada con horror al fracaso. Ricardo aguardó, expectante, pero con un cierto desdén todavía.

—¡Sobre la pista de un hombre! —exclamó convulso para detenerse de nuevo y sopesar la ira en su conciencia.

—No será el hombre de la luna —sugirió Ricardo con un murmullo socarrón. Schomberg meneó la cabeza.

—Engañarle sería tan peligroso como si de verdad fuera el hombre de la luna.

Vaya a verlo. No está tan lejos.

Reflexionó. Aquellos hombres eran ladrones y asesinos, aparte de jugadores. Su capacidad para la venganza era absoluta. Pero prefería no pensar detalladamente en ello. Bastaba con que arreglaría cuentas con Heyst y con que se sacudiría, al mismo tiempo, la opresión de aquellos individuos. Sólo tenía que dejar correr su talento natural para la infamia. En este caso la notable práctica se vería, además, asistida por el odio, que, como el amor, cuenta con elocuencia propia. Con la mayor facilidad entregó a Ricardo, ahora severamente atento, un retrato de Heyst cebado con años de públicos y secretos saqueos, el asesinato de Morrison, la estafa a los accionistas, una mezcla maravillosa de astucia e impudicia, de oscuros propósitos y tretas elementales, de misterio y futilidad. En el ejercicio de esta aptitud natural, Schomberg resucitó, el color le volvió a la cara, locuaz, florido, enérgico, la masculinidad acentuada por el empaque militar.

—Esta es la verdadera historia. Ha estado acechando por esta parte del mundo durante años, espiando todo lo que encontraba; pero yo no soy el único que le caló desde el principio: vil, hipócrita, sin escrúpulos, un elemento de cuidado.

—¿Es peligroso?

Schomberg volvió a su ser tras escuchar la voz de Ricardo.

—Bueno, ya sabe lo que quiero decir —dijo con inquietud—. Un arrastrado, trapicheador, de voz suave, educada, un salteador. No hay nada transparente en él.

Ricardo se había alejado de la mesa y rondaba la sala sin hacer ruido. Al pasar por su lado, le dirigió una mueca y un ronco:

—¡Ah! ¡Hum!

—Bueno, ¿qué más riesgo quiere? —arguyó Schomberg—. Estoy convencido de que no es lo que se dice un gladiador —añadió con descuido.

—¿Y dice usted que ha vivido allí, solo?

—Como el hombre de la luna —respondió con rapidez—. A nadie le importa un pito lo que le pase. Se ha escondido ahí, usted me entiende,

después de empaquetar el botín.

—Así que botín. ¿Por qué no volvió a casa con él?

El secuaz de «Mr. Jones a secas» empezaba a creer que la averiguación valía la pena. Y se puso a perseguir la verdad a la manera de los hombres con principios más firmes e intenciones más puras que las suyas; esto es, la perseguía a la luz de la propia experiencia y de los prejuicios. Los hechos, cualquiera que sea su origen (sólo Dios llega a conocer la procedencia), únicamente se confirman mediante las propias sospechas. Ricardo sospechaba de todo. Schomberg, siguiendo la tónica de su recuperada autoestima, replicó sin miedo:

—¿Volver a casa? ¿Por qué no vuelve usted? Por lo que tengo oído, habrá amasado una buena pila de dinero, ganándole los cuartos a la gente. Ya debería estar a punto de coger las maletas.

Ricardo se pasó y le miró, sorprendido:

—Se cree muy listo, ¿verdad?

Schomberg era tan consciente de su inteligencia en ese momento, que la fosca ironía de su interlocutor le dejó igual de fresco. Había una sonrisa rotunda bajo la noble y teutónica barba, la primera después de muchas semanas. Estaba en racha.

—¿Cómo sabe que no pensaba volver a casa? De hecho, ya había enfilado el camino.

—¿Y cómo sé yo que no le divierte darle vueltas a esta patraña? —interrumpió Ricardo con violencia—. Me maravillo de quedarme a escuchar tanta bobada.

Schomberg encajó este cambio de humor sin inmutarse. No hacía falta ser un observador muy sutil para darse cuenta de que había conseguido arrancar alguna clase de sentimiento, el de la codicia quizá, de la entraña de Ricardo:

—¿No me cree? Bien. Pregunte a cualquiera de los que vienen por aquí si ese…, ese sueco, no estuvo aquí de camino a casa. ¿Y por qué dio un rodeo, si no fuera por eso? Pregúntele a cualquiera.

—¡Y que pregunte, además! —apostilló el otro—. Que me pesquen preguntando a troche y moche por un tipo al que le voy a saltar encima. Ciertos trabajos se hacen con el pico cerrado, o no se hacen.

La entonación peculiar de la última frase provocó un escalofrío en la nuca del teutón. Tragó saliva disimuladamente y desvió la mirada como si

hubiera escuchado alguna inconveniencia. Luego, con cierto sobresalto, declaró:

—Desde luego, él no me lo dijo. ¿Le parece concebible? ¿Es que no tengo ojos en la cara? ¿Ni sentido común? Yo calo al personal. Fue a casa de los Tesman, para más detalle. ¿Por qué fue allí dos días seguidos? ¿Lo sabe usted? ¿Puede decirlo?

Esperó con satisfacción a que Ricardo dejara de llamarle de todo, incluido charlatán imbécil, y continuó:

—Un hombre no va a un despacho en horas de oficina sólo para hablar del tiempo, y dos días seguidos. ¿Para qué entonces? Para cancelar la cuenta un día y coger el dinero al siguiente. ¿No está claro?

Ricardo, con la artimaña de mirar en una dirección y de moverse en otra, se aproximó lentamente a Schomberg:

—¿Para coger su dinero?

—¡Gewiss! —runfló Schomberg, con ya impaciente superioridad—. ¿Qué, si no? Toda su relación con los Tesman se reducía a dinero. El que tenga enterrado o se haya llevado a la isla sólo lo puede contar el diablo. Cuando uno se para a pensar en la cantidad de dinero contante y sonante que pasaba por las manos de ese hombre, entre sueldos, almacenaje y lo demás… El tipo es un redomado ladrón, se lo digo yo.

La mirada dura de Ricardo descompuso al hotelero, así que añadió, en medio del embarazo:

—Quiero decir un vulgar ratero…, de poca monta. Y se hace llamar barón sueco, nada menos. ¡Fu!

—¿Es barón de verdad? Esa nobleza extranjera no vale mucho —comentó Ricardo seriamente—. Y luego, ¿qué? Se quedó rondando…

—Sí, rondando —dijo Schomberg, torciendo la boca—. Rondaba. Eso es.

Rondaba…

Su voz se apagaba. La curiosidad se pintó en la cara de Ricardo:

—¿Así de fácil, sin buscar nada? ¿Y entonces cambió de idea y se volvió a la isla?

—Volvió a la isla —repitió como un eco la voz exánime del dueño, los ojos clavados en el piso.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ricardo con auténtica sorpresa—. ¿Qué sucede?

Schomberg, sin levantar los ojos, hizo un gesto de impaciencia. La piel se le puso grana y continuó cabizbajo. Ricardo retomó el hilo:

—Bien, pero ¿cómo se dio usted cuenta? ¿Cuál era la razón? ¿Por qué volvió a la isla?

—¡Luna de miel! —se desaforó Schomberg.

Inmóvil completamente, los ojos bajos, de forma inesperada y sin movimiento preliminar, pegó un puñetazo en la mesa que hizo que el desprevenido Ricardo se apartara de un brinco. Sólo entonces levantó la vista con una expresión resentida y sombría.

Ricardo le miró con dureza, giró sobre sus talones, anduvo hasta el extremo de la sala, regresó a toda velocidad y murmuró un grave «Vaya, vaya» sobre la rígida cabeza del defraudado. Que el hotelero estaba capacitado para un gran esfuerzo de ánimo lo demostró el retorno gradual de la severa actitud de teniente de la Reserva.

—Vaya, vaya —repitió Ricardo con mayor intención que antes y después de un estudio más minucioso de las circunstancias—. Ojalá no se lo hubiera preguntado, o que usted me hubiera dicho una mentira. No me agrada saber que hay una mujer mezclada en este asunto. ¿Cómo es? ¿Es la chica que usted…?

—¡Basta! —musitó, completamente desencajado bajo la dura fachada militar.

—Vaya, vaya —exclamó Ricardo por tercera vez, más al tanto y más perplejo—. No soporta hablar de ello. ¿Tan malo es? Apostaría algo a que la chica no es un prodigio de la naturaleza.

Schomberg hizo un aspaviento, como si no supiera, como si no le importara.

Luego cuadró los hombros y frunció el entrecejo sin un destinatario en particular.

—Barón sueco…, ¡hum! —continuó el otro, pensativo—. Creo que el jefe tendría en cuenta este asunto, bastante en cuenta, si yo se lo expusiera adecuadamente. Al jefe le gustan los duelos, si quiere llamarlo así. No hay hombre que le aguante en el cuadrilátero. ¿Ha visto jugar al gato y al ratón? Es un bonito espectáculo.

Ricardo, con los ojos mórbidos y encendidos y la expresión desafiante, se parecía tanto a un felino, que Schomberg se hubiera alarmado como un ratón si otros sentimientos no fueran ya dueños de su ánimo.

—No caben mentiras entre usted y yo —dijo con más firmeza de la que él mismo esperaba.

—¿De qué sirven, ahora? Le tiene pánico a las mujeres. En aquel pueblo de Méjico donde dimos con los huesos machacados, para que me entienda, yo solía ir al baile por la noche. Las muchachas me preguntaban si el caballero inglés de la posada era un monje disfrazado, o si había hecho votos a la *sanctissima* madre de no dirigirse a una mujer, o que si esto y lo otro. Puede imaginar cómo largan las mujeres cuando llegan al punto de despreocuparse de lo que dicen; aquello me sacaba de quicio. Sí, el jefe le tiene horror a las mujeres.

—¿Y a una mujer? —intervino Schomberg con un acento gutural.

—Da más problemas cargar con una que con dos o con doscientas, si vamos a eso. En un sitio lleno de mujeres, no hace falta que las mires, a menos que te gusten. Pero si entras en un cuarto donde sólo hay una, joven o vieja, guapa o fea, tienes que echártela a la cara. Y a menos que vayas tras ella, en eso el jefe tiene más razón que un santo, acabará fastidiándote.

—¿Por qué hay que mirarlas? —preguntó Schomberg—. ¿Qué pueden hacer?

—Pueden hacer ruido o algo peor —opinó Ricardo tajantemente, con la repugnancia del hombre al que le gusta el silencio—. Para colmo, no hay nada más odioso que el ruido cuando uno anda metido en una partida de cartas decisiva. Ruido, ruido, amigo mío —continuó con energía—, una zapatiesta sin pies ni cabeza, sobre esto y lo de más allá, y a mí me hace la misma gracia que al jefe. Pero con el jefe, además, pasan otras cosas. No las aguanta ni bien ni mal.

Hizo un alto para meditar en este fenómeno psicológico y, pues no tenía un filósofo a mano que le dijera que no hay fobia sin un terror detrás, ni verdadera religión sin un cierto fetichismo, expresó su propia conclusión, la cual no alcanzaba, seguramente, el meollo del problema:

—Que me cuelguen si no creo que le pasa con las mujeres lo que a mí con el alcohol. Brandy…, ¡puaf!

Puso cara de asco y le dio un escalofrío de verdad. El otro le escuchaba asombrado. Parecía como si la canallada propiamente dicha protegiera a aquel…, aquel sueco; y como si el botín obtenido inicuamente se interpusiera entre el ladrón y su merecido castigo.

—Así son las cosas, viejo macho —Ricardo rompió el silencio tras contemplar la taciturna postración de Schomberg con algo parecido a la

compasión—. No creo que el truco funcione.

—Pero eso es una estupidez —susurró el «sinvenganza», después de haberla incluso acariciado con la mano, por una misteriosa y desesperante conformación de carácter.

—No pretenda juzgar a un caballero —le reprendió suavemente Ricardo, sin llegar a enfadarse—. Ni siquiera yo puedo entenderle del todo. Y eso que soy inglés, y de los suyos. No, creo que no voy a preocuparme de contárselo, aunque me enferme seguir aquí.

A Ricardo, el quedarse no podía enfermarle más de lo que enfermaba a Schomberg ver que lo haría. Creía tan ciegamente en la realidad de Heyst, creada por su capacidad para sacar conclusiones falsas, por el odio, por el amor al escándalo, que no pudo reprimir una explosión sofocada de convencimiento, tan sincero como la mayor parte de nuestros convencimientos, los disfrazados servidores de nuestras pasiones, pueden parecernos en un momento crítico.

—Sería como coger una pepita de oro de mil libras, incluso del doble o del triple, por lo que he averiguado. Y sin problemas, ningún problema…

—Las faldas son el problema.

Volvió al acolchado, gatuno, merodeante pasear —en el que un observador habría detectado un cambio en las emociones—, que le traicionaba igual que a un tigre inquieto dispuesto a lanzarse sobre la presa. Schomberg no detectaba nada. En otro caso, su decaído espíritu se habría sentido espoleado; pero, generalmente, prefería no mirar a Ricardo. Este, por su parte, con una de las atravesadas, escurridizas y persistentes miradas, observó la amarga sonrisa del taciturno, la inconfundible sonrisa de las esperanzas arruinadas.

—Usted es de esa clase de tipos que nunca perdona —y se detuvo un momento con aire interesado—. Que me cuelguen si en mi vida me he encontrado con alguien tan enconado. Apuesto a que enviaría la peste negra sobre esa isla si supiera cómo.

¿O no? ¿No será que la peste es demasiado suave para ellos? ¡Ja, ja, ja!

Se inclinó para observar a Schomberg, sentado como una estatua, los ojos fijos, la cara sin expresión y sordo en apariencia al hiriente sarcasmo de la carcajada, tan próxima a sus rojos y carnosos oídos.

—La peste negra no es suficiente para ellos —Ricardo metía el dedo en la llaga del hotelero.

El aludido se mantenía obstinadamente cabizbajo.

—No le deseo ningún daño a la muchacha —murmuró.

—¿Pero no se le fugó? ¡Menuda filfa! ¡Venga, hombre!

—Sólo Satanás puede concebir lo que ese sueco encanallado se atrevió a hacerle, lo que le prometió, lo que la torturó. Un tipo así no podía importarle, lo sé.

La vanidad del teutón se agarraba a la certeza de alguna atrocidad, de los anormales medios empleados por Heyst.

—Mire cómo endemonió a ese pobre de Morrison. —¡Ah, Morrison! ¿Se quedó con todo su dinero, o qué?

—Con su dinero y con su vida.

—Un sujeto terrible, ese barón. ¿Y cómo se las arregla uno solo para atacarle?

—¡Tres contra uno! ¿Le asusta? ¿Quiere que le dé una carta de presentación?

—Debería mirarse en un espejo —dijo Ricardo tranquilamente—. ¡Que me muera condenado si no le da un arrechucho en cualquier momento! ¡Y este es el que dice que las mujeres son inofensivas! Esa en cuestión, acabará con usted a menos que se la quite de la cabeza.

—¡Ojalá pudiera! —admitió Schomberg gravemente—. Aquí tiene la obra de ese sueco. No consigo dormir, míster Ricardo. Y, por si fuera poco, aparecen ustedes…, como si no tuviera bastantes quebraderos.

—Le vendrá bien —sugirió el secretario con irónica seriedad—. Le quitará de la cabeza tanta tontería. Ya no tiene edad.

Se contuvo, compasivamente, y cambió de tono:

—Sinceramente, me gustaría complacerle y dar un buen golpe a la vez.

—Un golpe inmejorable —insistió Schomberg, mecánicamente.

La simplicidad le impedía renunciar a una idea que ya hubiera entrado en su cabeza. Una idea suele llevar a otra, pero las suyas escaseaban y se convertían en obcecaciones.

—Oro acuñado —murmuró, casi con dolor.

Tan sugerente combinación de palabras no dejó de surtir efectos. Ambos eran susceptibles a la influencia de la sugestión verbal. El secretario dejó escapar un suspiro y murmuró:

—Sí, pero ¿cómo se las arregla uno solo?

—Siendo tres contra uno —dijo Schomberg—, lo conseguirán con sólo pedirlo.

—Parece como si ese individuo viviera a la vuelta de la esquina —gruñó con impaciencia—. Maldita sea, ¿no puede entender una cuestión tan sencilla? Le he preguntado a usted el camino.

Schomberg resucitó:

—¿El camino?

La apatía de la esperanza defraudada y que se extendía bajo los aparentes cambios de humor resultó estimulada por estas palabras, que parecían apuntar a un propósito:

—Desde luego, no hay otro camino que el mar. Para gente como usted, tres días en una buena lancha no significan nada. Un pequeño paseo, un cambio de aires. En esta época, el mar de Java es una balsa de aceite. Yo tengo una lancha buena y segura, la lancha salvavidas de un barco, con capacidad para treinta, y no digamos para tres; y un niño podría manejarla. En esta época del año no llegarían a mojarse ni la cara. Podría llamarlo un viaje de placer.

—¿Y cómo es que, teniendo la lancha, no fue detrás de ella usted mismo, o detrás de él? Es usted bastante benévolo, si se tiene en cuenta lo mal que le va como amante.

Schomberg respingó ante la indirecta.

—Yo no soy tres hombres —dijo de mal humor, en la respuesta más breve de las muchas que había dado.

—¡Oh, ya conozco su temple! —dejó caer Ricardo—. Es como la mayoría de la gente, o quizá sólo un poco más pacífico que esa recua de mercachifles que manda en este circo podrido. Y bien, respetable ciudadano —continuó—, vamos a ver si entramos en harina.

Cuando Schomberg alcanzó a entender que el secuaz de Mr. Jones estaba dispuesto a considerar, en sus propias palabras, «esa lancha suya, con rutas y distancias», y que tema semejante no auguraba nada bueno para el mal bicho del sueco, recobró su compostura castrense, cuadró los hombros y preguntó con su formalismo militar:

—¿Desea, pues, proceder con el negocio?

Ricardo asintió. «Ganas no me faltan», dijo. A un caballero hay que complacerle todo lo posible; pero de vez en cuando también hay que manejarle, por su propio bien. Y era cometido del verdadero «discípulo» conocer el momento y el método adecuado para llevar a cabo esta parte de sus obligaciones. Habiendo expuesto la teoría, Ricardo pasó a la aplicación práctica.

—Nunca le he mentido —dijo—, y no voy a hacerlo ahora. Pero no le hablaré de la muchacha. Tendrá que soportarlo lo mejor que pueda. ¡Maldita sea! Aquí no sirven las contemplaciones.

—Divertido espectáculo —observó el hotelero resueltamente.

—¿Se lo parece? Ya veo; apuesto a que le importaría poco agarrar por el cuello a cualquier mujer, a escondidas y en un rincón oscuro.

La cruel, mórbida y felina rapidez de Ricardo en enseñar las garras por la más mínima, sobresaltó, como de costumbre, al interlocutor. Pero era también una provocación.

—¿Y usted? —se defendió—. ¿Quiere hacerme creer que no es capaz de cualquier cosa?

—¿Yo, pequeño? ¡Oh, desde luego! No soy un caballero, ni usted tampoco. Agarrarles el pescuezo o hacerles la mamola, para mí es todo uno, o casi —afirmó, con oscura ironía dentro de la complacencia—. Y ahora vamos al asunto. Una excursión de tres días en una buena lancha no es cosa que arredre a gente de nuestra clase. En eso le sobra razón. Pero quedan otros detalles.

Schomberg estaba listo para entrar en detalles. Tenía una pequeña plantación y una confortable cabaña en Madura. Propuso que los huéspedes salieran en lancha de la ciudad, como si fueran de excursión a la zona rural. En la aduana estaban acostumbrados a ver salir la lancha para ese tipo de expediciones.

Desde Madura, después de algún descanso y en el día adecuado, la partida de Mr. Jones realizaría la auténtica salida. Sólo tendrían que hacerse a la mar. Schomberg les aprovisionaría. La calamidad más grande que tendrían que soportar sería algún mediano chaparrón. En esa época del año no se desataban verdaderos temporales.

El corazón de Schomberg empezó a repicar como si ya tuviera la venganza al alcance. Su discurso era tosco, pero persuasivo:

—Sin riesgos de ninguna clase, ninguno en absoluto. Ricardo rechazó estas garantías de seguridad con un gesto de impaciencia. Pensaba en otros peligros:

—Desde aquí, el camino no tiene problema. Pero en el mar podrían vernos, y eso, a la larga, traería complicaciones. Una lancha con tres blancos a bordo, derrotando mar adentro, levantará suspicacias. ¿Cree que nos verán durante el viaje?

—No, a no ser canoas indígenas.

Ricardo sacudió la cabeza, satisfecho. Para ambos, la vida de los aborígenes era un simple juego de sombras chinescas. Sombras chinescas que la raza dominante podía atravesar inconmovible e indiferente en la persecución de sus oscuros objetivos y necesidades. No, por supuesto, las embarcaciones indígenas no contaban. Aquélla era una zona solitaria y desnuda del mar, comentó Schomberg. Sólo el barco-correo «Ternate» cruzaba la región hacia el día 8 de cada mes, y sin tocar siquiera la isla. Rígido, la voz ronca, el corazón acelerado, la mente concentrada en el éxito del proyecto, el hotelero multiplicaba las palabras como si pretendiera interponer un buen número de ellas entre él mismo y su propósito criminal.

—Deforma que si ustedes, caballeros, salen silenciosamente de mi plantación el día ocho y de atardecida (lo mejor es salir siempre de noche, con el terral), tienen cien posibilidades sobre una, qué digo, mil sobre una, de que no les vea ningún ojo humano. Todo lo que tienen que hacer es mantener rumbo Noreste durante unas cincuenta horas y quizá menos. Habrá viento de sobra para empujar la lancha, se lo aseguro, y entonces…

Los músculos del abdomen se le contrajeron bajo la ropa, de ilusión, de impaciencia y también con cierta aprensión, de cuya auténtica naturaleza no estaba muy seguro. No quería entrar en averiguaciones. Ricardo le miró fijamente con aquellos ojos secos, brillantes como la roca pulida, más que como el tisú natural.

—¿Y entonces, qué? —preguntó.

—Pues entonces, bueno, la cara que se le va a poner a der *Herr* Baron, ¡ja, ja, ja!

Schomberg pareció pronunciar las palabras con dificultad, y la risa le salió con un eco ronco.

—¿Y está convencido de que el botín sigue con él? —preguntó Ricardo sin énfasis, habida cuenta de que el hecho era sumamente probable según le dictaba su aguda perspicacia.

Schomberg alzó las manos y las fue bajando con lentitud:

—¿De qué otra forma podía ser? Se iba a casa, estaba en camino y en este hotel.

Pregunte a la gente. ¿Existe la posibilidad de que lo abandonara?

Ricardo estaba pensativo. Levantó de pronto la cabeza y observó:

—Rumbo Noreste durante cincuenta horas, ¿no es eso? El rumbo no es que sea muy preciso. Tengo escuchado que se pierden destinos con mejor

información. ¿No puede decir siquiera la clase de atraque que nos espera? Aunque supongo que nunca ha visto la isla con sus propios ojos.

Admitió que no la había visto, en el tono en que un hombre se felicita por haber escapado de la contaminación de una experiencia desagradable. No, por cierto. No tenía negocios que le reclamaran en aquel lugar. Pero ¿qué importaba? Le proporcionaría cartas de navegación tan buenas como las mejores. Se rio nerviosamente. ¡Perderse! Desafiaba a quien fuera a estar a cuarenta millas de la isla y volverse sin encontrar el refugio de aquel salteador.

—¿Qué me dice usted de una columna de humo por el día y una estela de fuego por la noche? Hay un volcán en actividad cerca de la isla, que bastaría para conducir a un ciego. ¿Qué más quiere? ¿Una erupción para orientarle mejor?

La última frase fue un rugido de exultación; luego pegó un salto y se quedó echando fuego por los ojos. La puerta izquierda del bar se había abierto, y la señora Schomberg, vestida para sus obligaciones, se quedó mirándole con todo el salón de por medio. Tardó en soltar el picaporte; luego entró y se deslizó en su sitial para permanecer mirando el infinito, como de costumbre.

Parte III

Capítulo 1

La naturaleza del trópico había sido benigna con el fracaso de la empresa comercial. La desolación de los inmuebles de la Tropical Belt Goal Company se ocultaba a la mirada del mar, perspectiva desde la cual una mirada intrusa —cualquiera suficientemente interesada, fuera por malicia o pesar— podría haber observado el arruinado esqueleto de la en otro tiempo vigorosa industria.

Heyst había estado sentado entre los despojos generosamente enterrados por los herbazales tras dos estaciones lluviosas. El silencio que le rodeaba, roto apenas por algo parecido al retumbar del trueno, el azote de la lluvia entre las hojas de las *sequoias*, el ruido del viento al agitar las ramas y de la marejada batiendo contra el acantilado, favorecía más que estorbaba su reflexiva soledad.

Una reflexión es siempre —en un hombre blanco, por lo menos— lo más aproximado a un ejercicio interrogativo. Heyst meditaba en términos sencillos sobre el misterio de sus actos, mientras se preguntaba a sí mismo, con la mayor honestidad:

—Debo tener mucho de Adán, después de todo.

Pensó también, con la sensación de estar realizando un descubrimiento, que la voz de ese mítico ancestro no podía silenciarse fácilmente. La voz más antigua del mundo es precisamente la que nunca cesa. Si alguien pudo acallar sus imperativos reclamos, debió ser el padre de Heyst con su desdeñosa e inflexible negación de todo esfuerzo; pero, al parecer, Heyst no podía. Había mucho en el hijo del padre original quien, tan pronto enderezó el embarrado esqueleto del molde celestial, se puso a registrar y a dar nombre a la fauna del paraíso, que pasaría a perder al momento siguiente.

¡Acción! —Tal fue el primer pensamiento o quizá el primer impulso de este mundo—. ¡El anzuelo traidor, cebado con la ilusión del progreso para sacar del vacío tenebroso a las innumerables generaciones piscícolas!

—Y yo, digno hijo de mi padre, también he sido pescado, como el pez más tonto de todos.

Se atormentaba. El espectáculo de su vida le hacía daño, esa vida que tendría que haberse convertido en una pieza maestra del desarraigo. A menudo recordaba la última noche con el padre. Recordaba las delgadas facciones, la mata espesa de pelo blanco, la piel marfileña. Un candelabro de cinco brazos reposaba sobre la mesilla, al lado del sillón. Estuvieron hablando mucho tiempo. Los ruidos de la calle se apagaron poco a poco hasta que, por último, los edificios de Londres, a la luz de la luna, comenzaron a parecer las tumbas de un abandonado y profanado cementerio de esperanzas.

Había escuchado. Tras el silencio, preguntó —era muy joven todavía:

—¿No hay un sentido?

El padre estaba de un humor apacible e infrecuente esa noche, mientras la luna nadaba en un cielo sin nubes, sobre las sombras sucias de la ciudad.

—¿Es que todavía crees en algo? —preguntó con voz clara, que se debilitaba por momentos—. ¿Crees en la carne y la sangre, quizá? Un completo y uniforme envilecimiento acabaría también con eso. Pero, puesto que no lo has logrado, te aconsejo cultivar esa forma de envilecimiento que se da en llamar compasión. Quizá sea la menos dificultosa —siempre recordando que también tú, fueras quien fueses, eres tan digno de lástima como el resto, y que no debes esperar nunca la compasión de los otros.

—¿Qué puede hacer uno, entonces? —susurró el joven, mirando al padre, rígido en la butaca.

—Mirar…, y no hacer ruido —fueron las últimas palabras del hombre que había empleado su vida en soplar de mala manera la trompeta que llenó de ruinas el cielo y la tierra, mientras la Humanidad seguía su camino sin hacerle caso.

Esa misma noche murió en la cama, tan apaciblemente que se lo encontraron dormido en la postura habitual, de costado, una mano bajo el carrillo y las rodillas ligeramente dobladas. No llegó a estirar la pierna.

El hijo enterró al amordazado destructor de sistemas, esperanzas y creencias. Y observó que la muerte de aquel amargado receptáculo de vida no alteró los cauces de la existencia donde hombres y mujeres se apiñan en el polvo, revolviéndose y empujándose unos a otros como monigotes de corcho lastrados con el plomo justo para que mantengan su orgullosa y erecta postura.

Después de las exequias, Heyst se sentó, solo, en el crepúsculo, y sus pensamientos accedieron a la visión definitiva de ese tráfago, de ese necio

empujarse y cabecear de formas que corren apresuradamente a ninguna parte y sin señal de haberse enterado de que la voz que les reclamaba desde la orilla ha enmudecido de pronto… Sí. Unas cuantas notas necrológicas —insignificantes, por lo general, y algunas hasta malintencionadas—. El hijo las leyó todas con melancólica objetividad.

—El odio y la rabia son el producto del miedo —se dijo— y también de la vanidad herida. Un lamento fugaz que lanza su queja. Supongo que también yo tendría que odiarle…

Notó que los ojos se habían humedecido. No porque fuera su padre. Para él, todo se reducía a un simple rumor, sin fuerza para estimular aquella emoción. No. Le había observado durante tanto tiempo, que ahora le echaba de menos. El muerto le había retenido junto a sí, en la orilla. Heyst se sintió dolorosamente solo, en el lindero del transcurrir humano. Y su orgullo le decidió a no mezclarse en él.

Algunas lágrimas resbalaron por su cara. Las habitaciones, envueltas en sombras, parecían atormentadas por una nostálgica y difusa presencia que no conseguía manifestarse. El joven se levantó con la extraña impresión de dirigir sus pasos hacia algo impalpable, que reclamaba posesión fuera de la casa, y cerró la puerta. Dos semanas después comenzaban sus viajes, para mirar y no hacer ruido.

El viejo Heyst había dejado tras él un poco de dinero y cierta cantidad de objetos muebles, tales como libros, mesas, sillas y cuadros, que podrían haberse quejado de la despiadada deserción después de tantos años de generoso servicio —hay un espíritu que late también en las cosas—. Heyst, nuestro Heyst, pensaba en ellas con frecuencia, acusadoras y mudas, amortajadas y encerradas en aquellas habitaciones del Londres lejano, con los ruidos mortecinos de la calle y a veces un poco de luz cuando se corrían los paneles y se abrían las ventanas acatando la primera y última voluntad del dueño. Parecía como si en su concepción de un mundo que no merecía la pena tocar y al que, acaso, su falta de solidez impedía atrapar, aquellos familiares objetos de su infancia y juventud, asociados a la memoria de un anciano, fueran las únicas realidades que pudieran disfrutar de una existencia absoluta. No se hubiera atrevido a venderlos, siquiera a moverlos del lugar que ocupaban la última vez que los vio. Cuando, desde Londres, se le notificó que el contrato de arrendamiento había vencido y que la casa, con alguna otra del estilo, iba a ser demolida, se quedó sorprendentemente apenado.

Ya había entrado por entonces en el ancho y humano camino de las incongruencias. La Tropical Belt Coal Company estaba consolidada. Dio instrucciones para que se le enviara parte de las cosas a Samburan, lo mismo que hubiera hecho cualquier persona normal y crédula. Llegaron, arrancados del prolongado reposo, un montón de libros, algunas sillas y mesas; el retrato al óleo del padre, que sorprendió a Heyst por el aspecto juvenil de su progenitor, toda vez que le recordaba como un hombre mucho más viejo; una buena porción de objetos pequeños, tales como candelabros, tinteros y estatuillas del estudio, que le sorprendió encontrar tan viejos y usados.

El gerente de la Tropical Belt Coal Company, al desempaquetarlos en la veranda, en la sombra asediada por el fulgor del sol, debió sentir ante las reliquias algo parecido a un remordimiento sacrílego. Las manejó con cuidado, casi con ternura; y quizá fuera su presencia lo que le ató a la isla cuando despertó del fracaso de su sacrilegio. Cualquiera que fuera la razón decisiva, Heyst permaneció donde cualquier otro se habría alegrado de marcharse. El excelente Davidson había descubierto el hecho sin esclarecer la razón y se tomó un interés humano por aquella existencia extraña, al tiempo que la delicadeza le impedía entrometerse en la soledad ajena. No sospechaba que Heyst, solo en la isla, no se sentía ni más ni menos solo que en cualquier otro sitio, desierto o populoso. Lo que preocupaba a Davidson, si puede expresarse así, era el peligro de aquella inanición espiritual; pero el espíritu en cuestión había renunciado a todo alimento exterior y se sostenía orgullosamente a sí mismo, desdeñando los acostumbrados y bastos alimentos de que surte la vida a las necesidades comunes de los hombres.

Tampoco el cuerpo de Heyst corría peligro de inanición, como Schomberg había asegurado confidencialmente. En los inicios de las operaciones de la compañía, la isla fue aprovisionada de forma que sobreviviera a las necesidades. Heyst no tenía motivos para temer el hambre; y su misma soledad no careció de alivio. De la multitud de trabajadores chinos emigrados, por lo menos uno permaneció en Samburan, solitario y extraño como la golondrina que se queda atrás en la estación migratoria de la bandada.

Wang no era un *coolie* corriente. Había servido antes con hombres blancos. El acuerdo con Heyst consistió en el intercambio de unas pocas palabras el día en que la última tanda de *coolies* abandonaba Samburan. Heyst, inclinado sobre la balaustrada, se dedicaba a la contemplación con la

calma aparente del que nunca se ha desviado de la doctrina de que este mundo, para los prudentes, no es más que un espectáculo curioso. Wang se acercó a la casa y permaneció ante la escalinata, con el amarillo y delgado rostro levantado.

—¿Todo terminar? —preguntó.

Heyst asintió desde arriba, mirando hacia el embarcadero. Una muchedumbre vestida de mahón, con cara y pantorrillas amarillas, se metía bulliciosamente en los botes del vapor de alquiler atracado en la rada, como un barco pintado sobre un mar pintado; pintado en colores crudos, sin contrastes, sin emoción, con una exactitud brutal.

—Será mejor que se dé prisa, si no quiere quedarse en puerto. Pero el chino no se movió.

—Mí, quedar —declaró. Heyst le miró por vez primera.

—¿Quiere quedarse aquí?

—Sí.

—¿Qué era usted? ¿Cuál es su trabajo?

—Chico *limpiesa*.

—¿Y quiere quedarse aquí, conmigo, de criado? —preguntó, sorprendido.

El chino puso una inesperada cara de desaprobación y dijo, después de una pausa notoria:

—Puedo hacer.

—No tiene por qué, a menos que le guste. Puede que me quede aquí por mucho tiempo. No puedo obligarle a que se vaya, si desea lo contrario, aunque no veo el motivo.

—Pescar chica mona —comentó Wang fríamente, y acto seguido dio media vuelta y se marchó en la dirección opuesta del muelle y del ancho mundo que representaban el vapor y los botes.

Heyst enseguida averiguó que Wang había convencido a una mujer del pueblo *alfuro*, en la costa oeste de la isla, más allá de la sierra central, para que viniera a vivir con él al remoto calvero de la compañía. Era un caso curioso, puesto que los *alfuros*, atemorizados por la repentina invasión de chinos, bloquearon el paso montañoso talando unos cuantos árboles y decidieron no moverse de su territorio. Los *coolies*, como un solo hombre y desconfiando de la manifiesta mansedumbre de aquella inofensiva tribu de pescadores, no se movió de sus fronteras ni tampoco intentó cruzar las montañas.

Wang era la brillante excepción. Debió resultar inusualmente fascinante, de una forma que a Heyst se le escapaba, o bien inusualmente persuasivo. El servicio que la mujer llegó a rendir a Heyst se limitó al hecho de que sus encantos afincaron a Wang en la zona, encantos incógnitos para los blancos, ya que nunca se acercaba a las casas. La pareja vivía en el lindero del bosque, y a la mujer, de vez en cuando, se la descubría mirando hacia el bungaló con una mano haciendo de visera. Incluso desde lejos parecía una criatura salvaje y asustadiza, y Heyst, preocupado por no alterar en exceso aquellos nervios primitivos, evitaba cuidadosamente en los paseos aquella parte del calvero.

El día o, mejor, la noche en que comenzara su vida cenobítica, escuchó vagos rumores de fiesta provenientes de aquel lugar. Algunos *alfuros*, los amigos y la parentela de la mujer, animados por la partida de los invasores, atravesaron las montañas para participar en una especie de banquete de bodas. Los había invitado Wang. Fue la única vez en que un ruido más fuerte que el zumbido de los insectos turbó el silencio profundo del calvero. Los indígenas no recibieron más invitaciones. Wang no conocía la formalidad de las convenciones sociales, pero tenía un arraigado sentido personal de la organización de la vida doméstica. Tiempo después, Heyst descubrió que Wang se había hecho con la totalidad de las llaves. Cualquier llave desperdigada desaparecía en el momento mismo en que el chino pasaba por allí. Más tarde, parte de la colección —aquellas que no pertenecían a las despensas y a los bungalós vacíos y que no podían considerarse patrimonio común de esta sociedad de dos— le fue devuelta colgando de una cuerda. Se las encontró una mañana junto a los cubiertos. No había notado su talla, en razón de la inveterada costumbre de no echar el cerrojo a nada. Heyst no hizo comentarios. Wang, tampoco. Puede que se tratara de un hombre taciturno; o que estuviera acaso influenciado por el espíritu del lugar, que se inclinaba ciertamente al silencio. Hasta que Heyst y Morrison pusieron el pie en la Bahía del Diamante Negro y le dieron nombre, esa zona de Samburan no había escuchado nunca el sonido de la lengua humana. Con Heyst, no era difícil ser taciturno, siempre abismado en sus libros, de los que no levantaba la cabeza hasta que la sombra de Wang cruzaba las páginas y el sonido grave y bronco de la voz que pronunciaba la palabra malaya *makan* le devolvía a la superficie y a la necesidad de alimento.

Wang, en su originaria provincia de la China, podría haber sido una persona temperamental, sensible, afable; pero en Samburan se había revestido de una estolidez misteriosa, y no parecía lamentar que se le hablara escuetamente y a un promedio de media docena de palabras diarias. Y él no daba más de lo que recibía. De sentirse cohibido, es de suponer que más tarde encontrara compensación con la mujer *alfuro*. Regresaba sistemáticamente con ella a la caída de la tarde, desapareciendo del bungaló siempre a la misma hora, como una especie de fantasma chino con chaqueta blanca y coleta, diurno y confuso. De inmediato daba rienda suelta a la pasión predominante en un chino, y se le podía ver hollando el suelo próximo a la cabaña, entre los anchos tocones de árboles serrados, con una piqueta de minero. Algún tiempo después encontró una pala vieja, pero utilizable, en uno de los almacenes vacíos, y a partir de ahí debió pasarlo en grande; sin embargo, nada de esto se hallaba expuesto a la indiscreción, ya que se tomó la molestia de hacer astillas una de las naves de la compañía con el objeto de obtener materiales para levantar una empalizada alta y prieta alrededor de su parcela, como si quisiera patentar el proceso de crecimiento de las hortalizas en medio de un terrible y sagrado misterio que afectaba a la superviviencia de la raza.

Heyst, siguiendo de lejos los progresos agrícolas de Wang y de sus precauciones —no había otra cosa digna de atención—, se divertía con la idea de que el mercado potencial de aquellos productos se reducía a su propia persona. El chino encontró algunas bolsas de semillas en los almacenes y había claudicado ante el impulso irresistible de enterrarlas. Ya se encargaría él de que el amo pagara las hortalizas que estaba cultivando para satisfacción de sus instintos. Mientras observaba al ensimismado Wang llevando a cabo las tareas en el bungaló, con su paciencia y su método, Heyst envidió aquella sujeción al instinto y la poderosa sencillez de los objetivos que volvía casi automática —en la misma precisión de los movimientos— la marcha de su existencia.

Capítulo 2

Durante la ausencia del amo en Sourabaya, Wang estuvo ocupado con el parterre delantero del bungalow principal. Elevándose por encima de la franja de hierba que crecía a lo largo del embarcadero de carbón, Heyst contempló un espacio amplio y desbrozado, liso y ennegrecido por la quema, con uno o dos montones de ramas carbonizadas y en el que se apreciaba la señal de las llamas que se extendieron desde la fachada hasta los primeros árboles del bosque.

—¿Te arriesgaste a quemar la hierba? —preguntó Heyst.

Wang asintió. Cogida del brazo del hombre blanco, aparecía la muchacha a la que llamaban Alma; pero ni de los ojos del chino ni de su expresión podía deducirse la constancia del hecho.

—Ha limpiado este lugar con el sistema del mínimo esfuerzo —explicó Heyst, sin mirar a la muchacha cuya mano descansaba en el antebrazo del acompañante—. Como puedes observar, a él se reduce todo el personal. Ya te dije que no había ni un perro para que me hiciera compañía.

Wang había ido hacia el muelle.

—Se parece a los camareros de aquel sitio —apuntó ella.

«Aquel sitio» era el hotel de Schomberg.

—Los chinos se parecen mucho —observó Heyst—. Nos vendrá muy bien tenerle por aquí. Esta es la casa.

Se dirigieron a los seis breves peldaños que conducían a la veranda. La muchacha había dejado el brazo de su guía.

—Esta es la casa —repitió.

Ella no hizo ademán de separarse de su lado, y permaneció mirando fijamente la escalera, como si se tratara de algo singular e inaccesible. El anfitrión esperó un poco, pero la muchacha no se movió.

—¿No quieres entrar? —preguntó sin volverse hacia ella—. Hace demasiado calor para estar aquí.

Trataba de superar una especie de miedo, de flaqueza impaciente, y su voz sonó ronca.

—Será mejor que entres —concluyó.

Entonces se movieron los dos, pero al pie de la escalera Heyst se detuvo, mientras la chica continuaba a toda prisa, como si nada pudiera detenerla. Cruzó la veranda a la velocidad del rayo y atravesó la penumbra

del amplio cuarto principal hasta parar en el cuarto contiguo, más umbrío. Se quedó quieta en aquella oscuridad, donde los ojos deslumbrados apenas distinguían la forma de los objetos, y suspiró con alivio. La impresión de la luz, del mar y del cielo, siguieron en ella como el recuerdo de una penosa adversidad que había dejado atrás.

Entretanto, Heyst había vuelto sobre sus pasos en dirección al muelle; pero no llegó hasta él. El autómata pragmático de Wang se había apropiada de una de las vagonetas en las que se transportaban los cestos de carbón a los barcos. Heyst dio media vuelta y siguió el camino de los viejos raíles por los que corría la vagoneta. El chino se detuvo frente a la casa, se echó la maleta al hombro con cuidado y luego cogió el hatillo.

—Deja las cosas sobre la mesa de la sala, ¿has entendido?

—Mí cuida —rezongó Wang, poniéndose en marcha.

Le vio desaparecer por la veranda. Hasta que no volvió a salir, no se decidió a entrar. Para entonces, Wang se había perdido en la trasera de la casa, lejos de la vista, pero con el oído presto. El chino podía escuchar la voz del hombre al que, en los tiempos en que la isla contaba con mayor población, llamaban Number One. No fue capaz de entender las palabras, pero el tono le interesó.

—¿Dónde andas? —gritó Number One.

Entonces escuchó, más débilmente, una voz que no había escuchado antes, novedosa impresión que le hizo adelantar la cabeza de forma característica.

—Estoy aquí, lejos del sol.

La nueva voz le sonó remota e incierta. No escuchó nada más, aunque esperó un rato, muy quieto, con la coronilla de papagayo al nivel de la veranda trasera. Su cara había conservado una inmovilidad inescrutable. Se agachó de pronto para coger la tapa de una caja de velas, caída junto a sus pies. La hizo astillas y dirigió sus pasos hacia el cobertizo de la cocina, donde, en cuclillas, procedió a encender un fuego bajo un recipiente hollinoso, con la probable intención de hacer té. Wang tenía cierto conocimiento de los ritos y ceremonias más elementales de la vida de los blancos, por lo demás enigmática y remota para su entendimiento y origen de insospechadas posibilidades benéficas y maléficas, las cuales no podía evitar observar con prudencia y cuidado.

Capítulo 3

Esa mañana, como en todas las otras de esa historia llena de mañanas desde que volvió con la muchacha de Samburan, Heyst salió a la veranda y apoyó los codos sobre la barandilla con la displicencia del señorío. La masa de la cordillera ocultaba los amaneceres, los radiantes y los neblinosos, los tempestuosos y los serenos. A los habitantes no se les concedía el don de leer desde el primer instante la suerte que deparaba el nacimiento del nuevo día Se derramaba sobre ellos en toda su plenitud cuando el sol, con un brusco retroceso de las sombras, surgía del macizo e iluminaba el valle, ardiente y seco, con una mirada tan devastadora como el ojo de un cíclope. Pero Heyst, en otro tiempo el número uno del lugar, cuando comparativamente estuvo abarrotado de humanidad, disfrutaba de la prolongación de este frescor temprano, de la mitigada y persistente penumbra, del fantasma decadente de la noche que partía, de la fragancia del oscuro y húmedo espíritu retenido durante un largo momento entre la llamarada del cielo y el resplandor de un mar desnudo.

Era, lógicamente, difícil para Heyst distraer sus pensamientos del hecho de vivir en la Naturaleza y de sus consecuencias, y también del tardío abandono de la postura de espectador indiferente. Conservaba todavía gran parte de su arruinada filosofía, hasta el punto de impedir que se preguntara conscientemente cómo terminaría todo aquello. Pero, a la vez, su temperamento le empujaba, al cabo de la costumbre y del arraigado propósito, a ser, no obstante, un espectador, un poco menos ingenuo quizá, pero —como descubrió con cierta sorpresa— no mucho más clarividente que el común de los mortales. Como todo el que ha pasado a la acción, a sí mismo no podía decirse, con una, en cierto modo, fingida fatalidad, más que:

—Veremos.

Esta suerte de duda fatal penetraba en él a condición de que estuviera solo. Ahora no había en sus días muchos momentos de esa índole; y cuando se presentaban, no le apetecían. Esa mañana no tuvo tiempo de intranquilizarse. Alma se reunió con él mucho antes de que el sol, elevándose sobre las cumbres de Samburan, barriera las sombras frías de la amanecida y los húmedos vestigios de la noche desaparecieran del techo que protegía a la pareja desde hacía ya más de tres meses. Ella se presentó

como en una mañana cualquiera. Heyst había escuchado su paso leve por la sala —la sala en que había desembalado los objetos de Londres y en la que ahora se apilaban los libros hasta mediar tres de las paredes—. Sobre las cajas, la delgada estera se encontraba en el techo con un calicó blanco y ceñido. En la umbría sólo brillaba el marco dorado del retrato del padre de Heyst, firmado por un conocido pintor, solitario en mitad de la pared.

Heyst no se volvió.

—¿Sabes en qué estaba pensando? —preguntó.

—No —dijo ella.

A su tono le traicionaba siempre una sombra de ansiedad, como si nunca estuviera segura de cómo acabaría una conversación con él. Se apoyó en la barandilla, a su lado.

—No —repitió—. ¿En qué?

Esperó. Luego, más remisa que avergonzada, preguntó:

—¿Pensabas en mí?

—Calculaba cuándo saldrías —contestó Heyst, sin mirar todavía a la muchacha, a quien, tras varios experimentos combinatorios con letras y sílabas sueltas, había dado el nombre de Lena.

Al cabo de un tiempo, ella comentó:

—No andaba muy lejos de ti.

—Tampoco estabas demasiado cerca, al parecer. —Podrías haberme llamado. No he tardado tanto en peinarme.

—Según parece, has tardado demasiado.

—Bueno, de todas formas, estabas pensando en mí. Eso me alegra. Se me ocurre, no sé por qué, que si dejaras de pensar en mí, desaparecería del mundo.

Volvió la cabeza y se quedó mirándola. A menudo decía cosas que le sorprendían. Un proyecto de sonrisa se desdibujó en los labios de la muchacha al encontrarse con aquella mirada escrutadora.

—¿Qué pasa? —preguntó Heyst—. ¿Es un reproche?

—¿Un reproche? ¿Por qué tendría que serlo?

—¿Qué significa, entonces? —insistió.

—Sólo lo que he dicho. ¿Por qué no eres más claro? —¡Ah, eso sí es un reproche! Los colores le subieron hasta la raíz del pelo.

—Parece como si estuvieras empeñado en descubrir lo desagradable que soy —murmuró Lena—. ¿De verdad lo soy? Harás que tenga miedo hasta de abrir la boca. Y yo terminaré creyendo que no valgo nada.

Bajó ligeramente la cabeza. Contempló la frente despejada, las mejillas con una pizca de color y los labios encarnados y apenas entreabiertos con el brillo de la dentadura en su interior.

—Entonces seré yo la que no quiera valer —añadió, convencida—. ¡No querré!

Sólo puedo ser lo que tú pienses que soy.

Heyst se agitó imperceptiblemente. Ella puso una mano en su brazo sin levantar la cabeza, y continuó; la voz salía viva de la quietud del cuerpo:

—No podría ser de otra forma entre una chica como yo y un hombre como tú.

Aquí estamos, solos los dos, y yo no sé siquiera dónde estamos.

—En un lugar bastante conocido del planeta —contestó amablemente —. Debe haber, por lo menos, cincuenta mil mapas con el círculo, y lo más probable es que sean ciento cincuenta mil. Mi amigo se ocupó del asunto, y era un hombre de ideas grandiosas y de fuertes convicciones. De los dos, él era el convencido. Ciento cincuenta mil, seguro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella en voz baja.

—¿De qué tendría que culparte? —continuó—. ¿De tu simpatía, tu bondad, tu encanto…, tu belleza?

Se hizo un silencio, que concluyó la muchacha:

—Es bueno que pienses eso de mí. Aquí no hay nadie que piense sobre nosotros, para bien o para mal.

El timbre extraño de la voz dio un valor especial a lo que dijo. La emoción indescriptible que ciertas entonaciones despertaban en él, de sobra lo sabía, eran de índole más física que moral. Cada vez que le hablaba, parecía entregarle algo de sí misma. Algo muy sutil e indescifrable, a lo que Heyst era extremadamente sensible y que habría lamentado sin remedio en el caso de perderlo. Mientras la miraba a los ojos, la muchacha levantó el desnudo antebrazo y lo dejó en el aire hasta que él se dio cuenta y se apresuró a colocar los amplios y broncíneos bigotes en la palidez de aquella piel. Luego entraron.

Wang apareció de inmediato al pie de la veranda y comenzó a ocuparse, puesto en cuclillas, de algunas plantas, con gesto misterioso. Cuando Heyst y la muchacha volvieron a salir, el chino ya se había marchado, con aquel peculiar estilo, que sugería más un desaparecer de la existencia que un perderse de vista, un proceso de evaporación más que una traslación propiamente dicha. Bajaron la escalinata a buen paso, y se dispusieron a

cruzar rápidamente el calvero; pero no habían avanzado diez yardas cuando, sin el mínimo ruido delator, Wang hizo acto de presencia en el cuarto vacío. El chino estaba inmóvil, pero con ojos inquietos, examinando las paredes como si buscara signos, inscripciones; escudriñando el suelo como si buscara trampas o monedas. Luego volvió la cara hacia el perfil del padre de Heyst, pluma en mano sobre una cuartilla blanca y un tapete grana. Se movió en silencio y empezó a quitar la mesa del desayuno.

Aunque la operación se realizaba sin prisa, la infalible precisión de movimientos y la absoluta insonoridad la dotaban de cierto espíritu de ceremonia conjuratoria. Una vez celebrada la ceremonia, Wang desapareció de la escena para materializarse de inmediato delante de la casa y alejarse a continuación con intenciones ni evidentes ni supuestas. Pero al cabo de unos cuantos pasos se detuvo, dio media vuelta y puso una mano de visera sobre los ojos. El sol había remontado las crestas cenicientas de Samburan. Las extensas sombras de la mañana se habían disipado y, allá lejos, bajo los voraces rayos de sol, Wang acertó a distinguir a Number One y a la mujer, dos siluetas remotas, perfiladas contra el límite umbrío de los bosques. Un instante después desaparecieron. Con el despliegue de energía más económico, también Wang desapareció bajo la luz del sol.

Heyst y Lena se adentraron en la sombra del camino boscoso que atravesaba la isla y que, en el punto más elevado, había sido interceptado mediante el derribo de árboles. Pero su intención no era llegar tan lejos. Después de seguir el camino durante un tiempo, lo abandonaron donde clareaba la vegetación, y los árboles, adornados de enredaderas, se distinguían unos de otros en la lobreguez de la propia sombra. Aquí y allá, inundaban el suelo grandes charcos de luz. Se desplazaron silenciosamente en la quietud, respirando la calma, el aislamiento infinito, en el reposo de una noche sin sueños. Aparecieron en el borde superior de la floresta, entre las rocas; y en una depresión de la quebrada, especie de pequeño mirador, se volvieron para contemplar desde la altura la superficie del mar, a lo lejos, con el color sumido en la luz del sol, el horizonte en una bruma ardiente, un simple reflejo inmaterial de la pálida y cegadora infinitud proyectada por el brillo intenso del cielo.

—Todo esto me marea —masculló la muchacha, cerrando los ojos y apoyando la mano en el hombro de su compañero.

Heyst, con la vista dirigida hacia el Sur, exclamó:

—¡Vela a la vista! Siguió un silencio.

—Debe estar muy lejos —continuó—. No creo que puedas verla. Alguna embarcación indígena navegando hacia las Molucas. Vamos, no podemos quedarnos aquí.

Con el brazo rodeando su cintura, la condujo pendiente abajo durante un trecho hasta escoger un lugar en la sombra; ella se sentó en el suelo, y el hombre se recostó a sus pies.

—¿No te gusta ver el mar desde ahí arriba? —comentó al cabo de un tiempo.

Ella negó con la cabeza. Los espacios abiertos le resultaban la más hirientes de las desolaciones. Pero se limitó a repetir:

—Me marea.

—¿Demasiada grandeza? —preguntó.

—Demasiada soledad. El corazón se me encoge —añadió en voz baja, como si confesara un secreto.

—Tengo miedo de que me reproches, y con razón, estas sensaciones. Pero ¿qué querías? —dijo Heyst.

Su tono era jovial, pero los ojos, fijos en la cara de la muchacha, estaban serios.

Ella protestó:

—Yo no me siento sola contigo, ni pizca. Sólo me pasa cuando venimos a este sitio y miro toda esa agua y toda esa luz…

—Entonces no volveremos más —interrumpió. Lena aprovechó el silencio para devolverle la mirada hasta que él desvió la suya.

—Parece como si todas las cosas se hubieran hundido.

—Te recuerda la historia del diluvio —musitó Heyst, a sus pies—. ¿Le tienes miedo?

—Más miedo me daría estando sola. Cuando me refiero a mí, eso vale para los dos.

—¿Tú crees…? —Heyst guardó silencio—. ¿Lamentarías el espectáculo de un mundo destruido? —susurró.

—Lo lamentaría por la gente feliz que vive en él —contestó sencillamente.

La mirada del hombre viajó por su cuerpo y llegó a la cara, donde pareció detectar la chispa oculta de la inteligencia, igual que el relumbre del sol se averigua a través de las nubes.

—Yo hubiera creído que ellos precisamente merecerían la enhorabuena. ¿No te parece?

—Oh, sí, entiendo lo que quieres decir; pero pasaron cuarenta días antes de que todo terminara. —Ya veo que no te falta detalle.

Heyst dijo lo primero que se le ocurrió para no quedarse mirándola con la boca abierta. Ella no le miraba.

—La escuela dominical… —murmuró—. Iba siempre allí, desde los ocho a los trece años. Vivíamos al norte de Londres, por encima de Kingsland Road. No eran malos tiempos. Mi padre ganaba dinero en aquel entonces. La dueña de la casa solía mandarme por las tardes con sus propias hijas. Una buena mujer. El marido trabajaba en correos. Archivero o algo por el estilo. Un hombre pacífico. De vez en cuando salía al turno de noche, después de cenar. Un día tuvieron una pelea y se fue cada uno por su lado. Recuerdo que se me saltaban las lágrimas cuando tuvimos que hacer las maletas y buscar una pensión a toda prisa. Nunca supe qué pasó, aunque…

—El diluvio —dijo Heyst, un tanto ausente.

Sintió una consciencia intensa de la personalidad de la muchacha, como si aquél fuera el primer momento, desde que se conocieron, en que encontraba un hueco de tiempo para mirarla. El peculiar timbre de la voz femenina, con sus registros de tristeza y descaro, habría dotado de interés al cascante más insulso. Pero no era una charlatana. Era bastante silenciosa, con cierta aptitud para la inmovilidad, para una tensa quietud, como cuando descansaba en la tarima de los conciertos entre número y número, los pies cruzados, las manos en el regazo. Pero en la intimidad de sus vidas, la mirada gris e inalterable de Lena producía en él la impresión de algo inexplicable que dormía en su interior; inspiración o estupidez, debilidad o fortaleza, o sencillamente un vacío abismal, plegado en sí mismo incluso en los momentos de completo abandono.

Hubo una pausa prolongada y ella no le miró. Luego, repentinamente, como si la palabra «diluvio» hubiera producido algún efecto, preguntó, mirando el cielo despejado:

—¿Aquí no llueve nunca?

—Hay una estación en la que llueve casi todos los días —la pregunta le sorprendió—. También hay tormentas. Una vez tuvimos una lluvia de barro.

—¿Lluvia de barro?

—Nuestro vecino estaba escupiendo cenizas, es su forma de aclarar esa achicharrada garganta suya, y hubo una tormenta al mismo tiempo. La cosa fue bastante sucia. Nuestro vecino es por norma general bien educado, sólo

fuma en silencio, como el día en que te enseñé la mancha en el cielo desde la cubierta de la goleta. Ese volcán es un tipo bonachón y perezoso.

—Yo he visto salir humo de una montaña como esa —dijo la muchacha fijándose en el tallo estilizado de un helecho, doce pies delante de ella—. No fue mucho después de dejar Inglaterra, quizá fueran unos cuantos días. Al principio me sentí tan mal que perdí la noción del tiempo. Una montaña humeante. No me acuerdo de cómo la llamaban.

—Vesubio, quizá —sugirió Heyst.

—Ese es el nombre.

—Yo también lo vi hace años —dijo él.

—¿Viniendo hacia aquí?

—No, mucho antes de que pudiera imaginar siquiera que conocería esta parte del mundo. Era un niño todavía.

La muchacha se volvió y le miró atentamente, como si pretendiera descubrir algún trazo de aquella infancia en el rostro maduro del hombre de pelo ralo y largos y espesos bigotes. Heyst aguantó el examen con una sonrisa divertida, disimulando el efecto profundo que los ojos velados y grises tenían la virtud de producir —ya fuera en su corazón o en sus nervios, sensual o espiritual, tierno o irritante, y que él era incapaz de pronosticar—.

—Bien, princesa de Samburan —dijo, por fin—, ¿he merecido el favor de tus ojos?

—Estaba pensando —dijo en voz baja.

—Pensamiento, acción: cuántas trampas. Si empiezas a pensar pronto serás desgraciada.

—No pensaba en mí —declaró con una sencillez que cogió desprevenido a Heyst.

—En boca de un moralista eso sonaría a reprimenda —dijo medianamente serio—. No quiero pensar que tú seas uno de ellos. Los moralistas y yo no hemos hecho migas durante muchos años.

Le escuchaba con atención.

—Sabía que no tenías amigos. Me alegra que no haya nadie que pueda culparte por lo que has hecho. Me gusta pensar que no me he puesto en el camino de nadie.

Heyst habría dicho algo, pero ella no le dio tiempo. Sin reparar en el gesto que hizo, continuó:

—Estaba pensando en qué hacías tú aquí. Heyst se apoyó en el codo.

—Si por «tú» quieres decir «nosotros», bueno, ya sabes lo que estamos haciendo aquí.

Ella se inclinó para mirarle más de cerca.

—No es eso. Quiero decir antes. Todo ese tiempo antes de que me encontraras y adivinaras que tenía problemas y que nadie me iba a echar una mano. Ya sabes lo desesperada que estaba.

La voz desfalleció en las últimas palabras, como si terminaran allí; pero había algo tan expectante en la actitud de Heyst, sentado a sus pies, mirándola fijamente desde abajo, que la muchacha continuó tras darse un breve respiro:

—Eso era, en realidad. Te dije que había tenido problemas con ciertos tipos. Me sentía desgraciada, inquieta y también furiosa. ¡Pero cómo odiaba, odiaba y odiaba a aquel hombre!

«Aquel hombre» era el colorado Schomberg con su porte militar, benefactor de los blancos («comida decente en decente compañía»), la víctima madura de una pasión tardía. La muchacha se estremeció. La armonía característica de su rostro se descompuso momentáneamente. Heyst se asustó.

—¿Y qué te parece ahora? —exclamó.

—Entonces estaba acorralada. No era como antes, sino peor, mucho peor. Quería morirme, aunque fuera de miedo. Sólo ahora empiezo a entender aquel horror. Sí, sólo ahora, desde que nosotros…

Heyst se removió un poco.

—Vivimos aquí —concluyó.

La crispación fue cediendo y el rostro congestionado volvió gradualmente a su color.

—Sí —dijo con aire ausente, al tiempo que le dirigía una furtiva mirada de reconocimiento y entrega; luego la melancolía veló su cara, el cuerpo entero desfalleció imperceptiblemente—. ¿Pero ibas a volver aquí, de todas formas?

—Sí. Estaba esperando a Davidson. Iba a volver, sí, a estas ruinas, a Wang, quien quizá no esperara verme otra vez. Es imposible adivinar la forma en que ese chino saca conclusiones y le escruta a uno.

—No hables de él. Me pone nerviosa. Háblame de ti.

—¿De mí? Ya veo que todavía estás obsesionada con el misterio de mi vida en este sitio; pero no hay misterio en absoluto. Para empezar, el hombre de la pluma que miras tan a menudo es el responsable de mi

existencia. También es responsable de lo que es mi vida, o más bien de lo que ha sido. Era un gran hombre, a su manera. No sé mucho de él. Supongo que empezó como cualquier otro, tomando las palabras hermosas por moneda en circulación y los nobles ideales por billetes de banco. Fue un gran maestro en ambas materias, todo sea dicho. Más tarde descubrió… ¿Cómo podría explicártelo? Supón que el mundo fuera una fábrica y que la humanidad trabajara en ella. Bueno, descubrió que los sueldos no eran suficientes. Y que se pagaban con dinero falso.

—Entiendo —dijo despacio la muchacha.

—¿De verdad?

Heyst, que hablaba como ensimismado, levantó la vista con curiosidad.

—No es que fuera un descubrimiento, pero empleó todo su talento satírico en demostrar que lo era. Un talento sin límite. Habría podido anegar el planeta. No sé a cuántos llegó a convencer. Mi cerebro estaba muy tierno todavía y supongo que a la juventud se la seduce fácilmente, incluso por negación. Era bastante implacable, pero no le faltaba piedad. Me dominaba sin mayor esfuerzo. Un hombre despiadado no lo habría conseguido. Se mostraba complaciente hasta con los estúpidos. Podía resultar insultante, pero era demasiado grande para dedicarse al escarnio. Lo que dijo no tenía significado para las multitudes; no podía tenerlo. Y yo me sentía halagado por encontrarme entre los elegidos. Ellos leían sus libros, pero yo le escuchaba de viva voz. Era deslumbrante. Como si aquella mente me hubiera escogido para sus confidencias y llegara a proporcionarme una intuición especial en el dominio de la desesperación. Una equivocación, sin duda. Hay algo de mi padre en cada hombre que llega a viejo. Pero la mayoría no dice nada. No puede. No sabrían cómo o, tal vez, no querrían si lo supieran. El hombre es un accidente imprevisto y no resiste una indagación profunda. Sin embargo, aquel hombre en particular, murió con la misma placidez con que se duerme un niño. Pero después de haberle escuchado no podía rebajarme a la lucha callejera. Me puse a rodar y me quedé rodando a distancia, como un espectador, si eso fuera posible.

Los ojos grises de la mujer le habían mirado a la cara durante mucho tiempo. Descubrió que cuando se dirigía a ella era en realidad como si hablara consigo mismo. La mirada de Heyst se cruzó con la suya. Pareció darse por enterado con una risa grave y un cambio de tono.

—Todo esto no explica por qué vine a este lugar. ¿Por qué, entonces? Es como hurgar en esos misterios inescrutables que tampoco valdría la pena

escrutar. Los hombres van con la corriente. Incluso a los exitosos les lleva la corriente. No quiero decir que esto sea un éxito. No me creerías si te lo dijera. No lo es. Tampoco es el desastroso fracaso que parece. No demuestra nada, como no sea, acaso, alguna profunda debilidad de mi carácter, y ni siquiera eso es cierto.

La miró fijamente, con ojos tan serios que ella se sintió obligada, dado que había comprendido sus últimas palabras, a responderle con una sonrisa trémula. La sonrisa se proyectó, con mayor debilidad todavía, en los labios de Heyst.

—Todo esto no te ha hecho adelantar mucho —continuó—. La verdad es que no hay respuesta para tu pregunta; pero los hechos tienen cierto valor objetivo y te voy a contar un hecho. Un día tropecé con un hombre acorralado. Utilizo la palabra porque define con exactitud la situación de ese hombre y porque tú la has utilizado personalmente. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Te refieres a lo de hombre? —murmuró sorprendida. A Heyst le divirtieron sus ojos maravillados.

—No. Me refiero a su caso.

—Ya imaginaba que no podía ser eso —observó en voz baja.

—No quiero aburrirte con la historia. Un asunto de aduanas, aunque te suene raro. Prefería que lo asesinaran directamente, es decir, que le despacharan el alma para el otro mundo, antes que le quitaran lo que tenía, una auténtica miseria, en este. Supe que creía en el otro mundo porque cuando le acorralaron, como ya te he dicho, se hincó de rodillas y rezó. ¿Qué te parece?

Heyst se detuvo. Ella le miró gravemente.

—¿No te reíste de él?

Hizo un gesto tajante de protesta.

—Mi querida muchacha, no soy un canalla. Luego, volviendo al tono habitual:

—Ni siquiera se me escapó una sonrisa. Aquello no me hacía gracia, no sé por qué. No, no era divertido. Era más bien patético; era el más destacado representante de las víctimas del Gran Chiste. Aunque gracias a su solitaria locura el mundo se mueve y resulta bastante respetable, después de todo. Además, era lo que se dice un hombre bueno. No lo digo por los rezos. En absoluto. Era realmente un tipo decente, bastante inadaptado a este mundo, un fracasado, un buen hombre acorralado, un espectáculo para

un dios cualquiera, pero no para los mortales, que no se fijan en esa clase de cosas.

Pareció ocurrírsele algo. Se volvió hacia la muchacha.

—Y tú, que te has sentido así, ¿no pensaste en ponerte a rezar?

Ni en sus ojos ni en sus facciones se delató el más mínimo movimiento. Se limitó a decir:

—No soy lo que la gente llama una buena chica.

—Eso se parece a una evasiva —dijo Heyst después de un corto silencio —. Bueno, pues el buen hombre rezó y, como no tuvo reparo en confesarlo, la situación acabó por resultarme cómica. No, no me malinterpretes; no me refiero, por supuesto, al hecho en sí. Tampoco la idea de la Eternidad, lo Infinito, la Omnipotencia, reclamada para deshacer la conspiración de dos mestizos y miserables portugueses, llegó a hacerme sonreír. Desde el punto de vista del suplicante, el peligro que tenía que conjurar era como el fin del mundo o algo peor. No. Lo que prendió mi imaginación fue que yo, Axel Heyst, la criatura más despegada de este mundo de gente atrapada, la más errática, que andaba por la vida con la indiferencia de un paseante, estuviera precisamente allí para desempeñar el papel de mensajero de la Providencia. Yo, un hombre cuya incredulidad y desdén tienen proporciones universales…

—Exageras —le interrumpió la voz seductora en un cierto tono cariñoso.

—No. Yo no soy así ni por nacimiento ni por convicción, ni por ambas cosas. Yo no soy en absoluto el hijo del hombre del cuadro. Yo soy él, en todo, menos en el talento. Tengo incluso menos del que sospecho, porque hasta el desprecio se me debilita con el paso de los años. Nunca me he divertido tanto como con ese episodio en el que de pronto fui llamado a actuar de forma tan inconcebible. Durante un momento disfruté de verdad. Y lo saqué del pozo.

—¿Quieres decir que salvaste a un hombre por pura diversión? ¿Sólo por eso?

—¿A qué viene ese tono suspicaz? —contestó Heyst—. Ese angustioso espectáculo no me hizo disfrutar lo más mínimo. Lo que tú llamas diversión vino después, cuando caí en la cuenta de que para él yo era la prueba viviente y sobre dos piernas de la eficacia de su oración. Me quedé un poco perplejo. ¿Cómo podía discutir con él? No se discute con una evidencia así, aparte de que hubiera parecido que el mérito era todo mío y no de la

Providencia. Su gratitud era de las que daba miedo. Divertida situación, ¿no te parece? Lo malo vino después, cuando nos quedamos a vivir en el barco. Me había atado yo mismo en un momento de descuido. No sé expresarlo con exactitud. De alguna manera, uno se ata a las personas cuando hace algo por ellas. ¿A eso se llama amistad? No estoy seguro de que lo fuera. Sólo sé que quien se ata está perdido. El germen de la destrucción se ha metido en su cuerpo.

El tono de Heyst era, no obstante, ligero, con esa jovialidad con que salpicaba las palabras y que parecía tener la misma naturaleza que sus pensamientos. La muchacha que había encontrado, de quien se había hecho cargo, a cuya presencia no se había acostumbrado todavía, y con la cual no sabía cómo vivir, ese ser humano tan próximo y, sin embargo, extraño, le había proporcionado un sentido más intenso de su propia realidad que el que le proporcionara toda su vida junta.

Capítulo 4

Lena permaneció con las piernas encogidas, los codos apoyados en la rodilla y la cabeza sujeta por ambas manos.

—¿Te cansas de estar sentada? —preguntó Heyst.

Un gesto apenas perceptible de la cabeza fue la respuesta que obtuvo.

—¿Qué miras tan seria? —volvió a preguntar, para pensar de inmediato que la gravedad como norma era, a la larga, mucho más soportable que la algazara constante—. A pesar de todo, esa expresión te sienta muy bien —añadió, no como cumplido, sino porque esa afirmación seguía sinceramente las inclinaciones de su gusto—. Como estoy más o menos seguro de que no es el aburrimiento la causa de tu seriedad, estoy dispuesto a quedarme aquí sentado y contemplarte hasta que tú decidas que nos vayamos.

Y era verdad. Estaba todavía bajo el fresco sortilegio de aquella vida compartida, bajo el estímulo de la novedad, de la vanidad halagada por la posesión de la mujer; esos son los sentimientos de un hombre a menos que se haya desleído su naturaleza. Los ojos de la muchacha le miraron y se quedaron en él; luego volvieron a su fijeza en la sombra profunda, al pie de los árboles cuyas copas desplegadas ya recogían lentamente su sombra. El aire caliente se agitaba sobre aquella cabeza inmóvil. Un oscuro temor de traicionarse a sí misma le impedía mirarle. Sintió en lo más íntimo el deseo irresistible de entregarse a él de forma más completa, mediante un acto de sacrificio absoluto. Era algo desconocido para ella, un ser extraño y sin deseo. Notó que los ojos del hombre se le clavaban. Como él continuara en silencio, dijo con inquietud, porque nunca sabía lo que significaban sus silencios:

—¿Así que viviste con ese amigo, con ese buen hombre?

—Un tipo excelente —contestó Heyst con una rapidez que no esperaba —. Pero, por mi parte, fue una debilidad. Realmente, no quería, pero él no me dejaba ir y yo no podía explicárselo. Era la clase de hombre a la que no puede explicarse nada. Habría sido una barbaridad destrozar su delicada sensibilidad con la conversación clara que exigía el caso. Su cabeza era como una cámara blanqueada y sin mácula, amueblada, es un decir, con seis taburetes de mimbre que cambiaba de sitio una y otra vez. La convivencia resultaba muy cómoda. Hasta que se agarró a esa idea del carbón o, más bien, la idea se agarró a él. Esa fantasía se metió en la cámara y se sentó en

todos los taburetes. ¡No se la pudo sacar de allí! Haría su fortuna, mi fortuna, la fortuna de todo el mundo. En otros tiempos solía preguntarme a mí mismo, en los momentos de duda que sobrevienen a todo el que tiene decidido permanecer ajeno a los absurdos de la existencia, y me lo preguntaba con miedo, la manera en que la vida me agarraría a mí.

¡Y esa fue la manera! Se le metió en la cabeza que no podía hacer nada sin mí. ¿Sería yo, decía, el que iba a rechazarle y a arruinarle? El hecho es que cierta mañana (me pregunto si esa noche rezó de rodillas), cierta mañana acepté.

Heyst tiró violentamente de un puñado de hierba seca y la arrojó con un gesto de rabia.

—Acepté —repitió.

La muchacha observó, desviando sólo la mirada, la crispación de la cara con el interés intenso que su persona despertaba en el pensamiento y en el corazón. Pero la nube se disipó enseguida, dejando un rastro hosco.

—Era difícil resistir en un sitio donde nunca pasa nada. Y puede que haya en mi carácter algún ramalazo de locura. Me divertía darle vueltas a frases estúpidas y manidas. Nunca fui tan reputado en las islas como cuando empecé a chapurrear ese galimatías de comerciante, propio de un imbécil auténtico. Te doy mi palabra de que creo que fui respetado realmente durante un tiempo. Era más serio que un lechuzo. Tenía que ser leal. Y fui, dentro de mis posibilidades, completamente leal de principio a fin. Creía que él sabía algo de carbón. Si hubiera imaginado que no tenía ni idea, como así fue, no sé qué habría hecho con tal de detenerle. De una u otra forma, le debía lealtad. Verdad, trabajo, ambición, amor propio, pueden ser sólo fichas en el despreciable y lamentable juego de la vida, pero si uno las coge, su obligación es seguir el juego. No, el fantasma de Morrison no tiene motivos para acosarme. ¿Qué tienes? ¿Por qué miras de esa manera? ¿Te sientes mal?

Heyst hizo el gesto de levantarse. La muchacha alargó el brazo para detenerle y él siguió mirándola, sentado, apoyado en un brazo, observando su expresión de angustia, como si le faltara el aire.

—¿Qué te ha pasado? —insistió, notando una extraña impotencia para moverse, para tocarla.

—Nada —murmuró tristemente—. No puede ser. ¿Qué nombre dijiste? No lo he oído bien.

—¿Nombre? —repitió aturdido—. Sólo he mencionado a Morrison. Es de quien te estaba hablando. ¿Qué sucede?

—¿Y dices que era amigo tuyo?

—Has escuchado lo suficiente para juzgar por ti misma. Sabes ya tanto de nuestra relación como yo. En esta parte del mundo la gente se deja guiar por las apariencias y nos llamaba amigos, hasta donde yo recuerdo. Apariencias, ¿qué más se puede pedir? No hay otra cosa, ni mejor ni peor.

—Quieres confundirme con las palabras —exclamó ella—. No debes reírte de esto.

—¿Que no debo? Bueno, pues no debo. Es una pena. Quizá fuera la mejor manera —dijo en un tono que en su caso podría llamarse sombrío—. A menos que uno pudiera olvidar las estupideces y olvidarlas del todo.

Volvió a su estilo ligeramente irónico como si volviera a un hábito asimilado incluso antes de que se le hubiera despejado la mente con el uso de la razón.

—¿Por qué me miras con esa dureza? Oh, no es que ponga reparos, pero intentaré no acobardarme. Tus ojos…

Los miraba sin disimulo, como si en ese momento se hubiera olvidado por completo del difundo Morrison.

—No —exclamó de pronto—. ¡Qué impenetrable te hacen esos ojos grises! Ventanas del alma los llamó un poeta. Lo más seguro es que tuviera vocación de cristalero. La naturaleza te ha dejado bien provista para el recato.

Cuando terminó de hablar, la muchacha siguió su hilo con el aliento en suspenso. Él escuchó su voz, el poliforme encanto que creía conocer tan bien, diciendo en un tono desconocido:

—¿Y ese socio tuyo está muerto?

—¿Morrison? Oh, sí, como ya te dije, él… —Nunca me lo has dicho.

—¿De veras? Creía que sí; o quizá pensaba que debías saberlo. Parece imposible que alguien con quien yo hable no sepa que Morrison está muerto.

Lena bajó los párpados y a Heyst le asustó una vaga expresión de horror en su cara.

—¡Morrison! —susurró la muchacha en un tono consternado—. ¡Morrison!

Dejó caer la cabeza. Incapaz de entrever sus facciones, Heyst dedujo de la voz que, por una u otra razón, le conmovían las sílabas de aquel nombre

de tan atenuado romanticismo. Una idea cruzó su cerebro: ¿le habría conocido? Pero la simple diferencia de orígenes lo hacía altamente improbable.

—¡Es extraordinario! —dijo—. ¿Has escuchado antes ese nombre?

Ella asintió varias veces con rápidos y breves movimientos de cabeza, como si no se atreviera a pronunciar las palabras, siquiera a mirarle. Se mordió los labios.

—¿Conociste a alguien con ese nombre? —preguntó.

La chica respondió con un gesto negativo; y al fin habló, entrecortada, sobreponiéndose a las vacilaciones del miedo. Había oído hablar de ese hombre, le dijo.

—¡Imposible! —respondió convencido—. Estás equivocada. No puedes haberlo escuchado. Es…

Se paró de golpe, con la seguridad de que hablar de ese modo era perfectamente inútil, de que no se puede discutir con el aire.

—Pero he oído hablar de él, sólo que entonces no sabía quién era, ni podía adivinar que era de tu socio del que hablaban.

—¿Hablaban de mi socio? —repitió Heyst en voz baja.

—No —parecía tan desconcertada e incrédula como él—. No. De quien hablaban en realidad era de ti, sólo que yo no lo sabía.

—¿Quiénes eran? —levantó la voz—. ¿Quién hablaba de mí? ¿Dónde?

Al hacer la primera pregunta se había incorporado. Por último, se plantó de rodillas ante ella y sus cabezas quedaron a la misma altura.

—Dónde iba a ser, en esa ciudad, en ese hotel. ¿En qué otro lugar, si no?

La idea de que hablaran de él era siempre novedosa para el reducido concepto que tenía de sí mismo. Por un instante se quedó tan sorprendido como si creyera no ser más que una sombra revoloteando entre los hombres. Además, tenía la sensación casi inconsciente de que quedaba por encima del nivel de chismorreo de la isla.

—Pero al principio dijiste que era de Morrison del que hablaban —comentó a la muchacha, aplastándose sobre los tobillos y con un interés ya relativo—. Es raro que tuvieras ocasión de escuchar una cosa así. Tenía la impresión de que no veías a nadie del lugar, como no fuera desde el escenario.

—Olvidas que no vivía con las demás. Después del almuerzo solían regresar al Pabellón, pero yo tenía que quedarme en el hotel y hacer costura,

o lo que fuera, en el cuarto en el que hablaban.

—No lo había pensado. Por cierto, todavía no me has dicho quiénes eran.

—Quién iba a ser, esa bestia horrible con la cara encarnada —contestó con la rabia que la sola mención del hotelero provocaba en ella.

—Ah, Schomberg —murmuró con despreocupación.

—Hablaba con el jefe, Zangiacomo, quiero decir.

Tenía que sentarme allí. Aquel diablo de mujer no dejaba que me fuera. Me refiero a la señora Zangiacomo.

—Me lo imaginaba —murmuró Heyst—. Disfrutaba atormentándote de todas las formas concebibles. Pero es francamente extraño que el hotelero le hablara de Morrison a Zangiacomo. Por lo que puedo recordar, le había visto muy poco. Conocía a otros mucho mejor.

La muchacha se estremeció.

—Ese fue el único nombre que pude escuchar. Me ponía en el otro extremo de la habitación, todo lo lejos que podía. Pero cuando el bestia empezaba a gritar le escuchaba aunque no quisiera. Ojalá no le hubiera escuchado nunca. Si me hubiera levantado y salido por la puerta, creo que la mujer no me habría matado; pero podía humillarme de la forma más odiosa, con amenazas y con insultos. Cuando te ven desvalida no hay nada que pare a esa gentuza. Sólo sé que es gentuza, auténticos malos bichos. Tengo la sensación de que siempre me dominan. Así le rompen a una la condición. Me dan miedo los perversos.

Heyst observó el cambio de expresión de la cara. Le dio ánimos, con su profunda simpatía, tratando de quitar hierro a la cosa.

—Te entiendo bastante bien. No necesitas disculparte por tu aguda observación de la maldad humana. Yo me parezco un poco a ti.

—No soy muy resuelta —dijo la muchacha.

—Bueno, ni yo mismo sé qué haría, qué cara pondría a una criatura que me pareciera la encarnación viva del mal. No tienes que avergonzarte.

Suspiró, alzó la desvaída y cándida mirada y dijo con una expresión de timidez:

—No parece que quieras saber lo que decía.

—¿Sobre el pobre Morrison? No podía ser nada malo, el pobre tipo era la inocencia personificada. Además, está muerto y lo más seguro es que ya no le importe nada.

—¡Me refiero a lo que decía de ti! —gritó—. Decía que el socio de Morrison le sacó todo lo que pudo y luego…, luego, bueno, fue igual que asesinarle, le mandó a morir en algún sitio.

—¿Y crees eso de mí? —inquirió tras un momento de absoluto silencio.

—No sabía que tuviera nada que ver contigo. Schomberg hablaba de un sueco.

¿Cómo iba a saberlo? Lo supe cuando empezaste a contar cómo llegaste aquí…

—Ahora tienes mi versión —Heyst se esforzaba en hablar con tranquilidad—. De forma que así se vio el asunto desde fuera —murmuró.

—Recuerdo que dijo que todo el mundo conocía la historia en esta región —añadió sin tomar respiro.

—Qué curioso, que eso me afecte —dijo para sí Fleyst—. Y que todavía lo haga. Debo estar tan loco como todos esos que conocen la historia y que, sin duda, la creen.

¿Recuerdas algo más? —se dirigió a la muchacha con un tono de inexorable educación—. He oído hablar a menudo de las ventajas morales de verse a uno mismo como le ven los demás. Investiguemos un poco más. ¿No puedes acordarte de alguna otra cosa que ellos supieran?

—¡No te rías! —gritó Lena.

—¿Me he reído? Te garantizo que no me he dado cuenta. No voy a preguntarte si crees en la versión del hotelero. Seguramente conoces el valor de los juicios humanos.

Ella separó las manos, las movió un poco y volvió a cruzar los dedos. ¿Aceptaba?

¿Protestaba? ¿Era eso todo? Heyst se tranquilizó cuando volvió a escuchar aquella voz encantadora que fascinaba y reconfortaba a un tiempo, y que convertía a la muchacha en alguien digno de ser amado.

—Lo escuché antes de que nos habláramos tú y yo. Luego se me perdió en la memoria. Se me perdieron todas las cosas en la memoria, y me alegraba. Era empezar contigo desde cero, tú lo sabes. Ojalá me hubiera olvidado de quién era; hubiera sido mejor. Y a punto estuve de olvidarlo.

Le conmovió la calidad vibrátil de las últimas palabras. Parecían susurrar algún misterioso conjuro en términos secretos de particular trascendencia. Pensó que si llegara a hablarle en una lengua desconocida, la sola belleza del sonido le esclavizaría, sugiriéndole abismos encontrados de sabiduría y de sentimiento.

—El nombre se me quedó grabado y cuando tú lo mencionaste…

—Se rompió el sortilegio —murmuró Heyst con gesto de decepción.

La muchacha, desde una posición un poco más elevada, contempló con ojos mudos el silencio del hombre de quien ahora dependía con una incondicionalidad de la que no fue consciente hasta ese momento; porque, hasta entonces, nunca había flotado entre el cielo y la tierra como en el hueco de su brazo. ¿Y si se cansaba del fardo?

—¡Además, nadie hubiera creído ese cuento!

Heyst volvió a la realidad con un estallido de risa que obligó a la muchacha a abrir más todavía sus ojos estupefactos. Fue un reflejo estrictamente mecánico, porque apenas se sorprendía o se emocionaba. De hecho, le entendía mejor que en otro momento cualquiera, desde que puso los ojos en él.

Heyst rio socarronamente.

—¿En qué estás pensando? Como si pudiera importarme lo que a la gente le haya dado por decir o creer desde la creación del mundo hasta la consumación de los tiempos.

—Nunca te había escuchado reír hasta hoy —señaló Lena—. Esta es la segunda vez.

Se incorporó del todo, dominando a la muchacha desde su altura.

—Eso es porque cuando el corazón de uno se abre por el camino que tú has abierto el mío, toda clase de debilidades tienen la entrada libre: vergüenza, ira, indignaciones estúpidas, estúpidos temores y risas estúpidas también. Me pregunto la interpretación que vas a darle a eso.

—Una no muy alegre, por cierto —dijo ella—. Pero ¿por qué estás enfadado conmigo? ¿Te arrepientes de haberme librado de esas bestias? Te dije quién era yo. Y pudiste verlo.

—¡Cielos! —murmuró.

Había recuperado el dominio de sí mismo.

—Te aseguro que vi más de lo que tú pudieras contarme. Podía ver mucho más incluso de lo que sospechas. Pero no eres demasiado transparente.

Volvió a sentarse en el suelo, a su lado, y le cogió la mano. Ella preguntó dulcemente:

—¿Qué más quieres de mí?

—Lo imposible, supongo —dijo con voz confidencial y apretando la mano que tenía cogida.

El apretón no fue devuelto. Heyst sacudió la cabeza como para expulsar un pensamiento y añadió, con voz más suave:

—Nada menos. Y no es porque no me dé cuenta de lo que tengo. No. Es porque pienso tanto en lo que he conseguido que no me parece tenerlo del todo. Ya sé que no es muy razonable. Ahora no debes ocultarme nada.

—Además, no podría —contestó, dejando la mano, inerte, en la de él—. Sólo desearía poder ofrecerte algo más, algo mejor, lo que tú quisieras.

Le conmovió el tono sincero de estas palabras sencillas.

—Te diré qué puedes hacer. Puedes decirme si te hubieras ido conmigo, caso de saber de quién estaba hablando ese idiota detestable del hotelero. ¡Nada menos que un asesino!

—Pero yo no te conocía entonces —exclamó—. Y tenía sentido suficiente como para entender lo que estaba diciendo. En realidad, aquello no era asesinar. Nunca pensé que lo fuera.

—¿Qué le hizo inventar semejante atrocidad? Parece un animal estúpido. Es estúpido… ¿Cómo se las arregló para tramar ese cuento fantástico? ¿Tan vil es mi apariencia? ¿Tengo la cara tiznada de egoísmo? ¿O es algo tan consustancial al hombre que puede decirse de cualquiera?

—Eso no era asesinar —insistió ella gravemente.

—Ya sé. Comprendo. Era peor. En comparación, matar a un hombre es un acto de decencia, aunque yo no lo he hecho nunca.

—¿Y por qué tenías que hacerlo? —preguntó con voz trémula.

—Mi querida muchacha, no sabes la clase de vida a la que fui empujado en países que no conocía, en las selvas; es difícil que te hagas una idea. Hay hombres que, sin haber pasado por esos trances, han tenido que…, que derramar sangre, como suele decirse. Incluso la jungla contiene tesoros que tientan a la gente; pero yo no tenía proyectos, ni siquiera determinación suficiente que me hiciera más obstinado de lo debido. Rodaba, sencillamente, mientras otros quizá se dirigieran a algún sitio. La indiferencia por el camino o por los propósitos le hacen a uno más pacífico, por así decir. Y, francamente, puedo decir también que nunca temí —no diré por la vida, he rechazado desde el principio lo que la gente entiende con ese mundo— por seguir vivo. No sé si es eso lo que los hombres llaman valor, pero lo dudo mucho.

—¡Tú! ¿Tú no tienes valor? —protestó ella.

—Realmente, no lo sé. Al menos no pertenezco a esa clase que rabia por tener un arma: nunca he sentido la necesidad de utilizar un arma en las

peleas en las que un hombre se mete algunas veces de la manera más ingenua. Los motivos por los que un hombre mata a otro se parecen a todo lo que hace, lamentables y penosos, cuando se echa la vista atrás. Ni he matado a un hombre ni he amado a una mujer, ni con pensamientos ni con sueños.

Se llevó la mano a los labios y la dejó en ellos durante un tiempo en el cual ella se acercó un poco más a él. Después del prolongado beso, seguía renunciando a soltar la mano.

—Amar, matar, las empresas más arduas en la vida de un hombre. Y yo carezco de experiencia en ambas. Tienes que perdonar todo lo que haya de desagradable en mi comportamiento o de incomprensible en mis palabras, o de inoportuno en mis silencios.

Se movió dificultosamente, un poco disgustado por la actitud de ella, aunque indulgente, y sintiendo que en esos momentos de calma absoluta apretar su mano suponía anudar un lazo más estrecho todavía, y hasta entonces desconocido. Pero, incluso en ese mismo instante, seguía sin abandonarle el sentido de lo incompleto —que parecía no iba a superar nunca—, esa fatal imperfección de todo lo que regala la vida y que es el origen de la desilusión y del desengaño.

A modo de respuesta, apretó furiosamente su mano. La exquisitez y jovial ecuanimidad, productos de la educación y del desprecio, desaparecían junto a su amarga libertad.

—¡Dices que no es asesinar! Ya supongo. Pero cuando me indujiste a hablar, cuando apareció el nombre, cuando comprendiste que era de mí de quien se decían esas cosas, te alteraste. Pude verlo.

—Estaba un poco confundida —dijo ella.

—¿Por la bajeza de mi conducta?

—No te juzgaría. No te juzgaría por nada del mundo.

Sería como atreverse a juzgar todas las cosas que existen —con la mano libre hizo un gesto que quiso abarcar la tierra y el cielo—. Nunca haría algo así.

Sobrevino un silencio roto finalmente por Heyst:

—¡Yo! ¡Yo! ¡Hacer a Morrison un daño definitivo! Yo, que no soportaba herir sus sentimientos, que respetaba incluso su demencia. Sí, esa locura cuyos restos están todavía esparcidos por la Bahía del Diamante. ¿Qué más podía hacer? Él se empeñaba en mirarme como a su redentor. A duras penas reprimía lo de la eterna deuda que había contraído conmigo; era

una gratitud que agotaba mi vergüenza. ¿Qué podía hacer? Quería pagarme con este carbón del infierno y yo tenía que seguirle el juego como se le sigue a un niño en el jardín de infancia. No había pensado que le humillaría más de lo que se humilla a un niño. ¡De qué sirve hablar de todo esto! Por supuesto, la gente de aquí no llegaría a entender nunca nuestra auténtica relación.

¿Pero cuál era la cuestión? ¡Matar al viejo Morrison! Pues bien, es menos criminal, menos ruin —no digo que sea menos difícil— matar a un hombre que engañarle de ese modo. ¿Entiendes eso?

Ella asintió levemente más de una vez y con evidente convicción. Sus ojos siguieron en la muchacha, inquisitivos, dispuestos a entregarse.

—Pero no fue ni lo uno ni lo otro —continuó—. Así que, ¿por qué te afecta tanto? Te conformas con decir que no me juzgarías.

Volvió hacia él sus velados, indescifrables ojos grises, en los que no podía leerse ninguna de sus dudas.

—Dije que no podría —murmuró.

—Pensando que no hay humo sin fuego —la ironía apenas pudo disimular la irritación—. ¡Qué poder tienen las palabras, aunque se escuchen a medias! Y eso que tú no prestabas una especial atención, ¿verdad? ¿Cuáles eran? ¿Qué diabólica invención las empujó a la boca de ese idiota desde lo más hondo de la garganta? Si intentaras acordarte, quizá me convencieran a mí también.

—Yo no escuchaba —protestó—. ¿Qué me importaba lo que pudieran decir de cualquiera? Dijo que nunca vio a dos amigos como vosotros; y que luego, cuando le sacaste todo lo que querías y te cansaste de él, le diste la patada y lo enviaste a morir a su casa.

La indignación, mezclada con algún otro sentimiento, resonaba en las palabras que pronunciaba la voz encantadora y nítida. Se calló de golpe y bajó las largas y oscuras pestañas, como exhausta, como con la muerte adentro.

—Naturalmente, ¿por qué no habías de cansarte de esa o de cualquier otra compañía? Tú no eres como los demás y…, y sólo pensarlo me hace desgraciada. Además, no puedo creer nada malo de ti. Yo…

Heyst dejó caer su mano con un gesto brusco, interrumpiéndola. Había perdido de nuevo el dominio de sí mismo. Habría gritado, si gritar estuviera de acuerdo con su temperamento.

—No, este planeta debe ser el lugar escogido para incubar mentiras suficientes como para exportar a todo el universo. Me repugna mi propio cuerpo, como si se hubiera caído en un hoyo de inmundicia. ¡Puaf! Y tú, tú te limitas a decir que no me juzgarás; que tú…

La agresión hizo que ella levantara la cabeza, aunque Heyst no se había vuelto hacia ella.

—No creo nada malo de ti —repitió—. No podría.

Él hizo un gesto que significaba «basta». El cuerpo y el ánimo se le rebelaban contra la ternura. Llegó a detestarla en el acto y sin transición. Sólo duró un momento. Se acordó de que era hermosa y, aún más, de que la intimidad de sus vidas tenía un encanto especial. Ella guardaba el secreto de la peculiaridad que excita y que también se escapa.

Se levantó de un salto y comenzó a pasear de un lado a otro. La ira se derrumbó en sus adentros como un edificio desarbolado se derrumba entre el polvo, dejando a sus espaldas el vacío, la desolación, los elementos. Su resentimiento no iba contra la muchacha, sino contra la vida misma: la más común de las trampas en la que se sentía cogido, viendo con claridad la trama y sin obtener consuelo de la lucidez de su mente. Dio un giro en dirección a la muchacha y se dejó caer a su lado. Antes de que pudiera moverse e incluso mirarle, la tomó en los brazos y la besó. En sus labios encontró un amargo sabor a lágrima. No la había visto llorar. Era otra incitación a la ternura, una seducción nueva. Lena miró alrededor, se retiró bruscamente y ocultó la cara. Con la mano hizo una seña imperiosa para que la dejara sola, orden que Heyst no obedeció.

Capítulo 5

Cuando ella abrió al fin los ojos y se incorporó, Heyst se puso en pie y fue a recoger el salacot, que había rodado algunos metros ladera abajo. Entretanto, la muchacha se ocupó de arreglar su cabellera, anudada en dos gruesas trenzas oscuras que se habían desbaratado. Le tendió en silencio el salacot y esperó, poco dispuesto a escuchar el sonido de su propia voz.

—Sería mejor que fuéramos bajando —dijo en un tono apagado.

Extendió la mano para ayudarla a levantarse. Tenía la intención de sonreír, pero la desechó ante el mutismo del rostro femenino en el que se pintaba un desaliento infinito. De vuelta por el sendero del bosque, tuvieron que atravesar el mirador desde el que el mar se ofrecía en todo su horizonte. El brillante y abismado vacío, el reflejo ondulante y líquido, la brutalidad trágica de la luz, hicieron desear a la muchacha la calidez de la noche con las estrellas detenidas en su austero sortilegio: la aterciopelada negritud del cielo y el misterio sombrío de la oscuridad del mar llevando la calma a su corazón exhausto. Puso la mano sobre los ojos. A su espalda, Heyst dijo amablemente:

—Sigamos, Lena.

Y continuó en silencio. Su acompañante observó que nunca se habían expuesto a las horas tórridas del día. Temía que le hiciera daño el calor. Esta solicitud alivió a la muchacha. Se sentía más como ella misma: una pobre chica londinense que tocaba en una orquesta y que había sido librada de las humillaciones y de los indignos peligros de una existencia miserable por un hombre como no existía ni podía existir en este mundo. Aceptaba el sentimiento con cierto regocijo, con apuro, con íntimo orgullo y con ese peculiar encogimiento del corazón.

—No es el calor lo que me hace perder el sentido —dijo con decisión.

—De acuerdo, pero no olvides que tú no eres un pájaro tropical.

—Tampoco tú has nacido aquí —replicó.

—No, y quizá no tenga tu constitución. Yo soy un injerto. ¡Injerto! Aunque debería decir también «extirpado», una condición de vida bastante poco natural; pero se supone que un hombre lo aguanta todo.

Se volvió hacia él y obtuvo una sonrisa. Heyst le recomendó que no se apartara del sendero, calmo y estrecho, un horno auténtico, pero escondido del sol. De tarde en tarde, vislumbraban el viejo calvero de la compañía,

resplandeciente de luz, con los tocones carbonizados y sin sombra inmediata, miserables y siniestros. Atravesaron el calvero y se fueron directamente al bungaló. Desde la veranda creyeron distinguir al vaporoso Wang, aunque Lena no estaba segura de haber visto nada que se moviera. A Heyst no le cupo duda.

—Wang nos ha estado buscando. Nos hemos retrasado.

—¿Era él? Creí haber visto una cosa blanca, pero luego no.

—Así es, desaparece. Es la cualidad más reseñable de ese chino.

—¿Son todos como él? —preguntó con inocente curiosidad y con inquietud también.

—No con esa perfección —contestó Heyst, divertido.

Observó con satisfacción que el paseo no había hecho mella en la muchacha. Las gotas de sudor que perlaban su frente eran como el rocío sobre el pétalo blanco y helado de las flores. Contempló su silueta, agraciada y fuerte, sólida y flexible, con un afecto creciente.

—Entra y reposa durante un cuarto de hora. Luego, Mr. Wang nos traerá algo de comer.

Encontraron la mesa preparada. Cuando se sentaron a ella, Wang hizo acto de presencia sin un solo ruido, sin que se le escuchara o llamara, y realizó su trabajo. Y en un momento dado, cumplida ya la tarea, volvió a evaporarse.

Un silencio denso se extendía por Samburan, el silencio de la llamarada que parecía incubar los peores designios, como el silencio ardiente del pensamiento. Heyst se quedó solo en el cuarto principal. La muchacha, viendo que cogía un libro, se retiró a su habitación. Heyst se sentó bajo el retrato de su padre; y aquella abominable calumnia se deslizó cautelosamente en su memoria. El regusto le llegó a la boca, nauseabundo y corrosivo como el de algunos venenos. Estuvo a punto de escupir en el suelo, ingenuamente, ante la repulsa de la sensación física. Sacudió la cabeza, un tanto sorprendido de sí mismo. No acostumbraba a recibir impresiones abstractas por esa vía, por la vía de las sensaciones físicas. Se estiró impacientemente en la silla y levantó el libro a la altura de los ojos con las dos manos. Era uno de los de su padre. Lo abrió al azar y su mirada cayó en mitad de la página. El viejo Heyst había escrito muchos libros y tocado casi todos los temas: tiempo y espacio, animales y estrellas; había analizado ideas y actos, la risa y la hostilidad de los hombres, y hasta las muecas de la agonía. El hijo leyó, encogiéndose en sus adentros y

recomponiendo el gesto como si estuviera bajo la mirada del autor, con una intensa conciencia del retrato que había a su derecha, un tanto encima de la cabeza; una presencia extraña en aquel marco pesado sobre la delgada pared de esteras, a la vez exilado y en casa, fuera de lugar e imperioso en la inmovilidad de su perfil.

Y Heyst, el hijo, leyó:

«Entre las estratagemas de la vida, la más cruel es el consuelo por el amor; la más sutil también. Porque el deseo es el cauce de los sueños».

Volvió las páginas del pequeño volumen titulado Polvo y tormenta, echando vistazos aquí y allá sobre el fragmentario texto de aforismos, máximas, reflexiones, algunas veces herméticos y otras elocuentes. Parecía estar escuchando la voz del padre, hablando y dejando de hablar. Inquieto al principio, terminó por encontrar cierto encanto a aquella ilusión. Se dejó llevar por la casi convicción de que algo de su padre seguía todavía en la tierra, una voz fantasmal que sólo escucharían los oídos de su propia sangre. Con qué rara serenidad, confundida de terrores, había considerado aquel hombre el anonadamiento universal. Se había zambullido en la nada de cabeza, para entregarse a la muerte, quizá, respuesta de todas las preguntas y la respuesta más soportable también.

Heyst se removió y la voz ensoñada empezó a apagarse; pero sus ojos continuaron leyendo en la última página del libro:

«Los hombres con la conciencia atormentada, o los criminales, perciben innumerables cosas que la mente de los piadosos o de los resignados jamás sospechan. No son únicamente los poetas los que descienden a los abismos de las regiones infernales, siquiera quienes sueñan con tales abismos. El más indolente de los seres humanos debe haber dicho alguna vez: ¡Lo que sea, menos esto…!

Todos nosotros disfrutamos de instantes de clarividencia. No son muy alentadores. La naturaleza del tema no permite la mínima satisfacción. En verdad, tal naturaleza, a juzgar por los patrones establecidos por las víctimas, es denigrante. Ello disculpa la violencia de la protesta, al tiempo que la destruye, como destruiría la confirmación más ciega. La, así llamada, perversidad, tanto como la, así llamada, virtud son su única recompensa: nada en absoluto…

Clarividentes o no, los hombres aman sus cadenas. Ante la fuerza desconocida de la negación, ellos prefieren la tumba de la servidumbre. Sólo los hombres pueden hacer daño con su compasión; me resulta más

fácil creer en la desventura de la humanidad que en su pretendida perversidad».

Esas eran las últimas palabras. Heyst abandonó el libro en las rodillas. La voz de Lena planeó sobre la inclinación de su cabeza:

—Estás ahí como si te sintieras desgraciado. —Creí que estabas dormida.

—Estaba acostada, pero no llegué a cerrar los ojos. —Te habría venido bien un descanso después del paseo. ¿No lo intentaste?

—Ya te he dicho que estaba acostada, pero que no me podía dormir.

—No hacías ningún ruido. Qué poca franqueza. ¿No querrías estar sola un rato?

—¿Yo, sola? —murmuró.

Advirtió que miraba el libro y se levantó para devolverlo al anaquel. Al darse vuelta, descubrió que ella se había dejado caer en la silla —en una de las que usaba siempre— y le pareció que había perdido de repente toda su fortaleza anterior, quedando sólo su juventud de rasgos patéticos y abandonada a la clemencia de Heyst. Se dirigió apresuradamente a la silla.

—¿Estás cansada? Te he hecho subir mucho y has estado demasiado tiempo afuera. ¡Y con esta bonanza!

Ella observó su preocupación en una actitud languideciente, levantando los ojos inescrutables hacia él. Por esa misma razón, Heyst evitó mirar en ellos. Se dejó llevar por la contemplación de aquellos brazos inermes, de los indefensos labios y —sí, uno acababa por volver a ellos— de aquellos ojos asombrados de forma permanente. Cierto brillo salvaje en la mancha gris de su mirada le recordó las aves marinas al desplazarse en las frías tinieblas de latitudes más altas. Se sobresaltó al escuchar su voz: todos los encantos de la intimidad física se revelaron de improviso.

—¡Deberías amarme! —dijo.

Él respondió con un gesto de sorpresa.

—Debería —murmuró—. Pero me parece…

Se interrumpió para decirse que, si realmente la amaba, nunca se lo había dicho así, con esas palabras. ¡Simples palabras! Morían en los labios.

—¿Qué te hace decir eso? —acabó preguntando. Bajó la vista y desvió un tanto la cabeza.

—Nada —dijo en voz baja—. Has sido bueno, tierno y amable conmigo. Quizá me quieres por eso, sólo por eso. O quizá porque te hago compañía o porque, bueno… Pero a veces me parece que no puedes

amarme por lo que soy, sólo por lo que soy, como se ama todo el mundo cuando es para siempre.

Dejó caer la cabeza.

—Para siempre —suspiró.

Luego, más débilmente todavía, añadió, en una exigencia que no era más que una súplica:

—¡Deberías amarme!

Estas palabras llegaron al corazón de Heyst: el sonido más que el sentido. No supo qué decir, ya fuera por falta de práctica con las mujeres o por la ingénita honestidad de su pensamiento. Se habían derrumbado todas sus defensas. La vida le tenía agarrado por el cuello. Ensayó una sonrisa ingrávida y cortés tan familiar a los isleños de toda clase y condición.

—Mi querida Lena —dijo, al fin—, parece como si buscaras la forma de tener una pelea absurda conmigo.

Ella no se inmutó. En cuanto a él, se retorció las puntas de los largos bigotes, masculino y perplejo, envuelto en la atmósfera de femineidad como en una nube, sospechando peligros y hasta con miedo de moverse.

—Debo admitir, no obstante —añadió—, que no hay nadie más y supongo que cierta belicosidad es necesaria para vivir en este mundo.

Lena, sentada con su quietud encantadora, era para él como un manuscrito en una lengua jeroglífica; o un misterio todavía más elemental: como un texto cualquiera para un analfabeto. En lo que se refería a las mujeres estaba completamente falto de instrucción y el talento intuitivo no le acompañaba, ya que la intuición se fomenta en la juventud a base de sueños y de fantasías, ejercicios del corazón adecuados a las casualidades de un mundo en el que el amor mismo se apoya tanto en el antagonismo como en la atracción. La actitud mental era la de un hombre que da vueltas a un pergamino que es incapaz de descifrar, pero que bien pudiera contener alguna revelación. No sabía qué decir. Todo lo que se atrevió a añadir fue:

—Ni siquiera puedo comprender lo que he hecho o dejado de hacer para disgustarte de este modo.

Se detuvo, aturdido otra vez por el sentido físico y moral de las imperfecciones de la relación; un sentido que le hacía desear constantemente la proximidad de la mujer, en los ojos, en las manos, y que, cuando desaparecía de su vista, se disipaba, ilusoria y esquiva como una promesa que se escurre y se pierde.

—No, no acabo de ver dónde quieres ir a parar.

—¿Estás pensando en el futuro? —la interrogaba con una ironía evidente, avergonzado de que semejante palabra saliera de sus labios; pero las deseadas negativas se frustraban, una tras otra—. Porque, si es así, nada puede desecharse más fácilmente. En nuestro futuro, lo mismo que en lo que la gente llama la otra vida, no hay nada que temer.

Levantó los ojos y le miró. Y si la naturaleza no los hubiera conformado para no expresar otra cosa que un candor sin mácula, Heyst habría sabido hasta qué punto le angustiaban sus palabras y también que su compungido corazón le amaba con más desesperación que nunca. Heyst le dedicó una sonrisa.

—Aparta esos pensamientos —insistió—. Seguramente no imaginas, después de lo que te he escuchado, las ganas que me dan de volver a ingresar en la sociedad humana. ¡Que yo asesiné al pobre Morrison! Cabe la posibilidad de que tuviera realmente valor para hacer lo que dicen. La cuestión es que no lo he hecho. Pero el tema no me gusta. Así es, aunque debiera avergonzarme por confesarlo. Olvidémoslo. En ti está lo que puede consolarme de las mayores amarguras y de los tragos más difíciles. Si nosotros lo olvidamos, aquí no encontraremos voces que nos lo recuerden.

Ella había levantado la cabeza antes de que terminara.

—Aquí nada ni nadie puede separarnos —continuó y, como si hubiera leído en su mirada algo que le estimulara a provocarla, se inclinó y la tomó en los brazos, levantándola de la silla con un repentino y estrecho abrazo. La prontitud con que ella le respondió hizo que su cuerpo resultara ligero como el de una pluma, enardeciendo el corazón de Heyst más que cualquier caricia anterior. No esperaba este rápido impulso que había dormitado en el fondo de la indolencia femenina. Apenas había llegado a sentir la presión de sus brazos en el cuello cuando, con una débil queja, ¡estás aquí!, se liberó y huyó a su cuarto.

Capítulo 6

Se quedó estupefacto. Mirando en derredor, como para tomar a la habitación entera por testigo del ultraje, descubrió que Wang había hecho acto de presencia en la puerta. La intrusión fue tan sorprendente como pueda imaginarse, en vista de la estricta regularidad con que el chino se volvía visible. Al principio, Heyst estuvo a punto de reírse. Esta demostración práctica acerca de la afirmación de que nada podría separarles mitigó la tensión de sus nervios. También se sintió ligeramente contrariado. El aparecido guardó un silencio profundo.

—¿Qué quieres? —preguntó, tajante.

—Bote allí —dijo Wang.

—¿Dónde? ¿Qué quieres decir? ¿Velas en el estrecho?

Cierta sutil transformación en las maneras del chino sugería que le faltaba el aire; pero no llegó a jadear y la voz se mantuvo firme.

—No. Remo.

Ahora fue Heyst el sorprendido y levantó la voz.

—Malayos, ¿verdad? Wang negó con la cabeza.

—¿Estás escuchando, Lena? —gritó Heyst—. Wang dice que hay un bote a la vista y que, según parece, se acerca. ¿Dónde está el bote, Wang?

—Dobla puntal —dijo, saltando inesperadamente al malayo y en voz baja—.

Blancos, tres.

—¿Tan cerca? —exclamó saliendo a la veranda seguido del criado—. ¿Blancos?

¡No es posible!

Las sombras comenzaban a extenderse por el calvero. El sol estaba bajo. Un brillo nefasto reverberaba en el trecho calcinado, frente al bungaló, acuchillando el suelo entre árboles erguidos como mástiles que se alzaban a cien pies o más sin una sola rama. Los matorrales ocultaban el muelle desde la perspectiva de la veranda. Lejos y a la derecha, se divisaba el chamizo de Wang, o más bien su techo de esteras negras, tras la empalizada de bambú que aseguraba la intimidad de la mujer *alfuro*. El chino miró de pronto en esa dirección. Heyst se paró un momento y volvió a entrar.

—Hombres blancos, Lena, según parece. ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy lavando un poco los ojos —dijo la voz de la muchacha desde dentro.

—¡Oh, estupendo!

—¿Me necesitas?

—No. Será mejor que te quedes aquí. Yo tengo que bajar al muelle. ¡Qué cosa más rara!

Era tan rara que nadie estaba en condiciones de apreciar su rareza, excepto él mismo. Mientras los pies le arrastraban en dirección al muelle, la cabeza se le llenaba de interrogantes. Siguió los raíles escoltado por Wang.

—¿Dónde estaban cuando viste el bote por primera vez? —preguntó por encima del hombro.

El acompañante explicó en malayo que había ido al final del muelle a coger unos cuantos pedazos de carbón cuando, al levantar la vista del suelo, vio una embarcación de blancos, no una canoa. Tenía buena vista. Había distinguido la embarcación y hombres a los remos; en este punto hizo un gesto característico con los ojos, como si los protegiera de un espejismo. Dio media vuelta enseguida y corrió a la casa para dar el aviso.

—¿Estás seguro? —dijo Heyst continuando la marcha.

Se paró en la punta misma del muelle. Wang se quedó detrás hasta que la voz de Number One le llamó a examen. Obedeció.

—¿Dónde está esa embarcación? —preguntó enérgicamente el amo—. Te pregunto que dónde está. No había nada que mirar entre el puntal y el muelle.

El estrecho de la Bahía del Diamante era un pedazo de sombra púrpura, brillante y vacío, mientras el mar, tras el último horizonte de tierra, se abría hacia un azul opaco bajo la luz del sol. Los ojos de Heyst barrieron la extensión hasta encontrar, a lo lejos, el cono oscuro del volcán con su ligero penacho de humo hinchándose y adelgazando interminablemente en la cima, sin alterar la silueta en la transparencia incandescente de la tarde.

—Este sujeto ha estado soñando —murmuró para sí.

Miró con dureza a su interlocutor. Wang parecía haberse convertido en pedernal. De pronto, y como si le hubiera dado un calambre, se sobresaltó y alargó un brazo en cuyo extremo apuntaba un índice, a la vez que acompañaba el gesto de ruidos guturales que demostraban que allí, allí, allí había visto un bote.

Era muy extraño. Heyst sospechó alguna alucinación. Aunque no era probable; pero que una embarcación con tres hombres a bordo se hubiera

ido a pique entre el puntal y el muelle, de golpe, como una piedra, sin dejar sobre la superficie siquiera un mal remo, era todavía más improbable. La hipótesis de un barco fantasma tenía más verosimilitud que todo aquello.

—¡Maldita sea! —farfulló.

El misterio le había afectado negativamente; pero entonces se le ocurrió una sencilla explicación. Recorrió el muelle hasta el final. Si existía realmente ese bote y se diera la circunstancia de que hubiera cambiado el rumbo, quizá pudiera divisarse desde el extremo opuesto del embarcadero.

Pero no hubo nada que divisar. Heyst dejó vagar su mirada por la superficie del mar. La perplejidad le tenía tan absorto que, al escuchar un ruido sordo, como el de un cuerpo al desplomarse en una embarcación con estruendo de remos y de vergas, no alcanzó siquiera a moverse. Cuando su cerebro se percató del posible significado no le fue difícil localizar la procedencia. Había venido de abajo, del fondo del murallón.

Corrió en dirección opuesta una docena de yardas, más o menos, y miró sobre el dique. La mirada tropezó directamente con la cabina de popa de una lancha, la mayor parte de la cual quedaba oculta por el entarimado del muelle. Luego cayó sobre el torso consumido de un hombre doblado sobre la caña del timón, en una incómoda y difícil postura de dolor intenso. A los pies de Heyst, otro hombre desfallecía de espaldas entre una borda y otra, medio cuerpo afuera de la bancada, las piernas más altas que la cabeza. Este segundo sujeto miraba con ojos desorbitados hacia arriba y pugnaba por incorporarse, acompañándole el mismo éxito que si estuviera borracho. La parte visible de la lancha contenía también una arrugada mochila de cuero con la que las largas zancas del primer hombre se arropaban exánimes. Un amplio jarro de loza sin tapa rodó por el tablamento.

Heyst no había estado tan perplejo en su vida. Se quedó mirando a la tripulación del extraño bote con un aire estúpido. Desde el principio tuvo la certeza de que aquellos hombres no eran marinos. Vestían el típico traje de hilo blanco de los trópicos; Heyst no pudo relacionar su aparición con nada verosímil. La civilización tropical no tenía nada que ver con ello. Por el contrario, guardaban alguna semejanza con aquellos mitos comunes en Polinesia sobre extraños aparecidos, dioses o demonios, que llegaban a una isla introduciendo el bien o el mal en la inocencia de los indígenas y regalándoles con cosas nunca vistas y palabras nunca oídas.

Heyst distinguió un salacot flotando al costado de la lancha, y caído con toda evidencia de la cabeza del hombre doblado sobre la caña del timón, el

cual ostentaba un oscuro y descarnado cogote. También uno de los remos se había precipitado por la borda, empujado seguramente por el que se debatía en la bancada. Para entonces, Heyst contemplaba la visita sin mayor sorpresa, pero con la atención concentrada que exige un difícil problema. Con un pie apostado en la popa y apoyándose en la rodilla más elevada, trató de ayudar en algo. El de la bancada rodó, como atacado, y de la forma más inesperada se plantó de pie. Osciló vertiginosamente, extendió los brazos y pronunció un débil, ronco y alucinado «¡hola!». Miraba a lo alto con cara abotargada, roja y pelada por completo de la nariz a las mejillas. Tenía además los ojos de un demente. Heyst observó manchas de sangre seca en la pechera y en una manga, en medio de la suciedad de la chaqueta blanca.

—¿Qué sucede? ¿Está usted herido?

El aludido miró para abajo, se tambaleó —con un pie metido en la copa de un sombrero— y, al recobrarse, dejó escapar un tétrico y rechinante sonido, una especie de risa macabra.

—No es mía… la sangre. La sed es el problema. La fatiga es el problema.

Morimos aquí mismo. ¡De beber! ¡Agua!

La sed se manifestaba en el tono de las palabras, alternando los quejidos de desesperación y un débil y estropajoso susurro que apenas llegaba a oídos de Heyst. El individuo levantó los brazos para que le ayudaran a subir al muelle, murmurando:

—Lo intenté. Estoy demasiado débil. Me vine abajo. Wang iba y venía a lo largo del muelle, lentamente, pero con ojos atentos y nerviosos.

—Ve a traer una palanca. Hay una en la pila de carbón —le gritó Heyst.

El hombre siguió en el bote y se sentó en el banquillo que tenía detrás. Una risa lúgubre y asténica atravesó sus labios inflamados.

—¿Una palanca? ¿Y para qué? —refunfuñó, al tiempo que la cabeza le venció sobre el pecho.

Heyst, entretanto, como si se hubiera olvidado de la embarcación, empezó a golpear con fuerza una gruesa llave de cobre que sobresalía del entarimado. Un riachuelo había sido canalizado desde el interior mediante una tubería de hierro que seguía la dirección del muelle, con el objeto de surtir a los barcos que transportaban el carbón. La conducción terminaba en un codo, casi en el mismo sitio en que había atracado la lancha de los forasteros; pero la llave estaba muy dura.

—¡Deprisa! —chilló Heyst al oriental, que venía a la carrera con la palanca en la mano.

Heyst se la quitó y, con la popa como punto de apoyo, hizo girar la llave de una potente sacudida.

—Esperemos que la tubería no se haya atascado —se dijo con preocupación.

No lo estaba; pero el agua tampoco salió a chorros. El ruido del escaso flujo pudo oírse enseguida sobre la regala y contra el cuartel de la embarcación. Y fue saludado con un grito de alegría salvaje y estentórea. Heyst se arrodilló en la popa y escudriñó por debajo. El hombre que había hablado ya tenía la boca dispuesta bajo el hilo brillante del agua. El líquido se le derramaba por los párpados y la nariz, gorgoteando en la garganta y extendiéndose por la barbilla. En esos momentos debió ceder la obturación de la cañería y un repentino y auténtico chorro rompió en su cara. En un instante se le empaparon los hombros y la pechera de la americana; él dejaba correr el agua, que se precipitaba por los bolsillos, perneras y zapatos; acabó por agarrarse del extremo de la tubería y colgando con las dos manos tragaba, farfullaba, se atragantaba, bufando lo mismo que un nadador. De pronto, llegó a oídos de Heyst un apagado y extraño rugido. Algo negro y peludo surgió bajo el muelle. Una cabeza desmelenada, disparada igual que la bala de un cañón, se agarró al que colgaba de la cañería con la fuerza suficiente como para desprenderle y hacer que cayera de cabeza contra la cabina de popa. Fue a derrumbarse sobre las piernas del hombre del timón, quien, animado por la conmoción reinante, se había sentado, silencioso, rígido, de lo más parecido a un cadáver. Sus ojos no eran más que dos parches negros y su dentadura relucía entre los labios contraídos de una mueca de calavera igual que un pergamino enmohecido pegado a las encías.

Los ojos de Heyst se desviaron hacia la criatura que había ocupado el lugar del primer hombre en el extremo de la tubería. Descomunales y oscuras pezuñas la tenían agarrada furiosamente; la salvaje y prominente cabeza colgaba hacia atrás y, en la cara, cubierta por una espesura de pelo mojado, se torcía una boca desproporcionada y repleta de colmillos. El agua la llenaba y salía regurgitada con roncos desgarramientos, corriendo por las comisuras y bajando hacia un pescuezo greñoso, empapando el pellejo oscuro de un pecho desmedido, desnudo bajo una camisa de cuadros hecha

jirones, y palpitando convulsivamente en una exhibición de músculos macizos esculpidos en carne de caoba.

Tan pronto como el primer hombre hubo recobrado el aliento tras el irresistible encontronazo, un grito de demencia resonó en la lancha. Con un rígido y elíptico movimiento del codo, el hombre del timón llevó su mano a la cintura.

—¡No le dispare, señor! —chilló el primer hombre—. ¡Espere! Déjeme el timón.

Yo le enseñaré a comportarse delante de un caballero.

Martin Ricardo empuñó la pesada pieza de madera, saltó con energía sorprendente y la descargó sobre la cabeza de Pedro con un estrépito que se difundió a lo largo y a lo ancho de las tranquilas aguas de la Bahía del Diamante Negro. Una mancha escarlata apareció en el pelo enmarañado; regueros del color de la grana surcaron el agua de su cara, y de la cabeza cayeron goterones rosáceos. Pero la criatura siguió colgada. Hasta que no llegó la segunda descarga no se desprendieron las pezuñas y se fue a pique el cuerpo, retorcido y desmadejado. Antes de que pudiera tocar el tablamento de la lancha, una tremenda patada de Ricardo en las costillas lo quitó de en medio y como consecuencia se escuchó el ruido de un golpe pesado, un estruendo de palos y un gruñido lastimero. Ricardo se paró a mirar en la profundidad del muelle.

—¡Ajá, perro! ¡Esto te enseñará a quedarte en tu sitio, bestia asesina, fiera carnicera! ¡Infiel! ¡Salteador de iglesias! ¡La próxima vez te rajo de pies a cabeza, carroñero! ¡Esclavo!

Retrocedió un poco y se enderezó.

—La verdad es que no lo digo en serio —comentó a Heyst, cuyos ojos fijos se encontraron con los de aquél. El hombre corrió a popa.

—Adelante, señor. Le toca a usted. Yo no debería haber bebido primero, la verdad sea dicha, pero perdí la cabeza. Un caballero como usted lo pasará por alto.

Una vez expresadas las disculpas, Ricardo alargó el brazo.

—Deje que le ayude, señor.

Mr. Jones se estiró lentamente en toda su longitud, mareado, titubeante, y se agarró al hombro de Ricardo. El ayuda de cámara le llevó hasta la cañería, que seguía derramando su chorro de agua clara y salpicando furiosamente los negros pilotes y la oscuridad de los fondos.

—¡Agárrese, señor! —aconsejó el solícito Ricardo—. ¿Va todo bien?

Mientras el caballero se deleitaba con el abundante líquido, el otro dio un paso atrás para dirigir a Heyst una suerte de discurso exculpatorio cuyo tono, reflejo de sus sentimientos, participaba del ronroneo y del bufido. Habían estado tirando de remo treinta horas, explicó, y más de cuarenta sin agua, excepción hecha de la noche pasada, en que pudieron lamer el rocío de la regala.

Ricardo no explicó a Heyst cómo había ocurrido. En ese preciso momento no tenía preparada explicación alguna para el hombre del muelle, el cual, supuso, estaría más extrañado por la presencia de los visitantes que por su inquietante estado.

Capítulo 7

La explicación se apoyaba en dos hechos sencillos, como eran el de que las brisas y la fuerte corriente del mar de Java arrastraron el bote hasta perder prácticamente la orientación, y el de que, por rara equivocación, uno de los dos recipientes con que contaban, y que había introducido en la lancha uno de los hombres de Schomberg, contenía agua salada. Ricardo intentaba pintarlo con tonos patéticos. ¡Arrastrarse durante treinta horas con remos de dieciocho pies! ¡Y la chicharra del sol! Ricardo se desahogaba echando pestes del sol. Llegaron a sentir que el corazón y los pulmones se resecaban en las entrañas. Y luego, como si no hubieran padecido ya suficientes desgracias, se quejó con amargura, había tenido que desperdiciar sus declinantes fuerzas en golpear con el bastidor la cabeza de su criado. El loco se había empeñado en beber agua de mar y no atendía a razones. No hubo otra forma de pararle. Era mejor dejarle inconsciente que cargar con un loco en la lancha y tener que pegarle un tiro. La profilaxis, administrada con rigor suficiente como para descerrajarle el cráneo a un elefante, se enorgulleció Ricardo, tuvo que ser aplicada en dos ocasiones, la segunda con el muelle a la vista.

—Ya ha visto usted a la beldad —continuó Ricardo, comunicativo, escondiendo bajo su locuacidad la carencia de cualquier clase de historia verosímil—. A martillazos he tenido que sacarle de la cañería. Y volver a abrirle las brechas de la cabeza. Ha visto que no se le puede dar de cualquier manera. No tiene freno ninguno. Si no fuera porque puede resultar útil de una forma u otra, habría dejado que el patrón le pegara un tiro a la primera.

Sonrió a Heyst con la peculiar mueca leporina y añadió como conclusión:

—Es lo que acabará por pasarle si no aprende a dominarse. ¡Menos mal que le he metido modales en la cabeza para un buen rato!

Y volvió a dedicarle la mueca al hombre del muelle. La perplejidad no había abandonado el rostro de Heyst desde que comenzó a rendir cuenta del viaje.

—Así que este es su aspecto —dijo Ricardo para sus adentros.

No se lo había imaginado de esa forma. Su retrato imaginario alumbraba la evidencia de un punto vulnerable. Estos hombres solitarios

solían empinar el codo. Pero no, esa no era la cara de un borracho; no pudo detectar en las facciones ni en aquellos ojos fijos la flaqueza ante lo imprevisto o la inseguridad de la sorpresa.

—Habíamos llegado muy lejos y no nos quedaban fuerzas para subir —continuó Ricardo—. Aunque le escuché ir de un lado a otro. Creí que yo había gritado; seguro que lo intenté. ¿No escuchó nada?

Heyst hizo un gesto negativo, apenas perceptible, que no pasó desapercibido para los aviesos —aviesos para todo lo que fuera gesticulación— ojos de Ricardo.

—La garganta se requema. Al final, ya ni nos hablábamos. La sed lo ahoga a uno.

Habríamos muerto bajo este muelle antes de que pudiera encontrarnos.

—No tenía idea de adónde habrían ido a parar —los recién llegados pudieron, por fin, escuchar a Heyst—. Fueron vistos en cuanto doblaron el puntal.

—¿Nos vieron, eh? —gruñó Ricardo— íbamos como máquinas, nos daba miedo parar. El jefe sentado al timón, sin poder decir palabra. La lancha se metió entre los pilotes hasta que chocó con algo y nos tambaleamos como auténticos borrachos.

¡Borrachos, ja, ja! ¡Demasiado secos, válgame el diablo! Nos metimos aquí sacando fuerzas de flaqueza, no le queda duda. Otra milla y hubiéramos finiquitado. Cuando escuché sus pasos quise levantarme y sólo conseguí caerme más.

—Ese fue el primer ruido que escuché —dijo Heyst.

Mr. Jones, con la pechera emporcada, empapada y pegada al esqueleto, se soltó con un bamboleo de la tubería. Apoyándose en el hombro de Ricardo, exhaló un largo suspiro, levantó la cabeza desfallecida y emitió una sonrisa de cadavérica afabilidad que se perdió en el reconcentrado Heyst. A su espalda, el sol, al reflejarse en el agua, era como un disco de hierro enfriado en una tenue incandescencia y dispuesto a comenzar su órbita alrededor de la rueca acerada del mar, que, bajo un cielo sombrío, parecía más sólido que las elevadas crestas de Samburan, más sólido que el puntal cuya prolongada silueta declinaba y se fundía en la profundidad de la propia sombra y se desdibujaba en el brillo mortecino de la bahía. El poderoso chorro de la cañería rompió, como vidrio al pulverizarse, contra la borda de la embarcación. El contundente, espasmódico y persistente chapoteo desveló la hondura silenciosa del mundo.

—Una gran idea la de traer el agua hasta aquí —indicó Ricardo admirativamente. El agua era la vida. Se sintió capaz de correr una milla y trepar por una pared de diez pies cantando un aria. Sólo unos pocos minutos antes estaba llamando a las puertas de la muerte, exánime, incapaz de ponerse de pie o de levantar una mano, siquiera de quejarse. Cierta cantidad de agua había hecho el milagro.

—¿No siente cómo corre la vida y le empapa por dentro, señor? —preguntó a su jefe de filas, con deferente pero forzada vitalidad.

Sin decir palabra, Mr. Jones se dirigió a la popa y se sentó.

—Ese hombre suyo, ¿no se le estará desangrando ahí abajo? —preguntó Heyst.

Ricardo interrumpió la extasiada disquisición acerca del agua, fuente de la vida, y contestó en un tono inocente:

—¿Él? Puede llamarle «hombre», pero ríase de su pellejo, más duro que el más forrado de los caimanes que llegara a cazar en sus buenos tiempos. No tiene usted idea de lo que puede aguantar; yo sí. Somos viejos conocidos.

—¡Olá! . ¡Pedro! ¡Pedro! —gritó, con una energía pulmonar que atestiguaba las virtudes regeneradoras del agua.

Un débil «¿señor?» salió del fondo del muelle.

—¿Qué le había dicho? —exclamó triunfante—. No haya nada que le haga daño. Está como nuevo. Pero, oiga, el bote se está encharcando. ¿Puede cerrar la llave antes de que nos vayamos a pique? El agua llega ya hasta la mitad.

A una señal de Heyst, Wang golpeó la llave; luego se quedó detrás de Number One, barra en mano, sin pestañear, igual que antes. Ricardo quizá no estuviera tan seguro como afirmaba de la dureza del pellejo de Pedro, puesto que se paró a mirar bajo el entarimado del muelle y luego desapareció de la vista. El chorro de agua, al interrumpirse bruscamente, produjo un silencio absoluto. A lo lejos, el sol se había reducido a una chispa roja brillando a ras del horizonte en la inmensidad agonizante del crepúsculo. Reflejos escarlatas manchaban el agua alrededor del bote. La figura espectral de la cabina de popa dijo, en un tono languideciente:

—Ese… compañero…, secretario mío, es un tipo raro. Temo que no nos estemos presentando ante ustedes con una luz muy favorable.

Heyst escuchaba. Era el tono convencional de un hombre educado, aunque extrañamente desvitalizado. Pero más rara resultaba todavía esa

preocupación por las apariencias expresada no se sabía si en serio o en broma. La seriedad se daba casi por supuesto en aquellas circunstancias y nadie hubiera bromeado con semejante voz agónica. La cosa no tenía contestación y Heyst no dijo nada. El otro continuó:

—Para un viajero como yo, encontrar a un hombre de su talante es una ventaja extraordinaria. Claro que tiene sus pequeñas debilidades.

—Así es —Heyst había sido invitado a manifestar su opinión—, pero la debilidad de brazo no es una de ellas, por lo que he podido observar.

—Defectos de carácter —comentó Mr. Jones desde la popa.

El tema de conversación surgió en ese preciso instante de las entrañas del muelle y por la parte visible de la lancha, haciéndose oír en su propia defensa con una voz llena de energía y con modales nada lánguidos. Por el contrario, se mostraba vigoroso, casi socarrón. Disentía y les pedía perdón. Pero nunca se había ensañado con «nuestro Pedro». El tipo era un *dago* de una fortaleza descomunal y sin sentido de ninguna especie. Esta combinación le hacía peligroso y tenía que ser tratado de acuerdo con ello, en una forma que pudiera comprender. La razón quedaba fuera de sus capacidades.

—Así que —Ricardo se dirigió a Heyst con viveza— no le sorprenda que…

—Le aseguro —interrumpió Heyst— que me ha extrañado tanto verles llegar en esa lancha que no me queda espacio para sorpresas de menor calibre. ¿No sería mejor que subieran a tierra?

—¡Eso es hablar, señor!

Ricardo empezó a ir y venir por la embarcación, hablando todo el tiempo. Sintiéndose incapaz de tomarle la medida a aquel hombre, decidió concederle extraordinarias capacidades de penetración, a las cuales el silencio, según le parecía, no haría otra cosa que favorecer. Temió que le hiciera alguna pregunta a quemarropa. No tenía lista ninguna historia. Él y su patrón habían dejado para más adelante ese importante detalle. Durante los dos últimos días, los horrores de la sed, que se presentaron inesperadamente, habían impedido la consulta. Tuvieron que remar por su preciosa vida. Pero el tipo del muelle, así hubiera pactado con el diablo, le resarciría de tanta penalidad, pensó Ricardo con un optimismo despiadado.

Entretanto, y mientras chapoteaba en el agua de la lancha, se felicitó en voz alta de que el equipaje se hubiera salvado de la inundación. Tuvo la precaución de colocarlo en la proa. Por lo que a Pedro se refiere, ostentaba

ya un tosco vendaje en la cabeza. No se podía quejar. Bien al contrario, tendría que estar rendido de agradecimiento, a él, Ricardo, por seguir vivo.

—Bueno, ahora deje que le eche una mano, señor —dijo alegremente a la inerme autoridad de popa—. Nuestros problemas se han terminado…, durante un tiempo, al menos. ¿No es una suerte encontrar a un blanco en una isla como esta? Por las mismas, me habría esperado encontrar a un ángel caído del cielo, ¿verdad, Mr. Jones? Así que…, ¿listo, señor? A la una, a las dos, a las tres y ¡arriba!

Ayudado desde abajo por Ricardo y desde lo alto por el menos esperado que un ángel, Mr. Jones se encaramó al muelle y permaneció al lado de Heyst. Oscilaba como un péndulo. La noche descendió sobre Samburan, convirtiendo el puntal y el dique en una sombra densa y proporcionando una solidez opaca a las mortecinas aguas que se extendían hasta el último y débil trazo de luz por occidente.

Heyst observó a los huéspedes que le habían sido enviados de aquella suerte, y en el crepúsculo del día, por el mundo al que había renunciado. El único vestigio de luz que había en la tierra acechaba en los ojos hundidos de aquel hombre escuálido. Brillaron y pestañearon, inquietos y lánguidamente evasivos.

—Se está usted cayendo —dijo Heyst.

—Un poco, por el momento —confesó el otro.

Ricardo trepó al muelle con pies y manos, resollando, pero vigoroso y autosuficiente. Se irguió muy cerca de Heyst y estampó sus pies en el entarimado con dos bruscos y provocadores zapatazos, como los que suelen escucharse en las escuelas de esgrima antes de que los adversarios crucen los floretes. No es que aquel marino renegado supiera de esgrima lo más mínimo. Sus armas eran lo que él denominaba «hierros de pólvora», o el todavía menos aristocrático cuchillo, como el que llevaba diestramente ajustado a la pantorrilla en ese momento. Se acordó de él. Una flexión rápida seguida de un bote y un tajo con el mismo movimiento, un empellón fuera del muelle y ningún ruido, excepto el chapoteo en el agua, que apenas alteraría el silencio. No tendría tiempo de gritar. Todo sería breve y limpio y en intenso acuerdo con el carácter de Ricardo. Pero reprimió este arrebato salvaje. El trabajo no contaba entre los más sencillos. La pieza en cuestión había que tocarla en otro tono y con un ritmo más lento. Volvió al conocido registro de la locuacidad insulsa.

—Vaya, tampoco yo me siento tan fuerte como creía cuando di el primer trago de agua. ¡Qué cosa tan milagrosa es el agua! ¡Y encontrarla precisamente en este sitio! Ha sido como abrir las puertas del cielo, ¿eh, señor?

Mr. Jones, al ser aludido, se puso a tocar su parte del concierto:

—Francamente, cuando vi el muelle, en lo que podía haber sido una isla deshabitada, no daba crédito a mis ojos. No acababa de creerlo. Pensé que era un espejismo hasta que la lancha se metió realmente entre los pilotes, igual que usted la ve ahora.

Mientras hablaba con una voz trémula que no parecía de este mundo, el ayuda de cámara, con acento imperativo e inconfundiblemente terrenal, le armaba a Pedro una sonora trifulca con respecto al equipaje:

—¡Deprisa, vamos, arriba con el equipaje! ¡Muévete, hombre, o tendré que tumbarte otra vez, si es que no te doy antes una palmadita en esa venda que llevas, a ti, sí, bestia rezongona!

—Ah, ¿así que no creyó usted que el muelle fuera real? —estaba diciendo Heyst a Mr. Jones.

—¡Tendrías que besarme los pies!

Ricardo atrapó una antigua maleta tipo Gladstone y la dejó caer de golpe.

—Sí. Tendrías que encenderme una vela, como hacen a los santos en tu tierra. Ningún santo de esos ha hecho por ti tanto como yo, tú, ¡trotacalles ingrato! ¡Venga!

¡Arriba!

Ayudado por el locuaz Ricardo, Pedro trepó al muelle, donde se quedó un buen rato a gatas, moviendo la pelambrera, vendada con jirones blancos, de un lado para otro. Después se enderezó torpemente, como un animal pesado en la oscuridad, balanceándose sobre las patas traseras.

Mr. Jones había empezado a explicar alicaídamente a su anfitrión que por la mañana se encontraban en un estado de desesperación declarada, cuando divisaron la nube de humo del volcán. Eso les animó a realizar un último esfuerzo por su vida. Poco después avistaron la isla.

—En mi cerebro medio cocido quedaba la claridad justa para cambiar el rumbo de la lancha —continuó la voz espectral—. En lo que se refiere a encontrar ayuda, un muelle, un hombre blanco…, a nadie se le hubiera pasado por la cabeza. ¡Absurdo del todo!

—Yo pensé lo mismo cuando mi criado vino a decirme que había visto un bote y hombres blancos a los remos.

—Lo que se dice un golpe de suerte —medió Ricardo, que seguía expectante cada una de las palabras—. De lo más parecido a un sueño —añadió—. Un sueño maravilloso.

Como si cada cual temiera abrir la boca ante la oscura sensación de una crisis inminente, hubo un silencio intercesor en el grupo de los tres hombres. Pedro, a un lado, y Wang, al otro, mantenían una actitud de vigilante observación. Aparecieron algunas estrellas tras la última pendiente del crepúsculo. Una brisa tibia en el atardecer espeso de un día abrasador, unida a la humedad de su ropa, hizo que Mr. Jone sufriera un intenso escalofrío.

—¿He de deducir, pues, que aquí se ha establecido gente blanca? —murmuró al tiempo que se estremecía visiblemente.

Heyst despertó.

Oh, está abandonado, abandonado. Estoy solo…, prácticamente solo. Todavía quedan en pie algunas casas vacías. No hay problemas de hospedaje. Podríamos… Wang, vuelve a la playa y trae la vagoneta.

Las últimas palabras fueron dichas en malayo y acto seguido explicó amablemente que había dado instrucciones para el transporte del equipaje. Wang se confundió en la noche con su habitual sigilo.

—¡Cielos! ¡Si hay una vía y todo! —exclamó Ricardo admirativamente, aunque en voz baja—. ¡Nunca se me hubiera ocurrido!

—Extraíamos carbón en esta zona —dijo el antiguo gerente de la Tropical Belt Coal—. Estos son sólo vestigios de lo que ha sido.

La dentadura de Mr. Jones castañeteó al cruzarse con una nueva corriente de aire, apenas un susurro de poniente, en el confín oscuro del horizonte donde Venus clava sus rayos como antorchas que colgaran sobre el túmulo del sol.

—Podríamos echar a andar —propuso Heyst—. El chino y ese, bueno, ese ingrato criado suyo con la cabeza descalabrada podrían cargar la vagoneta y seguirnos.

Se aceptó la sugerencia sin decir palabra. En el camino hacia la playa, los tres hombres se encontraron con la vagoneta, un simple chirrido metálico que pasó velozmente ante ellos con el sigiloso Wang corriendo a la zaga. Sólo les acompañaba el sonido de sus pasos. Hacía mucho tiempo que

no se habían juntado tantos pies en el muelle. Antes de que entraran en el sendero que atravesaba la hierba, Heyst dijo:

—Me resulta imposible compartir con ustedes mi vivienda.

La educada distancia de este comienzo paró a los dos, como sorprendidos por una manifiesta incongruencia.

—Lo lamentaría más si no estuviera en condiciones —continuó— de darles a elegir, temporalmente, entre esos bungalós deshabitados.

Dio media vuelta y se introdujo en el estrecho sendero con los otros dos siguiéndole en fila india.

—¡Extraño principio! —Ricardo aprovechó la ocasión para murmurarlo por detrás a Mr. Jones, tambaleándose en la oscuridad, rodeado de vegetación tropical, y casi tan enjuto como los propios hierbajos.

Salieron en este orden a campo abierto, limpio de vegetación gracias a los acertados métodos de Wang, consistentes en quemas periódicas. Las siluetas de los edificios, tenebrosos y elevados, se perfilaban misteriosamente, vastas e indistintas contra el relumbre creciente de las estrellas. Heyst observó complacido la ausencia de luz en su vivienda. Parecía tan deshabitada como las demás. Continuó en cabeza y torció por la derecha. Su voz serena se hizo escuchar de nuevo.

—Este sería el más apropiado. Era nuestra oficina. Quedan todavía algunos muebles. Estoy seguro de que encontrarán un par de armazones de cama en una de las habitaciones.

El techo alto e inclinado del bungaló ocultaba el cielo por encima de los visitantes.

—Aquí lo tienen. Tres peldaños. Como ven, hay una veranda bastante amplia.

Siento hacerles esperar, pero creo que la puerta tiene echado el cerrojo.

Se le oyó forcejear. Y luego decir, apoyado en el pasamanos:

—Wang traerá las llaves.

Los dos vagos y confusos perfiles esperaron en la veranda, en cuya oscuridad irrumpió el castañeteo imprevisto de los dientes de Mr. Jones —reprimido de inmediato— y el ligero arrastrarse de los pies de Ricardo. El guía y anfitrión, apoyado de espaldas contra la barandilla, parecía haber olvidado su existencia. Se enderezó de pronto y murmuró:

—Ah, aquí está la vagoneta.

Acto seguido, pronunció en voz alta algunas palabras en malayo y la respuesta —*ya tuan*— le llegó desde un grupo de sombras que se adivinaba

en la dirección de la vagoneta.

—He mandado a Wang a por la llave y una linterna —dijo, con voz que no se dirigía a un interlocutor en particular, singularidad que desconcertó a Ricardo.

Wang no se entretuvo mucho en la misión. El balanceo de la linterna apareció enseguida al cabo de la oscuridad. Un haz fugitivo cayó sobre la vagoneta detenida y sobre la desmañada figura de Pedro, inclinado sobre el equipaje; la luz alcanzó el bungaló y subió por la escalera. Después de maniobrar en el cerrojo endurecido, Wang aplicó el hombro contra la puerta. Se abrió con una brusquedad explosiva, como resistiéndose a concluir dos años de imperturbabilidad. Desde el abismo en tinieblas de un alto escritorio, una solitaria y olvidada cuartilla flotó y aterrizó graciosamente en el suelo.

Wang y Pedro cruzaron la puerta profanada y metieron los bultos de la vagoneta; uno, entrando y saliendo a la velocidad del rayo, y el otro, pesado y tambaleante. Más tarde, y a raíz de algunas sugerencias de Number One, Wang hizo varios viajes a los almacenes provisto de su linterna, y trajo mantas, conservas, café, azúcar y una caja de velas. Encendió una y la plantó en el borde del escritorio. Pedro, entretanto, a quien se le indicaron algunas astillas y un manojo de leña seca, se dedicaba a encender un fuego en el exterior, colocando a continuación el recipiente de agua que Wang le había proporcionado con absoluta impasibilidad, con la distancia de un brazo que pareció alargarse por encima de un precipicio. Una vez obsequiado con el agradecimiento de sus invitados, Heyst dio las buenas noches y se marchó, invitándoles a reparar sus fuerzas.

Capítulo 8

Heyst se alejó lentamente. El bungaló seguía sin luz y pensó que estaba bien así. Para entonces, se sentía ya menos inquieto. Wang le precedía con la linterna, como con prisa de perder de vista a los dos blancos y a su greñudo asistente. La luz dejó de oscilar; se había quedado fija en los escalones de la veranda.

El exgerente de la T. B. C. Co., al mirar fortuitamente para atrás, descubrió una luz nueva: la de la hoguera de los forasteros. Una silueta oscura y desgreñada se difundió monstruosamente y se perdió tambaleante en las sombras. Seguramente, el agua había empezado a hervir.

Con la extraña impresión de una discutible humanidad grabada en la retina, Heyst dio uno o dos pasos. ¿Qué clase de gente podía tener criatura semejante para el servicio doméstico? Se detuvo. La difusa aprensión de un futuro lejano en el que veía a Lena inevitablemente separada de él por sutiles y profundas diferencias; y la escéptica falta de previsión que le había acompañado en cada uno de sus proyectos de acción, huyeron de él. No se pertenecería más a sí mismo. Le reclamaba algo más imperioso, más alto. Subió la escalinata y en el límite mismo del haz de la linterna vio los pies y el borde de su vestido. Estaba sentada, y la lobreguez envolvente de los aleros se difundía por su cabeza y sus hombros.

La muchacha no se inmutó.

—¿Te quedaste dormida aquí mismo? —preguntó.

—¡Oh, no! Te esperaba… en esta oscuridad.

Heyst, detenido en el último escalón, se apoyó en un travesaño después de desviar la linterna hacia un lado.

—Se me había ocurrido que era mejor que estuvieras sin luz. ¿No te importa sentarte a oscuras?

—No necesito luz para pensar en ti —el encanto de la voz realzó una respuesta banal que sólo tenía el mérito de la sinceridad.

El hombre sonrió un poco y comentó que había disfrutado de una curiosa experiencia. Ella no hizo ninguna observación. Trató de figurarse el perfil de la muchacha en aquella actitud displicente. Un reflejo de luz aquí y allá insinuaban la gracia indefectible del gesto, que era uno de sus atributos naturales.

Había pensado en él, pero con independencia de los extraños. Desde el principio sintió admiración por Heyst; le atrajo el encanto de la voz, la mirada benévola; pero le sentía misteriosamente inaccesible. Había dado sabor a su vida, movimiento, y también una esperanza transida de amenazas que nunca hubiera podido esperar una muchacha como ella, sujeta a la miseria. No debería irritarse, se dijo, por aquel aire de suficiencia que delataba el encierro en un mundo exclusivo y personal. Cuando la tomó en los brazos, sintió que había en ellos una fuerza poderosa y sincera, que la emoción era profunda e incluso que quizá no se hartara de su persona demasiado pronto. Pensó que había despertado sus sentidos a un gozo exquisito, que la inquietud que producía en ella era deliciosa en su misma tristeza y que trataría de seguir a su lado todo lo que fuera posible, hasta que las fuerzas para retenerle abandonaran su voluntad y sus miembros para siempre.

—Ni que decir tiene que Wang ya no está aquí —dijo él, de pronto. Ella respondió como en sueños:

—Dejó la linterna, según vino, y se fue corriendo.

—Corriendo, ¿eh? ¡Hum! Hace tiempo que ha dado la hora en la que suele llegar a la casa de su mujer *alfuro*; pero que se le haya visto correr es una especie de descrédito para Wang, perito consumado en el arte del escamoteo. ¿Crees que algún susto le hizo perder su maestría?

—¿De qué tendría que asustarse?

Su voz seguía distraída, un tanto incierta.

—Yo me he asustado —dijo Heyst.

Lena no escuchaba. La luz de la linterna, desde el suelo, despejó las sombras de su cara. Le brillaron los ojos, temerosos y expectantes, por encima de la barbilla iluminada y de la intensa blancura del cuello.

—Te doy mi palabra —murmuró Heyst— de que, ahora que no les veo, apenas puedo creer que existan esos individuos.

—¿Y yo, qué? —preguntó, de forma tan abrupta que el aludido hizo el gesto reflejo de quien ve cuajada la encerrona—. Cuando no me ves, ¿crees que existo?

—¿Existir? ¡Y de qué modo fascinante! Mi querida Lena, no conoces ni tus propios encantos. Ni siquiera que tu voz basta para que seas inolvidable.

—¡Oh, no hablaba de ese olvido! Me atrevería a decir que, aun estando muerta, también me recordarías. ¿Y qué falta le hace a nadie ese recuerdo? Sólo me importa mientras esté viva.

Heyst siguió a su lado, la robusta figura medio iluminada. Los hombros anchos, el gesto marcial camuflando una voluntad desarmada, se perdían en la penumbra, por encima del círculo de luz en que descansaban los pies. Ella nada tenía que ver con su problema. Adolecía de una idea general de las condiciones de vida que el compañero le había ofrecido. Arrastrada por su característico ensimismamiento, la muchacha permanecía ausente a causa de su ignorancia.

Por ejemplo, nunca llegaría a comprender la prodigiosa improbabilidad de que arribara una embarcación como aquélla. Parecía no pensar en ello. Quizá hasta se hubiera olvidado del hecho. Y Heyst decidió repentinamente no volver a hablarle del asunto. Si lo evitó no fue para que ella no se alarmara. Puesto que él mismo no tenía un sentimiento definido con respecto a ello, no podía proponerse suscitar en la muchacha un efecto concreto, cualquiera que fuese el peso de la explicación. Hay una cualidad en los acontecimientos que se registra de manera disímil por entendimientos diferentes, o incluso por la misma inteligencia en el curso de distintos momentos. Cualquier hombre en plenitud de facultades conoce esta turbadora certeza. Heyst era consciente de que la visita no presagiaba nada bueno. En su actual y resentida disposición hacia la Humanidad, contemplaba la situación desde el punto de vista de una intromisión particularmente ofensiva.

Miró desde la veranda en la dirección del otro bungaló. El fuego estaba apagado. La presencia de los forasteros no era insinuada ni por el débil resplandor de las brasas ni por el más breve destello de luz. La espesa tiniebla y el silencio de muerte se aliaban con los extraños intrusos. La paz de Samburan se afirmaba como en otra noche cualquiera. Era todo como siempre, excepto —y la brusquedad de la evidencia conmovió a Heyst— que durante un minuto entero, con la mano en el respaldo de la silla y casi rozando a la muchacha, había perdido la noción de su presencia por vez primera desde que la trajo a compartir esa inefable, inmaculada paz. Recogió la linterna, y la luz se agitó momentánea y silenciosamente a lo largo de la veranda. Las sombras fueron violentamente arrojadas del rostro femenino y una luz intensa inundó sus facciones, produciendo el efecto de una mujer absorta en una visión. Había fijeza en los ojos y gravedad en los labios. La respiración inflamaba ligeramente el escote del vestido.

—Será mejor que entremos, Lena —sugirió Heyst, muy bajo, sirviéndose de la cautela para romper el hechizo.

Lena se levantó sin decir palabra. Él la siguió al interior. Al cruzar el saloncito, dejó la linterna encendida sobre la mesa del centro.

Capítulo 9

Esa noche, la chica se despertó por vez primera con la sensación de que había sido abandonada a su ventura. Despertaba de un penoso sueño de separación, inspirado por un estímulo que no podía desvelar, y perdida con antelación la plenitud de ese momento en que los ojos se abren al mundo. El sentimiento de desolación persistía. Estaba realmente sola. Una candela lo esclareció difusamente en la penumbra, a la misteriosa manera de los sueños; aunque se trataba de una implacable realidad. Se llenó de angustia.

En un momento se presentó ante la cortina de la puerta y la apartó con mano firme. Las condiciones de vida; de Samburan convertían en absurdo cualquier intento de espionaje; y tampoco su carácter contaba con disposición semejante. No era el impulso de la curiosidad, sino de la alarma manifiesta: la angustiada prosecución de los temores de la pesadilla. La noche no podía haber avanzado mucho. La linterna seguía encendida con la misma intensidad, recorriendo el piso y las paredes con gruesas bandas de luz. No l sabía si podría ver a Heyst; pero le vio enseguida, en pijama y junto a la mesa, de espaldas a la puerta. Entró en silencio, con los pies descalzos, y dejó que la cortina cayera tras ella. Algo significativo en la actitud de Heyst le hizo decir, casi en un susurro:

—¿Buscas algo?

No era probable que la hubiera oído llegar, pero el inesperado susurro no le sobresaltó. Se limitó a cerrar el cajón de la mesa y a preguntar, sin volver la vista y sin alterarse, como si aceptara la presencia y no hubiera sido ajeno a ninguno de sus movimientos:

—Dime, ¿estás segura de que Wang no pasó por la habitación esta noche?

—¿Wang? ¿Cuándo?

—Después de dejar la linterna.

—¡Ah, no! Se fue corriendo. Yo le vi.

—Tal vez fuese antes, mientras yo estaba con los de la lancha. ¿Tienes alguna idea?

—Lo veo difícil. Estuve sentada ahí afuera desde la puesta de sol hasta que volviste.

—Pudo haber entrado un momento, por la veranda trasera.

—No escuché nada —dijo—. ¿Qué ocurre?

—Es lógico que no le escucharas. Cuando quiere, es tan silencioso como una sombra. Podría robarnos la almohada de debajo de la cabeza. Y también haber estado aquí hace diez minutos.

—¿Qué te despertó? ¿Un ruido?

—No puedo saberlo. Por regla general, no se sabe. Pero ¿qué te parece a ti? De los dos, eres la que tiene el sueño más ligero. A mí, un ruido un poco fuerte basta para despertarme, lo mismo que a ti. Me quedé todo lo callado que pude. ¿Qué fue lo que te despertó?

—No lo sé…, un sueño quizá. Me desperté gritando.

—¿Qué sueño era?

Heyst, con una mano apoyada en la mesa, se había vuelto hacia la muchacha, el calvo y redondo cráneo apostado sobre el potente cuello de luchador. Dejó la pregunta sin contestación, igual que si no la hubiera escuchado.

—¿Qué es lo que has perdido? —preguntó a su vez, muy seria.

Su melena oscura, que caía suavemente por la espalda, se anudaba por la noche con dos gruesas trenzas. Heyst contempló la curva delicada de la frente, la nobleza de aquella forma despejada, su palidez mate. Era una frente escultural. Tuvo un momento de percepción aguda, intercalándose en otro orden de ideas. Era como si el descubrimiento le la muchacha no tuviera fin y se prolongara siempre en los momentos más inoportunos.

No llevaba puesto más que un *sarong* de algodón tejido a mano, una de las pocas adquisiciones de Heyst, originaria de algún rincón de las Célebes, que databa de hacía bastantes años. Lo tenía completamente olvidado hasta que llegó ella; luego se lo había encontrado en el fondo de un viejo baúl de madera de sándalo con fecha anterior a la época de Morrison. Lena aprendió con rapidez a enrollarlo bajo las axilas y a asegurarlo con un entremetido, como las mujeres malayas cuando bajan al río para bañarse. Hombros y brazos quedaban al descubierto; una de las trenzas, que le colgaba a un lado, parecía casi negra en contraste con la piel. Como era más alta que la media de las mujeres malayas, el sarong terminaba un buen tramo por encima de los tobillos. Se mantuvo decididamente a medio camino entre la mesa y la cortina, el empeine de los pies descalzos con un reflejo de mármol en el sombrío suelo de esteras. La pendiente de sus hombros iluminados, el modelado firme y armónico de los brazos que flotaban en el costado, e incluso su impasibilidad, tenían algo estatuario, el encanto de un arte infundido de vida. Las proporciones no eran excesivas

—Heyst solía pensar en ella, al principio, como en «esa pobre y pequeña muchacha»—, pero una vez rescatada de la raída vulgaridad del vestido blanco de las actuaciones, y adornada con el escueto sarong, la forma de esas mismas proporciones sugería la reducción a escala de otras de magnitud heroica.

Avanzó un paso.

—¿Qué es lo que has perdido? —preguntó de nuevo.

Heyst se volvió de espaldas por completo a la mesa. Las franjas de oscuridad del piso y de las paredes confluían en el techo en un sendero de sombras, como los barrotes de una jaula. Ahora le tocaba a él ignorar la pregunta.

—¿Dices que te despertaste asustada?

Anduvo hacia él, exótica y aun así entrañable, con el rostro y los hombros de mujer blanca surgiendo del sarong malayo como de un disfraz etéreo; pero el gesto era grave.

—No —replicó—. Era, más bien, angustia. No estabas allí y no sabía por qué te habías ido de mi lado. Un sueño repugnante, el primero que tengo desde…

—¿Tú no crees en los sueños? —preguntó él.

—Conocí una vez a una mujer que creía en ellos. El caso es que le decía a la gente su significado por un chelín.

—¿Irías a preguntarle ahora lo que significa este sueño? —inquirió socarronamente Heyst.

—Vivía en Camberwell. ¡Era una vieja asquerosa! Heyst rio con cierta dificultad:

—El sueño es hijo de la locura. Lo que de verdad merecería la pena conocer son las cosas que ocurren en el mundo de la vigilia mientras nosotros dormimos.

—Has perdido algo que había en ese cajón —afirmó la muchacha.

—En este o en algún otro. He hecho lo propio del caso: mirar en todos los demás y volver a mirar en este. Me resulta difícil creer en la evidencia de los sentidos; pero los sentidos dicen que no está. Bien, Lena, ¿estás segura de que no…?

—No he tocado nada de lo que hay en esta casa, excepto lo que tú me has dado.

—¡Lena! —gritó.

Se sintió dolorosamente afectado por el rechazo de una acusación que no había pronunciado. Eso era lo que le habría dicho un criado, un inferior sujeto a sospecha; un extraño, en todo caso. Le enfurecía que se le malentendiera de una forma tan lamentable, y le defraudaba que no intuyera el lugar que le había dado secretamente en su pensamiento.

—A fin de cuentas —se dijo—, seguimos siendo extraños. Luego sintió pena por ella. Le habló con toda suavidad:

—Iba a decirte que si estabas segura de no tener alguna razón para pensar que el chino había pasado esta noche por la habitación.

—¿Sospechas de él? —preguntó, frunciendo las cejas.

—No hay ningún otro de quien sospechar. Puedes llamarlo certeza.

—¿No quieres decirme qué es? —preguntó en el tono indistinto con que se registra un hecho.

Heyst se limitó a sonreír débilmente.

—Nada valioso, en lo que se refiere a precio.

—Pensé que podía ser dinero —dijo ella.

—¡Dinero! —exclamó, como si la sugerencia fuera del todo absurda.

La muchacha se sorprendió de forma tan visible, que se apresuró a añadir:

—Desde luego, hay algún dinero en la casa, ahí, en el escritorio, en el cajón de la izquierda. No está cerrado. Puedes cogerlo. Hay un hueco y una tabla giratoria al fondo; un escondite bastante simple, cuando se conoce. Lo descubrí por casualidad y metí en él nuestra provisión de soberanos. El tesoro, querida, no es suficiente para reclamar una gruta.

Se detuvo, rio en voz baja y le devolvió la mirada.

—El dinero suelto, unos cuantos dólares y florines, lo he tenido siempre en ese cajón de la izquierda sin cerrar. No me cabe duda de que Wang sabe lo que hay en él; pero no es un ladrón, y por eso yo…, no, Lena, lo que he perdido no es oro ni joyas; y eso es lo interesante del hecho, que no es un robo de dinero.

Ella dio un largo suspiro de alivio al escuchar las últimas palabras. Una curiosidad intensa se dibujó en su cara, pero no quiso acosarle a preguntas. Se limitó a entregarle una de sus entrañables y fulgentes sonrisas.

—No he sido yo; por lo tanto, tiene que ser Wang. Deberías obligarle a devolverlo.

Heyst no añadió nada a esta inocente sugerencia práctica, porque el objeto que había salido del cajón era un revólver.

Se trataba de un arma pesada que había estado durante años a su disposición, pero que no llegó a utilizar jamás. Desde que el mobiliario de Londres entró en Samburan estuvo alojado en el cajón de la mesa. Para él, los auténticos peligros no eran aquellos que podían ser rechazados con estiletes o balas. Contaba además con la ventaja de que ni su actitud ni su aspecto parecían tan inofensivos como para exponerle a una agresión impremeditada.

No podría explicar lo que le había inducido a ir hasta el cajón en plena noche. Sufrió un repentino sobresalto, cosa, por lo demás, bastante infrecuente en él. Se encontró sentado, con la consciencia agudamente despejada y la muchacha a su lado, con el rostro vuelto en la otra dirección, una vaga y característica forma femenina en la penumbra. Inmóvil completamente.

En esa estación del año no había mosquitos en Samhuran, y los lados de la redecilla protectora estaban recogidos. Heyst dirigió los pies hacia el suelo y se encontró apoyado en ellos antes incluso de haber concebido la intención de levantarse. No supo por qué lo hacía. Ante el temor de despertarla, el débil crujido del armazón de la cama le había parecido estrepitoso. Se volvió con inquietud, esperando que se moviera, pero no lo hizo. Mientras la miraba, vio su propia imagen en el lecho, durmiendo profundamente a su lado y —le ocurría por vez primera en su vida— casi indefensa. Esta novedosa impresión de los peligros del sueño le hizo pensar de pronto en el revólver. Abandonó el dormitorio de puntillas. La levedad de la cortina que apartó al pasar y la puerta exterior abierta de par en par a la oscuridad de la veranda —tanto más cuanto los aleros descendían muy abajo y ocultaban la luz de las estrellas— le produjeron la impresión de haber estado peligrosamente expuesto, no podría decir por qué. Tiró del cajón. El hueco vacío interrumpió el curso de las sensaciones. Ante el hecho consumado, murmuró:

—¡Imposible! ¡Será otro sitio!

Intentó recordar dónde lo había puesto; pero la espoleada voz de la memoria no dio resultados alentadores. Rebuscando en todo rincón donde cupiera un revólver, llegó progresivamente a la conclusión de que no estaba en aquella habitación. Ni en ninguna otra. El bungaló constaba de dos habitaciones y una pródiga porción de veranda alrededor. Salió.

—Ha sido Wang, sin lugar a dudas —pensó, fijando los ojos en la hondonada de la noche—. Lo ha cogido por alguna razón.

Nada impedía a aquel chino fantasmal materializarse en el acto al pie de la escalinata, o en cualquier otro sitio y momento, y derribarle de un preciso y mortal disparo. El peligro era tan irremediable que no valía la pena preocuparse por él; no más, en todo caso, que por la general precariedad de la vida humana. Heyst especuló sobre este peligro añadido. ¿Cuánto tiempo había estado a merced de aquel escuálido dedo amarillo con el revólver engatillado? Dando por supuesto que esa fuera la razón para sustraer el arma.

—Balazo, y a heredar —pensó Heyst—. Muy sencillo.

Aun así, su mente se mostraba reacia a considerar al cultivador de hortalizas domésticas como un asesino.

—No, no es eso. Pudo haberlo hecho en cualquier otra ocasión durante los últimos doce meses o más.

Heyst dio vueltas a la presunción de que se hubiera apoderado del revólver en su período de ausencia de Samburan; pero en ese tramo de la especulación, el punto de vista se transformó. Con la energía de una certeza manifiesta, se le reveló la idea de que el arma fue cogida esa tarde, o bien esa noche. Wang, por supuesto. Pero ¿por qué? En el pasado no hubo peligros. Ahora estaban a un paso.

—Me tiene a su merced —pensó Heyst sin una inquietud especial.

El sentimiento que experimentó se parecía al de la curiosidad. Se olvidó, interponiendo una distancia conveniente, de sí mismo, igual que si se pusiera a considerar las circunstancias de otro cualquiera. Pero hasta esa especie de curiosidad estaba languideciendo cuando, al mirar a la izquierda, contempló las conocidas siluetas de los bungalós asomando en la noche, y recordó la llegada de la sedienta banda del bote. Wang difícilmente se arriesgaría a cometer un crimen en presencia de otro hombre blanco. Era un peculiar ejemplo del principio de «seguridad en función del número», que, de todas formas, no era muy del agrado de Heyst.

Volvió a entrar un tanto pesaroso, y se quedó ante el cajón vacío en profunda e insatisfactoria meditación. Acababa de decidir no participar nada de aquello a la muchacha cuando escuchó la voz a su espalda. Le había cogido por sorpresa, pero resistió el impulso de volverse en el acto porque tuvo la impresión de que leería el problema en su cara. Le había cogido por sorpresa, sí, y por esta razón la conversación iniciada no era exactamente como la que él habría conducido en caso de haber estado preparado para encajar la pregunta a quemarropa. Tendría que haber dicho de inmediato.

«No he perdido nada». Lamentó haber dado ocasión de que le hiciera la pregunta. Y concluyó la conversación con cierta trivialidad:

—Es un objeto de escaso valor. No te preocupes, no vale la pena. Lo mejor que puedes hacer es volver a la cama, Lena.

Se volvió algo remisa y, ya en la puerta del dormitorio, preguntó:

—¿Y tú?

—Creo que saldré a fumar a la veranda. No tengo sueño, de momento.

—Bueno, no tardes.

No hubo respuesta. Le vio de pie, inmóvil, con cierto ceño, y dejó que la cortina cayera lentamente.

Heyst encendió el cigarro antes de salir a la veranda. Levantó la vista por encima de los aleros para medir por las estrellas la noche transcurrida. Pasaba muy despacio. No sabía por qué le molestaba esa lentitud; no esperaba nada del amanecer; no obstante, todo lo que le rodeaba se había vuelto arbitrario, variable, vagamente urgente, y le cargaba con el peso de las exigencias, pero sin indicarle ninguna línea de acción. La situación le irritaba. El mundo exterior había irrumpido en él; ignoraba qué mal había hecho para tener que soportar aquella maldición, aparte de lo que sirvió para estimular la repugnante calumnia sobre su relación con el pobre Morrison. No podía olvidarlo. Había llegado a sus oídos por medio de la persona cuya confianza en la rectitud de su conducta le era más necesaria.

—Y lo ha dejado de creer a medias —pensó, con la desesperanza del abatimiento. Lo mismo que una herida física, esta traicionera puñalada moral pareció restarle fuerzas. No tenía la intención de hacer nada: ni despachar con Wang el asunto del revólver ni sacarle a los forasteros la identidad y el modo en que llegaron a la presente circunstancia. Arrojó a la oscuridad el cigarro encendido. Samburan no volvería a ser aquella soledad en la que dar rienda suelta a todos sus humores. La parábola de fuego que la colilla trazó en el aire fue vista a una distancia de veinte yardas desde otra veranda. Y fue anotado como un indicio importante por cierto observador especialmente facultado para la lectura de los signos y cuyo tenso estado de alerta bastaba para percibir el crujido de la hierba cuando crece.

Capítulo 10

El espectador era Martin Ricardo. La vida, para él, no era el producto de la resignación pasiva, sino el de una conflagración particularmente activa. No desconfiaba de la vida, no le disgustaba, y todavía menos se sentía inclinado a lamentar sus desengaños; sin embargo, tenía una intensa consciencia de las posibilidades de fracaso. Aunque distaba mucho de ser un pesimista, no era hombre que hiciera castillos en el aíre. No le gustaba perder; debido no sólo a lo desagradable y peligroso de las consecuencias, sino también a los efectos nocivos que pudieran recaer sobre su concepto de sí mismo. Era un trabajo especial, de su personal invención y, por lo demás, bastante novedoso. No seguía, por así decir, la línea habitual de sus iniciativas —excepto, quizá, desde un punto de vista moral, sobre el que no era dado a torturar la cabeza—. Todas estas razones se concitaban para que Martin Ricardo no pudiera dormir.

Mr. Jones, tras algunas tiritonas y beber una abundante porción de té caliente, cayó, al parecer, en un sueño profundo. Había disuadido de forma terminante a su leal seguidor de cualquier conato de conversación. Ricardo escuchaba el ritmo regular de su respiración. Para el jefe, todo iba saliendo a pedir de boca. Consideraba el asunto como una especie de deporte. Lo propio en un caballero. Sea como fuere, el importante y espinoso trabajo en el que se mezclaban el honor y la seguridad personal tendría que ser llevado a cabo. Ricardo se levantó en silencio y salió a la veranda. No podía acostarse todavía. Necesitaba aire, y tenía la sensación de que, forzados por su impaciencia, la oscuridad y el silencio depararían alguna cosa a sus ojos y oídos.

Contempló las estrellas y regresó de nuevo a la oscuridad. Resistió el impulso de salir y escabullirse hacia el bungaló de enfrente. Habría sido una locura rondar en las tinieblas sobre un suelo desconocido. ¿Y con qué fin, como no fuera aliviar la angustia? La inmovilidad oprimía sus miembros igual que un sayo de plomo. Todavía no había renunciado del todo. Y persistía en la vigilancia sin objeto. El hombre de la isla guardaba silencio.

Fue en ese momento cuando los ojos de Ricardo atraparon el incandescente trazo de luz que hizo el cigarro: la revelación súbita de un hombre insomne. No pudo reprimir un discreto «¡hola!» mientras se acercaba sigilosamente a la puerta, pegado a la pared. Supuso que el

hombre había salido después de tirar el cigarro. En realidad, Heyst se limitó a entrar de nuevo con el sentimiento de quien renuncia a una ocupación poco provechosa. Pero Ricardo imaginó el crujir apagado de las pisadas en el herbazal, y se escurrió a toda prisa en el interior del cuarto. Allí tomó aliento y reflexionó. El paso siguiente fue tantear las cerillas de encima del escritorio y encender la vela. Tenía que comunicar a su jefe ideas y observaciones de tal importancia que le pareció absolutamente necesario comprobar el efecto que producían en el semblante del interlocutor. Al principio se le ocurrió que la consulta podía esperar al día siguiente, pero el insomnio de Heyst, revelado de aquella forma inquietante, le convenció de la imposibilidad de dormir esa noche.

Esto mismo confesó a su jefe. Cuando la llama con forma de puñal dispersó las sombras, Mr. Jones apareció en el armazón de la cama, al otro extremo de la habitación. Una manta de viaje ocultaba la estilizada figura hasta la cabeza, cuyo cráneo exangüe descansaba sobre otra dispuesta a modo de almohada. Ricardo se dejó caer con las piernas cruzadas muy cerca del petate; en cuanto Mr. Jones —quien acaso no durmiera tan profundamente— hubo abierto los ojos, se los encontró convenientemente nivelados con la cara de su secretario.

—¿Eh? ¿De qué hablas? ¿No te toca dormir esta noche? ¿Pues por qué no dejas que duerma yo? ¡Maldito filatero!

—Pues porque el tipo ese no puede dormir, ahí tiene el porqué. En este momento anda dale que te pego a la sesera. ¿Qué le ronda la cabeza en plena noche?

—¿Cómo sabes tanto?

—Estaba afuera, señor, y a oscuras. Le he visto con mis propios ojos.

—Pero ¿cómo sabes que estaba pensando? Podría tener otros motivos; dolor de muelas, por ejemplo. Y tú puedes haberlo soñado. ¿No estabas intentando dormir?

—No, señor, ni siquiera lo he intentado.

Ricardo informó al patrón de su centinela y de la revelación que le puso fin. Concluyó que un hombre que se levanta a media noche y enciende un cigarro le está dando vueltas a algo.

Mr. Jones se enderezó sobre el codo. El gesto de interés confortó a su fiel secuaz.

—Me parece que ya es hora de que nosotros mismos pensemos un poco —añadió, más seguro.

A pesar del tiempo que llevaban juntos, el humor del jefe era siempre una fuente de inquietud para aquel espíritu simple.

—Tú, siempre, mucho ruido y pocas nueces —observó Mr. Jones con cierta tolerancia.

—Lo del ruido, sí; pero no puede decir que pocas nueces, señor. Puede que la mía no sea la manera en que un caballero ve las cosas, pero tampoco es la de un idiota. Usted mismo lo ha admitido en tiempos peores.

Ricardo se estaba acalorando. El caballero le interrumpió sin ningún calor.

—Presumo que no me has despertado para hablarme de ti.

—No, señor —Ricardo se mordió la lengua y quedó en silencio por espacio de un minuto—. No creo que pudiera contarle algo de mí que usted no sepa ya.

Había una especie de divertida satisfacción en su tono, que cambió completamente en la continuación:

—Es ese hombre, el de allí, el tema de conversación. ¡No me gusta!

La sonrisa cadavérica se esfumó, vista y no vista, de los labios del jefe.

—¡Ah!, ¿no? —murmuró el caballero, cuyo rostro sustentado por el antebrazo quedaba al nivel de la coronilla de su secuaz.

—No, señor —confirmó enfáticamente Ricardo.

La vela del otro extremo lanzaba sombras monstruosas sobre la pared.

—Él, ¿cómo le diría yo?, no es franco.

Mr. Jones lo corroboró con su característica languidez:

—Parece un hombre muy seguro de sí mismo.

—Sí, eso es, muy… —Ricardo se atragantó de indignación—. ¡La seguridad le saldría muy pronto por un agujero en las costillas si no fuera un trabajo especial!

El de la cama debía estar dedicado a sus particulares reflexiones, porque preguntó:

—¿Crees que sospecha?

—No veo de qué puede sospechar —comentó Ricardo—. Pero allí estaba, rasca que rasca. ¿Qué le rondaría la cabeza? ¿Qué le hizo salir de la cama en plena noche? Las pulgas no fueron, seguro.

—Puede que la mala conciencia —sugirió Mr. Jones, socarronamente.

El leal secretario, en auténtica crisis de furibundia, no vio la gracia. Declaró en un tono impaciente que eso de la conciencia no existía. Lo que existía era el canguelo, aunque no hubiera forma de demostrarlo con aquel

individuo. Admitía, como mucho, que la llegada de forasteros le pusiera nervioso; por el escondite del botín, más que otra cosa.

Ricardo echó un par de vistazos de reojo, como si temiera ser escuchado por las espesas sombras que la luz mortecina dispersaba en la habitación. Su patrón, sin mover un músculo de la cara, dijo con una tranquilidad susurrante:

—Puede que ese hotelero sólo te haya contado mentiras. A lo mejor resulta un pobre diablo.

Ricardo meneó la cabeza. La teoría schombergiana se había convertido en una convicción profunda, de la que estaba tan empapado como una esponja sumergida en el agua. Las dudas de su señor eran una negación caprichosa de las evidencias más puras; pero el tono de Ricardo no varió: un suave ronroneo acompañado de un imperceptible gañido.

—¡Me sorprende, señor! Porque encaja con la forma de apañarse de los mansos, esos vulgares hipócritas que atestan el mundo. Cuando el tufo del botín les pasa por bajo de la misma nariz, ninguno puede tener las manos quietas. No se lo reprocho, pero me saca de quicio. Basta fijarse en cómo se deshizo de ese compinche suyo. Mandar a un hombre a casa para que la diñe de una pulmonía…; ahí tiene un truco de pusilánime. ¿Y va usted a decirme que un tipo así no iba a llenarse la bolsa con lo primero que le viniera a mano, como buen hipócrita? ¿Qué es todo ese negocio del carbón? ¡Rapiña de pacífico ciudadano! ¡Hipocresía, y nada más! ¡No, señor, no! La cosa está en sacarle la viruta con toda la limpieza posible. Ese es el trabajo; y no resultará tan fácil como parece. Aunque reconozco que lo ha mirado usted del derecho y del revés antes de decidir el viaje.

—No —a Mr. Jones apenas se le oía, la mirada perdida en un punto fijo —. No pensé mucho en ello. Estaba aburrido.

—Sí, andaba usted… enfermo. Y yo, desesperado del todo la tarde en que a ese tocino con barba que se apellidaba posadero le dio por hablarme del tipo de ahí enfrente. Por pura casualidad. Bien, señor, aquí estamos; por los pelos, pero estamos. Todavía no me he sacudido la flojera; pero da igual; el botín compensará por lo que haga falta.

—Aquí no hay nadie más —observó el otro con un murmullo ronco.

—Ss… sí, en cierta forma. Casi nadie. Puede decirse que está solo.

—Menos el chino.

—Sí, menos el chino —asintió Ricardo, con aire distraído.

Estaba dando vueltas a lo recomendable que resultaría descubrir la existencia de la chica. Finalmente, decidió no hacerlo. La empresa ya era bastante peliaguda sin necesidad de complicarla con trastornos en la sensibilidad del caballero con quien había tenido el honor de asociarse. Lo mejor sería dejar que el hecho se presentara por sí solo y jurar que no sabía nada de la ingrata presencia.

No necesitaba mentir. Sólo tenía que sujetar la lengua.

—Sí —susurró, pensativo—, está ese chino.

En el fondo, sentía un ambiguo respeto por el asco que producían las mujeres en su jefe, como si ese horror a la presencia femenina fuera una especie de moralidad depravada; pero moralidad, al fin y al cabo, que representaba una ventaja al eludir muchas complicaciones indeseables. No pretendía entenderla del todo. Ni siquiera profundizar en la personalidad de aquel hombre. Se limitaba a reconocer que sus inclinaciones personales eran distintas y que ellas no le hacían más feliz ni más cauto. No podía saber cómo hubiera actuado él mismo en el caso de haber pasado la vida dando tumbos por ahí. Felizmente, él era un mandado, no un perro a sueldo, sino un integrante del séquito, circunstancia que tenía sus límites por uno y por otro lado. ¡Sí! No se podía negar que la actitud de Mr. Jones simplificaba generalmente las cosas. Pero quedaba claro que también podía complicarlas, como ocurría con este enjundioso y, según Ricardo, más que delicado caso. Lo peor de todo era que nadie estaría en condiciones de predecir el cariz que tomarían los acontecimientos.

Era antinatural, pensó con cierta acritud. ¿Cómo hacer cálculos con lo que sobrepasa la Naturaleza? No había reglas para eso. El leal servidor de Mr. Jones a secas, pronosticándose dificultades materiales sin cuento, decidió no Inmiscuir a la muchacha en el punto de mira del patrón. Hasta donde pudiera ingeniárselas. Y eso, ¡ay!, sería cuestión de horas, mientras que el negocio propiamente dicho llevaría días. Una vez arrancara, no temía que su caballero le fallase. Como sucede a menudo con las naturalezas sin ley, la lealtad de Ricardo en un individuo dado era de un carácter simple e incuestionable: el hombre debe tener algún apoyo en la vida.

Con las piernas cruzadas, la cabeza algo vencida y perfectamente inmóvil, bien pudiera haber estado meditando, en la postura del bonzo, sobre la sagrada sílaba de «Om». Era una ilustración palpable de la falsedad radical de las apariencias, ya que su desprecio del mundo era de una clase estrictamente práctica. No había nada oriental en Ricardo, como no fuera

aquella quietud sorprendente. Mr. Jones tampoco se movía. Dejó caer la cabeza sobre la manta doblada y se quedó de costado, de espaldas a la luz. En esa posición, las sombras se juntaban en las cavidades de los ojos, produciendo un efecto de completa vacuidad. Cuando habló, la voz fantasmal sólo tuvo que atravesar algunas pulgadas para alcanzar el oído izquierdo de Ricardo:

—¿Ahora que me has despertado, ya no dices nada?

—Me pregunto si estaba usted tan dormido como quiere dar a entender —dijo el inconmovible Ricardo.

—Yo también me lo pregunto —contestó a su vez el otro—. En todo caso, descansaba tranquilamente.

—¡Vamos, señor! —era un susurro alarmado—. ¿No irá a decir que está empezando a aburrirse?

—No.

—¡Menos mal! —El secretario se sintió aliviado—. No hay motivos para aburrirse, se lo aseguro. ¡Cualquier cosa, menos eso! Si no he dicho nada no es porque no haya un buen montón de temas de qué hablar. Más que suficiente.

—¿Y a ti qué te pasa? —masculló el caballero—. ¿Te estás volviendo pesimista?

—¿Que yo me vuelvo? No, señor. Yo no soy de los que se vuelven nada. Si le viene en gana, puede llamarme lo que quiera, pero sabe muy bien que no soy una plañidera —Ricardo cambió de tono—. Pensaba en el chino, señor, por eso no decía nada.

—¿De veras? Pues tiempo perdido, querido Martin. Un chino es impenetrable.

Ricardo admitió que lo fuera. Pero, de todas formas, y mirando por donde se debe, no son tan impenetrables como supone la gente; quien no lo era, desde luego, es un barón sueco, ¡no podía serlo! De barones semejantes estaban los montes llenos.

—No creo que sea tan manso —fue el comentario de Mr. Jones, pronunciado en un tono sepulcral.

—¿Qué quiere decir, señor? Claro que no es un conejo. No podría usted hipnotizarle, como he visto que hacía con más de un *dago* y otras especies de ciudadanos pacíficos cuando llega el momento de sentarles a jugar.

—No cuentes con eso —murmuró gravemente Mr. Jones a secas.

—No, señor; no cuento con ello, aunque tiene usted un poder maravilloso en el ojo. Es un hecho.

—Yo tengo una maravillosa paciencia —observó secamente.

Una oscura sonrisa se proyectó en los labios del servicial Ricardo, que no llegó a levantar la cabeza.

—No quiero cansarle, señor, pero este trabajo no se parece en nada a los que nos han pasado por el magín hasta ahora.

—Puede que no. Pero hay que pensar como si lo fuera.

Un cierto hastío por la monotonía de la existencia se hizo patente en el tono de esta calificada afirmación. El resultado fue que los nervios del ardoroso Ricardo se pusieron de punta.

—Vamos a pensar en la forma de ir al tajo —replicó con alguna impaciencia—. El sujeto tiene mano izquierda. Fíjese cómo se las arregló con el socio. ¿Ha escuchado alguna vez cosa tan miserable? ¡La astucia de la fiera, fíjese; esa astucia mezquina y carroñera!

—Déjate de moralejas, Martin —dijo el caballero en tono admonitorio —. Por lo que deduzco de la historia que te contó el hotelero, enfrente tenemos a todo un carácter, con una independencia de sentimientos poco habitual. Si coincide con la realidad, el sujeto es bastante singular.

—Sí, ya. Bastante singular. Y bastante rastrero, de todos modos —murmuró obstinadamente Ricardo—. Sólo digo que las pagará todas juntas, y de una forma que le va a sorprender.

La lengua del secretario se movió como un bicho por el borde tenso de los labios, como paladeando ya la feroz retribución. La indignación era sincera en lo referente al principio básico de lealtad a un compinche, violado a sangre fría, con lentitud y una paciente hipocresía más dura que el tiempo. Había reglas tanto en la villanía como en la virtud, y, de hecho, según lo pintaba, adquiría un horror añadido por lo paulatino de aquella traición, a la vez atroz y soterrada. Pero comprendía también el juicio discreto del caballero, considerando todo con la privilegiada imparcialidad de una mente cultivada, de un temple bien educado.

—Sí, tiene mano izquierda; es astuto —rezongó.

—¡Maldita sea! —el despacioso susurro de Mr. Jones se deslizó en su oído—.

Vamos al grano.

El secretario dejó obedientemente de lado sus consideraciones. Había un equilibrio en la disparidad de aquellos dos: uno, víctima de sus vicios; el

otro, inspirado por un afán desdeñoso y retador, la agresividad de la fiera depredadora contemplando a las pacíficas criaturas de la tierra como a presas naturales. Ambos eran astutos y, sobre todo, conscientes de que se habían metido en la aventura sin una estimación suficiente de los detalles. La visión del hombre solitario y abandonado a la suerte, fascinante e indefensa en medio del mar, surgió en toda su extensión y sin dejar espacio para nada más. No parecía haber necesidad de mayores reflexiones. Como dijo Schomberg: tres contra uno.

Pero una vez se enfrentaron a aquella soledad que protegía a su presa con la firmeza de una armadura, el proyecto no resultaba tan sencillo. El sentimiento expresado a su manera por el secuaz —«no parece que hayamos adelantado mucho, ahora que estamos aquí»— era compartido en silencio por el superior. No costaba tanto rebanarle el cuello a un individuo o hacerle un agujero en el cuerpo, tanto si estaba solo como si no —admitió Ricardo, en voz baja y confidencial—, pero…

—No está solo —insinuó Mr. Jones, en la postura de quien se dispone a coger el sueño—. No te olvides del chino.

—¡Oh, sí; el chino!

Quedó a un paso de claudicar, ¡pero no! Quería a su patrón imperturbable y firme. Pensamientos vagos, relacionados con la muchacha, y con los cuales apenas se atrevía a enfrentarse, se revolvían en sus adentros. Había que dejarla al margen, pensó. Se la podría asustar. Y quedaban otras posibilidades. Pero el chino podía traerse y llevarse sin mayor reparo.

—Lo que yo pienso, señor —continuó con seriedad—, es que tenemos a un hombre. Y un hombre no es nada. Se porta mal, y se le hace callar. Pero queda el botín. Y no lo lleva en la faltriquera.

—Me temo que no —dijo Mr. Jones.

—Lo mismo digo. Es demasiado grande, por lo que nos han contado; pero sí estuviera solo no se preocuparía tanto de él, quiero decir, por tenerlo a salvo. Lo metería todo en un paquete o en un cajón que le viniera a mano.

—¿Tú crees?

—Sí, señor. Lo tendría a la vista, como si dijéramos. ¿Por qué no? Es lo más natural. Nadie entierra la garlofa a no ser que tenga buenas razones para hacerlo.

—¿Una buena razón?

—Sí, señor. ¿Qué cree usted que es un hombre? ¿Un topo?

Ricardo argumentaba, por experiencia, que el hombre no es animal de madriguera. Incluso los avaros rara vez enterraban sus tesoros, como no fuera por motivos excepcionales. Dada la condición solitaria del hombre de la isla, la compañía de un chino era motivo más que suficiente. Andando por medio los ojos rasgados de un chino entrometido, ni las arquetas ni los cajones eran seguros. No, señor. A menos que tuviera una caja de caudales, una igual que la de la oficina. Pero estaba en aquel mismo cuarto.

—¿Hay una en esta habitación? No me había dado cuenta.

La razón era que estaba pintada de blanco, como las paredes, aparte de escondida en un rincón oscuro. Mr. Jones desembarcó demasiado exhausto para fijarse en algo; pero Ricardo reconoció enseguida aquella forma característica. Le hubiera gustado creer que el producto de la traición, de la superchería y de las abominaciones morales de Heyst estaba allí. Pero no; el objeto inculpado se hallaba vacío.

—Puede que alguna vez estuviera ahí —comentó con pesimismo—, pero ya no está.

—No fue esta la casa que escogió para vivir —observó Mr. Jones—. Por cierto, ¿qué querría decir con lo de las circunstancias que le impedían alojarnos en su bungaló? ¿Recuerdas qué dijo, Martin? Me sonó un poco raro.

Martin, que recordaba y comprendía la frase por estar directamente relacionada con la presencia de la muchacha, esperó un poco, antes de decir:

—Alguna de sus mañas, señor, y no de las peores. Ahí tiene la forma de hablarnos, sin hacer preguntas. La gente es curiosa, igual que él; sólo que hace como si no le importara. Pero le importa. ¿Qué hacía, si no, fumándose un cigarro en plena noche y con la sesera funcionando? No me gusta nada.

—Puede que esté afuera, viendo esta luz y pensando lo mismo de nosotros —sugirió gravemente el jefe.

—Puede, señor; pero el asunto es demasiado importante para hablarlo en la oscuridad. La luz está bien puesta. Y puede estar justificada. Hay luz en este bungaló porque…, bueno, porque usted no está bien. No está bien, señor…, eso es lo que pasa. Y tendrá que actuar de acuerdo con ello.

Se le había ocurrido de pronto, en vista de la oportuna resolución de mantener a su jefe y a la muchacha apartados el mayor tiempo posible. Mr. Jones recibió la sugerencia sin inmutarse; nada alumbró en las fosas de sus ojos, donde una chispa de luz fija era el único signo que recordaba la vida

en un cuerpo sobrecogido. Pero Ricardo, tan pronto como enunció el feliz pensamiento, percibió nuevas posibilidades, más ventajosas y prácticas.

—Con su aspecto, señor, será bastante fácil —continuó en el mismo tono, como si ningún silencio hubiera intervenido, siempre respetuoso, pero franco, con propósitos perfectamente simples—. Todo lo que tiene que hacer es quedarse tranquilamente acostado. Me fijé en la cara con que le miraba a usted en el muelle.

El ingenuo homenaje a su aspecto que latía en estas palabras, sugiriendo más la sepultura que el lecho de un enfermo, hizo aparecer una arruga en el lado de la cara que el caballero tenía expuesto a la mortecina claridad, una profunda, sombría y semicircular arruga que llegaba desde la nariz hasta la barbilla, revistiendo la forma de una sonrisa silenciosa. Con una mirada sesgada, Ricardo advirtió la transformación. Él también sonrió, agradecido, animado.

—Y usted, mientras, fuerte como un mulo —continuó—. ¡Que me cuelguen si no le daría cualquiera por enfermo, aunque yo le jurara lo contrario! Esperemos uno o dos días para examinar el asunto y cogerle la medida a ese hipócrita.

Ricardo se puso a mirar fijamente sus espinillas cruzadas. El arráez dio su aprobación con la habitual falta de energía.

—Quizá sea una buena idea.

—El chino no cuenta. Se le hace callar en cualquier momento.

Una de las manos de Ricardo, que reposaba vuelta de palmas sobre las piernas cruzadas, gesticuló como en una estocada, y el movimiento fue duplicado por la sombra amenazante de un brazo que sobrevoló la pared. El gesto rompió el sortilegio de la quietud perfecta de la estancia. El secretario echó una mirada malhumorada a la pared. Se podía hacer callar a cualquiera, insistió. Y no era por lo que el chino pudiera hacer, no. Era por los efectos que su compañía produjera en aquel hombre sentenciado. ¡Un hombre! ¿Qué era un hombre? A un barón sueco se le podía rajar o agujerear lo mismo que a otra criatura cualquiera; pero eso era precisamente lo que había que evitar hasta averiguar dónde estaba escondida la hucha.

—Me da en la nariz que será alguna hoya en el bungaló —comentó Ricardo con auténtica ansiedad.

No. Una casa se puede quemar, accidentalmente o a propósito, mientras duerme el dueño. ¿Bajo la casa, en alguna hendidura, grieta o rendija? Algo le decía que no andaba por ahí. La crispación del esfuerzo mental acentuó el

entrecejo de Ricardo. Hasta el cuero cabelludo pareció agitarse con esta tarea de vanas y torturantes suposiciones.

—¿Qué cree que es un hombre, señor? ¿Un crío? —dijo en respuesta a las objeciones de Mr. Jones—. Sólo quiero saber lo que yo haría en su caso. No creo que sea más listo que yo.

—¿Y qué sabes tú de ti mismo?

El aristócrata pareció observar la perplejidad de su incondicional con un regocijo disimulado por la actitud desfalleciente.

Ricardo eludió la pregunta. La visión física del espolio le absorbía todas las facultades. ¡Una visión grandiosa! Lo mismo que si lo tuviera delante. Unos maletines de lona atados con un cordel, con los rotundos vientres señalados por la presión de las monedas —de oro, sólidas, pesadas, sumamente portátiles—. O quizá fueran cajas de caudales con una marca impresa en las tapas; o tal vez una caja de latón negro con un asa encima y repletas del diablo sabe qué. ¿Billetes de banco?

¿Por qué no? El individuo volvía a casa; así que seguramente viajaba con cosas de valor.

—Podía haberlo dejado fuera, en cualquier parte. ¡En cualquier parte! —gritó Ricardo, sofocándose—. En el bosque…

¡Era eso! Una oscuridad instantánea reemplazó la penumbra del cuarto: la lobreguez de un bosque por la noche y una linterna a cuya luz una silueta cavaba al pie de un árbol. Y lo más probable es que otra figura sostuviera la linterna…, ¡una figura femenina! ¡La muchacha!

La prudencia hizo que refrenara una pintoresca y blasfema exclamación, en parte de alegría y en parte de consternación. ¿El hipócrita había o no confiado en la chica? De la forma que fuere, o confió o desconfió por completo. Con las mujeres no valían medias tintas. No se imaginaba a un tipo confiando a medias en una mujer con la que mantenía una relación íntima, y más en aquellas particulares condiciones de soledad y de conquista previa, en las que las confidencias no podían parecer peligrosas, ya que en el lugar no había nadie a quien descubrirlas. Ítem más: en nueve de cada diez casos, la mujer obtenía esa confianza. Pero, aparte de eso, ¿era la presencia femenina una condición favorable o desfavorable de cara al problema? ¡Ahí estaba la cuestión!

Por raudas que fueran las cavilaciones, sintió que un silencio prolongado no era aconsejable. Se apresuró a decir:

—¿Nos ve, señor, a usted y a mí agujereando, pala en mano, los rincones de esta maldita isla?

Se permitió un ligero movimiento de brazos. La sombra lo prolongó en un gesto dramático.

—Suena bastante descorazonador, Martin —susurró el inconmovible jefe.

—No hay que desanimarse, ese es el quid —replicó su leal—. ¡Y menos, después de lo que hemos pasado en esa lancha! Sería como…

No pudo encontrar la palabra adecuada. Muy calmo, deferente, pero con astucia, expresó oscuramente la recién nacida esperanza:

—Algo habrá que nos eche una mano; pero el trabajo tiene que ir a su paso. Deje de mi cuenta el seguir la pista; en cuanto a usted, señor, tiene que jugarle con tiento. Confíe en mí para lo demás.

—De acuerdo; pero me pregunto de dónde sacas tanta confianza.

—De nuestra suerte. ¡No diga una palabra contra ella! Podría irse a paseo.

—Eres un ganapán supersticioso. No, no diré nada ostra ella.

—Eso está bien, señor. No la miente ni con el pensamiento. No hay que tentarla.

—Sí, la suerte es algo delicada —concedió distraídamente Mr. Jones.

Sobrevino un corto silencio, que concluyó Ricardo en *gin* tono de prudente tanteo:

—Hablando de suerte: supongo que podremos enredarle en una partida con usted…, un mano a mano al *picket* o al *ekarty*, aprovechando la enfermedad y que se tiene que quedar en casa…, sólo para pasar el tiempo. Me da que es uno de esos que se calientan nada más empezar.

—¿Tú crees? —intervino fríamente el otro—. Teniendo en cuenta lo que sabemos de él…, me refiero a lo de su socio.

—Cierto, señor. Tiene hielo en las venas; es un mal bicho.

—Y te diré otra cosa que tampoco es probable. No se dejaría limpiar así como así. No estamos tratando con un imberbe a quien se puede tomar el pelo y darle jabón. Es un tipo calculador.

Ricardo lo admitió sin reparos. Lo que tenía en mente era algo a menor escala, lo justo para mantener ocupado al enemigo mientras él huroneaba un poco.

—Podría incluso perder algún dinero con él, señor sugirió.

—Podría.

Ricardo se quedó pensativo:

—Me pega que es de los que se ponen de uñas a la menor de cambio. ¿Usted qué cree? ¿Es de los que se encampanan? Quiero decir, si hay algo que le altere. Me parece que este zumba más que corre, ¿no cree?

Obtuvo respuesta en el acto, gracias a que Mr. Jones estaba en condiciones de entender el lenguaje peculiar del leal servidor:

—¡Oh!, no te quepa duda, no te quepa duda.

—No sabe cómo me gusta oír eso. Es una bestia furiosa, no hay que pincharle…, por lo menos hasta que yo tenga localizado el material. Luego…

Ricardo se dejó ganar por una quietud siniestra. Al poco se levantó bruscamente y lanzó al jefe una mirada ensimismada. Mr. Jones no se inmutó.

—Una cosa me preocupa —comenzó con voz un tanto sofocada.

—¿Sólo una? —Fue el mortecino comentario que llegó del cuerpo yaciente.

—Quiero decir más que las otras juntas.

—Eso parece serio.

—Ya creo que lo es. Esto…, ¿cómo se siente usted, señor? ¿Empieza a aburrirse?

Sé que le viene de repente, pero seguro que puede decirme…

—Martin, eres un borrico.

El rostro sombrío del secretario se iluminó.

—¿De veras, señor? No sabe cuánto me alegra… que no esté aburrido, quiero decir. No nos ayudaría en nada.

Ricardo llevaba la camisa abierta y remangada a causa del calor. Atravesó sigilosamente el cuarto, descalzo, en dirección a la vela, y la sombra de su tronco se agigantó en la pared opuesta, a la que se había vuelto la cara de Mr. Jones a secas. Con un reflejo felino, Ricardo miró por encima del hombro la escuálida figura del espectro que yacía en la cama, y entonces sopló la vela.

—De hecho, me divierte bastante, Martin —dijo el caballero en la oscuridad.

Este último escuchó el ruido de una palmetada en el muslo y la jubilosa exclamación del compinche:

—¡Bien! ¡Así se habla, señor!

Parte IV

Capítulo 1

Ricardo avanzó cautamente, con breves escaramuzas de un árbol a otro, más al modo de una ardilla que al de un gato. El sol había salido un poco antes. El fulgor de mar abierto invadía ya el oscuro, frío y temprano cobalto de la Bahía del Diamante; pero las sombras más profundas se prolongaban todavía bajo los poderosos troncos entre los que se escondía el secretario.

Acechaba el bungaló de Number One con la paciencia de un animal, no obstante un enrevesamiento de propósito de lo más humano. Era la segunda mañana de centinela. En la primera no fue recompensado con el éxito. Daba igual, porque, ciertamente, no había prisa.

El sol, proyectándose de pronto sobre la cordillera, inundó de luz el paraje carbonizado que se extendía frente a Ricardo y la fachada del bungaló, del que sólo se zafaba a su vista la mancha penumbrosa de la entrada. A la derecha, a la izquierda y a su espalda aparecieron charcos dorados entre las densas tinieblas del bosque, adelgazando las sombras bajo el tabique denso de las hojas.

No era una circunstancia muy favorable para los intereses de Ricardo. No deseaba que le descubrieran en su paciente ocupación. Todo lo que pretendía era ver a la chica Un vistazo a través del calvero, sólo para saber cómo era. Tenía una vista excelente y no había tanta distancia. Distinguiría la cara sin mayor dificultad sólo con que saliera a la veranda; y lo haría sin remedio, más tarde o más temprano. Confiaba en formarse alguna opinión de la muchacha, lo cual le parecía muy necesario antes de dar el paso de encontrarse con ella, a escondidas de aquel barón sueco. Su hipotética estimación de la muchacha tenía tal peso, que se sentía bastante dispuesto, sobre la base de aquel escrutinio, a mostrarse con discreción, a hacerle incluso una seña. Dependía de lo que leyera en su cara. No podía ser gran cosa. Conocía el tipo.

Estirando el cuello a través del follaje de una enredadera, pudo echar un vistazo a los tres edificios irregularmente dispuestos a lo largo de una curva sin accidentes. Sobre la barandilla del más alejado colgaba una alfombra con dibujos de tartán, sorprendentemente llamativa. Ricardo distinguía

hasta los cuadros. En una vigorosa hoguera frente a la escalinata se estaban quemando astillas y, a la luz del sol, la gruesa y ondulante llama se transfundía hasta la invisibilidad —un simple jirón rosáceo bajo una débil corona de humo—. Podía ver el vendaje blanco de la cabeza de Pedro inclinada sobre el fuego, y los mechones de pelo negro, asombrosamente enhiestos. Él mismo había hecho el vendaje después de descalabrar la prominente y velluda testa. La criatura, mientras se dirigía vacilante a la escalera, se balanceaba como un fardo. Ricardo observó un pequeño mango de cazo en el extremo de la pezuña.

Sí, podía ver todo lo que merecía la pena verse, próximo o lejano. ¡Buena vista la suya! La única cosa que no podían penetrar sus ojos era el rectángulo oscuro de la entrada, bajo la pendiente de los aleros. Y eso era molesto y ultrajante. Ricardo se sentía fácilmente ultrajado. ¡Seguro que saldría enseguida! ¿Por qué no salía? Lo más probable es que el tipo en cuestión no la hubiera atado a la pata de la cama antes de marcharse.

Siguió sin aparecer nadie. Estaba tan quieto como las frondosas lianas de las enredaderas, que colgaban como cortinas de las poderosas ramas que se extendían a sesenta pies por encima de su cabeza. Tenía quietas hasta las pestañas, y la imperturbable centinela le daba el aire transido de un gato apostado en la manta de la chimenea contemplando el fuego. ¿Estaría soñando? Allí, a simple vista, tenía una chaqueta blanca y ablusada, dos pantalones cortos y azules, un par de pantorrillas amarillas, una coleta larga y escuálida…

—¡El maldito chino! —murmuró, estupefacto.

No era consciente de haber desviado la mirada; pero he aquí que, en medio del cuadro, sin salir por la esquina derecha ni izquierda de la casa, sin caer del cielo ni brotar de la tierra, Wang había hecho acto de presencia, en tamaño natural, entregado a la femenina tarea de coger flores. Paso a paso, deteniéndose con insistencia sobre los macizos en flor del pie de la veranda, aquel chino inquietantemente materializado abandonó la escena de una forma harto trivial, escalera arriba y desapareciendo en la sombra de la entrada.

Sólo entonces los ojos glaucos de Martin Ricardo perdieron su intensa fijeza.

Comprendió que había llegado el momento de moverse.

El ramo de flores que entraba en la casa de manos de un chino parecía destinado a la mesa del desayuno. ¿A qué otra cosa, si no?

—¡Ya te daré yo flores! —masculló amenazadoramente—. ¡Espera un poco! Un instante más, lo justo para echar un vistazo al bungaló de Mr. Jones, del que esperaba la aparición de Heyst en dirección al desayuno tan insultantemente adornado, y Ricardo iniciaría la retirada. Su aspiración, su deseo ferviente, era hacer una salida en descubierta, encontrarse cara a cara con la víctima propiciatoria y llevar a cabo lo que denominaba «el degüello», imaginado con ansia, incluido aquel movimiento preliminar de alerta y parada, de una muerte segura para el adversario. Tales eran sus impulsos; y formaban parte, por así decir, de su natural, al que a duras penas podía resistir cuando la sangre le subía a la cabeza. ¿Había cosa más imposible, mental y físicamente, que andar al acecho, al regate y echar el freno cuando la sangre de uno se encendía? El señor secretario Ricardo inició la retirada del puesto de observación, situado tras un árbol estratégicamente propicio, poniendo cuidado en no dejarse ver. Facilitaba su procedimiento la inclinación del terreno, que descendía abruptamente hasta la orilla del agua. En ese lugar, sintiendo a través de las gruesas suelas de las esparteñas el fuego del rocoso soporte de la isla calentado por el sol, quedaba fuera del campo de visión de las casas. Un corto terraplén de veinte pies le llevaría de nuevo al nivel superior, donde el muelle echaba su raíz en la playa. Apoyó la espalda contra uno de los elevados postes que, sobre el túmulo de carbón abandonado, conservaban todavía el letrero de la compañía. Nadie podía siquiera imaginar cómo le hervía la sangre. Apretó furiosamente los brazos contra el pecho para contenerse.

Aquel hombre no estaba acostumbrado a un esfuerzo duradero de autocontrol. La astucia y la habilidad quedaban siempre a merced de su temperamento, francamente feroz y sólo sujetado por la influencia del jefe, por el prestigio del caballero. Temperamento que guardaba también sus artificios, pero que habían sido igualmente apartados desde el momento en que unas y dientes fueron desechados como solución del problema. Ricardo no se atrevió a aventurarse en el calvero. No se atrevió.

—Si me topo a ese buscavidas, no sé a dónde iremos a parar —pensó—. No me fío de mí.

Lo que le exasperaba, precisamente en ese momento, era la incapacidad para entender a Heyst. Tenía suficiente humanidad como para sufrir con el descubrimiento de sus limitaciones. No, no acababa de cogerle la medida. Podía matarle con la mayor facilidad —un salto y un zarpazo—, pero le

estaba prohibido. No obstante, no podía permanecer indefinidamente bajo aquel letrero funeral.

—Tengo que moverme —pensó.

Se puso en movimiento, la cabeza dándole algunas vueltas por causa del sofocado deseo de violencia, y salió directamente a la explanada de los edificios, igual que si hubiera estado en el muelle examinando la lancha. Le envolvía una luz muy fija y brillante, muy tórrida. Las construcciones estaban frente a él. La de la alfombra de tartán era la más alejada; el siguiente era el bungaló vacío; y el más cercano, con los macizos al pie de la veranda, era el refugio de aquella chica fastidiosa, que tan provocadoramente se las había ingeniado para permanecer oculta. Esa fue la razón por la que los ojos de Ricardo se demoraron en el último. Con toda seguridad, se le cogería más fácilmente la medida a la chica que a Heyst. Un vistazo, una simple mirada, le proporcionaría ya algún criterio y adelantar un paso hacia la meta —de hecho, el primer paso real—. Ricardo no veía otra forma. ¡Y en cualquier momento podría salir a la veranda!

No apareció; pero la atracción que ejercía era la de un imán oculto. Siguió su camino tomando la desviación hasta el bungaló. Aunque sus movimientos eran intencionados, el instinto de violencia tenía tal poder, que, de haberse encontrado con Heyst, no le hubiera quedado más remedio que satisfacer el ansia. Pero no encontró a nadie. Wang andaba en la trasera de la casa, conservando caliente el café del desayuno hasta el regreso de Number One. Tampoco el simiesco Pedro estaba a la vista, agazapado sin duda en el umbral, con los ojillos sanguinolentos clavados con una devoción animal en Mr. Jones, el cual proseguía su plática con Heyst en el otro bungaló, y la plática de un espectro diabólico con un hombre desarmado, contemplada por un mono.

En contra de su voluntad, y lanzando miradas fulgurantes en todas direcciones, Ricardo se encontró al pie de la escalera del bungaló de Heyst. Subió los peldaños, vencido por la fuerza de un impulso ingobernable, con sigilosos, felinos movimientos. Arriba se detuvo un instante para escuchar el silencio bajo los aleros. Adelantó inmediatamente una pierna en el umbral, que pareció alargarse como la de un muñeco de goma; plantó un pie adentro, alzó el otro sin ruido y se presentó en la habitación escrutando a izquierda y derecha. Para los ojos recién llegados de la punzante claridad, todo fue oscuridad por un momento. Las pupilas se dilataron con prontitud gatuna, para discernir a continuación una considerable cantidad de libros.

Estaba sorprendido y desconcertado. Aun dentro de la estupefacción, se sintió furioso. Había querido observar el aspecto y la naturaleza de las cosas y esperaba deducir algo útil, algún rastro del hombre. Pero ¿qué podía sacar en limpio de un montón de libros? No sabía qué pensar, y formuló su perplejidad con una secreta exclamación:

—¿Qué diablos ha querido montar aquí este tipo? ¿Una escuela?

Dedicó una atención prolongada al retrato del padre de Heyst, al severo perfil que ignoraba las vanidades de este mundo. Los ojos le chispearon por el rabillo al tropezar con los candelabros de plata maciza, signo de opulencia. Rondaba lo mismo que un gato extraviado en un almacén desconocido. Aunque Ricardo no poseía el don milagroso del chino para materializarse y desaparecer, y tenía que conformarse con entrar y salir, sus esquivos movimientos alcanzaban un mismo grado de cautela. Observó la puerta trasera, apenas entornada; y todo el tiempo, las orejas aguzadas en posición de alerta máxima se mantuvieron en contacto con el profundo silencio exterior que envolvía la quietud absoluta de la casa.

No llevaba dos minutos en la estancia cuando sospechó que estaba solo en el bungaló. Lo más probable es que la mujer hubiera salido a hurtadillas y anduviera por alguno de los terrenos de atrás. Con toda seguridad, tenía orden de quitarse de la vista. ¿Por qué? ¿Desconfiaba aquel sujeto de los huéspedes? ¿O desconfiaba de ella? Concluyó que, desde un cierto punto de vista, venían a ser la misma cosa.

Recordó la historia de Schomberg. En su opinión, escaparse con cualquiera para librarse de las atenciones de aquella bestia dócil de hotelero no era prueba de una pasión desesperada. Podía ser abordada.

Los bigotes se agitaron. Llevaba un rato mirando la puerta cerrada. Echaría una ojeada a la habitación contigua y acaso viera algo más esclarecedor que un maldito montón de libros. Mientras se encaminaba al aposento, pensó, sin mayor consideración:

—Si ese buscavidas se presenta de repente y se me encabrita, ¡lo rajo, y terminamos!

Empuñó el picaporte y notó que la puerta se abría. Antes de empujar, buscó de nuevo el silencio. Abrumador, completo, sin restañadura.

Las precauciones, la autocontención, le habían sacado de quicio. Sintió el golpe de sangre y, como siempre en ocasiones semejantes, tuvo conciencia física del cuchillo de acero sujeto a la pierna. Empujó la puerta con la curiosidad de un depredador. Se abrió sin chirriar, sin crujir, con

absoluto sigilo; y se encontró escudriñando la superficie opaca de un paño rudo y azul, parecido a la estameña. La cortina colgaba delante de su nariz, con longitud y peso suficientes para no haberse inmutado.

¡Una cortina! El velo imprevisto que estorbaba su curiosidad, interrumpió el ansia. No la apartó con brusquedad; se limitó a observarla de cerca, como si la textura hubiera de ser examinada antes de que su mano entrara en contacto con semejante paño. En este intervalo de duda, pareció detectar un resquicio en la perfección del silencio, un casi inaudible crujido captado por los oídos y que, al momento siguiente, en mitad del esfuerzo de concentración auditiva, dejaron de escuchar. ¡No! Todo estaba quieto dentro y fuera de la casa, pero había perdido la sensación de encontrarse solo.

Cuando acercó la mano a los invariables pliegues, lo hizo con extremo cuidado, limitándose apenas a apartarlos, a la vez que adelantaba la cabeza. Sucedió un momento de completa inmovilidad. Luego, sin que nada más llegara a alterarse, Ricardo retiró la cabeza y dejó caer lentamente el brazo. Allí había una mujer. ¡La mujer en persona! Iluminada débilmente por el reverbero de luz exterior, la figura surgió misteriosamente sombría y agrandada en el otro extremo de la habitación larga y estrecha. De espaldas a la puerta y con los brazos desnudos levantados a la altura de la cabeza, se estaba arreglando el pelo. Uno de los miembros relumbró con una blancura nacarada; el otro perfilaba la forma oscura y perfecta contra el hueco descubierto de la ventana. Allí estaba, los dedos entregados a la oscura cabellera, completamente inconsciente, expuesta e indefensa —y tentadora, también—.

Ricardo dio un paso atrás y apretó los codos en el costado; el pecho se agitó convulsivamente como en el fragor de un combate o de una carrera; el cuerpo empezó a balancearse poco a poco. El autodominio llegaba a su fin: la sangre buscaba escapatoria. La brutalidad instintiva no aguantaba más freno. Matar o robar, para él, todo era uno, con tal de que el acto liberara aquel espíritu torturado de la barbarie largamente reprimida. Después de un rápido vistazo por encima del hombro, del que, según dicen los cazadores de fieras, ningún tigre o león se priva antes de pasar a la acción, Ricardo embistió directamente a la cortina con la cabeza gacha. Tras el ímpetu, la cortina volvió lentamente a su flexible y vertical inmovilidad, sin dejar siquiera un temblor en la calidez y quietud del aire.

Capítulo 2

El reloj de pared —que medía en otro tiempo las horas de abstraimiento filosófico— no pudo avanzar ni cinco segundos antes de que Wang hiciera acto de presencia en la sala de estar. La preocupación fundamental se relacionaba con el retraso del desayuno, si bien los ojos rasgados apuntaron con fijeza a la inalterable cortina casi en el acto. La razón consistía en que había localizado tras ella el extraño, sordo estrépito de escaramuza que llenaba la habitación contigua. La característica forma de los ojos le impedía la mirada ronda de la perplejidad y la sorpresa; pero permanecieron quietos, mortalmente quietos, mientras el agobio descomponía el rostro amarillo e impasible con la crispación de una intensa, dubitativa y temerosa expectación. Impulsos contradictorios tiraban del cuerpo clavado en las esteras del suelo. Llegó a tender una mano hacia la cortina. No alcanzaba, pero tampoco dio el paso necesario para conseguirlo.

La extraña refriega continuaba —lo mismo que un combate mudo— con una sorda violencia de pies descalzos, sin voces, siseos, gruñidos, murmullos ni exclamaciones que se zafaran del hermetismo de la cortina. Una silla cayó sin estruendo, con levedad, un roce apenas; y un débil ruido metálico de palangana le sucedió. Finalmente, el tenso silencio, como de dos adversarios trabados en un abrazo mortal, terminó en un pesado y amortiguado porrazo de cuerpo reblandecido al estrellarse contra los tabiques de madera. El bungaló entero pareció estremecerse. Para entonces, reculando, los ojos y hasta la garganta atenazados por la inquietud y el miedo, el brazo tendido y apuntando todavía a la cortina, Wang había desaparecido por la puerta de atrás. Una vez fuera, dio vuelta a la casa y se marchó a escape. Apareció inocentemente en medio del claro de los bungalós y se demoró un tanto en aquel descubierto, donde sería visto por cualquiera que asomara por su vivienda —el chino aquel, pastueño y ocioso, sin más obligaciones en la cabeza que la del desayuno que había quedado por servir.

Fue entonces cuando resolvió romper todo lazo con Number One, un hombre no sólo desarmado, sino medio vencido también. Hasta esa mañana había tenido sus dudas acerca del camino a seguir, pero la pelea que acertó a escuchar decidió la cuestión. Number One era un hombre sentenciado, una de esas criaturas a las que resulta funesto ayudar. A pesar del aire de

exquisita despreocupación con que se paseaba, Wang no dejó de extrañarse al no escuchar ruido de ninguna clase dentro de la casa. Según se le antojaba, la mujer blanca bien pudiera haberse estado peleando con alguna fuerza diabólica que evidentemente acabaría con ella. Echó un vistazo por el rabillo de los ojos rasgados. La luz y el silencio reinaban imperturbables en torno al bungaló.

Pero en la casa, el silencio no habría llegado con la misma perfección a un oyente prevenido. La alteración provenía de un rumor tan suave que apenas hubiera insinuado el eco de un murmullo.

Ricardo, tentándose el cuello con solicito cuidado, exclamaba con admiración:

—Tienes dedos de acero. ¡Por todos los diablos! ¡Y músculos de gorila!

Por suerte para Lena, el asalto fue tan repentino —estaba colocando las gruesas trenzas alrededor de la cabeza— que no le dio tiempo a bajar los brazos. Estos, que se libraron de quedar sujetos a los costados, le proporcionaron mayores posibilidades de resistencia. La embestida estuvo a punto de acabar con ella en el suelo. Por suerte, otra vez se hallaba tan cerca de la pared que, a pesar de verse lanzada contra ella de cabeza, el golpe no fue bastante fuerte como para dejarla fuera de combate. Por el contrario, suscitó el propósito instintivo de repeler el asalto.

Tras la inmediata sorpresa, que anonadó hasta el impulso de gritar, a la muchacha no le quedaron dudas acerca de la naturaleza del peligro. Gracias a cuya certeza se defendió con un convencimiento claro y completo allí donde la fuerza del instinto es el auténtico origen de los grandes derroches de energía, y con una decisión que difícilmente podría esperarse de una muchacha que, acorralada en pasillos oscuros por el encarnado y balbuceante Schomberg, había temblado de vergüenza, asco y miedo, y que había desfallecido de terror ante el chabacano y odioso farfulleo de un tipo que nunca le puso la pezuña encima.

El ataque del nuevo enemigo era simple y directa violencia. No era la viscosa y soterrada intriga para entregarla a la esclavitud que la había angustiado y hecho sentir, en medio de su soledad, que eran demasiados contra ella. Ya no estaba sola en el mundo. Resistió sin un instante de abandono, porque nunca le faltaría el apoyo moral; porque era un ser humano que importaba; porque ya no se defendía sólo para sí; porque la confianza había nacido en ella, confianza en el hombre destinado y acaso en el misterioso Cielo que le envió para cruzarse en su camino.

Su defensa consistió, sobre todo, en sostener una desesperada y asesina tenaza sobre el pescuezo de Ricardo, hasta notar una flojera repentina en el terrible abrazo con que él había querido sujetarla estúpida e infructuosamente. Entonces, con un supremo esfuerzo de brazos y de elevación de la rodilla, lo lanzó de un vuelo contra la pared. El baúl de cedro se encontraba en el trayecto, y Ricardo, de un trompazo que estremeció la casa hasta los cimientos, cayó de espaldas contra él, medio estrangulado y exhausto, no tanto por los trabajos como por las emociones desplegadas en la lucha.

Con una suerte de retroceso, producto de la maniobra efectuada, la muchacha reculó tambaleante hasta quedar sentada en el borde de la cama. Jadeando, pero tranquila y decidida, volvió a anudar bajo las axilas el ya mencionado sarong de las Célebes, cuyo lazo se deshizo durante la batalla. Luego, cruzando con fuerza los brazos desnudos sobre el pecho, se inclinó hacia adelante con determinación y sin miedo.

También Ricardo, perdida ya la tensión del arrebato, se inclinó hacia adelante, medroso como un animal de presa que ha errado en el salto, para encontrar aquellos ojos enormes y grises —extremadamente abiertos, escrutadores, misteriosos— mirándole bajo los arcos oscuros de unas cejas implacables. Sus caras estaban a menos de un palmo. Acabó de tentarse el cuello dolorido y dejó caer pesadamente las manos sobre las rodillas. No miraba ni los hombros desnudos ni los brazos vigorosos de la joven; miraba directamente al suelo. Había perdido una de sus zapatillas de esparto. Una silla con un vestido blanco andaba por el suelo. Junto a algunos charcos de agua producidos por una esponja violentamente desplazada de su sitio, era el único vestigio de la pelea.

Ricardo tragó saliva dos veces, como para cerciorarse del estado de la garganta, antes de decir:

—Está bien. No quise hacerte daño, aunque no me ando con bromas cuando llega el caso.

Tiró de la pernera del pijama para enseñar la correa del cuchillo. Ella lo miró sin mover la cabeza, y murmuró con repugnancia y desdén:

—Ya lo veo…, pero antes me lo tiene que clavar. De modo que… Sacudió la cabeza con una sonrisa avergonzada.

—Oye, ya estoy tranquilo. Tranquilo del todo. No necesito explicarte por qué, me imagino que sabes lo que pasa. Ahora me doy cuenta de que contigo esa no es manera.

Ella no dijo nada. Sus ojos fijos tenían una apacible melancolía que perturbaban al intruso como una sugestión honda e indescifrable. Añadió pensativamente:

—¿No armarás un escándalo por esta estúpida intentona mía? Lena meneó la cabeza muy ligeramente.

—¡Por todos los diablos! ¡Eres un portento! —murmuró gravemente, más aliviado de lo que ella podía imaginar.

Ni que decir tiene que si a la muchacha le hubiera dado por escapar, no le habría quedado otro remedio que meterle el cuchillo en las costillas; pero acabaría armándose la gorda, el negocio arruinado, el jefe echando fuego por la boca —y más, cuando conociera la causa—. Una mujer que no arma un escándalo después de un intento de esa naturaleza es que ha perdonado tácitamente la ofensa. Ricardo no era vanidoso. Pero, evidentemente, si la muchacha lo pasaba por alto, se debía a que su presencia no le repugnaba del todo. Se sentía halagado. Y ella no parecía tenerle miedo. Casi llegó a sentir ternura hacia la muchacha, esa resuelta y delicada chiquilla que no había pretendido escapar de él a grito pelado.

—Todavía podemos ser amigos. No me doy por vencido. Ni lo sueñes. ¡Amigos de verdad! —susurró confidencialmente—. ¡Por todos los diablos! No estás domesticada. Ni yo tampoco. Lo verás enseguida.

No sabía que si ella no se escapó fue porque esa mañana, bajo la presión de una inquietud creciente por la extraña presencia de los visitantes, Heyst confesó que su revólver se había esfumado; que era un hombre desarmado e indefenso. Ella apenas alcanzó a entender el verdadero sentido de esta confesión. Ahora, en cambio, lo entendía mucho mejor. El dominio de sí, la calma, impresionaron a Ricardo. Lena dijo, de pronto:

—¿Qué buscaba aquí?

Ricardo no levantó los ojos. Con las manos en las rodillas, la cabeza baja, algo meditabundo en la postura, sugería el abatimiento de un espíritu simple, la fatiga de una prueba mental, más que física. Respondió a la pregunta directa con una declaración directa, como cansado en exceso para disimular:

—Buscaba el botín.

La palabra le resultó extraña. El ardor velado de los ojos grises bajo las cejas oscuras no se desvió un momento de la cara del intruso.

—¿Un botín? —preguntó tranquilamente—. ¿Y qué es eso?

—¡Qué va a ser! Una buena tajada, los pellizcos que tu caballero ha ido pegando aquí y allá durante años.

Sin levantar la vista, hizo el gesto de contar monedas en la palma de la mano. Ella desvió la mirada para contemplar la pequeña pantomima, pero inmediatamente regresó a la cara. Luego, con un simple susurro:

—¿Qué sabe usted de él? —preguntó, disimulando un hormiguillo nervioso—.

¿Qué tiene usted que ver con ello?

—Todo —fue la concisa respuesta de Ricardo, hecha en un tono sordo y enfático.

Volvió al pensamiento de que la muchacha constituía su mayor esperanza. Aparte de la perdurable impresión de la violencia pasada, estaba creciendo en él esa clase de sentimiento que impide que un hombre sea indiferente ante una mujer que ha tenido en los brazos —aunque fuera contra la voluntad de la interfecta—, y aún más si le han sido perdonados los ultrajes. Sintió la necesidad urgente de confiarse a ella —un rasgo sutil de la masculinidad, esta necesidad casi física de confianza que puede coexistir estrechamente con una brutal disposición al recelo.

—Es una partida de arrastres —continuó con una nueva inflexión de intimidad en el murmullo—. Esa dócil babosa cebada de lima y ginebra llamada Schomberg nos puso sobre la pista.

Queda tan honda la impresión de desvalimiento y acecho de la miseria, que aquella mujer, que había repelido sin desmayo un asalto feroz, no pudo reprimir un escalofrío ante la sola mención del nombre aborrecido.

Ricardo soltó la lengua sin perder el tono confidencial.

—Quería hacérsela pagar, y a ti, también. Eso fue lo que me dijo. Le dejaste echando chispas. Lo habría puesto todo en esas manos tuyas que por poco me estrangulan. Pero no pudiste, ¿eh? No había manera, ¿verdad? —hizo una pausa—. Y antes de que…, te fuiste con el caballero.

Observó un ligero movimiento de la cabeza femenina, y dijo apresuradamente:

—Igual que yo, antes que ser una esclava a sueldo fijo. Sólo que en esos extranjeros no se puede confiar. Eres demasiado buena para él. Un tipo que roba a un íntimo amigo…

Lena levantó la cabeza. El otro, satisfecho de sus progresos, siguió susurrando atropelladamente:

—Sí. Lo sé todo sobre él. ¡Ya puedes imaginar cómo tratará a una mujer a poco que pase el tiempo!

No sabía el terror que estaba infundiendo en la muchacha. No obstante, los ojos grises siguieron fijos, expectantes y quietos, casi con somnolencia, bajo la frente cristalina. Empezaba a comprender. Ricardo decidió rematar con un susurro convincente el definido temor que las palabras llevaban a la mente de la muchacha:

—Tú y yo estamos hechos el uno para el otro. Nacimos igual, nos hicieron iguales. Tú no eres mansa. ¡Lo mismo que yo! A ti te han echado de mala manera a este podrido mundo de hipócritas. ¡Igual que a mí!

La quietud de Lena, su amedrentada quietud, envolvía a Ricardo con un aura de atención fascinada. Preguntó, de repente:

—¿Dónde está?

Ella tuvo que hacer un esfuerzo para decir:

—¿Dónde está el qué?

El tono de Ricardo delató una discreta excitación:

—El botín, el arrastre, las monedas. Es una partida de arrastres. Nosotros lo queremos; pero no es fácil, y tú tendrás que echarnos una mano. ¡Venga! ¿Está escondido en la casa?

Como es corriente en las mujeres, el ingenio se aguzó ante el temor de la amenaza. Sacudió negativamente la cabeza.

—No.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo ella.

—Ya. Eso pienso yo. ¿Tu caballero confía en ti? Volvió a menear la cabeza.

—¡Maldito hipócrita! —exclamó con ardor, y luego, pensativo:

—Es de los mansos, ¿verdad?

—Será mejor que lo compruebe por su cuenta. —Confía en mí. No quiero morir antes de que tú y yo seamos amigos.

Esto último fue dicho con cierta rara y felina galantería. Y luego, tanteando:

—¿Y no podría llegar a confiar en ti?

—¿Confiar en mí? —contestó en un tono frontero con la desesperación y que él confundió con ironía.

—Ven a nuestro lado —urgió—. Dale la patada a toda esa maldita hipocresía. Puede que, aunque no tengas su confianza, te las arregles para

descubrir algo, ¿no te parece?

—Puede que sí —le pareció que los labios se le helaban de repente.

Ricardo contempló ahora el rostro tranquilo con algo cercano al respeto. La quietud, la economía de palabras, llegaron a producir en él cierto temor reverencial. En cuanto a la mujer, sintió el efecto que causaba, el efecto de conocer muchas cosas y de ocultar discretamente lo que sabía. De un modo u otro, las cosas habían llegado a ese punto. Crecida por ello, y ya encaminada por la senda del desdoblamiento, refugio del débil, hizo un esfuerzo consciente y heroico por estirar los labios yertos en una sonrisa. La doblez: el refugio de la debilidad y de la cobardía, ¡pero también del desarmado! No mediaba nada entre el sueño encantado de su existencia y la más cruel de las catástrofes, excepto la doblez. Le pareció que el hombre sentado frente a ella era la inevitable presencia que había esperado toda su vida. Era la maldad del mundo, encarnada. No le avergonzaba la duplicidad. Con el coraje decidido de las mujeres, tan pronto como divisó la hendidura, la atravesó sin reservas, aunque con una duda: la de su propia fortaleza. Estaba horrorizada por la situación; pero su femineidad recién estimulada, comprendiendo que, tanto si Heyst la amaba como si no, ello no obstaba a su amor por él, y sintiendo que era ella quien le había echado encima el peligro, le plantó cara con el deseo apasionado de defender el amor que le pertenecía.

Capítulo 3

La muchacha resultó tan imprevista a los ojos de Ricardo, que fue incapaz de arrojar sobre ella la luz de las facultades críticas. Su sonrisa le pareció cargada de promesas. No esperaba que fuera así. ¿Quién, que hubiera escuchado lo mismo que él, esperaría encontrarse a una muchacha como aquélla? Era un maldito milagro, se dijo a sí mismo, aunque con un matiz respetuoso. Ella no era bocado para tipos como aquel *ginebrero* pusilánime. Ricardo se encendía de indignación. El valor, la fuerza física de la joven, demostrada a costa del desconcierto masculino, reclamaban su simpatía. Se sintió atraído por aquel probado y sorprendente carácter. ¡Y en una muchacha, nada menos! Tenía un temperamento fuerte, y la reflexiva disposición a romper sus relaciones demostraba que no se trataba de una hipócrita.

—¿Tu caballero es buen tirador? —preguntó, bajando de nuevo la cabeza, en un gesto de simulada indiferencia.

Apenas entendió la frase; pero su forma sugería alguna supuesta habilidad. Lo más seguro sería confirmarla quedamente:

—Sí.

—Yo, también…, y más que bueno —musitó Ricardo, para explotar a continuación, en una confidencia—. Quizá yo no sea tan bueno, ¡pero llevo encima algo mortífero, que viene a ser lo mismo!

Se palmeó la pierna. La muchacha había superado ya el trance de los escalofríos. Rígida, incapaz siquiera de mover los ojos, atravesaba un penoso estado de tensión mental, parecido a la más negra desmemoria. Ricardo trató de persuadirla a su modo:

—Mi caballero no es de los que dan la patada. No es un extranjero; mientras que con tu barón no hay forma de saber lo que tienes delante…, aunque, quizá, siendo mujer, lo sepas de sobra. Mucho mejor, si no te quedas esperando la patada. Únete a nosotros y coge tu parte…, del botín, digo. Ya te habrás hecho alguna idea del asunto. Lena se percató de que si, por palabra o por seña, llegaba a insinuar que no había nada que se pareciera a un botín en toda la isla, la vida de Heyst no duraría ni media hora, pero toda capacidad de hilvanar palabras se había desvanecido con la tensión. Las palabras mismas se resistían a ser pensadas —todas, excepto la palabra «sí». ¡La palabra salvadora! La murmuró sin alterar un músculo de

la cara. A oídos de Ricardo, el débil y conciso sonido constituía una aceptación reservada y fría, de todos modos más valiosa, viniendo de aquella mujer de carácter, que mil palabras que dijera otra cualquiera. Pensó, alborozado, que había dado con la única digna entre un millón, ¡o entre diez millones! El murmullo se convirtió en una súplica declarada:

—¡Eso está bien! Ahora, todo lo que tienes que hacer es averiguar el sitio en el que esconde el arrastre. ¡Pero hay que hacerlo deprisa! Yo no aguanto más esto de pegar el buche al suelo para que tu caballero no se asuste. ¿Qué crees que es un hombre? ¿Una lagartija?

Ella miraba sin ver, como quien mira y escucha, sumergido en la noche, un quejido mortal, un conjuro diabólico. Y siempre en la cabeza aquella angustia de buscar algo a que aferrarse, una idea salvadora que parecía, a la vez, cercana e inaprehensible. De pronto, la agarró. Tenía que sacar a aquel hombre de la casa. En ese mismo momento llegó de afuera, algo distante, pero nítida, la voz de Heyst a preguntar:

—¿Me estabas buscando, Wang?

Para ella fue como un rayo de luz en la oscuridad que la acosaba por todas partes y que le descubrió el precipicio fatal que se abría bajo sus pies. En un intento frenético, la muchacha trató de incorporarse, pero no pudo. Ricardo, por el contrario, se enderezó enseguida, sigiloso como un gato. Los ojos amarillentos relampaguearon, buscando aquí y allá, pero también pareció incapaz de realizar cualquier otro movimiento. Sólo los bigotes se agitaron visiblemente, como las antenas de un insecto.

La respuesta de Wang —*ya tuan*—, más confusa, fue escuchada por los dos. La voz de Heyst volvió a escucharse:

—¡Está bien! Puedes traer el café. ¿Mem Putih está todavía en el cuarto? Wang no contestó a la pregunta.

Los ojos de Ricardo y de la muchacha se encontraron, sin expresión alguna, todas las facultades absortas en escuchar el primer crujido de los pasos de Heyst en la escalinata, cualquier ruido del exterior que significara que la retirada estaba cortada. Ambos comprendieron enseguida que Wang había rodeado la casa y que andaba ahora en la trasera, imposibilitando que Ricardo se escurriera por ese camino antes de que Heyst entrara por delante.

Una sombra consumía el rostro del devoto secretario. ¡Ya estaba echado a perder el negocio! Era la siniestrez de la rabia, incluso de la aprensión. Puede que hasta se hubiera dado una carrera hasta la puerta de detrás si los pasos de Heyst no estuvieran ya resonando en los peldaños. Los subió lenta,

muy lentamente, como alguien cansado o descorazonado —o, simplemente, pensativo—; Ricardo obtuvo una imagen mental de su rostro, con los bigotes marciales, la noble testa, el gesto impasible y los tranquilos y meditabundos ojos. ¡Atrapado! ¡Maldición! Después de todo, acaso el jefe tuviera razón. Había que dejar a las mujeres aparte. Con la chifladura por esta, todo indicaba que el negocio estaba echado a perder. Se sentía atrapado y, puesto que ser visto era lo mismo que desenmascararle, podía llegar a matar. Aun así, gracias a su extrema imparcialidad, no se enfadaría con la muchacha.

Heyst se detuvo en la veranda, o quizá en la puerta.

—Me liquidará como a un perro si no me doy prisa —murmuró ansiosamente a la muchacha.

Se paró con el propósito de hacerse con el cuchillo; al momento siguiente se habría lanzado contra Heyst, a través de la cortina, tan puntual y definitivo como el rayo. La sensación, más que la fuerza de la muchacha, asiendo su hombro, le retuvo. Giró en redondo, agachándose mientras sus ojos despedían aquel destello glauco.

¡Ah! ¿Se volvía contra él?

El cuchillo habría buscado aquel cuello desnudo si antes no hubiera visto la mano que apuntaba a la ventana y a la abertura que casi tocaba el techo, con un simple cierre giratorio. Mientras se quedaba mirando, ella se desplazó sigilosamente para levantar la silla caída y colocarla junto a la pared. Luego miró en derredor; Ricardo prescindió del aviso: en dos zancadas se había puesto a su lado.

—¡Deprisa! —exclamó, apagando la voz.

Él tomó su mano y la apretó con toda la fuerza de la gratitud silenciosa, como se hace con un compañero al que no hay tiempo de decirle nada. Luego se encaramó a la silla. Pero Ricardo era bajo, demasiado bajo para superar la altura sin armar un escándalo. Dudó un instante; la muchacha, atenta, sujetaba la silla con sus tensos brazos desnudos mientras, con una elástica ligereza, él utilizaba el respaldo como escalón. La mata de pelo castaño cayó sobre la cara.

Las pisadas resonaron en la habitación de al lado, y la de Heyst, no muy alta, pronunció su nombre:

—¡Lena!

—¡Sí! ¡Un minuto! —respondió, con aquel tono peculiar que sabía que iba a impedir a Heyst presentarse en el acto.

Cuando miró hacia arriba, Ricardo había desaparecido, dejándose caer en el exterior con tal levedad que no escuchó el más mínimo ruido. Entonces se levantó, aturdida, temerosa, como si despertara de un sueño narcotizado, los ojos pesados, abatidos, velados, exhaustas las fuerzas, agonizante la imaginación, e incapaz de sostener por más tiempo la tirantez del miedo.

Heyst deambulaba por la habitación contigua. El ruido erizó sus sentidos agotados. Inmediatamente comenzó a pensar, ver, escuchar; y lo que vio —o, más bien, reconoció, porque los ojos estuvieron prendidos de ella todo el tiempo— fue una de las esparteñas de Ricardo, perdida en la escaramuza, muy cerca del baño. Tuvo el tiempo justo de esconderla bajo el pie antes de que las cortinas se agitaran y, corriéndose a un lado, revelaran la presencia de Heyst.

Aparte del suave encanto que su compañero había infundido en los sentidos de la chica, como una suerte de embrujamiento, el peligro que corría llenó el pecho de la mujer de una calidez profunda. Sintió que algo se le desperezaba por dentro, algo hondo, una nueva clase de vida.

El cuarto estaba casi sumido en la oscuridad, ya que Ricardo, al salir, giró el cierre. Heyst intentaba escudriñar desde la puerta.

—Conque todavía no te has arreglado.

—Y ahora no voy a ponerme a hacerlo. Tardaría mucho —replicó con firmeza, sin llegar a moverse y sintiendo la zapatilla de Ricardo bajo la planta del pie.

Heyst, al retirarse, dejó caer lentamente la cortina. La muchacha se agachó acto seguido a por la esparteña y, con ella en la mano, se puso a buscar frenéticamente un escondite; pero no encontró nada parecido en la desnuda habitación. El arcón, el baúl de cuero, uno o dos vestidos de su pertenencia colgados de la percha: no había un sitio al que el más elemental de los azares no pudiera conducir la mano de Heyst en un momento dado. La mirada errática y curiosa se fijó en la ventana a medio cerrar. Corrió hacia ella y, poniéndose de puntillas, logró tocar el cerrojo con la punta de los dedos. Entornó completamente la ventana, regresó al centro del cuarto y, volviéndose, balanceó el brazo, regulando la fuerza de tiro para que la zapatilla no fuera demasiado lejos ni diera contra el borde saliente de los aleros. Era una prueba de la más escrupulosa exactitud para los músculos de aquellos brazos torneados, temblando todavía por la pelea a muerte con un hombre, para aquel cerebro atenazado por una encrucijada y para los

nervios trastornados y sumergidos en un alud de sombras parpadeantes. La zapatilla salió al fin de su mano. Tan pronto como cruzó la abertura, desapareció de la vista. Aguzó el oído. No escuchó nada. Se había esfumado lo mismo que si tuviera alas para flotar en el aire. ¡Ningún ruido! Se había marchado limpiamente.

La muchacha quedó como petrificada, con los brazos colgando. Un silbido muy suave llegó a sus oídos. Al caer en la cuenta del olvido, Ricardo permaneció expectante y suspenso, hasta que el alivio llegó en forma de zapatilla volando bajo los aleros; y ahora, agradecido, le enviaba el tranquilizador silbido.

La muchacha se tambaleó de repente. Evitó la caída gracias a uno de los postes —altos, bastos— que sujetaban el mosquitero de la cama y al que se agarró con las dos manos. Durante un tiempo permaneció pegada a él, la frente apoyada en la madera. El sarong se había escurrido hasta la cintura. Las trenzas largas y castañas caían en lacios mechones negros y como empapados sobre la palidez del cuerpo. El costado desnudo, mojado por los sudores de la angustia y el esfuerzo, brilló fríamente con la impasibilidad del mármol pulido en la ardiente y difusa luz que atravesaba la ventana y se derramaba por su cabeza, un extenuado reflejo de la llamarada de luz devastadora y ávida que venía de afuera, crepitando en su propósito de incendiar la tierra y reducirla a cenizas.

Capítulo 4

Heyst, sentado a la mesa y con la barbilla en el pecho, levantó la cabeza ante el frufrú del vestido de Lena. Le sobresaltó la palidez mortal de las mejillas, los ojos como exánimes, que le miraron con extrañeza, como si les costara reconocerle. Pero Lena respondió tranquilizadoramente a las angustiadas interrogantes del otro: no le pasaba nada, de verdad. Se había mareado al levantarse. Tuvo incluso un desfallecimiento después del baño. Se sentó a esperar que se le pasara. Esa fue la razón de que tardara en vestirse.

—No tenía intención de arreglarme el pelo. No quería que esperases más tiempo.

No estaba dispuesto a acosarla con preguntas sobre la salud, desde el momento en que ella le quitó importancia a la indisposición. No se había arreglado el pelo, pero se lo había cepillado y atado con una cinta por detrás. Con la frente al descubierto, parecía muy joven, casi una chiquilla, una chiquilla con alguna preocupación en la cabeza.

Lo que sorprendía a Heyst era la no comparecencia de Wang. El chino siempre hacía acto de presencia en el instante preciso del desayuno, ni antes ni después. En esta ocasión, el milagro de costumbre no tuvo lugar. ¿Cómo debería interpretarse?

Heyst levantó la voz, algo que francamente le disgustaba. La respuesta llegó con puntualidad desde el exterior:

—¡*Ada tuan*!

Lena, apoyada de codos, los ojos fijos en el plato, parecía no escuchar. Cuando entró con la bandeja, los ojos apuntados de Wang, casi sepultados por la prominencia de los pómulos, mantuvieron todo el tiempo sobre la muchacha una furtiva observación. Ninguno de los componentes de aquella pareja de blancos le dedicó la más mínima atención, y se marchó sin haber escuchado el intercambio de una sola palabra entre ellos. Se puso en cuclillas sobre la veranda trasera. El cerebro chino, muy despejado, aunque ajeno a los grandes horizontes, estaba concebido de acuerdo con las razones elementales del mundo, tal y como se le presentaban a él, iluminadas por el sentimiento primordial de la supervivencia, en absoluto obstaculizado por románticas pretensiones de honor o ternezas de ninguna clase. Las manos amarillas, ligeramente entrelazadas, colgaban con indolencia entre las

piernas. Las tumbas de los antepasados de Wang estaban muy lejos, los padres habían muerto, el hermano mayor servía como soldado en un *yamen* de algún mandarín de Formosa. Ninguna presencia cercana le reclamaba obediencia o veneración. Durante años había sido un vagabundo infatigable y laborioso. La única atadura que le quedaba en la tierra era su mujer *alfuro*, a cambio de la cual entregó una parte considerable de los caudales tan costosamente obtenidos; en consecuencia, sus obligaciones no se referían a nadie más que a él mismo.

La refriega del otro lado de la cortina era un mal augurio para aquel Number One por el que nunca sintió aprecio ni rechazo. El desarrollo de los acontecimientos le infundieron respeto suficiente como para hacerle dudar del destino de la cafetera, hasta que, por fin, el blanco se vio obligado a llamarle. Wang entró lleno de curiosidad. De cierto, la mujer parecía haberse fajado con un espíritu que intentó sacarle la mitad de la sangre antes de permitir que se fuera. En cuanto al hombre, Wang le observaba desde hacía tiempo como a una especie de endemoniado; ahora estaba sentenciado. Escuchó sus voces en la habitación. Heyst persuadía a la muchacha de que fuera a acostarse otra vez. Estaba muy preocupado. La joven no probó alimento.

—Deberías acostarte. Es lo mejor.

Ella sacudía negativamente la cabeza de vez en cuando, persistiendo en su languidez, como si nada pudiera ayudarla. Pero el blanco insistía; ella vio un principio de sospecha en sus ojos y aceptó de repente.

—Quizá sea lo mejor.

No quería estimular una curiosidad que le habría conducido directamente al camino de las sospechas. ¡No debía sospechar!

Consciente del amor que sentía por aquel hombre, de que algo arrebatado y profundo se prolongaba más allá del simple abrazo, había germinado en la muchacha la innata desconfianza de la mujer hacia la masculinidad, hacia aquella fuerza seductora aliada a un absurdo y púdico rechazo de la verdad desnuda de los hechos, cosa que no ha asustado nunca a ninguna mujer digna de tal nombre. No tenía un plan. Pero su mente, sosegada de algún modo por el mismo esfuerzo que había empleado en guardar la compostura por consideración a Heyst, intuyó que su comportamiento había asegurado, en cualquier caso, un breve lapso de tregua. Quizá fuera por la similitud de sus miserables orígenes en la hez de la sociedad por lo que pudo comprender tan perfectamente a Ricardo. Se

quedaría tranquilo por algún tiempo. Con esta momentánea y consoladora certidumbre, la fatiga del cuerpo acabó por afirmarse definitiva y abrumadoramente, ya que la causa no era tanto el esfuerzo exigido como la penosa prontitud de la angustia en que se había precipitado. Hubiera intentado sobreponerse por puro instinto de no ceder al vencimiento, pero la disuadieron las alternativas súplicas y exigencias de Heyst. Ante este revuelo eminentemente masculino, ella sintió la femenina necesidad de la concesión, la dulzura de rendirse.

—Haré lo que tú quieras —dijo.

Al incorporarse, le sorprendió una oleada de debilidad que se abatió sobre ella, abrazándola y envolviéndola como en una cálida tempestad y rompiendo en sus oídos con un fragor de mar.

—Vas a tener que ayudarme —añadió rápidamente.

Mientras la rodeaba con su brazo —algo de ningún modo extraordinario para él—, ella encontró una satisfacción muy especial en el sostén que se le ofrecía. Se abandonó por completo a esta pasión protectora y envolvente, al tiempo que la inundaba la sensación de que era ella quien tendría que protegerle a él, ser la defensora de un hombre con fuerza suficiente para llevar en vilo su cuerpo, como estaba haciendo ahora. Y eso fue lo que hizo precisamente Heyst al cruzar la puerta del dormitorio. Pensó que sería más rápido y más sencillo cargar con ella durante el último trecho. La inquietud que sentía era demasiado grande para darse cuenta del esfuerzo. La alzó en volandas y la depositó sobre la cama, igual que se acuesta a un niño en la cuna. Se quedó sentado en el borde, disimulando una preocupación que no obtuvo respuesta en los ojos somnolientos e inexpresivos de la muchacha. Pero buscó su mano y la apretó con fuerza; y mientras la apretaba con toda la fuerza de que era capaz, el sueño que necesitaba le sobrevino irresistible y repentinamente, como le sobreviene a un niño en la cuna, con los labios entreabiertos por el afectuoso sosiego de una palabra que había pensado, pero que no tuvo tiempo de pronunciar.

El habitual y tórrido silencio se extendió por Samburan.

—¿En qué consistirá este nuevo misterio? —murmuró Heyst, contemplando aquel sueño profundo.

Tenía tal profundidad este sueño delicioso que, cuando algún tiempo después trató de abrir los dedos suavemente, para liberar la mano, lo consiguió sin despertar en ella la menor respuesta.

—Seguramente, la explicación es bastante simple —pensó mientras salía del dormitorio.

Con pensamiento ausente, extrajo un libro del anaquel más alto y se sentó; pero, incluso después de que lo hubo abierto sobre las rodillas y recorrido las páginas durante algún tiempo, no llegó a obtener la más ligera noción de lo que estaba leyendo, por más que fijase la vista en los abigarrados renglones. Unicamente cuando, al levantar los ojos sin ninguna razón en particular, distinguió la hierática figura de Wang al otro lado de la mesa consiguió recuperar el completo dominio de sus facultades.

—Ah, sí —dijo, como si recordara de pronto una cita olvidada y recibida sin especial beneplácito.

Esperó un poco antes de dedicarse a preguntar, con curiosidad algo remisa, lo que el silente Wang tenía que decir. Tenía la sospecha de que el asunto del revólver saldría a la superficie. Pero los ruidos guturales que se escaparon de la garganta del chino no se referían a aquel delicado acontecimiento. La requisitoria estaba relacionada, más bien, con bandejas, platos, cuchillos y tenedores. Todas esas cosas habían parado en las alacenas de la veranda trasera a las que pertenecían, perfectamente lavadas, «*limpiesa* total». Heyst se maravilló de lo escrupuloso que era el hombre que le iba a abandonar; por ello no le sorprendió que Wang concluyera la liquidación de su mayordomía con las palabras:

—Mí marcha ahora.

—Ah, ¿te vas? —dijo Heyst, recostándose en el respaldo, el libro sobre las rodillas.

—Sí. Mí no gusta. Un hombre, dos hombre, tres hombre, ¡no poder! Mí marcha ahora.

—¿Qué es lo que te da miedo? —preguntó Heyst, mientras por su cabeza cruzaba la esperanzada idea de que pudiera llegar alguna luz de aquella naturaleza tan distinta de la suya, alguna luz de su relación simple y directa con el mundo, y que su propio cerebro era incapaz de obtener.

—¿Por qué? —continuó—. Estás acostumbrado a los blancos. Los conoces de sobra.

—Sí. Mí conoce —asintió Wang, con hermetismo—. Mí conoce mucho.

Lo que de verdad conocía era su propia mente; dispositivo que tenía orientado a guardarle a él y a la mujer *alfuro* de la incertidumbre de las relaciones que pudieran establecerse entre ellos y los blancos. Pedro fue la causa primera de las suspicacias y el temor de Wang. El chino había visto

salvajes con antelación. Se había adentrado en la tierra de los *dyaks* por alguno de los ríos de Borneo, junto a la comitiva de un buhonero de su misma raza. También conocía el interior de Mindanao, la región de los arborícolas: salvajes igual que fieras; pero una bestia cernejuda como Pedro, de protuberantes colmillos y garras insidiosas, era ajena por completo a todo lo que pudiera considerarse humano. La fuerte impresión que Pedro le produjo fue el acicate principal que le empujó a robar el arma. La reflexión general sobre la situación y sobre la escasa firmeza de Number One llegó más tarde, cuando estaba ya en poder del revólver y de la caja de munición, guardados en el cajón de la mesa.

—Ya veo, «ti conoce mucho» a los blancos —continuó Heyst en un tono algo zumbón, tras un instante de reflexivo silencio en el que se convenció de que la recuperación del revólver era pura entelequia, tanto si utilizaba medios persuasivos como si empleaba otros de mayor contundencia.

—Tú, mucho conocer, pero le tienes miedo a esos blancos.

—Mí sin miedo —protestó Wang alborotado, levantando bruscamente la cabeza en un gesto espectacular que dotó a su cuello de una longitud más extraña y angustiada que nunca—. Mí no gusta. Mí muy malo.

Y puso una mano a la altura del vientre.

—Eso —dijo Heyst, tranquilo y categórico— es una patrañita tuya. No es propio de un hombre. ¡Y menos después de quitarme el revólver!

Decidió hablar de ello de buenas a primeras, porque la franqueza no podía hacer la situación peor de lo que era. En ningún momento supuso que Wang llevara el revólver consigo; y después de cavilar acerca del asunto, llegó a la conclusión de que el propósito del chino no fue nunca el de utilizar el arma contra él. Tras un ligero sobresalto, causado por aquella directa e inesperada acusación, Wang se desabrochó la chaqueta en un gesto de astracanada indignación.

—No tiene. ¡Mirar, mirar! —exclamó con fingida cólera.

Se abofeteó violentamente el pecho descubierto; enseñó hasta las costillas, inflamado por el cuadro de la virtud ultrajada; el terso abdomen se estremecía de despecho. Llegó a sacudirse los amplios calzones azules que flameaban sobre las pantorras ambarinas. Heyst le observaba tranquilamente.

—No he dicho que lo llevaras encima —dijo, sin levantar la voz—. Pero el revólver no está donde lo he guardado.

—Mí no conoce rivolver —contestó con obstinación.

El libro que descansaba en las rodillas de Heyst resbaló de pronto y tuvo que hacer un movimiento brusco para capturarlo; Wang, obstaculizado por la mesa, no pudo ver la causa de la maniobra, y pegó un brinco a resultas de lo que calificó como un indicio de amenaza. Cuando Heyst levantó la vista, el chino estaba ya en la puerta, si no temeroso, por lo menos alerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó el blanco.

La cabeza rapada sonrió significativamente a la altura de la cortina que daba paso a la puerta.

—Mí no gusta —repitió.

—¿Qué diablos quieres decir? —Heyst estaba francamente sorprendido —. ¿Qué es lo que no te gusta?

Wang apuntó con el escuálido dedo alimonado hacia el cortinaje inmóvil.

—Dos —dijo.

—¿Dos qué? No entiendo.

—Supongo sabe usted. Usted no gusta eso. Mí conoce mucho. Mí marcha ahora.

Number One se había levantado de la silla, pero el criado se quedó en el sitio un poco más. Los ojos de almendra irradiaban por su cara una expresión de suave y sentimental melancolía. Los músculos de la garganta se conmovieron visiblemente cuando pronunciaron un claro pero gutural «adiós», antes de desaparecer de la vista del hombre blanco.

La partida del chino alteraba la situación. Heyst se quedó meditando acerca de lo que sería más conveniente, habida cuenta del último acontecimiento. Estuvo dudando mucho rato; luego, encogiéndose de hombros con cierto hastío, salió a la veranda, bajó los escalones y, con aire pensativo, echó a andar resueltamente en dirección al bungaló de los forasteros. Lo hizo con el único objeto de comunicarles algo importante, y de ningún modo con el de proporcionarles una sorpresa. Sin embargo, quiso la suerte que el embrutecido sicario no estuviera a la vista y que Heyst diera un buen susto a Mr. Jones y a su secretario con la repentina aparición en la puerta. La conversación debía resultar de extremo interés para impedirles escuchar la llegada del visitante. En la penumbra del cuarto —las contraventanas permanecían constantemente cerradas, protegiendo del calor a los moradores— Heyst les vio separarse en el acto. Fue Mr. Jones quien tomó la palabra:

—¡Ah, está aquí otra vez! ¡Entre, entre!
Heyst, descubriéndose en el umbral, se introdujo en la habitación.

Capítulo 5

Al despertar de repente, Lena comprobó, sin levantar la cabeza de la almohada, que se había quedado sola. Se incorporó rápidamente, como si quisiera contrarrestar la angustia mediante la enérgica utilización de los miembros. Pero el ahogo fue sólo momentáneo. Sobreponiéndose por orgullo, por amor, por necesidad y también por la vanidad que resulta de la abnegación del alma femenina, recibió a Heyst, que volvía del vecino bungaló, con una mirada y una sonrisa despejadas.

Él respondió con otra sonrisa; pero al observar que Heyst evitaba sus ojos, la muchacha distendió los labios y bajó la vista. Por alguna razón, se apresuró a dirigirse a él en un tono casual, consiguiéndolo sin esfuerzo alguno, como si hubiera ido dominando el arte del doble juego a lo largo del día.

—¿Has estado allí otra vez?

—Sí. Pensé que…, aunque es mejor que sepas primero que hemos perdido a Wang definitivamente.

Ella repitió «definitivamente» como si no hubiera comprendido.

—Para siempre, aunque no sé si para mal. Se despidió él mismo. Se ha marchado ya.

—Esperabas que se fuera de todos modos, ¿no es cierto?

—Sí —Heyst se sentó al otro lado de la mesa—, lo esperaba desde el momento en que descubrí que se había apropiado del revólver. Dice que no lo ha cogido. Miente, por supuesto. Los chinos carecen del sentido de la confesión bajo cualquier circunstancia. Negar toda acusación es una regla de conducta aceptada; aunque no esperaba tampoco que yo le creyera. Al final estuvo un poco enigmático, Lena. Me inquietó.

Hizo una pausa. La muchacha parecía absorta en sus pensamientos.

—Me inquietó —repitió Heyst.

Ella observó la angustia que había en el tono de la voz y volvió ligeramente la cabeza para mirarle por encima de la mesa.

—Si te inquieta será por algo —dijo Lena.

En la profundidad de los labios entreabiertos, como una granada hendida, la blanca dentadura despidió un reflejo.

—Fue una simple palabra y algún que otro gesto. Armó bastante ruido. Me extraña que no te despertara. ¡Duermes como un tronco! A propósito,

¿te sientes mejor?

—Fresca como una lechuga —dijo, regalándole con otra sonrisa esplendorosa—. No escuché ningún ruido, y me alegro. Esa voz suya, tan áspera, me da miedo. No me gustan los extranjeros.

—Fue poco antes de marcharse. De salir pitando, diría yo. Sacudió la cabeza y señaló la cortina de nuestro cuarto. Y sabía, por supuesto, que tú estabas allí. Parecía creer…, mejor, parecía darme a entender que corrías algún, bueno, algún peligro en particular. Ya conoces su forma de hablar.

Ella no dijo nada, no emitió sonido alguno, pero se le fue el color de las mejillas.

—Sí —continuó Heyst—. Parecía un aviso. Eso debió ser. ¿Pensó que me había olvidado de ti? La única palabra que pronunció fue «dos». Así sonaba, por lo menos. Sí, dos. Y que no le gustaba.

—¿Qué quería decir? —susurró la muchacha.

—Ambos conocemos el significado de la palabra «dos». ¿No es así, Lena? Nosotros somos dos. ¡Y nunca hubo pareja tan alejada del mundo, querida! Quizá quisiera recordarme que también él tenía mujer a la que cuidar. ¿Por qué estás tan pálida, Lena?

—¿Estoy pálida? —preguntó con descuido.

—Lo estás —Heyst se había preocupado de veras.

—Bueno, no será de miedo —protestó, convencida. Además, lo que sentía era una especie de horror que le proporcionaba a su vez el completo dominio de sus facultades; y por esa razón, acaso, se soportaba con mayor dificultad, pero sin hacer mella en la fortaleza.

A Heyst le llegó el momento de sonreír.

—Francamente, desconozco si hay motivos para tener miedo.

—Quiero decir que no temo por mí.

—Creo que eres muy valiente. El color había vuelto a la cara.

—Por mi parte —continuó Heyst—, soy tan remiso a las impresiones externas que no puedo decir otro tanto de mí mismo. No suelo reaccionar con suficiente resolución —cambió de tono—. Ya sabes que lo primero que hice esta mañana fue ir a ver a esos hombres. —Lo sé. ¡Ten cuidado!

—Me pregunto cómo hace uno para andar con cuidado. Tuve una larga conversación con…, aunque no creo que les hayas visto. Uno de ellos es increíblemente escuálido y larguirucho y, en apariencia, achacoso. Me pregunto si será así, en realidad. Insiste en ello de manera un tanto extraña. Supongo que habrá sufrido las fiebres tropicales, pero sin llegar a la

gravedad que aparenta. Es lo que la gente llamaría un caballero. Parecía dispuesto a contarme el relato de sus aventuras, pero añadió que era una historia muy larga y que en otro momento quizá. «Supongo que le gustaría saber quién soy», insinuó. Le dije que era cosa suya en un tono que no podía dejar dudas en su inteligencia de caballero. Se apoyó en el codo —estaba tendido en el camastro— y dijo: «Yo soy el que soy».

Lena parecía no escucharle; pero cuando se detuvo volvió rápidamente la cabeza. La vaguedad envolvía las impresiones de la muchacha, pero la energía estaba concentrada en la batalla que se había impuesto a sí misma, en la exaltación del amor y de la autoinmolación, sublime facultad de las mujeres; y cargando, por lo demás, con todo el peso de la situación, gramo por gramo, sin dejarle nada, ni siquiera el conocimiento de sus actos, de ser posible. De conocer los medios para dejarle dormido durante días, fuera con filtros o embrujamientos, lo hubiera hecho sin dudas de ninguna especie. Le parecía demasiado bondadoso para semejantes tropiezos e insuficientemente preparado. Este último sentimiento nada tenía que ver con el arma robada. Apenas podía calcular las extremas consecuencias de ese acontecimiento.

Contemplando sus ojos fijos y como inertes —debido a que la concentración en el propósito anulaba en ellos toda expresión—, sospechó la existencia de un terrible esfuerzo mental.

—No vuelvas a preguntarme lo que quiso decir. Ni lo sé ni se lo pregunté. El caballero, como ya te dije, parecía muy devoto de las mistificaciones. No contesté nada y él volvió a acostar la cabeza en la manta que le servía de almohada. Aparentaba un estado de debilidad profunda, pero mucho me temo que sea perfectamente capaz de ponerse en pie cuando le venga en gana. Se puso a contar que había sido expulsado de la esfera social a la que pertenecía por causa del rechazo a ciertos convencionalismos, de manera que se convirtió en un rebelde y hoy paraba aquí y mañana en cualquier sitio. Como no me apetecía escuchar tanto perogrullo, le dije que la historia me sonaba. Se ríe igual que una calavera. Admitió que no me parecía en nada a la clase de hombre que esperaba encontrar. Luego dijo: «Por lo que a mí se refiere, no soy peor que ese caballero que está usted imaginando, ni tengo más ni menos determinación».

Heyst sonrió a Lena por encima de la mesa. La muchacha apoyó los codos y, sujetando la cabeza con ambas manos, hizo un gesto de

entendimiento.

—Mayor claridad imposible, ¿no te parece? —dijo Heyst, serio—. A menos que esa fuera su idea de la diversión, ya que cuando terminó de hablar se echó a reír de mala manera. Naturalmente, no le seguí la corriente.

—Ojalá lo hubieras hecho —suspiró la muchacha.

—No le seguí. No se me ocurrió. Creo que no tengo talento diplomático. Puede que hubiera sido lo más acertado; además, estoy convencido de que acabó diciendo más de lo que debía y que, con la broma, quería echarse atrás. Aunque, bien pensado, la diplomacia, cuando no tiene las espaldas guardadas, es como apoyarse en una caña podrida. De haberlo pensado, no sé qué hubiera hecho. No lo sé. No hubiera sido fácil. ¿Podría hacerlo? He vivido demasiado tiempo en mis adentros, mirando sólo los contraluces de la vida. Engañarse acerca de las consecuencias de un hecho que pudiera significar la aniquilación fulminante, cuando se está desarmado, indefenso, sin la posibilidad siquiera de escapar…, ¡no! Me parece indigno. Y todavía te tengo a ti. Tengo tu vida en mis manos. ¿No lo crees así? ¿Sería capaz de arrojarte a los leones para salvar mí dignidad?

La muchacha se levantó, rodeó apresuradamente la mesa, se sentó en sus rodillas, a la vez que le rodeaba el cuello con los brazos, y le susurró al oído:

—Puedes, si quieres. Y puede que esa fuera la única manera en que yo consentiría en dejarte. Por algo así. Aunque no fuera ni la mitad de importante que tu meñique.

Le besó ligeramente los labios y se escurrió antes de que pudiera detenerla.

Regresó a su sitio y volvió a apoyar los codos en la mesa. No parecía que se hubiera movido de allí. La fugacidad del cuerpo sobre las rodillas, la estrechez del abrazo, el susurro en el oído, el beso en los labios, pudiera haber sido la vaporosa sensación de un sueño al invadir la realidad de la vigilia, un espejismo seductor en la desértica aridez de sus pensamientos. Dudó en continuar, hasta que ella dijo, casi en tono administrativo:

—Bien. Y luego ¿qué?

—Ah, sí. Dejé que se riera solo. Se retorcía como un esqueleto de feria, bajo la sábana de algodón, que lo cubría, creo, con la intención de disimular el revólver que tenía en la mano derecha. No llegué a verlo, pero tuve la impresión clara de que estaba allí, en su puño. Como hubo un rato en el que no me miraba a mí, sino que tenía fija la vista en cierta parte del cuarto, me

volví y me encontré con la criatura pelilarga y salvaje que les acompaña, acuclillada en el rincón que había a mi espalda. Cuando entré no estaba allí. No me gustaba la sensación de tener a un monstruo vigilante detrás mío. Habría cambiado de sitio, pero seguía estando a su merced. Además, tal y como estaban las cosas, moverse era una prueba de debilidad. Así que me quedé en el sitio. El caballero dijo que podía asegurarme una cosa: que su presencia no era, moralmente, más reprensible que la mía. «Perseguimos los mismos fines», dijo, «sólo que yo los persigo con más claridad que usted, con menos complicaciones». Eso fue lo que dijo —continuó Heyst, después de mirar a Lena con un silencio interrogante—. Le pregunté si sabía con anterioridad que yo vivía aquí. Pero se limitó a reír con su mueca de cadáver. No le apreté, Lena. Pensé que era lo mejor.

En la piel tersa de la frente de la muchacha siempre había un rayo de esperanza. El pelo suelto, dividido en su mitad, sepultaba las manos en que se apoyaba la cabeza. Parecía hechizada por el relato. Heyst no se entretuvo. Intentó proseguir la relación de hechos en un tono distendido, comenzando con una observación.

—Habría mentido descaradamente, y detesto que me cuenten mentiras. Me pone nervioso. Está claro que no sirvo para los negocios mundanos. Pero no quería que pensara que aceptaba su presencia sin más ni más; así que le contesté que sus idas y venidas eran de su incumbencia, como resultaba obvio, pero que sentía una curiosidad natural por saber cuándo encontraría conveniente volver a ellas. Me pidió que considerase su estado. Si hubiera estado solo en esta isla, tal como creen ellos, me habría reído en sus barbas. Pero no estoy solo y me pregunto, Lena, si estás segura de que no te has dejado ver en algún momento.

—Segura —respondió enseguida. Heyst pareció aliviado.

—Comprende que si te pido que te quites de su vista se debe a que no es conveniente que te vean ni que hablen de ti. ¡Pobrecita mía! No puedo evitarlo. ¿Me comprendes?

Ella meneó débilmente la cabeza con un gesto ambiguo.

—Tendrán que verme algún día —dijo.

—No sé el tiempo que podrás permanecer al margen —murmuró Heyst pensativamente.

Se inclinó sobre la mesa.

—Deja que acabe la historia. Le pregunté a quemarropa lo que quería de mí; no pareció decidido a abordar le cuestión. Se limitó a contestar que la

cosa no apremiaba al secretario —de hecho, su socio— había ido al muelle para revisar el bote. Por último, sugirió que el aviso que tenía que darme esperara hasta pasado mañana. Estuve de Muerdo y añadí que tampoco yo tenía prisa por escucharlo. No tenía la más ligera idea de la forma en que sus asuntos me afectaban a mí. «Ah, Mr. Heyst», dijo, «usted y yo tenemos más cosas en común de las que piensa».

Heyst pegó un inesperado puñetazo en la mesa.

—¡Era un insulto! ¡Estoy seguro!

Pareció avergonzarse del estallido y sonrió trémulamente a los ojos inexpresivos de la muchacha.

—¿Qué podía hacer, aunque hubiera ido forrado de revólveres? Ella hizo un gesto de comprensión.

—Matar es un pecado, no te quepa duda.

—Me marché. Le dejé allí, acostado y con los ojos cerrados. Cuando llegué me pareciste enferma. ¿Qué tenías, Lena? ¡Me diste un buen susto! Mientras descansabas tuve la entrevista con Wang. Dormías como un niño. Me senté a pensar con calma, intentando averiguar el sentido oculto de todo esto y también de las consecuencias. Llegué a la conclusión de que los dos días que tenemos por delante son una especie de tregua. Es a todo lo que he llegado y también todo lo que Mr. Jones y yo mismo parecemos haber acordado tácitamente. Eso nos daba cierta ventaja, si es que puede contar con ella la gente que cae en el lazo de manera tan incauta como nosotros. Wang se ha ido. Lo declaró abiertamente, aunque ignoro lo que anda revolviendo en su cabeza, así que se me ocurrió que lo mejor que podía hacer era avisar a esa gente de que ya no era responsable de los actos del chino. No quería que algún movimiento de Mr. Wang precipitara los acontecimientos. ¿Entiendes mi posición?

Lena indicó que sí. Tenía el espíritu absorto en aquella apasionada determinación, en una exaltada confianza en mí misma, en la contemplación de la sorprendente oportunidad de conquistar la certidumbre, la eternidad, el amor de aquel hombre.

—Nunca he visto a dos hombres —decía Heyst— más afectados por una noticia que a Jones y a su secretario, el cual, por cierto, estaba ya de vuelta. No me oyeron llegar. Les dije que lamentaba la intrusión. «¡En absoluto, en absoluto!», dijo Jones. El secretario retrocedió a un rincón con sigilo de gato. De hecho, ambos se habían puesto en guardia. «He venido», les dije, «para informarles de que mi criado ha dejado su puesto, se ha ido».

Al principio se miraron entre sí, como no entendiendo lo que les decía. «¿Quiere decir que su chino ha liado los bártulos?», preguntó Ricardo, saliendo del rincón. «¿Así, de repente? ¿Y por qué?». Contesté que un chino dispone siempre de una razón simple y exacta para hacer algo, aunque no se le sacaba fácilmente. Todo lo que me dijo fue que «no gustaba». Se quedaron muy confusos. Querían saber qué no le había gustado. «Su aspecto y el de su partida», contesté a Jones. «¡Tonterías!», gritó. Enseguida se entremetió Ricardo. «¿Dijo eso? ¿Por quién le tomaba a usted, señor, por un niño de teta? ¿O es usted, y no se ofenda, el que nos toma por críos? Apuesto a que va a decirnos que se le ha perdido algo». «No quería comentárselo a ustedes», dije, «pero así es». Se palmeó el muslo. «Me lo temía. ¿Qué le parece la treta, jefe?». Jones le hizo una seña y el extraordinario socio con cara de gato propuso que él y su criado salieran a ayudarme a cazar o matar al chino. «Mi propósito», dije, «no era pedir ayuda. No pretendo dar caza al chino. He venido únicamente para avisarles de que está armado y que se opone a su presencia en la isla. Quiero que entiendan que no soy responsable de lo que ocurra». «¿Nos quiere decir», preguntó Ricardo, «que hay un chino mochales rondando por la isla con un seis-tiros y que a usted no le preocupa?». Por extraño que parezca, no daba la impresión de que me creyeran. Se intercambiaban miradas de complicidad todo el tiempo. Ricardo se acercó silenciosamente al patrón; estuvieron tramando algo, y lo que ocurrió después no me lo esperaba. La cosa fue bastante delicada. Puesto que no dispondría de su ayuda para capturar al chino y recuperar lo que era mío, lo menos que podían hacer era prestarme el criado. Fue Jones quien lo dijo y Ricardo el que apoyó la idea. «Sí, sí, que nuestro Pedro cocine para todos en su casa. No es tan fiero como parece. ¡Eso es lo que haremos!». Salió deprisa a la veranda y llamó a Pedro con un silbido penetrante. Una vez escudado el bramido con que respondió la bestia, Ricardo regresó con la misma prisa a la habitación. «Sí, Mr. Heyst. Le vendrá de perlas. Mande que le haga lo que usted tenga por costumbre con el servicio. ¿Le parece?». Lena, tengo que confesar que me sentí cogido por sorpresa. No lo espetaba. Estoy tan preocupado por ti que no puedo dejar de pensar en esos malditos canallas. Hace apenas dos meses no me hubiera importado. Me habría enfrentado a su ruindad con la misma indiferencia que a las otras intrusiones de la vida. ¡Pero ahora estás tú! Metida en mi vida y…

Heyst dejó escapar un profundo suspiro. La muchacha le dirigió una mirada rápida y expectante.

—Ah, estás pensando en eso, ¡en que me tienes a mí!

Era imposible leer los pensamientos que se escondían en aquellos ojos grises, penetrar el significado de sus silencios, de sus palabras y hasta de sus abrazos. Heyst solía deshacerse de ellos con una sensación de desconcierto.

—Si no te tengo, si no estás aquí, ¿quieres decirme, entonces, dónde estás? —gritó Heyst—. Me has comprendido perfectamente.

Sacudió la cabeza. Los labios encarnados a los que ahora contemplaba, tan fascinantes como la voz que salió de ellos, dijeron:

—Te he escuchado, pero ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que podría mentir y hasta arrastrarme por amor a ti.

—¡No, no! No lo hagas nunca —dijo precipitadamente, mientras los ojos le relampagueaban—. Después me odiarías por ello.

—¿Odiarte? —dijo Heyst recuperando el tono convencional—. ¡No! De momento es inútil considerar algo que resulta muy poco probable. Pero te confesaré que yo, cómo decir, he fingido. Primero he fingido consternación ante el imprevisto resultado de mi absurda diplomacia. ¿Comprendes, mi querida muchacha?

Era evidente que no comprendía. Heyst enseñó la sonrisa juguetona en agudo contraste con el carácter preocupado del conjunto de su expresión. Las sienes parecían aplastadas y la cara tenía un aspecto más enjuto.

—Una declaración diplomática, Lena, es una declaración en la cual todo es verdad, excepto el sentimiento que la inspira. Mis relaciones con la humanidad nunca fueron diplomáticas, no tanto por lo que respecta a sus sentimientos como por la consideración en que he tenido los míos. La diplomacia no le va bien a un desprecio consecuente. Me ha importado poco la vida y todavía menos la muerte.

—¡No digas eso!

—Disimulé las ganas que tenía de agarrar por el cuello a esos trotacalles. Sólo tengo dos manos —ojalá tuviera cien para defenderte— y había tres pescuezos. Para entonces, su Pedro estaba ya en el cuarto. Si me hubiera visto enzarzado con los dos golletes habría saltado al mío como un perro rabioso, o como cualquier otra clase de bestia servicial. No tuve dificultad en disimular las ganas de recurrir al vulgar, estúpido y desesperado expediente de la pelea. Me limité a comentar que no quería

criados. No se me ocurriría privarles del suyo. Pero no me escuchaban. Lo tenían decidido. «Se lo mandaremos enseguida», dijo Ricardo, «y que empiece a cocinar para todos. Espero que no le importe que yo vaya a comer a su bungaló. Al patrón le traeremos aquí la comida». Todo lo que podía hacer era morderme la lengua o entrar en una disputa donde saldría a la luz algún siniestro objetivo contra el que no contamos con medios para resistir. Esta tarde no tendrás problemas en seguir oculta; pero con esa bestia merodeando todo el tiempo por la trasera de la casa, ¿cuánto más podrás seguir escondida?

La angustia de Heyst se palpaba en el silencio. La cabeza de la chica, sostenida por las manos escondidas en la espesa mata de pelo, conservaba una inmovilidad perfecta.

—¿Estás segura de que no te han visto todavía? —preguntó de improviso. La estatua contestó:

—¿Cómo puedo estar segura? Me dijiste que me quitara de en medio. Y eso fue lo que hice. No te pregunté la razón. Pensé que no querías que la gente supiera que estabas con una muchacha como yo.

—¿Por qué? ¿Por vergüenza? —exclamó.

—Quizá no fuera esa la razón, ¿no es cierto? Heyst levantó las manos en un amable reproche.

—La razón es que no podía soportar la idea de que una mirada que no fuera de simpatía o de respeto se posara en ti. Desconfié de esos individuos desde el principio.

¿No comprendiste?

—Sí. Me quité de la vista.

Sobrevino un silencio. Por último, Heyst se removió un poco.

—Todo esto tiene ahora muy poca importancia —dijo con un suspiro—. Ahora se trata de algo infinitamente peor que las miradas y los pensamientos, por despreciables que sean. Como te he dicho, acepté en silencio las sugerencias de Ricardo. Cuando me volvía dijo: «Si por casualidad llevara encima la llave de ese almacén suyo, Mr. Heyst, podría dejármela. Yo se la daré a nuestro Pedro». Se la tendí sin mediar palabra. Ricardo se la lanzó a la peluda criatura que estaba a la puerta en aquel momento, y la fiera la atrapó lo mismo que un gorila amaestrado. Me marché. Me pasé todo el tiempo preocupado por ti; te había dejado durmiendo, estabas sola y, al parecer, enferma.

Heyst se detuvo y volvió la cabeza. Había escuchado ruido de palos en el recinto.

Se levantó y cruzó la habitación para ir a mirar por la puerta de atrás.

—Ahí está ese bicho —dijo, regresando a la mesa—. Ahí anda, preparando el fuego. ¡Oh, mi querida Lena!

Ella le había seguido con los ojos. Le vio salir cautelosamente a la veranda principal. Bajó furtivamente los lienzos que colgaban entre las columnas y se quedó allí, muy quieto, como atraído por algo que ocurría en el claro. Ella también se levantó con la intención de echar una ojeada a los alrededores. Heyst, por encima del hombro, la vio regresar a su asiento. Le hizo una seña y la muchacha siguió de pie, atravesó la penumbra de la habitación, luminosa e inmaculada con el vestido blanco, el pelo suelto, con aire de paseante insomne en los despaciosos movimientos, en la mano extendida, en el reflejo mortecino de los ojos grises fulgurando en la sombra. Heyst nunca había observado una expresión como aquélla en su rostro. Tenía el gesto cierta somnolencia, una intensa atención y una rigidez imprecisa. La seña de Heyst la detuvo en la puerta y ella pareció despertar con un ligero rubor que, al desvanecerse, arrastró con él la curiosa transfiguración. Se echó para atrás, con decisión, la espesa mata de pelo. La frente se iluminó. Las aletas de la nariz se estremecieron. Heyst la cogió del brazo y murmuró con excitación:

—¡Ven aquí, rápido! El lienzo te ocultará. Cuidado con el hueco de la escalera.

Están ahí fuera…, me refiero a los otros dos. Es mejor que tú les veas primero.

Reprimió enseguida un apenas perceptible intento de retirada y se quedó quieta.

Heyst soltó el brazo.

—Sí, quizá sea mejor —dijo con una morosidad poco natural, acercándose mucho a él.

Juntos, uno a cada lado del lienzo, se quedaron mirando entre el borde de la tela y el pilar de la veranda, ensortijado de enredaderas. Una ola de calor subió del suelo torrefacto, como de alguna secreta angina del corazón en llamas de la tierra; no así el cielo, que se iba enfriando, mientras el sol declinaba y proyectaba las sombras de Mr. Jones y su sicario sobre el bungaló, una adelgazada en extremo y otra ancha y breve.

Los dos visitantes se quedaron quietos y observaron. Para continuar la ficción de la invalidez, el caballero se apoyaba en el brazo del secretario, cuya coronilla llegaba justo al hombro del patrón.

—¿Les ves? —murmuró Heyst al oído de la muchacha—. Ya están aquí los emisarios del más allá. Aquí los tienes, la inteligencia perversa y la barbarie instintiva, codo con codo. La fuerza bruta está en la trasera. Un ajustado trío de heraldos…, a los que hay que dar la bienvenida. Supongamos que estuviera armado: ¿sería capaz de acribillar a tiros a esos dos? ¿Podría, sinceramente?

La muchacha buscó la mano de Heyst y la estrechó, para impedir que se fuera. El hombre continuó con una ironía amarga:

—No lo sé, aunque no lo creo. Hay en mí una fuerza extraña que me aturde con la insensata exigencia de evitar hasta la apariencia misma del crimen. Nunca he apretado un gatillo ni le he levantado la mano a un hombre, siquiera fuese en defensa propia.

El repentino apretón de la mano le detuvo.

—Se mueven —murmuró—. ¿Estarán pensando en venir aquí? —se preguntó Heyst con inquietud.

—No, no han cogido este camino —informó la muchacha; hubo otra pausa—.

Vuelven a su casa.

Después de observarles un poco más, soltó la mano de Heyst y se dirigió al interior. Él la siguió.

—Ya les has visto —empezó—. Piensa lo que sentí al ver cómo atracaban en la oscuridad esos fantasmas del mar, ¡lo mismo que apariciones, quimeras! Y ahí siguen. Eso es lo peor de todo, que siguen ahí. Sin ningún derecho, pero se han quedado. Deberían haberme enfurecido. He ido dulcificando muchas cosas, la rabia, la indignación, incluso el desprecio. Sólo ha quedado la repugnancia. Desde que me contaste esa calumnia deleznable el asco se ha multiplicado y ahora llega también a mí.

Heyst la miró.

—Pero te tengo a ti, por suerte. Si Wang, al menos, no se hubiera llevado ese miserable revólver… Sí, Lena, aquí estamos, los dos juntos.

La muchacha apoyó las manos en sus hombros y le miró a los ojos. Él devolvió aquella mirada penetrante. Estaba desconcertado. No podía perforar el velo gris de sus ojos. Pero la tristeza de la voz le conmovió profundamente.

—¿No me lo estás reprochando? —preguntó lentamente la muchacha.

—¿Reprochar? ¡Vaya palabra entre nosotros! Sólo podría referirse a mí…, pero al mencionar a Wang se me ha ocurrido una idea. No he sido servil y mentiroso, para hablar con exactitud, pero sí hipócrita. Te has estado escondiendo para complacerme: el caso es que te escondiste. Pero ¿por qué no empezar de nuevo? ¿Por qué no seguir el juego? Saldremos juntos. No podría dejarte sola y además debo, sí, debo hablar con Wang. Saldremos a buscar a ese hombre que sabe lo que quiere y cómo conservar lo que quiere. ¡Iremos ahora mismo!

—Espera a que me arregle el pelo —consintió ella acto seguido, antes de desaparecer tras la cortina.

Cuando cayó a su espalda, volvió la cabeza con una infinita y enternecedora preocupación por aquel hombre al que no podía comprender y a quien temía no satisfacer nunca, como si su amor fuera de una calidad irreparablemente peor, incapaz de sofocar los exquisitos y exaltados deseos de aquel alma superior. Tardó un par de minutos en reaparecer. Abandonaron la casa por la puerta trasera y pasaron al lado del estupefacto Pedro sin dirigirle siquiera la mirada. La criatura dejó la fogata y, tambaleándose pesadamente, enseñó los monstruosos colmillos en una mueca de asombro. Luego salió dando tumbos sobre las combadas piernas con la intención de notificar a sus amos el pasmoso descubrimiento de la mujer.

Capítulo 6

Quiso la suerte que Ricardo estuviera solo y ganduleando por la veranda de la antigua oficina. Olfateó enseguida la aparición de un nuevo acontecimiento y corrió a encontrarse con aquella especie de oso trotador. Los ruidos roncos y gruñidores que salieron de su boca, semejando remotamente el español, o cualquier otra de las lenguas humanas, fueron inteligibles gracias a la práctica asidua del secretario de Mr. Jones. Ricardo se quedó francamente sorprendido. Había supuesto que la chica seguiría escondida. Al parecer, se renunciaba a esa táctica. No desconfiaba de la joven. ¿Cómo podría hacerlo? Ni siquiera podía pensar en ella con cierto sosiego. Intentó apartar la imagen de la cabeza, de forma que pudiera atemperar el ingenio con la frialdad necesaria para garantizar el uso que la compleja naturaleza de la situación le demandaba, tanto en lo referente a su seguridad personal como en lo que se derivaba de sus funciones de leal secuaz de Mr. Jones a secas, caballero.

Ordenó sus pensamientos. Se trataba de un cambio estratégico, cuyo cerebro era Heyst. Si así fuera, ¿qué sentido tenía? ¡Un tipo de cuidado! A menos que fuera ella la instigadora; en ese caso, hum, lo daba por bueno. Así debía ser. Sabía lo que estaba haciendo.

Enfrente de Ricardo, Pedro levantaba las zancas alternativamente, bamboleándose con la característica actitud expectante. Los diminutos ojos enrojecidos, perdidos entre la mata de pelo, aguardaban fijos. Ricardo los escrutó con calculado desprecio y dijo en un tono iracundo y áspero:

—¡Una mujer! Claro que hay una mujer. ¡Lo sabemos antes que tú! Y dio un empellón a la fiera domesticada.

—¡Circula! ¡Vamos! ¡En marcha, ganso! Vuelve a la cocina. ¿Y qué camino cogieron?

Pedro extendió un descomunal y velludo antebrazo para indicar la dirección y se marchó sobre sus dos piernas de papión. Avanzando algunos pasos, Ricardo llegó a tiempo de ver, por encima de algunos arbustos, dos salacots blancos que caminaban juntos por el calvero. Después, desaparecieron. Ahora que se las había arreglado para evitar que Pedro informase al jefe sobre la mujer de la isla podía permitirse especular acerca de los movimientos de la pareja. Su disposición hacia Mr. Jones había experimentado un cambio emocional del que todavía no era muy

consciente. Esa mañana, antes del *tiffin*, con aquella inspirada manera de recobrar la zapatilla, Ricardo hizo el camino hacia su alojamiento eventual corriendo en zigzag y con la cabeza dando vueltas. La visión de inconcebibles promesas le excitó hasta la desmedida. Se tomó su tiempo de respiro antes de dar el paso de encararse con el jefe. Al entrar en la habitación encontró a Mr. Jones sentado sobre el catre como un sastre sobre un tablero, las piernas cruzadas y la espalda contra la pared.

—¡Venga, señor! ¿No irá a decirme que se está aburriendo?

—¡Nada de eso! ¿Dónde diablos has estado metido todo este tiempo?

—Vigilando, espiando, husmeando. ¿Qué otra cosa, si no? Usted tenía compañía.

¿Le ha hablado con franqueza, señor?

—Así es —murmuró Mr. Jones.

—¿Sin pasarse de claro, señor?

—Exacto. Ojalá hubieras estado aquí. Te has pasado la mañana haraganeando y ahora te presentas sin resuello. ¿Qué sucede?

—No he malgastado el tiempo yendo por ahí —dijo Ricardo—. No pasa nada.

Yo… podría haberme dado más prisa.

La verdad es que jadeaba todavía; aunque la carrera no era la causa, sino el torbellino de ideas y sensaciones largamente reprimido y que la aventura matinal había liberado. Se sentía aturdido. Cada vez se perdía más en el laberinto de alentadoras y amenazantes posibilidades.

—Así que ha sido una larga conversación —dijo para ganar tiempo.

—¡Maldito seas! El sol te ha trastornado la cabeza, ¿no es eso? ¿Qué haces mirándome como un basilisco?

—Le pido perdón, señor. No me daba cuenta de que le estaba mirando —se disculpó en un tono afable—. El sol tiene fuerza para trastornar una calabaza más gruesa que la mía. Echa chispas. ¡Uf! ¿Qué cree que es un hombre, señor? ¿Una salamandra?

—Tenías que estar aquí —observó Mr. Jones.

—¿Dio la fiera alguna señal de ir a levantar la pezuña? —preguntó enseguida con verdadera y absoluta ansiedad—. No nos interesa, señor. Hay que seguirle el juego un par de días, por lo menos. Tengo un plan. Me da en la nariz que puedo averiguar muchas cosas en dos días.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué forma?

—Mirando, señor —respondió lentamente Ricardo. Mr. Jones gruñó.

—Nada nuevo, por lo que parece. Mirando, ¿eh? ¿Y por qué no rezar un poco también?

—¡Ja, ja, ja! Esa sí que es buena —estalló el secretario, mientras escrutaba en los ojos impasibles de Mr. Jones. Este desvió el asunto sin mayor escarnio.

—Tienes los dos días garantizados —dijo. Ricardo se rehizo. Los ojos le brillaron libidinosamente.

—Lo conseguiremos…, limpiamente, señor… del todo y por el camino adecuado, si confía en mí.

—Confío absolutamente en ti. También te afecta.

Por su parte, Ricardo estaba convencido de lo que afirmaba. Creía plenamente en el éxito. Pero no podía confesar a su jefe que tenía cómplices en el campo enemigo. No convenía hablarle de la mujer. El diablo sabía de lo que sería capaz si llegaba a enterarse de que había faldas de por medio. ¿Por dónde empezar? Ni mencionar lo de la huida.

—Lo conseguiremos, señor —dijo con una alegría perfectamente interpretada.

Experimentaba oleadas de abrumadora alegría que le abrasaban el corazón con el fuego de una hoguera siempre alimentada.

—Estamos obligados —sentencio Mr. Jones—. Esta no se parece a las demás aventuras, Martin. Le tengo una particular predilección. Es diferente. Es una especie de prueba.

Ricardo estaba impresionado por el gesto del patrón; por vez primera, asomaba en él un indicio de pasión. Pero también la palabra utilizada, la palabra «prueba», le impresionó por su significado. Fue la última palabra que se pronunció en esa conversación. Ricardo salió inmediatamente después de la habitación. No podía quedarse quieto. Un gozo, en el que se mezclaba una dulzura extraordinaria con el arrebato del triunfo, se lo impedía. Como también le impedía pensar. Anduvo arriba y abajo por la veranda toda la tarde, volviendo continuamente la cabeza hacia el bungaló. No había señales de vida. Una o dos veces se paró para mirar la zapatilla izquierda. No dejó de escapársele una risita mal sofocada. Se aferró a la balaustrada y permaneció inmóvil, sonriendo no tanto por los pensamientos como por aquella fuerza vital que golpeaba en sus adentros. Se dejó arrastrar por ella, descuidada y hasta temerariamente. No le importaba nadie, ni amigos ni enemigos. En ese momento, Mr. Jones pronunció su nombre en el interior. Una sombra cruzó la cara del secretario.

—Aquí, señor —respondió un momento antes de que resolviera entrar.

Encontró al jefe de pie. Mr. Jones se cansaba de estar acostado cuando, además, no había ninguna necesidad. La estilizada figura se deslizó por la habitación y acabó por detenerse.

—Martin, he estado pensando en algo que tú sugeriste. En su momento no me pareció demasiado práctico. Pero luego, reflexionando, creo que proponerle una partida es una forma tan buena como cualquier otra de hacerle comprender que ha llegado la hora de que desembuche. Es un sistema, ¿cómo diría yo?, menos ordinario. Lo entenderá enseguida. No es la peor vía para abordar un asunto que es crudo, Martin, bastante crudo.

—¿Le preocupa herir sus sentimientos? —ironizó el secretario con una amargura que dejó francamente sorprendido al caballero.

—¡Pero si la idea es tuya, maldita sea!

—¿Y quién dice que no lo sea? —replicó Ricardo con resentimiento—. Pero me pone enfermo andar con estos tientos. ¡No! ¡No! Con averiguar el escondite y darle el tajo basta. Y para él sobra.

Una vez desatadas las pasiones, la llamada de la sangre se confundía con la de la ternura —ternura, sí—. Una especie de angustiosa y dulce sensación se difundía por las entrañas de Ricardo cuando pensaba en la muchacha, alguien de su misma hechura. Y, al tiempo, la imagen de Heyst le carcomía de celos al entrometerse en el arrebato de aquella felicidad anticipada.

—Te ensañas con una ordinariez que no deja dudas, Martin —dijo Mr. Jones desdeñosamente—. Ni siquiera barruntas mi propósito. Sólo voy a divertirme con él. Ponte a imaginar el cuadro, el hombre manejando las cartas, la mofa atroz del juego. Oh, lo pasaría en grande. Sí, dejemos que pierda su dinero en vez de hacer que nos lo entregue. Ya sé que tú le pegarías un tiro a la primera, pero yo prefiero disfrutar de una broma refinada. Es un tipo de la buena sociedad. A mí me echó de mi mundo gente muy parecida. ¡Qué humillación y qué rabia para un hombre así! Me auguro algunos momentos exquisitos mientras dura el juego.

—Me temo que salte en cuanto le dé el tufillo. Puede que no aprecie la broma.

—Quiero que tú estés presente —observó el aristócrata con la mayor tranquilidad.

—Bueno, mientras yo sea libre de pegarle el tajo cuando crea que ha llegado el momento usted puede disfrutar con su juego, señor. No se lo voy

a echar a perder.

Capítulo 7

Fue en ese preciso momento de la conversación cuando Heyst apareció con la noticia sobre Wang, tal como había contado a Lena. En cuanto se marchó, amo y criado se miraron con un silencio interrogante. Mr. Jones fue el primero en romperlo.

—Escucha, Martin…

—Diga, señor.

—¿Qué significa todo eso?

—Alguna jugada. Que me cuelguen si la entiendo. —¿Demasiado difícil para ti?— preguntó el caballero con aire de zumba.

—No es más que una prueba de ese diabólico atrevimiento suyo —gruñó el secretario—. ¿No se habrá creído usted lo del chino, verdad? Es mentira.

—No hace falta que sea cierto para que tenga sentido. Lo que interesa es saber por qué ha venido a informarnos.

—¿Cree que se lo ha inventado para asustarnos? Mr. Jones le miró ceñuda y reflexivamente.

—Parecía preocupado —murmuró como para sus adentros—. Supongamos que el chino le ha robado el dinero. Parecía muy preocupado.

—No es más que una de sus artimañas —protestó seriamente Ricardo, ya que la idea era demasiado desconcertante como para tenerla en consideración—. ¿Es posible que confiara lo suficiente en ese chino como para que pudiera robarle? —arguyó acaloradamente—. Esa es la única cosa sobre la que debía tener la boca cerrada. Aquí se está cortando otra tela. Sí, pero ¿cuál?

—¡Ja, ja, ja! —Mr. Jones dejó escapar una risa chillona y espectral—. Nunca me había encontrado en una situación tan ridícula —continuó con una impavidez de ultramundo—. Y eres tú, Martin, el que me ha arrastrado a ella. Aunque la culpa también es mía. Tendría que…, pero estaba demasiado aburrido para utilizar el cerebro, y en el tuyo no se puede confiar. ¡Eres un cabeza caliente!

Un blasfemo lamento salió de la boca de Ricardo. ¡Que no se podía confiar en él!

¡Cabeza caliente! Casi se echa a llorar.

—¿No le he oído decir, señor, más de veinte veces desde que salimos a escape de Manila que necesitábamos un buen capital para trabajarnos la costa del Este? Siempre andaba diciendo que para ganarnos debidamente a esa recua de funcionarios y portugueses chapuceros tendríamos que perder mucho al principio. ¿No ha estado siempre preocupado por la forma de echar el guante a un buen fajo de billetes? La solución no era quedarse aburrido en esa podrida colonia holandesa y jugar partidas de dos peniques con esos miserables empleaduchos y demás ralea parecida. Bien, yo le traje aquí, y aquí hay dinero caliente, un buen pellizco, para el que tenga mano —masculló entre dientes.

Hubo un silencio. Cada uno miró a un lado distinto de la habitación. De pronto, y con un ligero zarpazo, Mr. Jones se encaminó a la puerta. Ricardo le cogió ya fuera.

—Apóyese en mí, señor —le rogó amable, aunque firmemente—. No dé la baza por perdida. Es normal que un enfermo salga a tomar un poco de aire fresco a la caída de la tarde. Eso es, señor. Pero ¿adónde quiere llegar? ¿Por qué ha salido?

El caballero se paró de golpe.

—Ni yo mismo lo sé —confesó con un murmullo hueco, mirando atentamente el bungaló de Number One—. Ha sido un impulso —declaró en un tono más bajo todavía.

—Será mejor que entre, señor —sugirió Ricardo—. Pero ¿qué tenemos ahí? Esos lienzos no estaban bajados hace un rato. Apuesto algo a que nos está espiando detrás de ellos, ¡culebra escurridiza y traicionera!

—¿Por qué no vamos y repartimos ya toda la baraja? —fue la inesperada proposición de Mr. Jones—. Tiene algo que contarnos.

Ricardo consiguió disimular el sobresalto, pero fue incapaz de hilar palabras durante un largo momento. Se limitó a retener instintivamente la mano del patrón.

—No, señor. ¿Qué va a decir usted? ¿Cree que llegará al fondo de sus mentiras? ¿Cómo conseguiría hacerle hablar? Esta no es la ocasión para llegar a las manos con ese caballerete. ¿Cree usted que yo me echaría para atrás? Pero está el chino, y le aseguro que así le ponga la vista encima le mato como a un perro; en cuanto a ese condenado Mr. Heyst, todavía no le ha llegado su hora. Mi cabeza está ahora más fría que la suya. Volvamos adentro. Aquí estamos en descubierta. No se le vaya a pasar por la cabeza pegarnos una tarascada… Ese hipócrita encanallado no es de los que avisan.

Una vez que se dejó persuadir, Mr. Jones volvió a la reclusión. El secretario, sin embargo, permaneció en la veranda, con la intención, según dijo, de averiguar si el chino andaba merodeando; en cuyo caso estaba decidido a meterle un tiro en la chaveta y arriesgarse a las consecuencias. La verdadera razón era que quería estar solo, lejos de la insepulta profundidad de los ojos del patrón. Tenía la sentimental y solitaria necesidad de dar rienda suelta a sus fantasías. Un cambio fundamental se estaba produciendo en Mr. Ricardo desde aquella mañana. Una parte de sí mismo que, por prudencia, necesidad, lealtad, había estado adormecida, se despertaba ahora, iluminando su pensamiento y perturbando su equilibrio mental con la percepción de alguna que otra asombrosa consecuencia, como era el caso de un posible y enérgico conflicto con el caballero. La aparición del disforme Pedro con las nuevas le sacó de la dulce ensoñación, no obstante turbada por la presentida inminencia del conflicto.

¿Una mujer? Sí, había una. Y eso lo cambiaba todo. Después de sacudirse a Pedro y de observar cómo desaparecían entre los matorrales los salacots de Heyst y de Lena, Ricardo se abismó en sus pensamientos.

—¿Adónde irán? —se preguntó.

La respuesta encontrada por la radical puesta en tensión de sus facultades especulativas fue: a reunirse con el chino. Ricardo no había creído en la deserción de Wang. Era una pista falsa, la entraña de alguna peligrosa componenda. Heyst pretendía añadirle algún nuevo movimiento. Pero la presencia de la muchacha le tranquilizó: una muchacha con arrestos, todo sentido común, todo comprensión, una aliada de su misma cuerda.

Entró rápidamente. Mr. Jones había vuelto a la cabecera de la cama y a la postura de piernas cruzadas y espalda contra la pared.

—¿Alguna novedad?

—No, señor.

Ricardo se paseó por la habitación con la mayor de las despreocupaciones, tarareando estribillos. El caballero levantó sus cejas airadas. El secretario se arrodilló ante el viejo baúl de cuero y, después de revolver, extrajo un pequeño espejo. Examinó su fisonomía en un silencio absorto.

—Creo que voy a afeitarme —decidió mientras se incorporaba.

Miró por el rabillo al jefe y repitió la mirada varias veces durante la operación, que no duró mucho; después de terminada y devolver a su lugar los utensilios, recomenzó el paseo tarareando nuevos estribillos. Mr. Jones

conservó una absoluta quietud, los finos labios contraídos, los ojos con un velo. Las facciones eran las que deja un cincel.

—Así que le gustaría echar unas manos con ese canalla —dijo Ricardo, parándose de pronto y frotándose las manos.

El otro no dio señales de haberle escuchado.

—Bien, ¿y por qué no? ¿Por qué no ha de tener esa experiencia? Acuérdese de aquel pueblo mejicano, ¿cómo se llamaba? Atraparon a un ladrón en la montañas, le condenaron y le fusilaron. Estuvo jugando a las cartas toda la noche con el carcelero y el *sheriff*. Pues este también está condenado. Tiene que darle a usted su partida. Qué diablos, ¡los caballeros también merecen algún esparcimiento! Y ha tenido usted mucha paciencia, señor.

—Estás de lo más fruslero —comentó el patrón en un tono mohíno—. ¿Qué te han dado?

El secretario canturreó otro poco y luego dijo:

—Me las arreglaré para que venga aquí esta noche, después de la cena. Si no me presento no se preocupe, señor. Estaré husmeando por ahí fuera, ¿me comprende?

—Te comprendo —ironizó lánguidamente Mr. Jones—. ¿Pero qué esperas ver en la oscuridad?

Ricardo no repuso nada y después de darse otro par de vueltas salió de la habitación. Ya no se sentía a gusto estando a solas con el jefe.

Capítulo 8

Entretanto, Heyst y Lena se acercaban a buen paso a la cabaña de Wang. Después de pedir a la muchacha que esperara, el hombre subió por la pequeña escalera de bambú que daba acceso a la puerta. Era tal y como había supuesto. El humeante interior estaba vacío, excepción hecha de un arcón de sándalo demasiado pesado para sacarlo con premuras. Tenía la tapa levantada, pero lo que quiera que hubiese contenido ya no estaba en su interior. No quedaba ninguna de las pertenencias de Wang. Sin demorarse más en el chamizo, Heyst volvió junto a la muchacha, que no le hizo pregunta alguna, envuelta en un aire misterioso de conocer y comprenderlo todo.

—Sigamos —dijo.

Iba delante, seguido del frufrú de la falda blanca a través de las sombras del bosque, por el sendero del paseo habitual. Aunque el aire se espesaba entre los troncos erectos y desnudos, charcos de luz se estremecían en el suelo; y Lena, levantando la vista, contempló el revuelo de hojas que, por encima de su cabeza, se agitaban sobre ramas colosales, horizontalmente extendidas en una quietud perfecta y paciente. Por dos veces se volvió Heyst hacia ella. Bajo la prontitud de su sonriente réplica había un fondo de pasión devota y concentrada, palpitando con la esperanza de una satisfacción más completa. Atravesaron la zona en la que acostumbraban a volverse hacia las cumbres agostadas del macizo central. Heyst prosiguió con decisión el camino hacia el nivel más elevado del bosque. Desde el momento en que dejaron su abrigo, la brisa les acarició y una gran nube, al cruzarse con el sol, arrojó sobre la superficie de aquel mundo una singular oscuridad. Heyst apuntó a un escarpado y accidentado sendero que se ceñía a la colina. Terminaba en una barrera de árboles caídos, un obstáculo dispuesto de forma primitiva y que seguramente había exigido una buena cantidad de esfuerzo para levantarlo en ese preciso lugar.

—Esto —explicó con la gentileza habitual— es una barrera contra el progreso de la civilización. A las gentes de por aquí no les gustó cuando la vieron presentarse bajo la forma de la Compañía, un gran paso adelante, según la llamó alguno con desacertado optimismo. El paso adelante ha concluido en un paso atrás, pero la barrera permanece.

Continuaron subiendo lentamente. La nube se había marchado dejando una claridad acrecentada en la escamadura de las cosas.

—Es bastante ridículo —continuó—. Pero es el producto de un temor sincero a lo desconocido, a lo incomprensible. Es, hasta cierto punto, patético. Y desearía de todo corazón que estuviéramos ya al otro lado.

—¡Oh, párate, párate! —gritó la muchacha agarrándole del brazo.

La barrera había sido coronada con un montón de ramas recientes. Las hojas verdeaban todavía. Una suave brisa, que barría los troncos cimeros, las agitaba un poco. Pero lo que sobresaltó a la muchacha fue el descubrimiento de varias lanzas que sobresalían por entre el follaje. Las advirtió de golpe. No relumbraban, pero las había distinguido con extrema claridad, muy quietas y amenazantes.

—Será mejor que vaya solo, Lena.

Ella tiró tenazmente de su brazo, pero al cabo de un tiempo, durante el cual Heyst nunca dejó de mirar con una sonrisa en sus ojos aterrorizados, acabó por soltarle.

—Es una señal, más que una amenaza —argumentó en tono persuasivo —. Espera aquí. Te prometo no acercarme lo suficiente para que me ensarten.

Como en una pesadilla ralentizada, observó cómo Heyst subía interminablemente las escasas yardas del sendero; escuchó su voz, al fin, igual a las voces de los sueños, pronunciando palabras desconocidas en un tono ajeno a este mundo. Heyst pedía ver a Wang. No tuvo que esperar mucho. Recobrándose de la primera ráfaga de temor, Lena advirtió cierta conmoción en la cresta foliginosa de la barricada. Exhaló un suspiro cuando las lanzas se deslizaron hacia adentro, ¡aquellos objetos terribles! Frente a Heyst, un par de manos amarillas apartaron las hojas y un rostro ocupó la pequeña abertura, un rostro de ojos muy característicos. Era el rostro de Wang, por supuesto, sin manifestación alguna del cuerpo que le correspondía, como aquellas caras de cartulina que miraba cuando era niña en la tienda umbría de un misterioso hombrecito de Kingsland Road. Sólo que esta cara en cuestión, en lugar de simples agujeros, tenía ojos y pestañeaba. Podía ver el aleteo de los párpados. Las manos, una a cada lado de la cara y sujetando el ramaje, tampoco parecían pertenecer a un cuerpo de verdad. Una de ellas sostenía un revólver: arma que la muchacha reconoció por intuición, ya que nunca había visto semejante artilugio.

Apoyó los hombros en la rocosa y perpendicular ladera y siguió con los ojos a Heyst, con aplomo relativo toda vez que las lanzas ya no estaban a la vista. Más allá de la impasible espalda que Heyst le ofrecía, veía la cara de cartulina de Wang, moviendo los labios exangües y gesticulando artificiosamente. Estaba demasiado lejos para escuchar la conversación, llevada, por lo demás, en un tono convencional. Esperó pacientemente el final. Sus hombros notaron la calidez de la roca; de vez en cuando, una racha de aire más frío parecía descender hasta su cabeza. El barranco que se abría a sus pies, sofocado de vegetación, emitía el débil y soñoliento zumbido de la vida de los insectos. Todo estaba inmóvil. No llegó a percibir el momento justo en que la cara de Wang desapareció tras el ramaje, arrastrando con él sus manos irreales. Para horror de Lena, las lanzas volvieron a erguirse lentamente. El pelo se le erizó, pero antes de que tuviera tiempo de gritar, Heyst, que parecía clavado en el suelo, se volvió bruscamente y echó a andar hacia ella.

Los espesos mostachos no bastaron para disimular una inquietante aunque poco decidida sonrisa; y cuando llegó a su lado estalló en una carcajada amarga:

—¡Ja, ja, ja!

Le miró sin entender. Interrumpió de golpe la risa y dijo secamente:

—Será mejor que volvamos por donde hemos venido.

Ella le siguió al interior del bosque. El progreso de la tarde lo había llenado de sombras. Un lejano resplandor cerraba la perspectiva distante de los árboles. Más allá, todo estaba a oscuras. Heyst se detuvo.

—No hay por qué preocuparse, Lena —dijo en el habitual, sereno y cumplido tono—. Volvemos fracasados. Supongo que sabes, o imaginas por lo menos, cuál era mi propósito.

—No me lo imagino, querido —dijo, y sonrió al contemplar con emoción que el pecho de su compañero palpitaba, como si hubiera perdido el aliento; a pesar de lo cual trataba de dominar su expresión, intercalando pausas entre las palabras.

—¿No? Vine a encontrarme con Wang. Vine… —Y volvió a tomar aliento, aunque por última vez—. Quise que vinieras conmigo porque no me gustaba la idea de dejarte sin protección, al lado de esos individuos.

Se quitó inesperadamente el salacot y lo arrojó al suelo.

—¡No! —gritó con aspereza—. ¡Esto no es real! ¡Es insoportable! ¡No puedo protegerte! No tengo esa capacidad.

La miró un instante y luego corrió tras el sombrero, que había rodado a cierta distancia. Volvió a mirarla. Estaba pálida.

—Debería pedirte perdón por esta payasada —dijo, colocándose la prenda—. ¡Un gesto de petulancia infantil! Además, me siento tan ignorante como un niño, con la misma impotencia y la misma falta de recursos, en todo menos en esta torturante evidencia de que el peligro pende sobre tu cabeza.

—Es a ti a quien buscan —musitó.

—Sin duda, pero desgraciadamente… —Desgraciadamente…, ¿qué?

—Desgraciadamente, no he tenido éxito con Wang —dijo—. No he estimulado su compasión, si es que existe tal cosa. Me dijo con su horripilante racionalidad china que no podía dejar que pasáramos la barrera, porque entonces nos seguirían hasta allí. No le gustan las peleas. Me dio a entender que me dispararía con mi propio revólver y sin la más mínima compunción antes que arriesgarse, por consideración a mí, a la brutalidad de una refriega con aquellos forasteros feroces. Ya tenía avisados a los indígenas. Ellos le respetan. Es el hombre más notable que han visto nunca y el matrimonio les ha emparentado. Entienden su política. Aparte de eso, en la aldea sólo quedan unas cuantas mujeres y niños y algún anciano. En esta época los hombres se han embarcado. Pero hubiera dado lo mismo. A ninguno le gusta pelear, ¡y menos con blancos! Se trata de un pueblo pacífico y amable que hubiera visto con gran satisfacción que me pegaran un tiro. Wang parecía considerar mi insistencia —porque insistí, qué remedio— bastante absurda e indiscreta. Pero el que se está hundiendo se agarra a cualquier astilla. Hablamos en malayo, lengua que conocemos por el estilo.

«Tus temores son estúpidos», le dije. «¿Estúpido? Por supuesto que soy estúpido. Si fuera más listo, sería comerciante y tendría un buen *hong* en Singapur, en lugar de ser un *coolie* minero convertido en chico de servicio. Pero, si no te vas pronto, dispararé antes de que esté demasiado oscuro para apuntarte. No lo haré antes, Number One, pero tendré que hacerlo entonces. ¡Y ahora se acabó!». «Está bien», dije, «se acabó por lo que a mí concierne; pero no puedes oponerte a que la *mem putih* se quede con las mujeres de Orang Kaya unos cuantos días. Les haré regalos de plata». Orang Kaya es el jefe dela aldea, Lena.

Le miró sorprendida.

—¿Querías que fuera a ese pueblo de salvajes? —dijo con voz entrecortada—.

¿Querías que te dejara? —Tendría las manos más libres.

Heyst extendió las manos, las contempló un momento y luego las dejó caer. La indignación se acusaba más en el pliegue de los labios que en la transparencia sin mella de los ojos.

—Creo que Wang se rio —continuó—. Hacía un ruido como el de los pavos.

«Eso sería lo peor de todo», contestó. Me quedé con una mano delante y otra detrás. Le espeté que estaba diciendo tonterías. No influía en su seguridad el lugar en el que estuvieras tú, ya que los hombres malos, como él los llama, no saben de tu existencia. No mentí exactamente, aunque estiré la verdad hasta oír que rechinaba. Pero el tipo parece dotado de una perspicacia poco común. Me aseguró que ellos estaban al tanto de ti. Hizo una mueca repulsiva.

—No importa —dijo la muchacha—. No querría…, no hubiera ido. Heyst levantó la vista.

—¡Qué portentosa intuición! Mientras yo seguía insistiendo, Wang hizo el mismo comentario. Cuando se ríe parece una calavera vanidosa. Eso fue lo último que dijo, que tú no querrías. Entonces me volví.

La muchacha se apoyó en un árbol. Heyst se puso frente a ella con la misma dejadez, como si ya se hubieran desligado del tiempo y de las inquietudes de este bajo mundo. De pronto, el murmullo de las hojas se extendió tumultuosamente por encima de sus cabezas y, al poco, cesó.

—Es tener una idea muy rara de nosotros dos, esa de quitarme de en medio. ¿Por qué? Sí, ¿por qué?

—Pareces enfadada —observó él con desgana.

—¡Con esos salvajes, nada menos! ¿De verdad piensas que hubiera ido? Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero eso, no…, ¡eso no!

Heyst dirigió la mirada a los umbríos corredores del bosque. Todo estaba ahora tan calmo que hasta el suelo que pisaban parecía rezumar silencio en lo profundo de la sombra.

—¿Por qué enfadarse? —protestó—. No ha ocurrido. Me niego a suplicarle a Wang. Y aquí estamos…, ¡desahuciados! No sólo impotentes ante la perversidad, sino incapaces también de pactar con sus respetables emisarios, los singulares emisarios del mundo que creíamos haber dejado atrás. Y eso es malo, Lena, muy malo.

—Es gracioso —dijo, pensativamente—. ¿Malo? Supongo que sí. Pero yo no sé qué es eso. ¿Y tú? ¿Lo sabes tú? Por tu forma de hablar no lo parece.

Le miró seriamente.

—¿Yo? Ah, ya entiendo. No sé cuál es mi forma de hablar. Me las compongo para depurar las cosas hasta hacerlas desaparecer. Le he dicho a este mundo tedioso: «Yo soy yo, y tú eres sólo una sombra». Al cielo pongo por testigo de que así es. Pero, según parece, tales palabras no pueden pronunciarse impunemente. Y aquí estoy, en una sombra habitada por sombras. ¡Qué desvalidos estamos contra la tiniebla! ¿Cómo amenazar, persuadir, resistir, afirmarse, cuando se vive en ella? He perdido toda convicción en la realidad… Lena, dame tu mano.

Le miró con sorpresa, sin entender.

—Tu mano —exclamó.

Ella obedeció; Heyst la cogió con ansiedad, como impaciente por llevarla a los labios, pero a mitad de camino la soltó. Se miraron un tiempo.

—Querido, ¿qué tienes? —susurró tímidamente.

—Ni fuerza ni convicción —murmuró fatigosamente para sí—. ¿Cómo enfrentarme a la prodigiosa simpleza de este problema?

—Lo siento —murmuró Lena.

—También yo. Y lo más amargo de esta humillación es la futilidad absoluta que veo en ella, ¡que siento!

Nunca había visto en él signos semejantes de emoción. En mitad del rostro lívido, los largos mostachos llamearon en la penumbra. De repente dijo:

—Me pregunto si podría reunir coraje suficiente para escurrirme por la noche entre esos dos, con un cuchillo, y cortarles el cuello uno detrás de otro mientras están dormidos. Me pregunto…

Ella estaba más atemorizada por el inusitado aspecto de Heyst que por las palabras que salían de su boca; y dijo gravemente:

—¡No intentes semejante cosa! ¡Ni lo pienses siquiera!

—Lo más grande que tengo es una navaja. En cuanto a pensar en ello, dejemos lo que uno puede llegar a pensar. Además, yo no pienso. Hay algo en mí que piensa, algo extraño a mí mismo. ¿Qué sucede?

Observó sus labios entreabiertos y la peculiar fijeza de los ojos al desviar la cara.

—Hay alguien por ahí detrás. He visto moverse una cosa blanca —exclamó la muchacha.

Heyst no volvió la cabeza. Se limitó a mirar el brazo extendido.

—No hay duda de que nos siguen; nos están espiando.

—Ahora no veo nada —dijo ella.

—Tampoco importa —continuó Heyst con la voz habitual—. Estamos en el bosque. No tengo fortaleza ni capacidad de persuasión. Por si fuera poco, es sumamente difícil ser elocuente ante una cabeza de chino empotrada en un montón de arbustos. Pero ¿podemos andar vagando indefinidamente por esta arboleda? ¿Es un refugio? ¡No! ¿Tenemos algún otro? Estuve pensando en la mina; pero ni siquiera allí podríamos quedarnos mucho tiempo. La galería, además, no es segura. Los puntales eran muy frágiles. Y las hormigas han estado trabajando —las hormigas, detrás de los hombres—. Una trampa mortal, en el mejor de los casos. Se muere una vez, pero hay varias clases de muerte.

La muchacha miró temerosamente en derredor, a la busca del perseguidor que había vislumbrado entre los árboles; de existir realmente, estaría escondido. Sus ojos sólo encontraron las sombras acuciantes de los mástiles vivientes del estático techo de hojas. Miró al hombre que tenía a su lado, expectante, tiernamente, con un temor contenido y una especie de admiración respetuosa.

—También he pensado en la lancha —continuó Heyst—. Podríamos meternos en ella y…, pero la han desnudado. He visto los remos y el mástil en un rincón de su cuarto. Echarnos al mar en una embarcación despojada no sería más que un recurso desesperado, suponiendo que avanzáramos lo suficiente antes de amanecer. El resultado sería una forma complicada de suicidio manifiesto y acabar muertos en una lancha, muertos de sed y de insolación. Otro misterio del mar. Me pregunto quién nos encontraría. Davidson, quizá; pero Davidson pasó hace diez días con rumbo Oeste. Le vi una mañana temprano, desde el muelle.

—No me lo dijiste.

—Debió mirar con los prismáticos. Si hubiera levantado el brazo…, pero ¿quién necesitaba entonces a Davidson? No regresará hasta dentro de tres meses, por lo menos. Ojalá hubiera levantado el brazo aquella mañana.

—¿Y de qué hubiera servido? —suspiró Lena.

—¿De qué? De nada, por supuesto. No teníamos ningún presentimiento. Este parecía un refugio inexpugnable, donde vivir sin preocupaciones,

ocupados en conocernos el uno al otro.

—Quizá sea en la desgracia donde la gente llega a conocerse —sugirió la muchacha.

—Es posible —dijo con indiferencia—. En todo caso, no nos iremos de aquí con él; aunque sé que hubiera venido completamente dispuesto a cualquier ayuda que pudiera ofrecernos. Es esa naturaleza apoplética…, un hombre encantador. No viniste al muelle cuando le di el chal de la señora Schomberg. Nunca te ha visto.

—No sabía que quisieras que alguien me viera.

Él había cruzado los brazos y dejado caer la cabeza.

—Y yo no sabía que a ti te importara ser vista. Un malentendido, evidentemente.

Un honesto malentendido. Pero eso ahora no tiene importancia.

Tras un silencio, levantó la cabeza.

—¡Qué umbrío se ha puesto el bosque! Aunque lo más seguro es que el sol no se haya ocultado todavía.

La muchacha miró en torno y, como si sus ojos acabaran de abrirse, se percató de que las sombras del bosque la rodeaban, no tanto de oscuridad como de una siniestra, callada, acechante hostilidad. Su corazón se iba a pique en aquella quietud abismal y entonces sintió que el aliento envolvente de la muerte llegaba hasta ella y el hombre que le acompañaba. El repentino aleteo de las hojas, o el crujir de una rama seca, la hubieran hecho gritar con todas sus fuerzas. Pero se liberó a tiempo de aquella flaqueza indigna. Aunque no fuese más que la chiquilla que habían recogido al borde mismo de la infamia para rascar violines, conseguiría superarse a sí misma, victoriosa y humilde; y entonces la felicidad se precipitaría como un torrente, arrojando a sus pies al hombre que amaba.

Heyst se removió ligeramente.

—Será mejor que volvamos, Lena. No podemos estar toda la noche en el bosque…, o en cualquier otro sitio, si vamos al caso. Somos esclavos de esta trampa infernal con la que nos ha sorprendido, pongamos que la fatalidad, tu fatalidad o la mía.

Fue el hombre quien rompió el silencio, pero fue la mujer quien inició el camino. Se detuvo en el límite mismo del bosque, oculta por un árbol. Heyst se reunió cautelosamente con ella.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ves, Lena? —susurró.

Respondió que sólo un pensamiento que pasaba por su cabeza. Dudó por un momento; los ojos grises le miraron con un destello. Quería saber si esta desgracia, maldad, peligro o lo que fuera, al buscarles en su refugio, no sería una especie de castigo.

—¿Castigo? —repitió Heyst.

No comprendía bien. Cuando se lo explicó se quedó todavía más sorprendido.

—¿Una especie de pena que nos impone un dios iracundo? —preguntó estupefacto—. ¿A nosotros? ¿Y con qué derecho?

Vio que su palidez se ensombrecía en la oscuridad. Se había ruborizado. Los susurros de la muchacha arreciaron. Era su modo de vivir juntos, que no estaba bien, ¿o lo estaba? Era una vida culpable a la que se había entregado, no por fuerza, ni engaño, ni temor. No, no…, se había unido a él voluntariamente, con todo el empeño, por ilícito que fuese, de su alma.

Heyst se sintió tan profundamente conmovido que no podía pronunciar palabra.

Para ocultar la turbación, adoptó todos los recursos de su peculiar estilo.

—¿Acaso son nuestros visitantes los heraldos de la moral, los vengadores de la justicia, los agentes de la Providencia? Ciertamente, ese es un punto de vista bastante original. ¡Qué halagados se sentirían si pudieran escucharte!

—Te estás riendo de mí —dijo con un hilo de voz que terminó por quebrarse.

—¿Tienes conciencia del pecado? —preguntó seriamente. Ella no respondió.

—Porque yo no la tengo —añadió—. ¡Pongo a Dios por testigo de que no la tengo!

—¡Tú eres distinto! La mujer es la que tienta. Me recogiste por piedad. Yo me arrojé a ti.

—Vamos, exageras, creo que exageras. No fue tan patético —dijo en un tono jovial y afirmando la voz con esfuerzo.

Se consideraba ya un hombre muerto, obligado a fingir todavía que estaba vivo: por su seguridad, para protegerla. Se lamentó de que no hubiera un cielo al que pudiera encomendar aquel puñado de cenizas palpitante y precioso —cálido, vivo, sensible, de su misma entraña— expuesto irremisiblemente al insulto, al ultraje, a la degradación y a las miserias infinitas del cuerpo.

Lena había evitado su mirada y estaba inmóvil. Él cogió inesperadamente su mano inerme.

—¿Es eso lo que piensas? —dijo—. ¿Sí? Entonces sólo nos queda esperar juntos la misericordia divina.

Ella sacudió la cabeza sin mirarle, como un niño avergonzado.

—Recuerda —continuó con su incorregible y delicado sentido del humor— que la esperanza es una virtud cristiana y que seguramente no podrás quedarte con toda la misericordia para ti sola.

Al otro lado del calvero, el bungaló apareció bañado en una luz siniestra. Una racha de viento frío agitó las copas de los árboles. La muchacha se deshizo de su mano y se adentró en el claro; pero antes de que hubiera avanzado tres yardas se paró y señaló al Oeste.

—¡Fíjate! ¡Allí! —exclamó.

Más allá del puntal de la Bahía del Diamante, ensombreciendo un mar purpúreo, grandes masas de nubes se amontonaban en un brumoso baño de sangre. Una brecha carmesí se derramó entre ellas como el flujo de una herida abierta y con un fondo de sol sombrío y grana. Heyst lanzó un vistazo indiferente a aquel nefando caos del cielo.

—Se prepara una tormenta. La escucharemos toda la noche, pero no creo que nos visite. Generalmente, las nubes se acumulan en torno al volcán.

La mujer no le escuchaba. Sus ojos reflejaban los tonos sombríos y violentos del atardecer.

—Esto no parece un signo de misericordia —dijo la muchacha lentamente, como para sí, y echó a andar apresuradamente, seguida de Heyst.

Se detuvo de repente.

—No importa. ¡Volvería a hacerlo! Y algún día me perdonarás. ¡Tendrás que perdonarme!

Capítulo 9

Trastabillando al subir la escalinata, como repentinamente fatigada. Lena entró en la habitación y se dejó caer en la silla más cercana. Antes de seguir sus pasos, Heyst inspeccionó los alrededores desde la veranda. Había una soledad absoluta. En el aspecto de este paisaje familiar nada indicaba que no estuvieran completamente solos, como en los días lejanos y comunes en que compartían aquella desolación, con la discreta excepción de las apariciones esporádicas de Wang y la puntual memoria de Morrison.

A la racha de viento frío le sucedió una quietud absoluta. Los nubarrones, con el vientre cargado de truenos, colgaban más allá del renegrido puntal, enturbiando la luz del crepúsculo. En contraste, el cielo desplegaba en su cénit una diáfana claridad, el fulgor de una delgada pompa de cristal a la que el menor movimiento de aire podría hacer añicos. Un poco más a la izquierda, entre las manchas negras del cabo y del bosque, el volcán, un penacho de humo por el día y una brasa incandescente por la noche, lanzó la primera llamarada del anochecer. Por encima apareció una estrella fulgurante, como un chispazo escupido desde la entraña incendiaria de la tierra, que se mantuvo en una suspensión maravillada, como por el embrujo helado del firmamento.

Enfrente de Heyst, el bosque, trasunto de las sombras, se erguía como un muro. Aun así, se demoró en la observación del lindero y especialmente en el lugar donde, ocultando el límite del muelle, terminaban los matorrales. Desde que la muchacha le habló de aquel vislumbre blanco entre los árboles no le cupo duda de que su excursión había sido vigilada por el secretario de Mr. Jones. Con toda seguridad, les había seguido hasta salir del bosque, y ahora, a menos que se tomara la molestia de regresar un buen trecho y dar un considerable rodeo por el interior, evitando el calvero, se vería obligado a caminar por campo abierto, frente a los edificios. Heyst, por añadidura, sospechó en algún momento cierto ajetreo entre los árboles, impresión que se deshizo casi en el instante de nacer. Observó pacientemente, pero no hubo más acontecimientos. Después de todo, ¿a qué preocuparse por los actos de aquella gente?

¿Por qué conceder importancia a los prolegómenos si, cuando el final fuera a consumarse, le encontraría desarmado e incapaz de afrontar la vejación y la repugnancia consiguiente?

Dio media vuelta y entró en la habitación. La oscuridad se había adueñado de ella. Lena, en las proximidades de la puerta, estaba inmóvil y silenciosa. El reverbero blanco del mantel le pareció punto menos que una intrusión. La bestia domesticada por aquel par de vagabundos tenía empezadas sus tareas. La mesa estaba puesta. Heyst deambuló por la habitación. Pero cuando puso los candelabros de plata sobre la mesa y rascó una cerilla para encender las velas ella se levantó y entró en el dormitorio. Salió casi a continuación, pero sin el sombrero. Heyst se volvió para mirarla.

—¿De qué sirve demorar la hora fatal? He encendido las velas como señal de que hemos regresado. A fin de cuentas, pudiera ser que no nos hubieran visto…, mientras volvíamos, quiero decir. Por supuesto, nos vieron salir de casa.

La muchacha se sentó de nuevo. La abundante cabellera contrastó oscuramente con el rostro descolorido. Levantó los ojos, que brillaron débilmente en una especie de llamada ininteligible, con un íntimo reflejo de inocencia.

—Así es —dijo Heyst, mesa de por medio, los dedos de una mano reposando en el mantel inmaculado—. Una criatura con una mandíbula inferior antediluviana, peluda como un mastodonte y con una constitución de mono prehistórico ha puesto esta mesa. ¿Estás despierta, Lena? ¿Lo estoy yo? Me pellizcaría si no fuera porque con este sueño no sirve de nada. Tres cubiertos. El que va a venir es el más bajo de los dos, el hombre que por la forma de balancear los hombros cuando anda y por la estructura de la cara recuerda a un jaguar. Ah, ¿no sabes qué es un jaguar? De todas formas, has tenido una buena panorámica de los dos. El más viejo, ya te digo, será nuestro invitado.

Con un movimiento de la cabeza, la muchacha indicó que se había dado por enterada. La insistencia de Heyst trajo a su mente la imagen vívida de Ricardo. Una languidez repentina, como la resaca física de la refriega con aquel hombre, paralizó sus miembros. Se quedó inmóvil en la silla, amedrentada ante la visión, dispuesta a pedir a gritos que no le faltaran las fuerzas.

Heyst volvió a pasearse por la habitación.

—¡Nuestro invitado! Hay un proverbio —ruso, creo que es— que dice que cuando un huésped entra en casa Dios entra con él. ¡La sagrada virtud de la hospitalidad! Y que trae las mismas desgracias que cualquier otra.

La muchacha se levantó de improviso de la silla, balanceando la flexible figura y estirando los brazos por encima de la cabeza. Él se paró a mirarla con curiosidad y luego continuó.

—Me atrevo a pensar que Dios nada tiene que ver con semejante hospitalidad ni con semejante invitado.

Lena se había puesto de pie para atacar el entumecimiento y para comprobar si el cuerpo seguía los mandatos de su voluntad. Los seguía. Podía levantarse y mover los brazos libremente. Aunque no era docta en fisiología, concluyó que el entusiasmo radicaba en la cabeza y no en los miembros. Aliviados los temores, dio gracias a Dios serenamente y dirigió una tímida objeción a Heyst:

—¡Oh, sí! Él tiene que ver con todo, hasta con las cosas pequeñas. Nada ocurre sin que…

—Comprendo —la interrumpió—, estás pensando en aquello de que Dios aprieta, pero no ahoga.

Y la habitual sonrisa irónica se dibujó en los labios amables y coronados por un bigote eminente.

—Ya veo que te acuerdas de lo que te decían los domingos, cuando eras niña.

—Sí, me acuerdo —volvió a dejarse caer en la silla—. Fue la única época decente de mi infancia, con las dos chiquillas de la patrona, ya lo sabes.

—Me pregunto, Lena —dijo Heyst, regresando a un tono más convencional—, si eres algo más que una chiquilla o si, por el contrario, serás tan vieja como el mundo.

Sorprendió a Heyst diciendo distraídamente:

—Y tú, ¿qué?

—¿Yo? Soy un poco posterior, bastante, diría yo. No puede decirse que sea un niño, pero soy tan reciente que puedo considerarme un hombre de última hora, ¿o será de la penúltima? He estado al margen del tiempo, tanto que no sé cuánto habrán corrido las manecillas desde…, desde que…

Echó una mirada al retrato del padre, por encima justamente de la cabeza de la muchacha, como si aquella gravedad pintada la ignorase. No terminó la frase, aunque tampoco prolongó el silencio.

—Debiéramos evitar esas falaces intrusiones de lo divino; especialmente en estos momentos.

—Te estás riendo de mí otra vez —dijo sin levantar la vista.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Reírme? No; doy consejos. Maldita sea, aunque fuera verdad lo que te contaron en otros tiempos, también esto es verdad: que Dios ahoga y que tiene manos para hacerlo. Esto no es una afirmación vana, esto es un hecho. Ahí tienes por qué —su tono volvió a cambiar mientras cogía el cuchillo de la mesa y lo dejaba caer desdeñosamente—, por qué me gustaría que estos cuchillos romos tuvieran punta y filo. Sólo son basura: ni filo, ni punta, ni consistencia. Cualquiera de esos tenedores sería un arma más peligrosa. Pero ¿adónde voy a ir con un tenedor en el bolsillo?

Hizo rechinar la dentadura con una rabia auténtica v, no obstante, cómica.

—Antes teníamos un trinchante, pero se rompió y lo tiramos hace ya tiempo. No había mucho que trinchar. Habría resultado un arma noble, sin duda; pero…

Hizo una pausa. La muchacha seguía sentada, muy quieta, con los ojos bajos. Puesto que Heyst prolongó el silencio durante algún tiempo, levantó la vista y comentó pensativamente:

—Sí, un cuchillo…, eso es lo que necesitarías en caso…, en caso de que… Se encogió de hombros.

—Tiene que haber una o dos palancas en los cobertizos; pero he dado las llaves. Además, ¿me imaginas yendo de un lado a otro con una barra de hierro en la mano?

¡Ja, ja! Y, por si fuera poco, ese edificante espectáculo podría, por sí solo, precipitar los acontecimientos. Por cierto, ¿por qué no habrán empezado ya?

—Quizá te tengan miedo —murmuró, volviendo a bajar la vista.

—Esa es la impresión que da, maldita sea —asintió reflexivamente—. Parece que hay alguna razón que les retiene. ¿Será prudencia o miedo rastrero, o se deberá quizá a los perezosos caminos de la certidumbre?

Un agudo y persistente silbido resonó en la oscuridad de la noche, no muy lejos del bungaló. Las manos de Lena se aferraron a la silla, pero no hizo ningún otro movimiento. Heyst se sobresaltó y volvió la cara en dirección a la puerta.

El inquietante sonido se desvaneció.

—Silbidos, alaridos, presagios, signos, maravillas, ¿qué más da? Pero ¿qué me dices de la palanca? ¡Supongamos que la tuviera! ¿Podría esconderme detrás de la puerta y machacar el primer cráneo que aparezca,

esparciendo los sesos y la sangre por el suelo, por las paredes, y correr entonces a la otra puerta para hacer la misma operación, repitiendo el número acaso hasta por tercera vez? ¿Podría? ¿A escondidas, sin remordimientos, con un propósito frío y decidido? No, no entra dentro de mis capacidades. Nací demasiado tarde. ¿Te gustaría ver cómo lo intento mientras dura esta misteriosa fama que me sigue, o su no menos misteriosa incertidumbre?

—¡No! ¡No! —murmuró febrilmente, como empujada a responder por los ojos fijos que la miraban—. No, no son cuchillos lo que necesitas para defenderte…, ya llegará el momento…

—¿Y cómo sé que no es ese realmente mi deber? —comenzó de nuevo, como si no hubiera escuchado en absoluto sus entrecortadas palabras—. Puede que sea mi deber para contigo, para conmigo mismo. ¿No debería rebelarme contra la humillación de esas amenazas soterradas? ¿Sabes lo que dirá la gente?

Dejó escapar una risita ahogada, que infundió terror a la muchacha. Se habría levantado de no estar él parado casi encima suyo, hasta el punto de que no podía moverse sin empujarle primero.

—Dirá, Lena, que yo, el sueco, después de engatusar a mi socio y amigo y de matarle por pura codicia, habría asesinado a estos náufragos inofensivos de puro pánico. Esa es la historia que se contaría en voz baja, puede que a voces, pero que se extendería sin dilación y sin ningún reparo, sin ninguno, mi querida Lena.

—¿Quién creería algo tan terrible?

—Quizá no fueras tú, por lo menos al principio; pero el poder de la calumnia crece con el tiempo. Es insidiosa y penetrante. Puede incluso destruir la fe en uno mismo, pudrir el espíritu.

Casi a continuación, los ojos de la muchacha buscaron la puerta y se quedaron fijos, petrificados, con cierta desmesura. Al volver la cabeza, Heyst descubrió la figura de Ricardo recortada en la puerta. Ninguno de los tres se movió durante un instante; luego, desplazando la mirada desde el recién llegado a la muchacha, Heyst formuló una sardónica presentación:

—Mr. Ricardo, querida.

La cabeza de la muchacha hizo una ligera inclinación. La mano de Ricardo se elevó hasta el bigote. La voz retumbó en la habitación.

—A sus órdenes, *madame*.

Entró, se quitó el sombrero con gesto palatino y lo arrojó descuidadamente sobre una silla cercana a la puerta.

—A sus órdenes —repitió en tono bastante diferente—. Ya estaba enterado de que teníamos a una señora entre nosotros, gracias a nuestro Pedro; sólo que no imaginaba que tendría el privilegio de verla esta noche, *madame*.

Heyst y Lena se miraron a hurtadillas, pero Ricardo, haciendo caso omiso, dejó vagar la mirada en busca de algún incierto punto del horizonte.

—¿Tuvieron un paseo agradable? —preguntó de improviso.

—Sí. ¿Y usted? —replicó Heyst, tratando de aprehender la mirada.

—¿Yo? Esta tarde no me he movido del lado del patrón, hasta que viene aquí.

La verosimilitud del énfasis sorprendió a Heyst, aun sin convencerle de la veracidad de las palabras.

—¿Por qué lo pregunta? —prosiguió Ricardo con la misma inflexión de inocencia consumada.

—Puede que se le hubiera antojado explorar un poco la isla —dijo Heyst, estudiando al sujeto que tenía delante y quien, para ser justos, no intentó zafar sus ojos entrampados—. Quisiera recordarle que la iniciativa no ofrece demasiadas garantías.

Ricardo era el vivo retrato de la inocencia.

—Ah, sí, se refiere al chino que se le ha escapado. No hay mucho que temer.

—Tiene un revólver —arguyó Heyst significativamente.

—Bueno, también usted tiene uno. Y no me preocupa.

—¿Yo? Eso es distinto. Yo no le temo —respondió Heyst tras un breve paréntesis.

—¿A quién? ¿A mí?

—A cualquiera de ustedes.

—Expone usted las cosas de una forma extraña —comentó Ricardo.

En ese momento se abrió con cierto estruendo la puerta del parterre y entró Pedro, apretando contra el pecho el borde de una bandeja con el servicio. La peluda y desproporcionada cabeza se bamboleaba ligeramente al compás de los pasos, que resonaban en el suelo con un zapateo sordo y seco. Acaso la aparición alterase el curso de los pensamientos de Ricardo, pero desde luego desvió su conversación.

—¿Han escuchado un silbido hace poco? Era la señal de que venía y de que era hora de servir la cena; y aquí le tenemos.

Lena se incorporó y pasó por el lado derecho de Ricardo, que bajó los ojos instantáneamente. Se sentaron a la mesa. El costillar inmenso y goriláceo de Pedro salió por la puerta dando tumbos.

—Un animal extraordinariamente fuerte, *madame*. Tenía propensión a decir «su Pedro», lo mismo que el que habla de su chucho.

—No es una belleza que digamos. No, no es una preciosidad. Y hay que tenerlo bajo la bota. Yo soy el guardián, como quien dice. Al patrón no le gusta calentarse la cabeza con pequeñeces. Esa clase de cosas se las deja a Martin. Martin soy yo, *madame*.

Heyst observó cómo los ojos de la muchacha se volvían hacia el secretario de Mr. Jones y se quedaban inexpresivamente en su cara. Ricardo, no obstante, no dejó de mirar difusamente al vacío, con un atisbo de sonrisa en los labios y alentando la conversación ante el silencio frontal de sus interlocutores. Alardeó un buen rato de la prolongada sociedad con Mr. Jones —«son ya más de cuatro años», dijo— y a continuación, echando un rápido vistazo a Heyst:

—Habrá comprobado enseguida que se trata de un auténtico caballero, ¿no es cierto?

—Ustedes —dijo Heyst con el tono irónico habitual, y al que añadió un matiz sombrío— y cualquier clase de realidad están radicalmente divorciados, desde mi punto de vista.

Ricardo encajó el comentario como si hubiera estado esperando esas mismas palabras o tal vez como si no le importara en absoluto lo que Heyst pudiera decir. Murmuró un distraído «ya, ya», mientras jugueteaba con un pedazo de galleta, lanzó un suspiro y dijo, con la peculiar fijeza que no parecía proyectarse en ningún punto del espacio, sino morir en los mismos ojos:

—Cualquiera puede darse cuenta de que usted también lo es. Usted y el jefe tendrían que compenetrarse. Por cierto, espera verle esta noche. No se encuentra bien y hay que pensar en sacarlo de aquí.

Mientras pronunciaba estas palabras enfocó directamente a Lena, pero sin ninguna expresión reseñable. Con los brazos cruzados, la muchacha miraba enfrente de ella como si estuviera sola. Pero, bajo la vacía apariencia de la despreocupación, los peligros y emociones que penetraban

su vida, la conmovían y exaltaban con el sentimiento desbordante de la intensidad de la existencia.

—¿De veras? ¿Están pensando en irse de aquí? —murmuró Heyst.

—Los mejores amigos se separan alguna vez —comentó Ricardo con lentitud—. Y mientras se separen como amigos no hay nada que lamentar. Nosotros estamos acostumbrados a ir de acá para allá. Usted, yo lo entiendo, prefiere echar raíces.

Evidentemente, todo lo que se decía era pura cháchara, y la misma evidencia señalaba que la mente de Ricardo estaba concentrada en un propósito ajeno a las palabras que salían de su boca.

—Me gustaría saber —preguntó Heyst con una mordacidad contenida— cómo puede usted llegar a entender eso o cualquier otra cosa que tenga que ver conmigo. Por lo que puedo recordar, no creo haberle hecho confidencias.

Ricardo, mirando al vacío desde el confortable respaldo de la silla —durante algún tiempo los tres renunciaron a toda pretensión con respecto a la comida—, respondió en abstracto.

—Cualquiera lo hubiese adivinado —se levantó de pronto y descubrió la totalidad de la dentadura en una mueca extraordinariamente feroz y contradicha por lo amistoso del tono—. El jefe podría aclararle a usted ese punto. Lo que yo quiero es que me diga si irá a verle. Es él quien tiene la última palabra. Deje que le lleve ante él esta noche. No está nada bien; y no se decide a irse sin hablar primero con usted.

Heyst encontró los ojos de Lena al levantar la vista. El gesto de inocencia parecía disimular alguna ofensiva. Llegó a sospechar que había hecho algún gesto afirmativo e imperceptible con la cabeza. ¿Por qué? ¿Cuáles eran las razones? ¿Sería el dictado de algún oscuro instinto? ¿O simplemente una ilusión de sus sentidos? Pero en la tortuosa complicación que había invadido la tranquilidad de su vida, en aquel estado de vacilación y desdén y hasta de desesperación con que se contemplaba a sí mismo, se hubiera dejado guiar incluso, a través de la densa tiniebla que estimulaba su indiferencia, por la más engañosa de las apariencias.

—Bien, supongamos que acepto.

Ricardo no disimuló su satisfacción, cosa que suscitó por un momento el interés de Heyst.

—No es mi vida lo que persiguen —se dijo a sí mismo—. ¿Qué beneficio obtendrían de ella?

Heyst miró a la muchacha. ¿Qué importaba si había asentido o no? Como siempre que se adentraba en lo inescrutable de sus ojos, parecía apurar el fondo de una ternura piadosa. Decidió ir. La seña, imaginaria o no, advertencia o ilusión, había inclinado la balanza. Pensó que la invitación de Ricardo difícilmente sugería algo parecido a una encerrona. Sería demasiado absurda. ¿Para qué inducir sutilmente a la trampa a alguien atado de pies y manos?

Durante todo ese tiempo estuvo mirando fijamente a aquélla a quien había dado el nombre de Lena. Amparada en la quietud sumisa que no había abandonado desde que iniciaron la vida en la isla, la muchacha seguía tan reservada como siempre. Heyst se levantó de golpe y con una sonrisa tan enigmática y desesperada que el señor secretario, Ricardo, cuya abstraída mirada tenía bajo control lo circundante, se encogió ligeramente, como si fuera a precipitarse bajo la mesa en busca del cuchillo de la pernera, arranque que contuvo apenas iniciado. Había esperado que Heyst le saltara encima o tirase de revólver, ya que la imagen de aquel hombre se había fraguado a su propia semejanza. En lugar de emprender cualquiera de estas dos lógicas acciones, el anfitrión atravesó la estancia, abrió la puerta y sacó la cabeza para mirar en el recinto de la casa.

Tan pronto como dio la espalda, la mano de Ricardo buscó bajo la mesa el brazo de la muchacha. No la estaba mirando, pero ella sintió el tanteo nervioso de su búsqueda y, al poco, la tenaza de los dedos sobre la muñeca. Se inclinó un poco hacia adelante, aunque sin atreverse a mirarla. Su mirada, dura, seguía fija en la espalda de Heyst. Con un siseo apenas perceptible, el obsesivo argumento encontró la forma más punzante:

—¡Escucha! No es bueno. ¡No te merece!

Al fin, se decidió a mirarla. Los labios de la muchacha temblaron levemente, y este gesto silencioso le infundió respeto. Un momento después, la tenaza de sus dedos desapareció del brazo. Heyst había cerrado la puerta. De vuelta a la mesa, pasó al lado de la muchacha a la que llamaron Alma —ella no sabía por qué— y también Magdalena, y cuya conciencia había sufrido durante tanto tiempo las dudas sobre la razón de su propia vida. Ya no vacilaría más en ese angustioso enigma, porque el corazón había encontrado la respuesta en el sentimiento ciego y enfebrecido de un orgullo apasionado.

Capítulo 10

La muchacha pasó ante Heyst como si la hubiera cegado algún chispazo de luz convulsa, secreta, irreal, en cuyos dominios estaba a punto de entrar. Las cortinas del dormitorio cayeron tras ella con sus pliegues inflexibles. La mirada ausente de Ricardo parecía seguir el vuelo danzante de una mosca en el aire.

—¿Está muy oscuro, verdad? —murmuró.

—No tanto como para no ver que su hombre anda rondando por ahí —dijo Heyst en un tono comedido. —¿Quién? ¿Pedro? Mal se le puede llamar hombre a eso; en otro caso no le hubiera cogido yo tanto cariño. —Muy bien. Le llamaremos entonces su estimado socio.

—¡Eso es! Muy estimado, para lo que queremos de él. Un gruñido y una dentellada, ¡y cómo! ¿Y no le quiere usted cerca?

—No.

—¿Quiere que se lo quite de en medio? —insistió Ricardo, afectando una incredulidad que Heyst encajó sin alterarse, y a pesar de que la atmósfera de la habitación, a medida que se pronunciaban nuevas palabras, se volvía cada vez más asfixiante.

—Exacto. Quiero quitármelo de encima —dijo, esforzándose en hablar con tranquilidad.

—¡Por Dios, eso no es tanto problema! Pedro no es de mucha utilidad aquí. Mi patrón anda detrás de un negocio que puede arreglarse con diez minutos de conversación inteligente con… con otro caballero. Una charla tranquila.

Levantó la vista de repente y de sus ojos saltó una fosforescencia helada. Heyst no se inmutó. El otro se felicitó por no haber llevado el revólver. Estaba tan fuera de sí que no imaginaba adónde hubiera podido llegar. Por fin, dijo:

—Quiere que le quite de en medio a esa pobre bestia inofensiva antes de que le lleve a ver al jefe, ¿no es eso?

—Eso es.

—¡Hum! Ya se ve —dijo Ricardo con un oculto rencor— que es usted un caballero. Pero tanta exquisitez bien podría amargar en el estómago de un hombre sencillo. Aunque…, tendrá que perdonarme.

Metió los dedos en la boca y dejó escapar un silbido igual que un dardo acerado y punzante de aire sólido dirigido contra el tímpano más próximo. Aunque disfrutó ampliamente con la involuntaria mueca de Heyst, siguió en su sitio con absoluta impasibilidad, esperando el resultado de la llamada.

El reclamo arrastró a Pedro con ímpetu de animal desaforado. La puerta se abrió de un estampido y la bárbara figura que dejó al descubierto parecía deseosa de hacer astillas la habitación con unas cuantas acometidas; pero Ricardo levantó la mano y la criatura se introdujo sosegadamente. Al caminar, las pezuñas a medio cerrar se balancearon de un lado a otro del tronco corcovado. Ricardo le miró siniestramente.

—¡Vete a la lancha! ¿Entendido? ¡Ahora!

Los ojillos irritados del dócil monstruo parpadearon con una atención lastimera entre la espesura del pelo.

—¿Y bien? ¿Por qué no echas a andar? ¿Ya te olvidaste del lenguaje humano, eh?

¿No sabes lo que es una lancha?

—Sí…, lancha —balbució dubitativamente la criatura.

—En marcha entonces… La lancha del muelle. Vas y te sientas, acuéstate, lo que quieras menos dormir…, hasta que vuelvas a oírme. Y entonces te vienes volando. Ahí tienes tus órdenes. ¡En marcha! ¡Vamos! No, por ahí no. Por la puerta de delante.

¡Y sin aspavientos!

Pedro obedeció con rudimentaria celeridad. Cuando se hubo marchado, se despertó un reflejo de fiereza despiadada en los ojos amarillentos de Ricardo y la fisonomía adoptó, por vez primera esa noche, la expresión de un gato que se siente observado.

—Si gusta, puede comprobar cómo se va derecho a donde le he mandado.

Demasiado oscuro, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no va con él hasta allí?

Heyst hizo un vago ademán de protesta.

—Nada me garantiza que vaya a quedarse allí. No me cabe duda de que se ha ido.

Pero es un hecho sin valor.

—¡Eso piensa! —Ricardo se encogió filosóficamente de hombros—. No tiene remedio. Como no le peguemos un tiro, nadie puede asegurar del todo que se quede en el sitio más tiempo del que le dé la gana; pero le aseguro que vive con un terror sagrado mis enfados. Por eso le pongo cara siniestra

cuando le hablo. Aunque no le pegaría un tiro, a menos que me diera la misma ventolera que a cualquier amo cuando le tira una perdigonada a su perro favorito. ¡Fíjese usted! El trato es honrado. No le he guiñado para que haga otra cosa. No va a moverse del muelle. ¿Vienes, pues, señor?

Sucedió un corto silencio. Las mandíbulas de Ricardo dejaron ver su crispación bajo la piel. Los ojos le chispeaban libidinosamente de tanto en tanto, crueles y ensoñadores. Heyst refrenó un impulso instantáneo, reflexionó un tiempo y luego dijo:

—Tendrá que esperar un poco.

—¡Esperar un poco, esperar un poco! ¿Qué cree que es un hombre? ¿Una estatua?— gruñó Ricardo de forma medianamente reconocible.

Heyst entró en el dormitorio y cerró con un portazo. Al principio, la impresión de luz recibida en el otro cuarto le impidió distinguir las cosas, aunque creyó ver a la muchacha levantándose del suelo. La cabeza de la chica se perfiló muy tenue sobre el fondo menos oscuro de la contraventana: el simple apunte de una curvatura, una tenebrosa silueta sin cara.

—Me voy, Lena. Tengo que enfrentarme a estos canallas —le sorprendió el contacto de los brazos que se deslizaban por sus hombros—. Pensaba que tú… —empezó a decir.

—¡Sí, sí! —susurró apresuradamente la muchacha.

No llegó a colgarse de él, ni pretendió hacerlo tampoco. Sus manos aferraban los hombros y a Heyst le pareció que le miraba fijamente en la oscuridad. Ahora pudo distinguir parte del rostro femenino —una redondez sin facciones— y de la persona —sin contornos definidos.

—Tienes un vestido negro, ¿verdad, Lena? —preguntó con apremio y en voz tan baja que apenas pudo oírle.

—Sí…, está algo viejo.

—Muy bien. Póntelo enseguida.

—¿Para qué?

—No es para el funeral —había algo perentorio en este murmullo ligeramente irónico—. ¿Puedes encontrarlo y ponértelo en la oscuridad?

Podía. Lo intentaría. Esperó inmóvil. Aventuraba sus movimientos al otro extremo de la habitación; pero sus ojos, acostumbrados ya a la oscuridad, no pudieron seguirla. Cuando Lena volvió a hablar, le sorprendió la proximidad de la voz. Había hecho lo que le indicó y se había acercado imperceptiblemente a él.

—¡Estupendo! ¿Dónde está el velo púrpura que he visto por ahí? —preguntó. No hubo contestación, sólo un leve frufrú.

—¿Dónde está? —repitió con impaciencia. Su aliento le acarició inesperadamente las mejillas.

—En mi mano.

—Muy bien. Escucha, Lena. Tan pronto deje el bungaló en compañía de ese canalla siniestro te escurres por la trasera, de inmediato, sin perder un segundo, y te vas al bosque. Esa será la oportunidad: mientras nosotros estamos afuera; porque estoy seguro de que después no dejará que me zafe. Escóndete en el bosque, detrás del matorral, entre los árboles. Seguro que podrás encontrar un sitio para tener una buena vista de la puerta de delante. Temo por ti, pero con el vestido negro y este velo oscuro tapándote la cara desafío a cualquiera a que te encuentre antes de amanecer. Espera en el bosque hasta que la mesa se haya trasladado hasta la puerta y quede bien a la vista; y espera también a ver que se apagan tres de las cuatro velas y que una se vuelve a encender, o, si las velas están apagadas, espera a que se enciendan tres y se apaguen dos. A cualquiera de estas señales regresarás a toda prisa, porque significa que te estoy esperando aquí.

Mientras le hablaba, la muchacha había buscado y encontrado una de sus manos. No era un apretón; era un simple contacto, una manera de cerciorarse de que él estaba allí, de que era real, y no una sombra más densa entre las sombras. La calidez de la mano proporcionó a Heyst una sensación íntima y misteriosa de toda su persona. Tuvo que luchar para deshacerse de aquella nueva emoción que casi le acobarda. Continuó con un murmullo austero.

—Pero si no ves ninguna señal no dejes que nada —miedo, curiosidad, desesperación o esperanza— te haga volver a esta casa; y con la primera claridad escapa por el borde del calvero hasta que encuentres el camino. No esperes más, porque, probablemente, ya estaré muerto.

El eco de la palabra «¡nunca!» se adentró en su oído como si estuviera hecha de la misma materia que el aire.

—Conoces el camino —prosiguió—. Llega hasta la barricada. Vé a ver a Wang…, sí, a Wang. ¡Y que nada te detenga! —Le pareció que la mano de la joven temblaba un poco—. Lo peor que puede pasar es que te dispare; pero no lo hará. Francamente, creo que no lo hará, si no estoy yo allí. Quédate con los de la aldea, con ese pueblo primitivo, y no temas nada. El temor que ellos sientan por ti siempre será mayor que el tuyo. Davidson no

puede tardar mucho. Tienes que estar atenta a la aparición del vapor. Piensa en algún modo de llamarle.

Lena no dijo nada. El angustioso y obsesivo silencio del mundo exterior pareció inundar la habitación, su infinitud opresiva, sin luz, sin aliento. Era como si el corazón de los corazones hubiera dejado de latir y el universo entero fuera a terminar.

—¿Has comprendido? Tienes que salir inmediatamente de la casa —apremió. Ella llevó su mano a los labios y la soltó. Heyst se intranquilizó.

—¡Lena! —masculló.

La mujer se había alejado. Heyst desconfiaba de sí, incluso para expresar una palabra de ternura.

Al dar media vuelta para buscar la salida, escuchó un golpe sordo en alguna parte de la casa. Para abrir la puerta tenía que retirar primero la cortina; al hacerlo volvió la cabeza. El escaso hilo de luz que se filtraba por la cerradura y alguna rendija fue suficiente para que viera a la muchacha claramente, toda de negro, arrodillada a los pies de la cama con gesto vencido, toda de negro, con la desolación pecadora de una penitente. ¿Qué significaba aquello? La sospecha de que en todas partes había más extremos de los que él pudiera comprender cruzó por la mente de Heyst. Uno de sus brazos, sobresaliendo de los contornos de la cama, le invitó a que se marchara. Él obedeció lleno de inquietud.

La cortina que cayó a su espalda no había dejado de temblar cuando la muchacha se enderezó y se acercó a ella con el propósito de escuchar ruidos, palabras, con una inclinación casi escénica de atención concentrada, y una mano agarrada al pecho para oprimir y amortiguar los latidos del corazón. Heyst había sorprendido al secretario examinando el escritorio cerrado. Ricardo pudo estar pensando en la manera de descerrajarlo; pero, al volverse de repente, mostró un aspecto tan convulso que Heyst no pudo menos de maravillarse ante los ojos en blanco y desencajados, con un brillo fatídico, como si alguna crisis interna estuviera sacudiendo a su propietario.

—Creí que no iba a volver nunca —refunfuñó.

—No sabía que anduviera tan apurado de tiempo. Si su marcha depende realmente de esta conversación, como usted dice, dudo que sean capaces de echarse a la mar en una noche como esta —dijo Heyst al tiempo que indicaba a Ricardo que le precediera al salir de la casa.

Con felinas ondulaciones de hombros y caderas, el secretario dejó la habitación en el acto. Había algo torturante en la impavidez absoluta de la

noche. El extenso nubarrón que ocupaba la mitad del cielo se cernía sobre ellos como un enorme telón que ocultara los amenazadores preparativos de una descarga. En cuanto los pies tocaron el suelo, se escuchó un fragor sordo en la entraña de la nube, precedido por un fugaz y misterioso relámpago que fulminó las aguas de la bahía.

—¡Ajá! —dijo Ricardo—. Empieza la función. —Puede que se quede en nada— comentó Heyst, avanzando con decisión.

—¡No! ¡Que venga! —dijo perversamente el otro—. Hoy estoy de humor para las tormentas.

Para cuando los dos hombres llegaron al bungaló, el lejano retumbar había ido enronqueciendo, mientras el pálido reflejo del oleaje y de su fría incandescencia iba y venía de la isla en rápida sucesión. Inesperadamente, Ricardo se adelantó en la escalinata y se asomó a la puerta.

—¡Aquí lo tiene, patrón! Haga que se quede con usted todo lo que pueda, hasta que me oiga silbar. Ando detrás de ello.

Arrojó estas palabras al interior del aposento a una increíble velocidad, pero tuvo que esperar todavía unos preciosos instantes, ya que Heyst, viendo su intención, aminoró desdeñosamente el paso. Cuando se decidió a entrar, lo hizo con una sonrisa, la sonrisa de Heyst, disfrazada bajo el marcial bigote.

Capítulo 11

Había dos velas encendidas sobre el escritorio. Mr. Jones, embutido en un viejo aunque vistoso batín de seda azul, tenía los codos pegados al cuerpo y las manos sumergidas en los amplios bolsillos de la indumentaria. El hábito acentuaba la emaciación del cuerpo. Parecía una estaca pintada y apoyada contra el borde del escritorio, con una calavera de dudosa distinción clavada en lo más alto. Ricardo se demoró en la puerta. En un momento dado, y entre dos chispazos de luz, se confundió en la noche. Su desaparición fue apreciada de inmediato por Mr. Jones, que abandonó su negligente impasibilidad del escritorio y dio unos cuantos pasos, calculados para interponerse entre Heyst y la puerta.

—Esto tiene mala cara —comentó.

Heyst, en medio de la habitación, estaba resuelto a hablar con claridad.

—No estamos aquí para charlar del tiempo. Usted me regaló, nada más empezar el día, con una frase bastante críptica sobre su persona: «Yo soy el que soy», dijo.

¿Qué significa eso?

Mr. Jones continuó, sin mirar a Heyst, con la dejadez de movimientos hasta que, alcanzando la posición deseada, apoyó los hombros sobre la pared inmediata a la puerta con un golpe sordo. En la tensión de este momento decisivo, la transpiración dio un reluz a su rostro demacrado. Las gotas se precipitaron por las saqueadas mejillas y casi anegaron, en el interior de las cuencas cadavéricas, aquel espectro de ojos.

—Significa que soy alguien con el que hay que contar. No, ¡quieto! No meta la mano en el bolsillo…, no lo haga.

La voz rompió con una feroz e inesperada estridencia. Heyst se sobresaltó; siguieron algunos instantes en suspenso, durante los cuales el rasgón profundo del trueno resonó en la distancia y la puerta —a la derecha de Mr. Jones— parpadeó con una luz añil. Por último, Heyst se encogió de hombros; llegó a mirar su mano. No la introdujo en el bolsillo. El otro, adherido a la pared, le vio levantar las manos a la altura de los horizontales bigotes, viéndose obligado a responder al gesto interrogativo que leyó en la firmeza de su mirada.

—Simple precaución —dijo con la habitual tonalidad ronca y el gesto agónico pintado en la cara—. Un hombre de su experiencia lo entenderá

seguramente. Usted es un hombre famoso, Mr. Heyst, y aunque, según tengo entendido, está habituado a utilizar las armas más sutiles de la inteligencia, no puedo arriesgarme a afrontar métodos, eh…, más burdos. Tengo demasiados escrúpulos para competir con usted en el uso de la inteligencia; pero le aseguro, Mr. Heyst, que usted no es rival por el otro camino. Le tengo vigilado en este mismo momento. Está vigilado desde que entró en la habitación. Ni más ni menos que desde mi bolsillo.

Durante el exordio, Heyst volvió deliberadamente la cabeza, retrocedió un paso y se sentó en el borde del camastro. Apoyó un codo en la rodilla, hizo descansar la mejilla en la palma de la mano y pareció meditar en lo que diría a continuación. Mr. Jones, colocado contra la pared, esperaba, evidentemente, una especie de oferta. Como no la hubo, se decidió a empezar él; pero vacilaba. Porque, aun cuando ya se había dado el paso más difícil, se dijo, cada nuevo avance requería una cautela extrema para impedir que aquel hombre, según la fraseología de Ricardo, «se pusiera de manos», cosa que resultaría de lo más inconveniente. Decidió apoyarse en una declaración previa:

—Soy alguien con el que hay que contar.

Su interlocutor continuó mirando el suelo, lo mismo que si estuviera solo. Hubo una pausa.

—¿Deduzco, entonces, que ha oído hablar de mí? —preguntó Heyst, al fin, levantando la vista.

—Así es. Nos hemos alojado en el hotel de Schomberg.

—Schom… —A Heyst se le atascó la palabra.

—¿Qué le pasa, Mr. Heyst?

—Nada. Náuseas —dijo resignadamente, al tiempo que adoptaba la inveterada actitud de indiferencia pensativa—. ¿De qué me habla usted? —preguntó al cabo, en el tono más tranquilo posible—. No le conozco de nada.

—Es evidente que nosotros pertenecemos a la misma… esfera social —comenzó Mr. Jones, con lánguida ironía, aunque en el fuero interno se mantenía en la máxima alerta de que era capaz—. Algo le arrojó fuera de ella: la originalidad de sus ideas, quizá. O de sus gustos.

Mr. Jones consintió en este punto en una de las fatídicas sonrisas. Sus facciones adquirían en reposo un curioso carácter de malévola, enconada impavidez; pero cuando reía, la máscara toda asumía una expresión

desagradablemente pueril. Un recrudecimiento de la tronada invadió estruendosamente la habitación para dejar paso al silencio.

—No se está tomando las cosas como debiera —observó Mr. Jones.

Esto fue lo que dijo, pero pensó, de hecho, que el negocio se perfilaba bastante satisfactoriamente. Aquel hombre, se dijo, no tenía estómago para un enfrentamiento. Continuó en voz alta:

—¡Vamos! No puede pedir que todo le salga a derechas. Es usted un hombre de mundo.

—¿Y usted? —interrumpió el sueco de improviso—. ¿Cómo se definiría?

—¿Yo, mi estimado caballero? Por un lado, soy, sí, soy el mundo mismo que viene a rendirle una visita. Por otro, soy un proscrito, casi un fuera de la ley. Si prefiere un punto de vista menos materialista, soy una especie de fatalidad, la retribución que espera su hora.

—Me conformaría con que tuviera usted la naturaleza de un vulgar canalla —dijo Heyst, alzando la pacífica mirada hacia Mr. Jones—. Podría hablarle sin rodeos y esperar cierta comprensión. De esta forma…

—Me desagrada la violencia y la barbarie, de cualquier clase que sean, tanto como a usted —declaró Mr. Jones con un mirar desfallecido, apoyado contra la pared, pero hablando bastante alto—. Pregúntele a mi buen Martin si no es así. Esta, Mr. Heyst, es una época decadente. Y es también una época sin prejuicios. Tengo oído que también usted se ha librado de ellos. No se altere si le digo llanamente que andamos detrás de su dinero, o por lo menos yo, si prefiere convertirme en el único responsable. Pedro lo es, por supuesto, en la misma medida que un animal cualquiera. Ricardo pertenece a la clase de los lacayos fervientes, identificado absolutamente con mis ideas, deseos e incluso manías.

Mr. Jones sacó la mano izquierda de un bolsillo, un pañuelo de otro y comenzó a secarse el sudor de la frente, las mejillas y el cuello. La ansiedad hacía ostensibles sus dificultades respiratorias. Con el largo batín, tenía el aspecto de un convaleciente que hubiera sobreestimado sus fuerzas. Heyst, corpulento, robusto, contemplaba la operación desde el borde del camastro, muy tranquilo, las manos entre las rodillas.

—Y hablando de todo un poco —preguntó—, ¿dónde anda ese ferviente servidor suyo? ¿Descerrajando mi escritorio?

—Sería una ordinariez. Aunque la ordinariez es una de las exigencias de la vida —no había el más leve dejo de burla en el tono—. Es posible,

aunque improbable. Martin es una pizca ordinario; pero usted, no, *mister* Heyst. Para ser sincero, no sé con exactitud dónde está ahora. En los últimos tiempos me ha parecido un tanto misterioso; pero tiene mi confianza. ¡No, no se levante, *mister* Heyst!

La malevolencia del rostro espectral era indescriptible. Heyst, que apenas llegó a moverse, se quedó sorprendido ante la evidencia.

—No tenía esa intención —dijo.

—Le ruego que permanezca sentado —insistió su guardián con la languidez acostumbrada, pero también con un brillo de decisión en las grutas de los ojos.

—Si fuera usted más observador —señaló Heyst, con un desprecio desapasionado—, habría sabido, antes de que llevara cinco minutos en este lugar, que no tengo armas de ninguna especie.

—Es posible; pero le ruego que deje las manos quietas. Están muy bien donde están. Este negocio es demasiado valioso para afrontar riesgos innecesarios.

—¿Valioso? ¿Demasiado valioso? —repitió Heyst, con auténtica sorpresa—.

¡Santo Cielo! Sea lo que fuere lo que ande usted buscando, hay muy poco en este sitio, muy poco de todo.

—Naturalmente, no le queda más remedio que decir eso, pero no se parece a lo que nosotros hemos oído —replicó apresuradamente Mr. Jones, con una mueca tan siniestra que no podía pensarse que fuera voluntaria.

La cara de Heyst se ensombreció:

—¿Qué es lo que han oído?

—Un montón de cosas, un montón —sentenció el forastero, tratando de recobrar el gesto de dejadez y superioridad—. Hemos oído hablar, por ejemplo, de un tal *mister* Morrison, socio suyo en cierta época.

Heyst no pudo reprimir la inquietud.

—¡Ajá! —exclamó Jones, con una suerte de fantasmal alegría en la cara.

El sordo estrépito del trueno pareció el eco de un cañonazo distante, y los dos se quedaron como escuchándolo, en un silencio taciturno.

—Esta calumnia ponzoñosa terminará, real y literalmente, por quitarme la vida —pensó Heyst.

Entonces, y del modo más inopinado, se rio. Mr. Jones frunció el entrecejo, espectral hasta límites prodigiosos.

—Ríase cuanto le plazca —dijo—. Yo, que he sido acosado y arrojado de la sociedad por una caterva de espíritus sumamente morales, no veo nada divertido en esta historia. Pero aquí estamos, y usted tendrá que pagar por su divertimento, *mister* Heyst.

—A usted le han contado una retahíla de mentiras repugnantes —replicó—. Le doy mi palabra.

—No esperaba oír otra cosa, por supuesto; es muy natural. Pero, de hecho, he oído bastante poco. Fue Martin, la verdad sea dicha. Es él quien pega el oído y viene con la información. ¿No creerá que hablé con ese carcamal de Schomberg más de lo imprescindible? Las confidencias fueron para Martin.

—La estupidez de ese animal tiene tales dimensiones que llega a resultar magnífica —dijo el del camastro, como hablando consigo mismo.

Su pensamiento tropezó con la muchacha de forma involuntaria, vagando por el bosque, sola, atemorizada. ¿Volvería a verla? Esta pregunta casi le hizo perder el control. Pero la idea de que si seguía sus instrucciones, los forasteros no la encontrarían, muy probablemente, le sosegó un tanto. Ignoraban que la isla tuviera otros habitantes. Y una vez se deshicieran de él, iban a estar demasiado ocupados con marcharse como para perder el tiempo en la caza de una muchacha escondida.

Todo esto pasó por la cabeza de Heyst a la velocidad del rayo, con la clarividencia que infunde el peligro en la mente de los hombres. Echó una mirada inquisitiva al del batín, el cual, no hay que decirlo, no apartó en ningún momento los ojos de la tentadora víctima. Y esta acabó por convencerse de que aquel perdulario de las altas esferas no era más que un canalla endurecido e inmisericorde.

Su voz le sobresaltó:

—Sería inútil, por ejemplo, que me dijera que su chino se ha escapado con el dinero. Un hombre que vive solo con un chino, en una isla, se preocupa de esconder una pertenencia de esa índole hasta del mismo diablo.

—Ciertamente —murmuró Heyst.

El otro volvió a secarse con la mano izquierda el sudor de la frente, del cuello de sarmiento, de las fauces afiladas, de las mejillas exangües. La voz volvió a desfallecerle y su aspecto a adoptar una perversidad más acendrada, como la de un súcubo despiadado y mezquino.

—Entiendo lo que quiere decir —masculló—, pero no confíe demasiado en esa expresión de inocencia. Su ingenio no me asombra, *mister* Heyst.

Tampoco yo lo tengo. Mi talento va por otro lado. Ricardo, en cambio…

—Ocupado, por el momento, en descerrajar el escritorio…

—No lo creo. Lo que iba a decir es que Martin es mucho más listo que un chino.

¿Cree en la superioridad racial? Yo, sí, firmemente. Martin es un experto en descubrir secretos como el suyo, por poner un caso.

—¡Como el mío! —repitió la víctima, con amargura—. Bien, pues le deseo que disfrute de todo lo que llegue a descubrir.

—Es muy amable de su parte —observó Mr. Jones.

Empezaba a ponerle nervioso la tardanza de Martin. De una consistencia férrea en la mesa de juego, impertérrito ante las refriegas, supo que esta clase especial de trabajo le consumía los nervios.

—¡Quédese quieto! —gritó roncamente.

—Ya le he dicho que no estoy armado —dijo el sueco, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Me inclino a creer sinceramente que no lo está —admitió Jones, en tono serio—. ¡Qué raro! —musitó en voz alta, las grutas de los ojos apuntando a Heyst; y, luego, con energía:

—Mi misión consiste en que usted no se mueva de esta habitación. No me provoque con algún imprevisto ni me obligue a pulverizarle la rodilla o cosa por el estilo —se pasó la lengua por los labios, secos y ennegrecidos, mientras el sudor relucía en su frente—. Me pregunto si no sería mejor hacerlo de una vez.

—Quien se para a pensar, está perdido —dijo el amenazado, con sarcástica seriedad.

El caballero eludió el comentario. Daba la impresión de hablar consigo mismo.

—No puedo competir físicamente con usted —dijo con lentitud, la cavernosa mirada clavada en el hombre sentado en el borde de la cama—. Podría pegar un salto y…

—¿Quiere usted meterme miedo? —preguntó Heyst bruscamente—. Parece que le falten agallas para hacer su trabajo. ¿Por qué no lo hace de una vez?

Violentamente ofendido, Mr. Jones bufó como un esqueleto rabioso:

—Por extraño que resulte, se debe a mis orígenes, a mi educación, a mis costumbres, a convicciones ancestrales, y demás pequeñeces por el estilo. Ningún caballero renuncia a sus prejuicios con la facilidad con que usted lo

ha hecho. Pero no se preocupe por mis agallas. Si usted fuera a caerme encima, le aseguro que se encontraría en el aire, por decirlo de alguna manera, con algo que le volvería inofensivo a la hora de aterrizar. No nos engañemos, *mister* Heyst. Nosotros somos, eh…, salteadores bien entrenados; y vamos detrás del fruto de su carrera como, eh…, timador consumado. Esa es la mecánica del mundo, una especie de quita y pon.

Apoyó fatigosamente la nuca contra la pared. Sus fuerzas parecías exhaustas. Los párpados se sumergieron en la profundidad de las cuencas. Sólo las tupidas, malévolas y bien dibujadas pestañas sobresalían un poco, sugiriendo el deseo y el poder de punzar con las pérfidas, invencibles y mortíferas puntas.

—¡Frutos! ¡Timador! —repitió Heyst, sin enardecimiento, casi hasta sin desdén—. Usted y su compinche se están proporcionando un sinfín de molestias para cascar una nuez vacía. Aquí no hay nada de lo que imaginan. Hay unos cuantos soberanos, que puede coger cuando guste; y ya que usted mismo se ha denominado bandido…

—Sssí —contestó el aludido, arrastrando la palabra—. Que tiene más categoría que timador. Por lo menos, se guerrea en campo abierto.

—¡Muy bien! Sólo permítame decirle que no hubo nunca en el mundo dos bandidos más engañados. ¡Nunca!

Heyst pronunció las últimas palabras con tal energía que Mr. Jones, poniéndose tieso, pareció adelgazar y alargarse en el metálico batín azul, contra la pared blanqueada.

—¡Embaucados por un hotelero imbécil y tramposo! —continuó—. ¡Seducidos como un par de chiquillos a los que se promete unas cuantas golosinas!

—Yo no he hablado con ese animal repulsivo —murmuró hoscamente el salteador—, pero convenció a Martin, que no es idiota.

—Me inclino a pensar que estaba pidiendo a gritos que le convencieran —dijo, con la exquisita entonación tan bien conocida en las islas—. No quiero turbar la conmovedora confianza en su…, su fiel secuaz, pero debe ser el bergante más crédulo que ha parido la Naturaleza. ¿Qué se creen ustedes? Si el cuento de mis riquezas tuviera alguna verosimilitud, ¿creen que Schomberg lo hubiera compartido por puro altruismo? ¿Es esa la mecánica del mundo, *mister* Jones?

Por un momento, la quijada del amo de Ricardo se desencajó; pero volvió a su sitio con un chasquido furioso, para que la voz dijera, con una

intensidad de trasmundo:

—¡Ese es un cobarde! Tenía miedo y quería deshacerse de nosotros, ya que lo pregunta. No tenía idea de que el aliciente material fuera de consideración, pero estaba aburrido y decidimos aceptar el soborno. No lo lamento. He pasado toda mi vida buscando experiencias nuevas, y usted se sale de lo común. Martin, por supuesto, considera sólo los resultados crematísticos. Él es simple, aparte de leal, y de una extraordinaria perspicacia.

—¡Ah, sí! Él sigue las pistas —ahora, las palabras de Heyst tuvieron un matiz socarrón, dentro de la urbanidad acostumbrada—, pero no lo suficiente, al parecer, puesto que no ha encontrado todavía conveniente pegarme un tiro de buenas a primeras. ¿No le dijo Schomberg dónde tenía escondido exactamente el producto de mi rapiña? ¡Vamos! ¿No ve que le hubiera dicho cualquier cosa, verdadera o falsa, con tal de satisfacer un propósito muy claro? ¡Venganza! Odio enfermizo…, ¡ese idiota asqueroso!

Jones no parecía muy convencido. La puerta de su derecha parpadeaba sin cesar con reflejos distantes; el continuo retumbar del trueno persistía airadamente, como el rugido entrecortado y necio de un cíclope.

Heyst se sobrepuso a la repugnancia inmensa que le producía referirse a aquélla cuya imagen, refugiándose en el bosque, se presentaba constantemente ante sus ojos con toda la pasión y la fuerza de una llamada imperiosa, lastimera y casi sagrada. Prosiguió de una forma apresurada, mortificante:

—Si no hubiera sido por la muchacha a la que perseguía con su insana y odiosa pasión, y que se echó a mis brazos, nunca habría, ¡pero qué le voy a contar a usted!

—¡Yo no sé nada! —estalló el otro, con un ardor sorprendente—. Ese tipo intentó contarme una vez lo de cierta muchacha que había perdido, pero le contesté que no quería escuchar ninguna de sus sucias historias con las mujeres. ¿Tenía algo que ver con usted?

Heyst contempló serenamente el estallido, pero luego se quedó al borde de perder la paciencia:

—¿Qué clase de comedia es esta? ¿No irá a decirme que ignoraba que yo tenía…, que hay una mujer viviendo conmigo?

Pudo apreciarse que los ojos del misógino se habían petrificado en la profundidad oscura de las cuencas, por el brillo blanquecino e inalterable que surgió del fondo. Se quedaron de hielo.

—¡Y aquí! ¡Aquí! —chilló.

No había duda de la estupefacción, de la credulidad vulnerada, del estremecedor rechazo.

Heyst estaba también asqueado, pero en otro sentido. Lamentó haber mencionado a la muchacha; pero ya estaba hecho, y se sobrepuso al reparo en el calor de la discusión con aquel bandido ridículo.

—¿Es posible que no conociera un hecho tan significativo, la única verdad de importancia en este revoltijo de mentiras estúpidas con que tan fácilmente le han engañado?

—¡No! ¡No lo sabía! ¡Pero Martin, sí! —añadió con un débil susurro, que apenas pudieron captar los oídos de Heyst.

—La mantuve al margen todo lo que me fue posible —dijo—. Acaso su educación, su tradición y lo demás le permitan comprender mis motivos.

—Lo sabía. ¡Lo sabía desde el principio! —masculló el otro, n un tono lastimero—. ¡Lo sabía antes de empezar!

Se dejes caer pesadamente contra la pared, sin preocuparse ya del extraño. Tenía el aspecto de quien ve abrirse una sima bajo los pies.

—Si quisiera matarle, este sería el momento —pensó Heyst, pero no se movió. Mr. Jones levantó inmediatamente la cabeza, con una mirada furiosa y socarrona.

—Me dan ganas de pegarle un tiro a usted, asceta redentor de mujeres, hombre de la luna que no puede vivir sin…, no, no será usted la diana. Será el otro enamorado, el prevaricador, taimado, rastrero y apasionado tipejo ¡que se puso a afeitarse en mis propias narices! ¡Le mataré!

—Se ha vuelto loco —pensó Heyst, sorprendido por aquella violencia repentina y sobrenatural.

Se sintió más próximo al peligro, más cercano a la muerte que nunca, desde que entró en el aposento. Un bandido trastornado es una combinación fatal. Ignoraba que Mr. Jones tenía clarividencia suficiente para pronosticarse el fin del reinado sobre los pensamientos y la sensibilidad del excelente secretario; el derrumbamiento de la fidelidad de Ricardo… ¡provocado por una mujer! Una mujer, una chiquilla que poseía, al parecer, la capacidad de despertar en los hombres aquella repulsiva locura. La capacidad había sido ya demostrada en dos casos: en el del hotelero inmundo y en el del tipo de los bigotes, al que Mr. Jones, con la mano derecha crispada amenazadoramente en el bolsillo, contemplaba con más asco que rabia. El auténtico propósito de la expedición había sido

desplazado por el sentimiento abrumador de una inseguridad absoluta. Esta era la causa de la agresividad; pero no iba dirigida contra el tipo de los bigotes. Por las razones mencionadas, mientras Heyst se convencía de que su vida no se prolongaría por encima de los dos minutos, oyó que se le citaba, no con la afectada y lánguida impertinencia de antes, sino con el calor de una determinación febril.

—¡Escuche! ¡Acordemos una tregua!

Heyst estaba demasiado compungido como para permitirse sonreír. ¿He estado, acaso, en guerra con usted? —preguntó, abatido—. ¿Cómo quiere que interprete sus palabras? Usted pertenece a una clase de bandido perversa e insensata. No hablamos el mismo idioma. Si le contara por qué estoy aquí, no me creería, y la razón es que usted no está en condiciones de entenderme. Ciertamente, no ha sido por amor a la vida, de la que me separé hace mucho y no lo suficiente, por lo visto; pero si está pensando en la suya, entonces le repito que nunca ha peligrado, por lo que a mí respecta. Estoy desarmado.

El del batín se mordía el labio inferior en un gesto de reflexión profunda. Sólo al final miró a Heyst.

—Desarmado, ¿eh? —Para estallar a continuación, violentamente—: Le digo que un caballero no se pone a competir con el vulgo. Aunque tenga que servirse de su fuerza bruta. Desarmado, ¿eh? Y sospecho que la criatura adorada es de lo más ordinario. Veo difícil que la haya sacado de un salón. ¡Qué más da, si todas son iguales para lo que viene al caso! ¡Desarmado! Es una pena. Yo corro un peligro mucho mayor que el suyo, si no me equivoco. Pero no estoy… ¡yo conozco a mi hombre!

Perdió el aire de vaguedad mental y prorrumpió en chillidos. A su interlocutor le resultaron más enloquecedores que todo lo anterior.

—¡Sobre la pista! ¡En el rastro! —gritó, perdiendo la noción hasta el punto de ponerse a bailar en medio del entarimado.

Heyst le observó, fascinado por aquel esqueleto arropado con un batín chispeante, sacudiéndose como un *tirinene* grotesco al extremo de un cordel invisible. Se quedó inmóvil, de pronto.

—¡Tendría que haberme olido a gato encerrado! Siempre supe que el peligro estaría ahí —cambió de repente a un tono confidencial, fijando en Heyst la mirada sepulcral—. Y aquí ando, embaucado por ese tipo como un auténtico imbécil. Siempre estuve al tanto de esos arrebatos de bajeza, pero

ha dado igual, aquí estoy, atado de pies y manos. Y se afeitó delante de mí, tan bonitamente…, ¡y yo, en las nubes!

La risa estridente que siguió a la sorda tonalidad de la confidencia resultó de una demencia tan convincente que Heyst se levantó como impulsado por un resorte. El exaltado retrocedió dos pasos, pero sin alterarse.

—Está claro como la luz del día —murmuró siniestramente antes de hundirse en un silencio.

Por detrás, la puerta parpadeó con una luz lívida, y un estrépito como de batalla naval en algún punto del horizonte llenó el silencio sofocante. Mr. Jones inclinó la cabeza. Había cambiado completamente de humor:

—¿Qué me dice usted, hombre desarmado? ¿No deberíamos echar un vistazo a lo que tanto entretiene a mi confiado Martin? Me rogó que le tuviera ocupado en amigable conversación hasta hacer un análisis más detallado de la pista. ¡Ja, ja, ja!

—No cabe duda de que está registrando mi casa —dijo Heyst.

Estaba absolutamente perplejo. Aquello era como un sueño indescifrable, o quizá una rebuscada burla del otro mundo, tramada por aquel espectro ornado con el alegre batín.

El jefe de Ricardo le miró con la funesta sonrisa de una calavera, inescrutable y sarcástica, y señaló la puerta. Heyst la cruzó en primer lugar. Tenía los sentidos tan embotados, que ni siquiera pensó que le pudiera disparar por la espalda.

—¡Qué atmósfera tan cargada! —la exclamación sonó muy cerca de su oído—. Esta estúpida tormenta me está sacando de quicio. No vendría mal un poco de lluvia, aunque no me gustaría acabar empapado. Pero, bien mirado, esta tronada exasperante tiene la ventaja de silenciar nuestros pasos. Los relámpagos no nos hacen tanto beneficio. ¡Ah, su casa irradia luz por todas partes! Mi perspicaz Martin está dilapidando su provisión de velas. Pertenece a esa clase social ajena por completo a cualquier formalidad, y también tan miserable, tan indigna y todo lo demás.

—Dejé las velas encendidas —dijo el dueño de la casa— para ahorrarle molestias.

—¿Estaba convencido sinceramente de que entraría en su casa? —preguntó con auténtico interés.

—Así es. Y creo que todavía está allí.

—¿Y no le importa?

—No.

—¡No le importa! —Le paró el asombro—. Es usted un hombre extraordinario —dijo con suspicacia, mientras reanudaba la marcha, codo a codo con Heyst.

En lo profundo de este último se hizo un silencio vertiginoso, el silencio absoluto de las esperanzas inútiles. En ese mismo momento, mediante una simple carga, podría haber tumbado a su vigilante y en un par de brincos ponerse fuera del alcance de su revólver; pero no pensó siquiera en ello. La voluntad misma parecía desfallecer de cansancio. Se movía mecánicamente, la cabeza baja, como un prisionero capturado por el diabólico poder de un esqueleto con disfraz escamoteado de su tumba. Jones tomó la delantera. Llegaron a un amplio recodo. Los ecos de un trueno lejano pareció ir tras sus pasos.

—A propósito —dijo Jones, como si no pudiera refrenar la curiosidad —, ¿no está preocupado por esa…, aag, fascinante criatura a la cual debe el placer de nuestra visita?

—La he dejado en lugar seguro —contestó el aludido—. Ya…, ya tuve esa precaución.

El otro le agarró del brazo.

—Así que en lugar seguro… ¡Mire! ¿Se refería a eso? Heyst levantó la cabeza. Entre destellos de luz, la desolación del calvero que quedaba a su izquierda se manifestó de pronto para sucumbir después en la noche, junto a los perfiles esquivos y lejanos, lívidos y sobrenaturales de las cosas. Pero en el rectángulo iluminado de la puerta distinguió a la muchacha —la mujer que anheló ver siquiera una vez más— como apostada en un trono, las manos reposando en la silla. Vestía de negro; la cara estaba blanca; la cabeza caía ensimismada sobre el pecho. Veía solamente hasta sus rodillas. Estaba allí, en la habitación, viva, en medio de una realidad sombría. No era una fantasía. No huía por el bosque…, ¡estaba allí!, sentada en la silla, con un aspecto exhausto, aunque sin temor, con un tierno vencimiento.

—¿Comprende ahora sus poderes? —le susurró al oído Mr. Jones, con una voz ardiente—. ¿Puede haber espectáculo más desagradable? Bastaría para detestar este mundo. Creo que ha encontrado el alma gemela. No se aparte. Si, a fin de cuentas, tengo que pegarle un tiro, a lo mejor se uniere curado.

Heyst obedeció, acuciado por la presión del cañón del revólver. La sintió claramente, pero lo que no sentía era el suelo que pisaban sus pies.

Enfilaron los peldaños sin que se diera cuenta de que los subía, lentamente, uno a uno. La duda se introdujo en él: una duda nueva, disforme, terrible. Pareció extenderse por todo el cuerpo, adueñarse de los miembros, alojarse en las entrañas. De pronto, se detuvo con un pensamiento que aquel que lo ha experimentado se queda sin justificación para seguir viviendo y le impide incluso vivir.

Todo —el bungaló, el bosque, el calvero— se estremecía sin cesar. La tierra, el firmamento mismo, temblaban todo el tiempo, y el único lugar inmóvil en aquel universo trémulo era el interior de la habitación iluminada y la mujer vestida de negro, bajo el resplandor de ocho llamas vigilantes. Llamas que la rodeaban de un fulgor intolerable, que dañaban la vista de Heyst y parecían calcinar su cerebro ron las chispas de un fuego infernal. Esa fue la sensación antes de que sus ojos resequidos distinguieran a Ricardo sentado en el suelo, a escasa distancia del trono, sin dar del todo la espalda a la puerta; uno de los lados del rostro entornado mostraba el absorto, abandonado éxtasis de la contemplación.

La dura zarpa de Mr. Jones le hizo retroceder. Entre el estrépito del trueno, envolvente y oscuro, susurró al oído un sarcástico:

—Así son las cosas.

Una vergüenza infinita se abatió sobre Heyst; una vergüenza culpable, absurda, enloquecedora. Mr. Jones le apartó aún más hacia la oscuridad de la veranda.

—Esto es grave —continuó, destilando el pestífero veneno en los oídos del que le acompañaba—. He cerrado los ojos muchas veces a sus pequeños escarceos; pero esto es grave. Ha encontrado el alma gemela. ¡Almas del lodo, obscenas, taimadas! Cuerpos de barro, pero barro del arroyo. Le repito que no podemos competir con la canalla. Yo, hasta yo mismo, he estado a punto de caer en el cepo. Me pidió que le entretuviera hasta que me hiciera la señal. No será a usted a quien dispare, sino a él. Después de esto, no confiaría en él ni cinco minutos.

Zarandeó un poco el brazo de Heyst:

—Si no se le ocurre mencionar a esa criatura, antes de amanecer los dos estaríamos muertos. A usted le apuñala mientras baja la escalera; luego, vuelve al cuarto y, con el mismo cuchillo, me atraviesa las costillas a mí. No tiene prejuicios.

¡Cuanto más bajo es su origen, mayor es la libertad de estas almas simples!

Tomó aliento, cauto, sibilante, y añadió con un murmullo nervioso:

—Ahora lo veo con toda claridad: el muy tramposo casi me coge en las nubes. Alargó el cuello para mirar en la habitación. Heyst también dio un paso adelante, conminado por la presión de aquella mano escuálida.

—¡Fíjese! —El esqueleto del bandido demenciado farfullaba en su oído con una complicidad espectral—. Contemple al incauto Acis besando las sandalias de la ninfa, buscando el camino de sus labios, olvidado de sí, mientras los amenazadores pasos de Polifemo resuenan en las inmediaciones. ¡Si pudiera oírlos! Agáchese un poco.

Capítulo 12

Ricardo voló en el camino de regreso al bungaló de Heyst, y encontró a Lena esperándole. Vestía de negro; de inmediato, el júbilo desbordante fue reemplazado por un estremecido y reverente sosiego ante la proximidad de la tez blanca, ante la inmovilidad sedente de su postura; una visión conmovedora para quien, como él, había comprobado la fortaleza de sus miembros y el espíritu indomable que alentaba aquel cuerpo. La muchacha salió del dormitorio a continuación de que Heyst se marchara. Se había acertado bajo el retrato esperando el retorno del embajador de la violencia y la muerte. Al retirar la cortina sintió la angustia del que desobedece al ser querido, mitigada por un sentimiento desconocido hasta entonces: una lenta marea de dulzura penetrante. No obedecía mecánicamente a una sugestión momentánea; se hallaba bajo influencias más deliberadas, aunque más difusas y de mayor intensidad. Había sido incitada, no tanto por la voluntad como por una fuerza exterior y de mayor altura. No contaba con nada definido; no tenía nada calculado. Sólo veía un objetivo: el de entrampar a una muerte feroz, imprevista, arbitraria, que merodeaba en torno al hombre que la poseía a ella; una muerte materializada en el cuchillo destinado a hundirse en el corazón de Heyst. Sin duda, pecó al echarse en sus brazos. Con esa lucidez que desciende de las alturas, para bien o para mal de nuestra común mediocridad, tuvo la certeza de que ella había sido para él el irremediable y sincero resultado de la curiosidad y la conmiseración, algo que pasa y huye. No le conocía. Si hubiera escapado de su lado, no habría pronunciado el más mínimo reproche ni guardado rencor alguno; porque conservaría en lo íntimo la imagen de algo menos frecuente y más hermoso: sus abrazos le hicieron dueña del valor para salvar su vida.

Todo lo que había pensado —y donde radicaba la causa de sus estremecimientos, rubores y escalofríos— se reducía a la cuestión de cómo apropiarse del cuchillo, santo y seña de la muerte que les seguía los pasos. La inquietud por asir el objeto temible, entrevisto una vez y ya inolvidable, agitó sus manos. El instintivo reflejo de estas paró de golpe a Ricardo, a medio camino entre la puerta y la silla, con la resuelta obediencia de un hombre conquistado que sabe esperar la ocasión. El éxito la desconcertó. De aquel hombre escuchó sus exaltados arrebatos, los terribles encomios y

las más penosas declaraciones de amor. Llegó a ver en aquellos ojos oblicuos, diestros en soslayarse, el relámpago de un deseo brutal.

—¡No! —decía, tras un efusivo torrente de palabras en el que las más ardientes frases de amor se mezclaban con el tono humilde de la súplica—. ¡No puedo más! Confía en mí. Estoy sobrio. Mira lo despacio que me late el corazón. Hoy ha habido diez veces, cuando tú, sí, tú, tú, te me metías por los ojos, en las que he creído que me iba a romper las costillas o a salirme por la boca. Se ha hundido de tanto repicar esperando la noche, este instante. Ya no puede más. ¡Mira qué despacio!

Avanzó un paso, pero la muchacha interpuso una voz clara e imperiosa:

—¡Quédate ahí!

Obedeció con una sonrisa de veneración imbécil en los labios y con el gozoso sometimiento de quien podría tomarla en los brazos en cualquier momento y arrojarla al suelo:

—¡Ah! Si te hubiera cogido del cuello esta mañana y hecho de ti lo que quisiera, nunca te habría conocido. Pero ahora te conozco. ¡Eres una maravilla! También lo soy yo, a mi modo. Tengo valor, y no me falta cerebro. Más de una vez habríamos estado perdidos si no es por mí. Yo planeo…, yo pienso para mi caballero. Caballero…, ¡puaf! Estoy de él hasta el gollete. Y tú estás harta del tuyo, ¿verdad?

¡Di, di!

El cuerpo se le revolvió; la aturdió con una retahíla de halagos, tiernos y obscenos, y luego preguntó bruscamente:

—¿Por qué no me hablas?

—Ahora me toca escuchar —dijo, dedicándole una sonrisa inescrutable, con cierto rubor en las mejillas y una frialdad de hielo en los labios.

—¿Me dirás una cosa?

—Sí —contestó con las pupilas dilatadas por un interés aparente y repentino.

—¿Dónde está el botín? ¿Tienes idea?

—No. Todavía no.

—Pero ¿hay algo que merezca la pena escondido en algún sitio?

—Sí, eso creo. Aunque, ¿quién sabe? —añadió, tras una pausa.

—¿Y a quién le importa? —saltó Ricardo—. Ya he arrastrado el buche bastante.

¡Soy yo el que te ha librado del caballero que te tenía enterrada y pudriéndote para su maldito placer!

Intentó encontrar lugar en el que sentarse. Luego volvió hacia ella una mirada torturada y una sonrisa flácida.

—Estoy rendido —se sentó en el suelo—. Ya me fui rendido esta mañana, después de entrar aquí y hablar contigo…, tan cansado como si hubiera bañado de sangre estos maderos para que tú chapotearas con esos pies tan blancos.

Sin mover un músculo, la muchacha sacudió la cabeza pensativamente. Tal y como procede en una mujer, todas sus facultades estaban concentradas en los deseos de su corazón —en el cuchillo—, mientras el hombre continuaba a sus pies, con un farfulleo demente, zalamero y convulso, casi enloqueciendo de alegría. Pero también él perseguía un propósito:

—¡Por ti! ¡Por ti voy a tirar por la borda vidas y dinero; todas las vidas, excepto la mía! Lo que tú necesitas es un hombre, un dueño que te deje hincarle en la nuez el tacón de tu zapato; no esa sabandija, que se cansaría de ti en un año…, y tú de él. Y luego, ¿qué? Tú no eres de las que se quedan a verlas venir; ni yo tampoco. Yo vivo mi vida, y tú vivirás la tuya, no la de ese barón sueco. Ellos se sirven de la gente como tú y como yo. Un caballero es mejor que un capataz, pero a ti y a mí nos conviene una buena sociedad contra todos esos hipócritas. Iremos de un sitio a otro, tú y yo, libres, iguales. No estás hecha para vivir en una jaula. Vagaremos juntos, porque no somos de esos que tienen su casa. ¡Nacimos para rodar!

Lena le escuchaba con la más completa atención, como si cualquier palabra imprevista pudiera proporcionarle la clave para conseguir el puñal y desarmar al asesino que suplicaba amor a sus pies. Volvió a asentir, pensativamente, despertando un reflejo en los ojos amarillentos que suspiraban devotamente hacia su imagen. Cuando Ricardo decidió acercarse, la muchacha no hizo ningún gesto de rechazo. Así tenía que ser. Lo que fuera, con tal de tener el cuchillo al alcance. Ricardo le habló con mayor intimidad.

—Estamos juntos, ha llegado su hora —empezó, mirando en la profundidad de sus ojos—. La sociedad entre mi caballero y yo tiene que cortarse de raíz. Donde estemos tú y yo, no hay sitio para él. ¡Me mataría como a un perro! No te preocupes. Esto lo arreglaré esta noche, a más tardar.

Se palmeó la pierna doblada por encima de la rodilla y se quedó sorprendido, un tanto halagado, por el brillo de los ojos que se acercaron a él con impaciencia y expectación, los labios admirativamente entreabiertos,

encarnados en la palidez del rostro y trémulos por una respiración sofocante.

—¡Eres la maravilla, el milagro, la fortuna y el gozo de un hombre! ¡Una entre un millón! ¡No! ¡La única! Conmigo has encontrado a tu hombre —susurró, muy excitado—. ¡Escucha! Están charlando por última vez; a medianoche me habré encargado también de tu caballero.

Sin la más ligera vacilación, tan pronto hubo recuperado el aliento y las palabras pudieron salir de la boca, la muchacha murmuró:

—Yo no andaría con prisas…, en lo que a él se refiere.

La pausa, la entonación, tenían toda la importancia de una advertencia bien calibrada.

—¡Muy bien, muchacha perspicaz! —rió por lo bajo, con un raro regocijo felino, expresado mediante el contoneo de los hombros y el centelleo breve de los ojos rasgados—. Todavía andas pensando en echarle mano al aljófar. Serás un buen socio a poco que te lo propongas. ¡Y menudo reclamo, además! ¡Por las barbas del profeta!

Tras haberse disparado, se ensombreció de repente:

—¡No! ¡Aquí no hay enjuagues! ¿Qué crees que es un hombre? ¿Un espantapájaros? ¿Todo sombrero y quincalla, y ningún sentimiento, nada adentro, ni cerebro para hacerse sus imaginaciones? ¡No! —continuó, furibundo—. ¡No volverá a entrar nunca en ese dormitorio! ¡Nunca más!

Hubo un silencio. Ricardo se ensombreció más todavía con aquella tempestad de celos; ni siquiera la miraba. Ella se incorporó lenta, gradualmente, y fue inclinándose poco a poco sobre él, como dispuesta a caer en sus brazos. Ricardo levantó al fin la vista y retuvo a la muchacha sin darse cuenta.

—¡Dime! ¿Serías capaz de pelear con un hombre, sólo con las manos desnudas?

¿Serías capaz, eh? ¿Podrías clavarle una cosa parecida a mi cuchillo?

Ella agrandó los ojos y le dedicó una sonrisa frenética.

—¿Cómo puedo saberlo? —preguntó, desplegando todos sus encantos —. ¿Dejas que le eche un vistazo?

Sin dejar de mirarla, Ricardo sacó el cuchillo de la huida una hoja de doble filo, ancha, corta, mortífera, con mango de hueso. Sólo entonces bajó los ojos.

—Un buen amigo —dijo simplemente—. Cógelo y observa el nivelado —sugirió.

En el instante en que ella se agachó para tomarlo en la mano, hubo un fogonazo en su mirada inescrutable, un reluz sangriento en medio de la bruma blanquecina que rodeaba sus impulsos y deseos. ¡Lo había conseguido! El aguijón de la muerte estaba en sus manos, el veneno de la víbora que amenazaba su paraíso había sido extraído, y la cabeza del ofidio quedaba al alcance del tacón de su zapato. Ricardo, extendido sobre las esteras del suelo, reptaba hacia las proximidades de la silla en que la muchacha volvió a sentarse.

Los pensamientos de Lena se concentraban en el modo de conservar la posesión del arma que parecía contener en sí misma todos los peligros y asechanzas de un mundo abocado a la muerte. Llegó a decir, con una risa apagada, cuyo significado no alcanzó a comprender Ricardo:

—Creí que no te atreverías a dármelo.

—¿Por qué no?

—Por miedo de que lo utilizara contra ti.

—¿Por qué, por lo de esta mañana? ¡Oh, no! Tú no me guardas rencor. Me perdonaste. Me salvaste. Me venciste, además. Y, de todas formas, ¿qué ganarías con ello?

—Nada en absoluto —admitió.

Sintió en lo más recóndito que no sabría cómo hacerlo; que, de llegar la pelea, se desharía del puñal y lucharía con las manos vacías.

—Escucha. Cuando viajemos juntos, dirás siempre que soy tu marido.

¿Entendido?

—Sí —contestó, reuniendo fuerzas para la prueba, cualquiera que fuese el cariz.

Tenía el cuchillo en el regazo. Dejó que resbalara en los pliegues del vestido y apoyó los antebrazos, con los dedos firmemente enlazados, sobre las rodillas, unidas casi con desesperación. El temible objeto quedaba, por fin, fuera de la vista. Sintió que el sudor le inundaba el cuerpo.

—Yo no voy a esconderte como ese papamoscas melindroso y comediante. Serás mi orgullo y mi cómplice. ¿No es mejor que pudrirse en una isla para que disfrute un caballero que el día menos pensado te dará la patada?

—Seré lo que tú quieras —dijo ella.

En su embriaguez, y con cada palabra que ella decía y cada gesto, se iba acercando un poco más.

—Dame tu pie —rogó, con un murmullo medroso y absoluta conciencia de su poder.

¡Lo que quisiera! Lo que quisiera con tal de tener desarmado e inmóvil a aquel asesino hasta recobrar las fuerzas y tomar una resolución. Su fortaleza se derrumbó por causa de la facilidad misma del éxito que había obtenido. Alargó un poco el pie por debajo del borde del vestido, y él se lo apropió furiosamente. Ni siquiera se fijó en Ricardo. Pensaba en el bosque al que habría tenido que escapar. Sí, el bosque, ese era el lugar para huir con el mortífero trofeo, con el aguijón de la muerte sometida. Ricardo, aferrado al tobillo, apretaba los labios, una y otra vez, contra el empeine, farfullando palabras quejumbrosas y haciendo ruidos más propios de la aflicción o la angustia. Sin que ninguno de los dos le prestara atención, la tormenta bramó en la lejanía con su gigantesca voz enfurecida, mientras el mundo exterior vibraba en torno a la mortal quietud del cuarto en el que el perfil recortado del padre de Heyst miraba severamente al vacío.

De pronto, notó el rechazo del pie que había estado acariciando, manifestado con un golpe de tal violencia en el hueco de la garganta, que le levantó en andas y le sentó de rodillas. Leyó el peligro en los ojos petrificados de la muchacha; y en el mismo instante en que daba un salto para ponerse de pie, escuchó, secamente, destacándose con claridad del estrépito amenazador de la tormenta, la breve percusión de un disparo que le dejó medio en babia, como un puñetazo. Al girar la cabeza abrasada, tropezó con la figura de Heyst, erguida en la puerta. La idea de que el vagabundo había dado el zarpazo cruzó por su mente como un rayo. Durante una fracción de segundo, los ojos aturdidos buscaron el cuchillo por todas partes. No pudieron encontrarlo.

—¡Mátale tú! —exigió con voz ronca a la muchacha antes de precipitarse hacia la puerta trasera.

Aunque con este movimiento obedecía al instinto de supervivencia, la razón le decía que difícilmente iba a llegar vivo a la puerta. Esta se abrió, no obstante, con un chasquido, bajo el peso de la embestida; el herido volvió a cerrarla una vez afuera. Y allí, apoyando el hombro contra ella, las manos agarradas al pestillo, aturdido y solo, en mitad de una noche colmada de imprevistos y mudas amenazas, intentó recobrarse. Se preguntó si le habrían disparado más de una vez. El hombro estaba empapado por la sangre que le chorreaba desde la cabeza. Palpando por encima del oído, se

cercioró de que era sólo un arañazo, pero la sorpresa le había acobardado por el momento.

—¿En qué diablos estaba pensando el patrón cuando dejó suelto a ese elemento?

¿No será que el jefe ha muerto?

El silencio del cuarto de adentro le infundió pavor. No era ocasión de volver allí.

—Sabrá cuidar de sí misma —murmuró.

Tenía su cuchillo. Ahora, ella era el peligro, mientras que él se había quedado desarmado e inutilizado. Huyó de la puerta dando tumbos; el chorro caliente bajaba por la garganta, con la intención de averiguar el paradero del jefe y de proporcionarse un arma de fuego en el arsenal de los baúles.

Capítulo 13

Mr. Jones, tras hacer fuego por encima del hombre, de Heyst, pensó que lo propio sería escurrir el bulto. Como el espectro que era, se esfumó de la veranda sin el menor ruido. A Heyst, todos los objetos del interior —los libros, el fulgor de la plata vieja y familiar desde la infancia, el mismo retrato de la pared— le resultaron lúgubres, insustanciales, los cómplices callados de un sueño pasmoso y traicionero que finalizaba en la ilusión de despertar y en la imposibilidad de volver a cerrar los ojos. Lleno de temores, se esforzó en mirar a la muchacha. Lena estaba inmóvil en el asiento, encogida y ocultando la cara entre las manos. Heyst se acordó de Wang. ¡Qué claro parecía ahora! ¡Y qué extraordinariamente divertido! Y tanto. Ella se enderezó un poco, luego se apoyó en el respaldo y, quitándose las manos de la cara, las apretó contra el pecho, como si le rompiera el corazón ver que Heyst la contemplaba con una curiosidad sombría y horrorizada. Se habría apiadado de ella si la expresión triunfante del rostro femenino no hubiera descompuesto el equilibrio de sus sentimientos.

—¡Sabía que volverías a tiempo! Ya estás a salvo. ¡Lo he conseguido! Nunca, nunca le hubiera dejado… —la voz desfalleció, en tanto que los ojos resplandecieron como cuando el sol perfora la bruma—… que se quedara con esto. ¡Amor mío!

Heyst inclinó gravemente la cabeza y comentó, con la gentileza acostumbrada:

—No me cabe duda de que actuaste por instinto. Las mujeres habéis sido provistas de vuestra propia arma.

Yo era un hombre desarmado, toda mi vida estuve desarmado, por lo que veo. Puedes vanagloriarte de tus habilidades y del profundo conocimiento que tienes de ti misma; pero debo decir que la otra actitud, aquella timidez vergonzosa, tenía su encanto. A ti no te falta.

La alegría desapareció de la cara de la muchacha.

—No te rías de mí ahora. No conozco la vergüenza. Le daba gracias a Dios con todo mi corazón, por culpable que sea, por haberlo conseguido, por hacerte volver a mí de este modo…, ¡oh, amor mío!… ¡mío del todo, al fin!

La miró como si se hubiera vuelto loca. Lena trató de disculparse tímidamente por desobedecer las instrucciones. Cada modulación de aquella

voz encantadora le hería en lo más profundo, al punto de que el dolor mismo casi le impedía entender las palabras. Le volvió la espalda; pero un desmayo repentino, una quiebra en la voz, le hizo girar en redondo. El cuello no sostenía ya la cara lívida, como la ventolera trunca una flor marchita. Heyst tomó aliento, la miró de cerca, y creyó leer una evidencia terrible en sus ojos.

En el instante en que los párpados cayeron como golpeados desde arriba por un poder invisible, levantó el cuerpo de la silla y, sin hacer caso de un imprevisto choque metálico contra el suelo, la llevó a la otra habitación. La languidez del cuerpo le hizo temer. Después de acostarla en el lecho, se apresuró a salir y a coger el candelabro de la mesa, y regresar de nuevo rasgando de un tirón furioso la cortina que estúpidamente se interponía en su camino; pero al cabo de poner el candelabro sobre la mesita, ya no supo qué hacer. No le pareció que allí él pudiera resolver nada. Apoyó la barbilla en la mano y miró atentamente el rostro como exánime.

—¿La han apuñalado con esto? —preguntó Davidson, quien apareció de improviso a su lado, levantando la daga de Ricardo a la altura de los ojos.

Heyst no expresó reconocimiento ni sorpresa. Se limitó a dirigir a Davidson una mirada de pesar impronunciable. Luego, como poseído por una violencia repentina, se dedicó a rasgar el vestido de la muchacha. Ella permaneció insensible bajo el afán de sus manos, y el hombre dejó escapar un lamento que sobrecogió las entrañas de Davidson, la queja lastimera de un hombre que se derrumba en la oscuridad.

Estaban uno junto a otro, mirando con tristeza el pequeño agujero negro que hizo la bala de Mr. Jones, bajo los pechos de una blancura deslumbrante y casi mística. Palpitaban débilmente, tanto que sólo los ojos del amante pudieron detectar el leve pulse de la vida. Heyst, más tranquilo, pero completamente desencajado, anduvo sigilosamente de un lado a otro, preparó un paño húmedo y lo depositó sobre la insignificante brecha, en cuyo entorno apenas se encontraban rastros de sangre que desfiguraran el encanto, la fascinación de aquella carne mortal.

La muchacha parpadeó. Miró en derredor con ojos soñolientos, con actitud serena, como fatigada exclusivamente por los esfuerzos de su imponente victoria al capturar el aguijón mismo de la muerte, para rendirlo a su amor. Pero los ojos se desorbitaron al encontrarse con el cuchillo de Ricardo, el trofeo de la muer te sometida, que Davidson tenía en la mano.

—¡Démelo! —dijo—. Es mío.

El capitán puso el símbolo de su victoria en las manos trémulas que se extendían con el gesto acuciante de un niño que reclama imperiosamente el juguete.

—Es para ti —dijo, jadeante y volviendo los ojos a Heyst—. No mates a nadie.

—No —contestó el aludido, cogiendo el puñal y dejándolo dulcemente sobre su pecho, mientras las manos de la agonizante caían sin fuerza a los lados.

La frágil sonrisa de sus labios perfilados declinó, en tanto que la cabeza se hundía en la almohada, adquiriendo la palidez soberbia y la inmovilidad del mármol. Pero un breve y siniestro temblor recorrió los músculos, que ya parecían impresos para siempre en una belleza transfigurada. Con sorprendente energía, todavía pudo preguntar en voz alta:

—¿Qué me ocurre?

—Te han disparado querida —respondió Heyst, con voz firme, mientras Davidson, al escuchar la pregunta, se volvió y apoyó la frente en uno de los postes del pie de la cama.

—¿Disparado? Eso pensé…, que algo me había alcanzado.

Al fin, la tormenta cesó sobre Samburan, y el mundo de las formas materiales no volvió a estremecerse bajo las lentes estrellas. El espíritu de la muchacha que iniciaba el tránsito hacia ellas asió el triunfo, convencido de la victoria sobre la muerte.

—Nunca más —musitó—. ¡No habrá otra vez! ¡Oh, amor mío! —gimió débilmente—. ¡Te he salvado! ¿Por qué no me llevas en tus brazos de este lugar solitario?

Heyst se inclinó sobre ella, maldiciendo la iniquidad de un carácter que, incluso en ese momento, por causa de la mezquina desconfianza hacia todo lo que infundía vida, ahogaba en las entrañas un sincero grito de amor. No se atrevió a tocarla, y a ella no le quedaron fuerzas para rodear su cuello con los brazos.

—¿Quién más hubiera hecho esto por ti? —murmuró, triunfante.

—Nadie en el mundo —respondió, con un murmullo de desesperación evidente.

Trató de incorporarse, pero todo lo que consiguió fue levantar un poco la cabeza de la almohada. Con un aterrorizado y dulce movimiento, Heyst se apresuró a deslizar su brazo bajo el cuello de la muchacha. Lena se sintió aliviada de inmediato de la intolerable pesadez, y se llenó de gozo al poder

entregarle el agotamiento infinito de una victoria magnífica. Exultante, se vio a sí misma extendida en el lecho con un vestido negro, y profundamente en paz; mientras inclinándose sobre ella con una sonrisa deferente, él se disponía a levantarla en brazos y a introducirla en el santuario más recóndito de su corazón… ¡y para siempre! El rapto que inundaba su ser hizo aparecer una sonrisa de inocente e infantil felicidad; y con este divino esplendor en los labios dio el último y victorioso suspiro, buscando la mirada del amado por entre las sombras de la muerte.

Capítulo 14

—Sí, Excelencia —dijo Davidson con voz apacible—; hay más muertos en este asunto, más blancos, quiero decir. Más de los que hubo en muchas de las batallas de la última guerra Achin.

Davidson se dirigía a cierto eminente personaje, debido a que lo que denominaron a lo largo de la conversación como «el misterio de Samburan», había causado tal impresión en el archipiélago que, incluso en las más altas esferas, estaban deseosos de escuchar algo de primera mano. Davidson fue convocado a una audiencia. Se trataba de un alto funcionario en gira de inspección.

—¿Conocía bien al difunto barón Heyst?

—La verdad es que nadie de por aquí puede jactarse de haberle conocido bien. Era un tipo raro. Dudo mucho que él mismo supiera hasta qué punto. Pero nadie ignora que había motivos de amistad en mis consideraciones para con él. Y por ese camino me llegó el aviso que me obligó a virar en redondo a mitad de viaje y volver a Samburan, donde, lamento decirlo, llegué demasiado tarde.

Sin extenderse mucho, Davidson explicó al atento funcionario cómo una mujer, la mujer de cierto hotelero llamado Schomberg, escuchó a un par de fulleros preguntar a su marido por la posición exacta de la isla. Sólo atrapó unas cuantas palabras referentes a la proximidad de un volcán; pero fueron suficientes para despertar sus sospechas.

—De las cuales —continuó Davidson— me informó a mí, Excelencia.

Desgraciadamente, estaban muy bien fundadas.

—Fue muy inteligente de su parte —observó el eminente personaje.

—Es bastante más lista de lo que la gente se figura —añadió Davidson.

Pero evitó desvelar a Su Excelencia la causa real que había afinado el talento de la señora Schomberg. La pobre mujer tenía un miedo cerval a que volvieran a meter en su casa a la muchacha, poniéndola a la vista del encaprichado Wilhelm. Davidson se limitó a decir que la inquietud de la mujer le había impresionado; pero confesó que, mientras regresaba, tuvo sus dudas acerca de la solidez de todo aquello.

—Nos vimos envueltos en una de esas imprevisibles tormentas que acechan en torno al volcán, y tuvimos algún problema para costear la isla. Hubo que buscar a tientas, y con una lentitud insoportable, la Bahía del

Diamante. Me figuro que nadie, ni aunque me estuviera esperando, habría podido escuchar el ancla.

Admitió que hubiera debido ir a tierra de inmediato; pero estaba absolutamente oscuro y tranquilo. Sentía vergüenza por aquel arrebato impulsivo. ¡Sólo un idiota despierta a un hombre en mitad de la noche para preguntarle qué tal se encuentra! Además, estando allí la muchacha, temió que Heyst considerase la visita como una intrusión injustificable.

El primer indicio que tuvo de que algo andaba mal fue una lancha blanca a la deriva con el cadáver de un hombre muy velludo a bordo, y que fue a estrellarse contra la proa del vapor. Después de eso, no esperó más para ir a tierra —solo, por supuesto, por razones de discreción—.

—Llegué a tiempo de ver morir a esa pobre muchacha, como ya le he dicho a Su Excelencia. No hace falta que le cuente el mal trago. Luego estuvimos hablando. Al parecer, el padre debió ser un chiflado que le trastornó la cabeza cuando todavía era un crío. Heyst era un tipo raro. Prácticamente, las últimas palabras que me dijo, cuando salimos a la veranda fueron: «¡Ah, Davidson! Desgraciado del hombre que durante la juventud no haya aprendido a amar y a tener esperanzas…, ¡y a confiar en la vida!». Mientras estábamos allí, momentos antes de que le dejara, escuchamos confusamente una voz, cerca de los matorrales que llegaban a la playa, que decía:

»—¿Es usted, jefe?

»—Sí, soy yo.

»—¡Por todos los diablos! Creí que ese canalla había acabado con usted. Se ha puesto de manos y casi me despacha a mí. Le he estado buscando por todas partes desde entonces.

»—Bien, pues aquí me tienes —vociferó el otro. Y a continuación se escuchó el estampido de un disparo.

»—Esta vez no ha fallado —comentó Heyst amargamente y regresando adentro.

»Volví a bordo, puesto que insistió en que así lo hiciera. No quería turbar su dolor. Más tarde, hacia las cinco de la mañana, algunos de mis *calashes* vinieron corriendo para decirme a gritos que se había declarado un fuego en tierra. No dudé en volver lo más deprisa que pude. El bungaló principal estaba en llamas. El calor nos hizo retroceder. Los otros dos edificios ardieron a continuación igual que teas. No hubo forma de rebasar el muelle hasta por la tarde.

Davidson suspiró.

—Supongo que estará seguro de que ese barón Heyst ha muerto…

—Es…, sólo cenizas, Excelencia —dijo Davidson, un tanto jadeante—. Lo mismo que la muchacha. Supongo que no pudo sufrir sus pensamientos a la vista del cadáver. Y el fuego todo lo purifica. Ese chino de quien ya le he hablado me ayudó a investigar al día siguiente, cuando las brasas se enfriaron un poco. Encontramos indicios suficientes. No es un mal chico. Me contó que había seguido a Heyst y a la muchacha por el bosque, por compasión y un poco de curiosidad. Se quedó vigilando la casa hasta que le vio salir, después de cenar, y también volver Ricardo, solo. Mientras estaba escondido, se le ocurrió que haría bien en echar el bote a la deriva, por miedo de que aquellos miserables vinieran por el mar y descargaran los revólveres y los Winchester sobre la aldea. Les juzgó con perversidad suficiente para hacer cualquier cosa. Así, que bajó sigilosamente al muelle; y mientras andaba desamarrando dentro del bote, ese hombre velludo, que al parecer estaba echando un sueñecito, gruñó y pegó un salto, y Wang le abatió de un disparo. Luego empujó el bote y se marchó.

Se hizo una pausa. Davidson prosiguió enseguida, con su tono apacible:

—Dejemos que el Cielo se haga cargo de lo que ha sido purificado. De las cenizas se encargarán el viento y la lluvia. El cuerpo de ese compinche, secretario, o comoquiera que el repugnante rufián se autodenominase, lo dejé allí mismo, hinchado y podrido por el sol. Luego, al parecer, el tal Jones bajó al embarcadero en busca de la lancha y del hombre velludo. Supongo que cayó al agua por accidente, o tal vez no. La lancha y su hombre se habían marchado, y el canalla se encontró solo, las cartas boca arriba y completamente atrapado. Quién sabe. El agua estaba muy clara, y pude verle en el fondo, hecho un guiñapo entre dos pilotes, igual que un montón de huesos en un saco de seda azul, sólo con los pies y la cabeza afuera. Wang se puso muy contento al verle. Todo estaba a salvo, según dijo, y se marchó enseguida a la montaña para volver después con la mujer *alfuro*.

Davidson sacó el pañuelo para secarse el sudor de la frente.

—Y después de eso, Excelencia, me fui. Allí ya no había nada que hacer.

—Naturalmente —confirmó el alto funcionario. Davidson pareció sopesar la cuestión en la cabeza, y luego murmuró, con una apacible tristeza:

—¡Nada!